



# MATTEO

---

♦ CINCO FAMILIAS 1 ♦

---

PENELOPE BLACK

MATTEO

---

DARK ROMANCE MAFIA EN  
ESPAÑOL

CINCO FAMILIAS  
LIBRO 1

PENELOPE BLACK

# ÍNDICE

[Playlist](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

1. [Maddie](#)
2. [Matteo](#)
3. [Maddie](#)
4. [Maddie](#)
5. [Maddie](#)
6. [Maddie](#)
7. [Maddie](#)
8. [Maddie](#)
9. [Maddie](#)
10. [Maddie](#)
11. [Matteo](#)
12. [Maddie](#)
13. [Maddie](#)
14. [Matteo](#)
15. [Maddie](#)
16. [Maddie](#)
17. [Maddie](#)
18. [Maddie](#)
19. [Maddie](#)
20. [Maddie](#)
21. [Matteo](#)
22. [Maddie](#)
23. [Maddie](#)
24. [Maddie](#)
25. [Maddie](#)
26. [Maddie](#)
27. [Maddie](#)
28. [Maddie](#)
29. [Maddie](#)

- 30. [Matteo](#)
- 31. [CMaddie](#)
- 32. [Matteo](#)
- 33. [Maddie](#)
- 34. [Aries](#)

[¿Listo para más?](#)

[Maddie](#)

[Nota para los lectores](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras Obras de Penelope Black](#)

*para mi abuela + mi abuelo  
a quienes no les intimidaba el contenido picante y leyeron cada uno  
de mis libros... varias veces.  
este es para vosotros.*

# PLAYLIST

«Goodbye» de Apparat, Soap&Skin  
«False God» de Taylor Swift  
«Drunk In Love» de Beyonce  
«Feel So Close» de Calvin Harris  
«Don't Let Me Down» de The Chainsmokers y Daya  
«Space Ghost Coast to Coast» de Glass Animals  
«Hallelujah» de Jeff Buckley  
«No Light, No Light» de Florence + The Machine  
«Shake it Off» de Taylor Swift  
«Wasting My Young Years» de London Grammar  
«Top to Toe» de Fenne Lily  
«Don't Forget About Me» de CLOVES  
«Cradles» de Sub Urban  
«Smother» de Daughter

## NOTA DE LA AUTORA

Por favor, ten en cuenta que Gilded Princess es un romance oscuro de harén inverso y contiene temas delicados que algunos lectores podrían encontrar perturbadores.

¡Feliz lectura!

# PRÓLOGO

MATTEO

EL SUDOR se me pega a la nuca y a las axilas, pero no me muevo para limpiármelo. Prefiero aguantar el picor constante antes que provocar la ira de mi padre.

Esta noche va a por todas.

Antes, en la cena, me ha dicho que dejara preparado mi mejor traje de los domingos y que estuviera listo a medianoche. Ha llegado el momento de que asuma mi papel como miembro de nuestra familia. Ma se ha echado a llorar, y entonces Papá se ha enfadado, y han empezado a discutir, como de costumbre.

No entiendo por qué ella está tan disgustada. Ya soy bastante mayor para ayudar a la familia, y me vendrá bien aprender a hacer más cosas y facilitarle la vida a Ma.

Además, cuanto más atención centre en mí, menos tiempo tendrá mi padre para aterrorizar a nadie más.

Así que aquí estoy, asándome en el traje negro que me pongo los domingos para ir a la iglesia, en el despacho de mi padre. El aire se siente pesado en esta época del año, pero esta habitación no tiene ventanas que se puedan abrir. Todo es madera oscura y alfombras oscuras. Intimidante y sin luz, igual que él.

Mi tío Abram y mi primo Nico están sentados en las sillas frente a mi padre, que se ha echado hacia atrás en su enorme escritorio de

roble. Está mirando fijamente a los dos hombres que tiene delante mientras aspira de su puro, con una postura engañosamente tranquila, los hombros relajados.

Es una actitud que he visto demasiadas veces.

La tensión hierve en el aire, tan densa que casi puedo verla. Papá me ha pedido que me quede de pie detrás de él, a la derecha, pegado a la pared, pase lo que pase. No tengo del todo claro qué va a pasar esta noche, pero no me imagino que sea nada bueno.

El tío Abram se ajusta la corbata y ladea el cuello para liberar la tensión mientras el silencio se prolonga.

Sin decir una palabra, Papá desliza hacia un lado el cajón superior del escritorio y saca una pistola.

—Los planes de asesinato a medias son cosa de críos. En esta familia, actúas como un hombre. Así que esto te sirva de lección, hijo. Si quieres ser el rey, tienes que matar al rey.

Abro mucho los ojos al mirar alternativamente la pistola que mi padre ha colocado sobre el escritorio y a mi primo. Es ocho años mayor que yo, así que no hemos crecido exactamente juntos, pero siempre lo he admirado. Se me humedecen las palmas de las manos, y reprimo las ganas de secármelas en los pantalones. Sé que odia que me esté moviendo todo el rato.

—¿Entiendes por qué es necesario? —Papá mira por encima del hombro hacia mí, esperando mi respuesta.

Asiento con la cabeza, aunque no lo entiendo. El recuerdo de Papá obligándome a ver *The Godfather* años atrás pasa fugaz ante mis ojos. Me dijo que era lo que debía esperar de nuestra familia y, en aquel momento, pensé que estaba siendo sarcástico.

Me equivocaba.

Se gira hacia el tío Abram.—La elección es tuya, hermano. O tú o él.

Si está sorprendido, el tío Abram no lo demuestra. Devuelve la mirada a Papá, sin pestañear.—Sabes cuál es mi elección, Angelo. —Se vuelve hacia Nico.—Te quiero, hijo. Pase lo que pase.

Papá asiente dos veces antes de coger la pistola y apuntar al tío Abram. Dispara dos veces. El cuerpo del tío Abram se sacude con violencia y la silla vuelca.

Doy un respingo con cada estruendo de la pistola, incapaz de contener mi conmoción.

Cambia el agarre para apuntar a Nico. Sus ojos parecen platos, enrojecidos y muy abiertos.

—Tío Angelo, por favor. N-no-no hagas esto. Mi padre... —

Un disparo desgarrar el aire.

Los ojos de Nico brillan con lágrimas, la incredulidad le afloja la mandíbula. Lleva una mano al pecho, y una sangre roja y brillante se le escurre entre los dedos.

Otro disparo se le incrusta entre los ojos, y la cabeza de Nico se echa hacia atrás en un movimiento rápido y violento.

—No doy segundas oportunidades —dice, con unas palabras lentas y meditadas, como si se preguntara si hoy va a llover.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que me hago sangre, desesperado por mantener dentro el miedo. Cualquier cosa con tal de mantener la atención de mi padre lejos de mí.

Es egoísta. Un acto de cobardía. Pero, con doce años, sé que no puedo ganarle.

Todavía no.

UNO

---

MADDIE

—NO ME PUEDO CREER que me estés dejando plantada otra vez, Mary. Habías aceptado venir conmigo.

No debería sorprenderme que mi hermana, que prefiere los libros a los humanos, me abandone durante la temporada de eventos, pero me sorprende.

Suspira, y el ruido suena fuerte en mi oído mientras aprieto el teléfono en mi mano y lo presiono contra mi cara para oírla por encima de las ajetreadas calles de la ciudad de Nueva York. —No seas tan dramática, Maddie. Estarás bien. Ni siquiera sé por qué me lo has pedido. Sabes que odio esas cosas. Además, solo me invitan por ti de todas formas.

Ahora me toca a mí suspirar. Empujo mi irritación hasta el fondo del estómago y exhalo un aliento calmante. —Sabes que eso no es cierto. Clara Vanderbilt e Isobel Chambers te invitaron específicamente al baile de máscaras.

—Ya, bueno, no voy a ir. ¿Por qué no se lo pides a Lainey como haces siempre?

El desprecio en su voz hace que se me traben los pensamientos por un momento. Empujo la preocupante razón tras la improvisada visita a la cabaña de mi prima Lainey a lo más profundo y la entierro junto con todas las demás cosas que mamá dice que provocan

arrugas. Me resulta más fácil ignorarlo ahora que ya no tenemos a esos guardaespaldas de verdad siguiéndonos por todas partes. Solo duró unos días, y sé que fue más por la tranquilidad de Lainey que por otra cosa, pero fue extraño.

Mi prima Lainey es más como una hermana que un miembro de la familia extendida. A veces está más unida a mí que mi propia hermana. Me gusta pensar en ella como el equilibrio perfecto entre mi gemela, Mary, y yo.

La madre de Lainey, Lana, y mi madre también son gemelas; al parecer, viene de familia. Pero más allá de su aspecto, no se parecen tanto. Es un poco lo que siento por Mary y por mí. Aunque seamos gemelas dicigóticas, cuando éramos más jóvenes nos vestíamos igual y era difícil distinguirnos.

Hoy en día, Mary y yo no podríamos ser más diferentes.

Mientras que yo llevo mi pelo pelirrojo oscuro largo y ondulado, ella se lo cortó en un estilo bob y se lo alisa religiosamente. Rímel y brillo de labios son casi todo lo que usa. *No* es que necesite maquillaje. Es preciosa y, a veces, creo que es la única que no se da cuenta.

Es más probable encontrarla en chaquetas de punto y zapatillas de deporte que vestida con un traje de gala digno de un baile. No sé por qué me sorprende que se esté echando atrás en este evento.

Me aclaro la garganta para retomar la conversación, mirando a ambos lados antes de cruzar la calle. —Ya sabes por qué. Lainey se está recuperando...

—Sí, sí, sí. Escondida en alguna cabaña con un montón de tíos, ya lo sé. Supongo que debería pensar en las compañías que frecuenta, ¿eh? Quizá así no acabe en esas situaciones de mierda.

Me detengo en medio de la concurrida acera, mientras el flujo de gente se desvía para rodearme. —¡Qué narices, Mary! No me puedo creer que hayas dicho eso.

Mi hermana bufa. —¿Qué? Es verdad. En fin, no voy a ir a tu estúpida gala. Así que supongo que deberías buscarte otros amigos. —Finge un grito de asombro—. Piensa en lo que dirán si vas sola.

Me quedo boquiabierta ante su crueldad y me aclaro la garganta, tragándome la emoción. —Vaya. ¿Vas a por el récord de golpes

bajos hoy, hermana? Porque tengo que decir que estás dando en el blanco.

Sabe perfectamente lo que opino de esas cosas. No tengo problemas con estar sola, pero ¿quién quiere ir sola a ese tipo de eventos? Es como retar a alguien a saltar a aguas infestadas de tiburones con el vestido de Lady Gaga en la entrega de premios de 2010... ya sabes, el que estaba hecho de carne cruda.

Necesitas un amortiguador para este tipo de cosas, un acompañante.

Con una madre que se ofreció a pagarme un aumento de pecho, una rinoplastia y rellenos de labios para mi duodécimo cumpleaños, ¿es de extrañar que tenga este tipo de pensamientos?

Si te dicen casi toda la vida que tu único valor es tu apariencia, al cabo de tanto tiempo, empiezas a aceptarlo como una verdad absoluta.

Suspira, una exhalación larga que de algún modo suena irritada.  
—Como sea. Lo siento. Tengo planes, ¿vale?

Aguzo el oído ante el cambio en su tono. —¿Qué tipo de planes?

—No te importa.

Casi puedo imaginármela cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho y cambiando el peso de un lado a otro. Es su señal cuando oculta algo.

Me recojo el pelo y lo giro sobre mi hombro para dejar que la brisa cálida del verano me recorra el cuello mientras se enciende la bombilla metafórica. —Oh, Dios mío. ¡Tienes planes con un chico! Pedazo de...

—Déjalo ya, Maddie. Probablemente no sea nada, ¿vale? Y de todos modos, no quiero hablar de ello.

Hago una pausa, asimilando mi dolor inicial. Su falta de disposición para compartir me hiere en mis inseguridades y heridas de hace décadas. Sé que tiene que ver más con ella que conmigo, pero todavía me toma un momento hacerme a la idea.

—Antes me lo contabas todo, Mary —murmuro.

Mary resopla. —Sí, cuando teníamos como ocho años. Ahora se lo cuentas todo a Lainey, así que no actúes como si fuera yo la que ha cambiado.

La sorpresa me deja muda. No estoy segura de lo que está pasando, pero tengo la sensación de que mi hermana está pasando por algo. Me duele el corazón por el dolor en su voz. —Lo siento si te has sentido desplazada. Eres mi hermana.

—Sí, vale. Mira, me tengo que ir. Nos vemos luego.

Tan pronto como la última palabra sale de sus labios, corta la llamada. Aparto el teléfono del oído y siento que las cejas se me suben hasta el nacimiento del pelo. Ni siquiera me ha dado oportunidad de responder antes de colgar.

El sol de verano se siente pesado mientras cae sobre mi espalda. Me encanta el verano. Es la estación de la posibilidad y la espontaneidad. Y se suponía que este sería nuestro verano. El que llevábamos años soñando.

Sobrevivimos al instituto en una de las academias femeninas más prestigiosas del país, y teníamos tres meses para deleitarnos en nuestros logros hasta que tuviéramos que ponernos manos a la obra de nuevo con nuestras carreras.

La Academia Femenina de Santa Rita es una tradición en mi familia. Todas las chicas asistieron y, en general, no me importó. Viví en una suite de lujo en la residencia con mi prima y mi hermana durante años. Y como todas vamos a asistir a la Universidad de Santa Rita, nos quedamos en la misma suite. Una ventaja de haber sido alumna de la institución, supongo.

Golpeo el teléfono contra mis labios mientras camino hacia mi cafetería favorita. No está muy lejos de nuestra suite de la residencia y tienen un nuevo sabor de té helado cada semana de mayo a septiembre. Si no estuviera ocupada enseñando ballet a niñas adorables tres días a la semana, trabajaría aquí solo por los beneficios del café gratis.

Sé que no puedo pedirle a Lainey que venga conmigo. No solo está fuera de la ciudad, sino que acaba de pasar por unas cosas realmente aterradoras y necesita tiempo para descansar y recargar pilas. Y sinceramente, estoy metafóricamente comiendo palomitas mientras veo cómo se desarrollan sus líos románticos.

Y Mary está fuera, obviamente.

Supongo que podría ir sola. A pesar de las máscaras obligatorias para entrar al evento, tengo una buena idea de quién estará allí. Generalmente es el mismo grupo de gente de mi edad que asiste cada año. Una de esas cosas de tradición. Muchas chicas de Santa Rita, de instituto y universidad. Además, la escuela tiene muchas afiliaciones con otros colegios privados de todo el país.

Cada año, el consejo de la junta de colegios privados organiza un baile de máscaras para recaudar dinero para una organización benéfica diferente. Este año se centran en salvar las selvas tropicales, algo que puedo apoyar. La música suele ser buena y la comida siempre es excelente. Podría prescindir de la monótona charla trivial de adultos al azar a quienes no les importan las respuestas a las preguntas que hacen.

Además, no hay tantas veces que pueda darme atracones de series en Netflix.

Pongo los ojos en blanco, molesta conmigo misma. No es que no tenga otros amigos, solo que ninguno es tan cercano como Lainey y Mary. Supongo que ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para fortalecer nuevos lazos de amistad.

Con la decisión tomada, escribo rápidamente un mensaje a Blaire Hawthorne. Si alguien sabe cuál es el tema, es ella. Esa chica es como una *Gossip Girl* de la vida real, pero sin todo el secreto. Vive por y para el drama.

Meto el teléfono en el bolsillo de mi falda de lino color crema y verde claro. La tela transpirable roza mis muslos mientras recorro los últimos metros hasta la cafetería.

Una ráfaga de aire acondicionado me recibe al entrar y ponerme a la cola. Saludo a Amanda, la camarera del mostrador, justo cuando siento que mi teléfono vibra con un mensaje entrante.

**Blaire: ¡Madison, nena! Espero verte mañana en el baile de máscaras del Bosque Encantado.**

Bosque Encantado. Vale, eso puedo apañarlo. Un destello de emoción florece. Me encanta un buen tema.

**Madison: ¡Nos vemos allí!**

Vuelvo a guardar el teléfono mientras la cola avanza, con la mente ya dando vueltas. Voy a tener que llamar a mi diseñadora y

costurera favorita y ver qué tiene en stock. Dolores tiene sesenta y tantos años, pero su ojo para la moda es incomparable. Y por suerte para mí, me cogió cariño cuando se ofreció voluntaria para la producción teatral de nuestra escuela secundaria. Ella hizo el vestuario y conectamos por nuestro amor compartido por la alta costura y las trufas francesas.

—Hola, chica. Me sorprende verte por aquí. Pensé que seguirías en Europa —dice Amanda, sacándome de mis pensamientos.

Mi sonrisa de respuesta se siente tensa. —Ah, sí. Cambio de planes. Resulta que estaré en la ciudad todo el verano.

—Supongo que entonces este verano podrás probar todos los sabores, ¿eh? —Amanda sonríe—. ¿Qué va a ser hoy?

Eso me saca una amplia sonrisa. Llevo mucho tiempo viniendo a esta cafetería y casi siempre que estoy aquí, Amanda está trabajando. Nos hemos ido conociendo a lo largo de los años. —Muy cierto. ¿Mucho jaleo hoy?

Amanda asiente y se ajusta el delantal con estampado de margaritas. —Sí. Acabamos de pasar las prisas de un pequeño pico. Y hoy tenemos té verde de arándanos. Sé que es uno de tus favoritos.

Me río y ajusto la correa de mi bolso bandolera, despegándola de mi piel pegajosa. —Me conoces muy bien, Amanda. Vale, me llevaré uno de esos, grande, por favor.

—Marchando. —Amanda se da la vuelta y sirve mi bebida de la jarra que hay en el mostrador tras la caja registradora. Unos segundos después, gira para mirarme y desliza el vaso para llevar y la pajita sobre el mostrador—. Serán cuatro con setenta y cuatro —dice con una sonrisa.

Meto la mano en el bolso para coger la cartera, pero vuelvo con las manos vacías. Lo abro más y miro dentro, moviendo algunas cosas como si mi cartera rosa fuera a aparecer mágicamente detrás de mi brillo de labios.

El corazón se me queda en la garganta y un rubor que no tiene nada que ver con el calor me recorre y se asienta en mis mejillas. Se me suben los hombros hacia las orejas y vuelvo a mirar a Amanda. —Yo, eh, parece que he extraviado mi cartera. Probablemente la

dejé en la mesa de la cocina o algo así. —Fuerzo una risa que suena tensa incluso para mis oídos—. Déjame ir a buscar...

—Toma. —La voz profunda y suave viene de detrás de mí al mismo tiempo que una mano se extiende a mi lado y coloca una tarjeta Amex negra en el mostrador—. Invito yo.

Un escalofrío de consciencia me recorre la espalda y se me eriza el vello de la nuca. Amanda mira por encima de mi hombro sin alcanzar la tarjeta.

Vale, entonces no soy solo yo.

El hombre detrás de mí se ríe, un ruido suave y rico como chocolate negro fundido. Da un paso adelante de nuevo, su brazo apenas roza el mío mientras empuja su tarjeta más hacia Amanda con el dedo índice. Mi mirada se centra en sus venas como un faro. ¿Qué tienen esas venas en el antebrazo de un hombre?

—Y un americano, por favor.

El movimiento saca a Amanda de su aturdimiento y se lame los labios antes de coger su tarjeta y cobrar su bebida. —Entendido. Siete con ochenta y cuatro.

Cojo mi té helado del mostrador y doy un paso a un lado para poder ver mejor al amable desconocido. Inclina la cabeza para encontrar mi mirada, sin rehuir nunca mi descarada observación. Dando un sorbo a mi bebida, dejo que el sabor a arándanos frescos y hierba limón ácida calme mi sed mientras le echo un buen vistazo.

La comisura de sus labios carnosos se curva hacia arriba mientras se queda quieto, casi como si estuviera alentando mi examen.

Es alto. Yo diría que de uno noventa o uno noventa y tres, con hombros anchos y cintura estrecha. Tinta colorida asoma por debajo de una manga de su polo negro, descendiendo por su brazo y deteniéndose en su muñeca. Diviso un logotipo familiar en el bolsillo, y un par de Ray-Ban cuelgan de los dos botones superiores abiertos.

Pelo castaño claro con lo que parecen reflejos naturales de pasar tiempo al sol. Y con la forma en que sus bíceps tensan las mangas de su camiseta, apostarí a que pasa mucho tiempo en un campo de juego o en el gimnasio.

Unas pestañas largas y negras enmarcan unos grandes ojos verde oscuro en los que actualmente baila la alegría. Algo en lo bajo

de mi vientre se aprieta cuando hunde los dientes en su carnoso labio inferior y me mira con una intensidad que no estaba ahí hace diez segundos. Debería ser ilegal que un hombre tenga unos labios tan carnosos.

—Aquí tienes tu americano —dice Amanda, rompiendo la conexión. Alarga la mano para cogerlo y murmura su agradecimiento, sin apartar la mirada de mí.

—Gracias. Por la bebida —digo después de dar otro sorbo.

—Es un placer. —Hace una pausa, y sé que está intentando averiguar mi nombre sutilmente.

—¿Qué es la vida sin un poco de misterio? —Dejo que la sonrisa pícara que he estado conteniendo se extienda por mi cara mientras giro sobre mis talones y camino hacia la salida. Me detengo con una mano en la puerta y le lanzo mi sonrisa más coqueta e invitadora—. Nos vemos por ahí, Americano.

No espero respuesta, abro la puerta y dejo que el aire denso y húmedo me reciba.

Juraría que le oigo murmurar: «Cuenta con ello».

Poniéndome las gafas de sol, saco el teléfono y veo que Dolores ya está lista para recibirme. Con una renovada sensación de emoción, cruzo la ciudad para elegir un vestido espectacular.

DOS

---

MATTEO

—NO.

—¿Qué quieres decir con *no*? —pregunta Dante, mi segundo. También es mi mejor amigo, así que no le da miedo llamarme la atención cuando meto la pata.

—Quiero decir que no voy a ir a ningún puto baile como si estuviéramos en Georgia en los años mil novecientos. —Me aprieto el puente de la nariz—. No tengo tiempo para esto, Dante.

Aflojo la corbata del cuello y desabrocho el primer botón. La sensación de claustrofobia disminuye, pero no consigo sacudirme la opresiva sensación de expectativas que me ha dejado la reunión de esta mañana.

Toda una pared de ventanas detrás de mi mesa muestra las impresionantes vistas de Nueva York desde treinta plantas de altura. El sol calienta una franja del interior de mi despacho, iluminando parte de mi mesa y los sillones a juego.

Mi padre dijo que estaba loco por querer un despacho—un despacho en condiciones—desde el que trabajar. Él prefiere mucho más a la antigua usanza, mantenerse en las tripas de la ciudad. Y en honor a la verdad, le ha funcionado bien durante casi toda su vida.

Pero eso fue antes de que los federales se lanzaran en picado y empezaran a cazarnos uno a uno. Las cinco familias solían ser dioses

entre hombres, con ejércitos de cinco mil tíos repartidos por todo el mundo, y ahora estamos rebañando las sobras.

Intenté advertirles. Joder, intenté decirles a todos que ese no era el camino para nosotros. Yo, desde luego, no pienso dejar que me pillen con alguna absurda acusación de asociación ilícita. Y ni siquiera he hecho la mitad de las cosas que han hecho ellos. A diferencia de muchos, yo tengo mis propias reglas.

La moralidad es una zona gris que sube y baja, pero yo nunca cruzo mis líneas.

Nada de trata.

Y nada de niños.

Nunca.

Es una de las razones por las que busqué y me senté a hablar con la Hermandad hace un par de años. Son una *familia* irlandesa que opera de forma similar a la nuestra. Pero sus límites se alinean con los míos y no con los del resto de mi familia.

Por eso contar con su apoyo es fundamental para mis planes de futuro. Tienen intereses en muchas zonas distintas de la ciudad, pero tienen su base en Boston. Las películas y series comerciales le han dado a la población general una visión distorsionada de cómo funcionan las familias conectadas. Claro que algunas cosas son inquietantemente acertadas, pero otras no podrían estar más lejos de la realidad.

Por lo general nos mantenemos dentro de nuestras propias familias, pero eso no significa que estemos en guerra con todo el mundo. La mayoría de las veces somos cordiales entre nosotros. Hasta que dejamos de serlo. Y entonces cada hombre va a lo suyo—sean de las Cinco Familias o no.

Pero por ahora, estamos en buenos términos con la Hermandad. Afiliados al Syndicate—el mayor imperio mafioso de Irlanda—la Hermandad controla los puertos de la costa. A mi padre y a mis tíos les molesta su veto a la trata que pasa por sus puertos, y ya han tenido más de un encontronazo.

Yo nunca he tenido problemas con ellos y jamás he participado en ninguna de las descabelladas maniobras de mi padre para traicionar la frágil alianza que tenemos con ellos.

La Hermandad no es más grande que nosotros, pero tiene otro tipo de peso aquí. Uno que espero aprovechar cuando ejecute por completo mi plan.

—¿Matteo?

—¿Qué? —espeté. Me sorprende un poco haberme quedado en las nubes pensando en mierdas mientras seguía al teléfono. Joder, necesito dormir. Me paso la mano por la cara y suspiro—. Perdona, tío. ¿Qué pasa?

—Nada, tranquilo. Pero ese baile de máscaras... Madison va a ir. Me ha llegado el aviso hace una hora por mi contacto y lo he confirmado yo mismo antes de llamar.

Cierro los puños sin darme cuenta. —¿Con cita?

—No. Tampoco va con prima ni con hermana.

La mente me da vueltas mientras intento ver todos los distintos ángulos y posibles consecuencias. Si va sin cita, entonces va sola, lo cual puede salirnos muy bien o muy mal.

—Piénsatelo bien, tío —murmura Dante.

—Lo único que hago es pensar en esto—en *ella*. —Apoyo las palmas en la mesa y me inclino sobre ella, la cabeza colgando.

Dante guarda silencio al otro lado de la línea, dejándome que procese mi mierda como sabe que necesito hacer. Al cabo de un momento, dice—: Sabes que te voy a apoyar, pero también sabes que te meto miedo porque me importas. Solo quiero que estés seguro de esto. En cuanto salgas a la luz y cuando alguien os vea juntos—y lo harán, porque esta noche va a haber como un millón de personas—no habrá forma de deshacerlo. Da igual cómo lo quieras vender.

—Ya, lo sé. —Suelto el aire y entonces la mente se me engancha en algo. Levanto la cabeza y miro el móvil—. Espera. ¿Cuánta gente hay que haya confirmado que sí?

Oigo papeles al otro lado durante un momento. —St. Rita's y su alumnado, sus colegios masculinos y femeninos afiliados, políticos en campaña, algo de realeza menor y varios socios de la alta sociedad. Y nuestro chico por fin ha conseguido una invitación este año.

—Joder.

—Eso he pensado yo al principio también. Pero quizá podamos usarlo a nuestro favor. Va a haber cerca de quinientas personas esta noche, y las máscaras son obligatorias, así que las probabilidades de que estéis en la misma zona son escasas. Puede ser tu oportunidad de ver cómo está realmente él también. Es la vez que más ha tardado en hacer un control en condiciones.

La culpa me revuelve las tripas, agria y corrosiva, y exhalo por la nariz. —La última vez que hablamos, me dijo que tenía más secretos de los que podríamos necesitar, pero que estaba a punto de destapar algo gordo. Algo que podría facilitarnos el periodo de transición cuando llegue. No quiero cagarla presentándome esta noche.

—¿Y Madison?

Camino tres pasos hacia la izquierda antes de girar sobre los talones y dar tres pasos hacia la derecha. Repito el patrón varias veces mientras los dedos se me enredan en el pelo castaño oscuro. Seguro que ahora mismo tiene un aspecto desastroso, pero no consigo dejar de tirarme del pelo cuando pienso así.

Al cabo de un minuto, me quedo quieto. —A la mierda. Voy a ir. Consígueme un traje nuevo y una máscara. Y no te olvides de cogerte una tú también. Si yo tengo que sufrir uno de estos putos eventos, tú también.

No me fío de nadie ni en un buen día, pero si juntas a un montón de políticos corruptos y de pijos con derecho a todo, estoy a dos segundos de sacar mi pistola favorita.

—La vi el otro día, ¿sabes? Me la encontré en una de sus cafeterías favoritas. Ella... —Se queda callado y se me agota la paciencia.

—¿Ella qué?

Resopla. —No sé, parecía triste o alguna mierda así.

Hago un gesto en el aire para quitarle importancia a sus palabras. —Seguro que está bien. Siempre se pone de mala leche si no ha tomado suficiente cafeína.

—Venga, tío. ¿Cuánto tiempo vas a seguir así?

Me erizo por su tono. —¿Seguir así cómo?

Él suspira, un ruido alto y cargado de decepción. Pero no hace falta que me lance esa mierda a la cara. Ya estoy bastante frustrado conmigo mismo.

—No puedes tenerla en hielo para siempre. En algún momento vas a tener que dejarla ir.

La rabia me recorre, rápida y potente. El impulso de provocar destrucción me cabalga fuerte, y la única razón por la que no actúo es porque es mi mejor amigo.

—Ella no está en hielo. Tengo a unas cuantas personas *de confianza* que se pasan a verla de vez en cuando. Es libre de hacer lo que quiera, de ver a quien quiera...

La risita sarcástica de Dante me interrumpe. —¿Te estás escuchando ahora mismo? ¿Se te ha olvidado de repente ese tío de la primavera al que espantaste?

Bufé. —Ese tío era un capullo. Y su padre es un juez corrupto y no del tipo del que podemos sacar beneficio.

—Vale, vale, esa te la compro. Pero ¿qué pasa con todos los demás desde que vosotros dos lo dejasteis? —Como no respondo, suspira—. Mira, tío, lo entiendo. Al principio necesitabas tener ojos sobre ella por su seguridad, porque tú estabas escalando puestos, pero han pasado años. Y si no piensas atarla en corto, entonces creo que deberías soltarla.

El aire se me queda atrapado en los pulmones al imaginarme una vida sin ella. Algo muy parecido a la agonía se rebela contra la simple idea.

No puedo dejarla ir. Pero tampoco puedo quedármela.

Soy la peor clase de bastardo por eso, pero aunque lo sepa no significa que vaya a cambiar. Ya no me doblo por nadie.

No soy capaz de condenarla a esta vida, pero si no elijo jodida esposa pronto, nunca seré el jefe. Ni de mi familia ni de las cinco familias.

Es una norma arcaica de mierda que ojalá pudiera demoler, pero incluso cuando sea el jefe, no estoy seguro de poder cargármela de inmediato. Hay demasiados tipos chapados a la antigua en las cinco familias que siguen aferrados a ella.

Ahora mismo hago de subjefe de mi padre, pero no es oficial hasta que me case. Para ser un montón de machistas de mierda, bien que les gusta asegurarse de que los tíos estén atados antes de ascenderlos. Me gustaría decir que tiene algo que ver con conservar la humanidad, pero no podría estar más lejos de la realidad.

Les gusta que los hombres tengan esposas para tenerlas de palanca. ¿Que trincas de la caja? Pues aislamos a tu mujer de las familias una temporada.

¿La cagas en una entrega? Nos quedamos con tu parte y hacemos mierda tu casa, atemorizamos un poco a tu mujer y a tus hijos.

¿Matas al tipo equivocado? Repartimos a tu mujer como represalia.

Así que no, no tengo ninguna prisa por meter a una mujer—cualquier mujer—en esta vida hasta que haya hecho una buena limpieza.

El problema es que la única mujer a la que he querido llamar esposa me odia a muerte. Desde hace dos años.

La indecisión me atormenta durante un momento.

A la mierda. Ya improvisaré como siempre.

Me incorporo y ajusto las mangas bajo mi traje negro de Tom Ford. —Vamos a ir. No pongo la mano en el fuego por ninguno de esos cabrones viscosos; no me extrañaría que intentaran secuestrarla en un estúpido intento de chantaje.

No menciono que sé que eso también funcionaría, y Dante tiene la delicadeza de no echármelo en cara. No sé cuánta gente la seguirá vinculando conmigo, pero si hacen los deberes, como hago yo siempre, es bastante fácil descubrirlo.

—¿Y nuestro infiltrado? ¿Se lo decimos?

—No. Nos mantendremos lejos de él también, para que pueda hacer su magia. Estará en casa pronto. Quiero que tenga su libertad un poquito más.

Las palabras me saben a ceniza en la lengua. No hay nada *libre* en lo que está haciendo. Y justo me sirve de recordatorio de lo que nos jugamos—y la apuesta es jodidamente alta.

Lo último que necesito es la complicación de una mujer. Satisfacen una necesidad, pero no puedo ofrecerles más que una noche. No mientras estoy en medio de un golpe de Estado—uno que está tomando un desvío sorprendente.

—¿Qué tal la reunión? ¿Han tirado otra vez por el tema del matrimonio?

Es prueba de nuestra amistad de toda la vida que pueda leerme tan bien, incluso por teléfono. Me paso la mano por el pelo y suelto el aire. —Sí. Son unos pesados de cojones, eso seguro.

—Me lo imagino —murmura—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir esquivándolos?

—Todo el que haga falta. Todo el mundo sabe que no puedo subir de rango hasta que elija esposa.

—Y nuestro plan depende del apoyo de ciertas familias —interviene Dante.

El recordatorio solo consigue irritarme, así que cambio de tema a algo menos... hostil. —¿Se sabe algo de Mama Rosa's?

—Nada, el jefe de bomberos mantiene que fue provocado, no un accidente en la cocina, pero tendremos su informe oficial en unos días.

—¿Quién coño intenta volar una pizzería a mitad del día? —escupo entre dientes apretados. Me encantaba ese restaurante. Vale. Mantenme al tanto. Nos vemos esta noche. —Cuelgo y me giro hacia la ciudad, dejando que la mente se me pierda un rato.

No sé si la explosión en Mama Rosa's era un mensaje dirigido a mí o si tiene algo que ver con mi colega de la Hermandad, Sully, y sus mierdas.

Es uno de los amigos más auténticos que he hecho en los últimos cinco años, pero joder, ahora mismo tiene un buen circo montado. Siempre ha estado ahí para mí, así que estoy dispuesto a devolverle el favor.

La mayoría de mis amigos son mis primos o hijos de hombres hechos con los que he crecido. Y no es que pueda ponerme a rajar de distintos miembros de la familia, sobre todo con lo que estoy planeando.

No, tengo que ponerme la máscara y hacer el numerito para todos los de la familia como si fuera un jodido mono de circo.

Pero pronto podré arrancarme esa jodida personalidad falsa de mierda que me he colgado del cuello como un lastre de cincuenta kilos. Entonces todos desearán haber tomado mis ideas—y mis amenazas—un poco más en serio.

Cuando termine de limpiar la casa, esta ciudad se teñirá de rojo.

---

—Sí —dice tras cuatro tonos.

Echo la cabeza hacia atrás para mirar al techo, buscando paciencia. A pesar de lo que la gente cree, no soy un maestro del autocontrol y la indiferencia como tantos piensan. Simplemente se me da mejor controlar mis impulsos y mantener la cara impasible.

Sigo en el despacho, ocupándome de todo el papeleo administrativo de mis negocios legales y de los que no lo son tanto. Hace seis meses que puse en marcha un circuito de lucha semi clandestino y estoy trabajando en poner en marcha nuestro circuito extraoficial de carreras callejeras.

Hace falta mucho dinero para engrasar ruedas, e incluso algún que otro favor, pero la rentabilidad va a ser brutal. No solo por las apuestas, sino porque nos ayudará a blanquear pasta de mis negocios menos limpios.

—Solo te aviso de que estaré allí mañana por la noche.

Aunque estemos hablando con móviles de usar y tirar, mantengo las palabras cortadas y el significado deliberadamente vago. No hace falta dar pistas sobre nuestra conexión todavía. Aún no estamos listos para soltar esa bomba.

—Vale. ¿Ya está? —El desdén en su voz resuena con claridad en el espacio vacío de mi despacho.

Hice insonorizar mi despacho—toda mi planta—cuando compré el sitio. Me da libertad para poner las llamadas en altavoz y moverme. Pasear siempre me da perspectiva, algo en la acción hace que se me caigan ideas y me ayuda a concentrarme.

—¿Qué pasa? ¿Estás demasiado ocupado para hablar conmigo?

—El labio se me curva hacia arriba cuando oigo una risita femenina al otro lado de la línea—. Ah, ahora lo pillo.

—No, no creo que lo pilles. Luego. —Corta antes de que pueda contestar, y me quedo mirando el móvil sobre la mesa un momento.

No es la primera vez, ni de lejos, que me pregunto si hice bien al enviarlo al antro del león hace ya años.

TRES

---

MADDIE

ME AJUSTO el lazo de seda del antifaz de filigrana de oro chapado en negro que me cubre el rostro. El trabajo de los detalles es absolutamente impresionante y, en cuanto lo vi, supe que sería perfecto para esta noche.

Mis ojos azules me devuelven la mirada en el espejo de cuerpo entero del aseo de señoras, con su color vivo y gélido en contraste con el oscuro antifaz. Me he metido aquí en cuanto he llegado para darme un último repaso, para asegurarme de que no tengo los dientes manchados de carmín y de que el maquillaje no se me ha derretido por completo con este calor. Ir sola a uno de estos eventos ya es bastante malo. No quiero darle a Blaire ni a nadie más munición.

Me retoco mi barra de labios favorita de color rojo oscuro, asegurándome de que el trazo sea nítido y a prueba de manchas. No puedo creer que Dolores hubiera olvidado que tenía esta obra maestra, o eso dijo. Esa mujer es muy taimada. No necesité ni un solo arreglo, así que no me extrañaría nada que lo hubiera hecho especialmente para mí.

Paso las manos por el corpiño y me maravillo de cómo se ciñe a mi cuerpo como una segunda piel. Está confeccionado de tal forma que parecen plumas iridiscentes superpuestas, lo que me cubre lo

justo para no resultar indecente, pero aun así enseña algunos atisbos de piel.

Dos gruesas franjas de tela suben desde la cintura por encima de mi pecho hasta unirse a una fina tira de raso alrededor de mi cuello. Hay una abertura intencionada desde el ombligo hasta el cuello que deja ver la más mínima curva de mi pecho. La seda negra cae desde mi cintura hasta formar una pequeña cola a mis pies.

El efecto general es sencillamente imponente. Me siento sexy y poderosa, como si no solo pudiera alcanzar un objetivo, sino arrasar con él sin mucho esfuerzo. Una sensación peligrosa.

Al ponerme de lado, contemplo mi perfil y luego miro por encima del hombro para verme desde ese ángulo. El pelo me llega hasta la parte inferior de los omóplatos y la tela de raso negra se me pega al culo de una forma que me sube la confianza unos cuantos niveles.

Pero mi parte favorita es la espalda del vestido, o la ausencia de ella. Toda la espalda del vestido está abierta, de modo que solo se ven unas pocas plumas que me rodean las costillas para detenerse en la parte baja de la espalda. Mi pelo, de un rojo intenso, parece lava mientras me hace un suave cosquilleo en la espalda. Esta noche me lo he rizado con unas suaves ondas glamurosas y me lo he sujetado a los lados con horquillas para darle ese aire del Hollywood clásico.

No, es imposible que Dolores se olvidara de este vestido. Así a bote pronto, se me ocurren al menos cinco chicas que se habrían hecho con este vestido en un instante.

A Lainey le encantaría este look. Le saco una foto rápida para enviársela más tarde y salgo del baño. Sigo el lento goteo de gente que camina hacia el salón de baile, murmurando saludos a las caras conocidas.

Eso es algo que siempre me ha parecido extraño. Todos los años exigen antifaces de mascarada en este evento, pero suele ser el mismo grupo de gente el que asiste, así que la idea del anonimato siempre me ha parecido un poco tonta. A ver, sí, estos antifaces ocultan una parte de la cara, pero normalmente puedo deducir quién es por la persona con la que habla o por el sonido de su voz.

Cuando empezamos a asistir a esta gala hace unos años, me dejé llevar por el romanticismo de todo aquello. Estaba segura de que conocería a mi propio caballero de brillante armadura o a mi príncipe azul tras un antifaz. Me llevaría en volandas, haciéndome girar hasta que se nos acalambraran las piernas de tanto bailar y nos dolieran las mejillas de tanto sonreír.

Pero tenía catorce años y la mayoría de los chicos de mi edad eran unos gilipollas engreídos que no sabían aguantar el champán. Unos cuantos incluso echaron la pota por toda la pista de baile. Eso fue suficiente para matar cualquier atisbo de ilusión en mis ojos, al menos temporalmente.

Sigue siendo el mismo grupo de gilipollas, pero al menos ahora saben aguantar el alcohol.

Una parte diminuta de mí todavía espera en secreto que alguien me conquiste por completo algún año. Sobre todo, lo uso como una buena excusa para ponerme un vestido estúpidamente caro y bailar toda la noche mientras bebo champán caro y me meto deliciosos canapés en la boca.

Normalmente, tengo a Lainey y a Mary a mi lado y pasamos la noche juntas. Este es el primer año que voy sin ellas, y tengo la sensación de que esto es solo la punta del iceberg.

Pensé ingenuamente que viviríamos juntas para siempre, al menos hasta que nos graduáramos en la universidad. Pero entonces la tía Lana conoció a un tipo cualquiera en Boston, que al parecer tiene *contactos*, y ahora Lainey está metida en un lío que todavía estoy intentando entender.

De Lainey se están encargando sus futuros hermanastros, que a la vez son sus novios, así que solo tengo que preocuparme por mi hermana. Mi hermana, que anoche entró a hurtadillas muy tarde y no ha salido de su habitación en todo el día de hoy.

Suelto un suspiro, sabiendo que si no empieza a hablarme pronto, tendré que sacar mi último recurso y llamar a mamá. Y ninguna de las dos quiere eso.

Aparto las preocupaciones de mi mente, me levanto la falda y subo la pequeña escalera que conduce a la sala principal.

El corazón me da un vuelco cuando tengo mi primera visión completa del salón de baile.

El comité se ha superado este año. Se ha transformado en una selva encantada al atardecer, con tonos de amarillo dorado y melocotón brillante impregnándolo todo. Una tela suave y vaporosa va de una lámpara de araña de hierro forjado a otra, creando un efecto de carpa.

Unos topiarios enmarcan las paredes junto a varias plantas grandes y frondosas, dando al espacio un precioso y llamativo contraste de color. Unas gruesas bayas rojas cargan las ramas de los árboles junto a mí, y unas naranjas Cara Cara perfectamente formadas cuelgan del árbol al otro lado de la sala.

Dos docenas de peonías de color melocotón y dorado componen los centros de mesa de cada una de las mesas, y unas sillas y divanes de terciopelo mullido y recargado añaden un elemento suntuoso. Los camareros, vestidos completamente de negro y con antifaces negros, circulan por la espaciosa sala con bandejas de canapés y champán. Cojo una copa de una bandeja cercana y tomo un sorbo. Las burbujas estallan en mi lengua, seguidas rápidamente por el sabor fresco y dulce de las fresas.

Me tomo un momento para mirar a mi alrededor y hacerme una idea del ambiente de la sala. Una banda de cuerda de diez músicos toca en un rincón, mezclando éxitos de la radio con piezas clásicas, y me pregunto ociosamente si podré convencerlos de que toquen un poco de Taylor Swift. Mis labios se contraen ante la idea de que el alcalde y su mujer, que en este momento están picando espárragos envueltos en prosciutto, bailen al son de la versión instrumental de «Shake It Off».

Veo a Blaire y su séquito de amienemigas del instituto dirigiéndose hacia mí y les dedico una sonrisa educada. Blaire encabeza el grupo con un vestido espectacular que me jugaría la vida a que se ha hecho a medida.

—¿Sola esta noche, Madison? —pregunta Blaire con una ceja levantada al detenerse a mi lado.

Sammi, Peggy y Hilary, todas compañeras de clase en St. Rita's, nos rodean y beben champán. Supongo que es una de las ventajas

de ser la juventud de los miembros ricos, con contactos y respetados de la sociedad. A nadie le importa que bebamos champán en este tipo de eventos. Vestidas en lo que estoy segura de que fue un esfuerzo coordinado, las tres chicas están preciosas con sus vestidos azules, cada tono complementario al de las demás.

Curvo los labios y ladeo la cabeza mientras examino a las cuatro chicas antes de volver a Blaire. No es una enemiga y, aunque la considero una amiga, no le confío mis secretos mejor guardados como hago con Lainey y Mary. —Ya sabes que me gusta tener opciones, B.

Blaire mira por encima del borde de su copa de champán mientras la inclina para dar un sorbo. El intenso color esmeralda de su ceñido vestido de corte sirena brilla bajo la luz difusa.

—Algunas no tenemos ese lujo —reflexiona.

Sé que se refiere a que sus padres firmaron un contrato de matrimonio glorificado cuando ella todavía era un bebé.

Así es para mucha de la gente que está aquí esta noche. La mayoría de los matrimonios de este lugar fueron concertados y, debido a alguna norma arcaica sobre linajes y accionistas, la mayoría de estas familias continúan con la tradición del matrimonio concertado.

La familia de Blaire es de dinero viejo, hicieron su fortuna con el petróleo, y corre el rumor de que no heredará la empresa familiar — y la fortuna— hasta que esté casada y con un heredero.

Si me preguntas, es una sarta de gilipollices patriarcales.

En una rara muestra de vulnerabilidad, el año pasado, Blaire se derrumbó en el vestuario de mujeres y me lo contó todo. Nunca traicionaría su confianza ni compartiría lo que me dijo, pero a veces me pregunto si hay algo que pueda hacer para ayudarla.

No puedo imaginarme tener dieciocho años y saber que tu marido ya ha sido elegido para ti. Un completo desconocido que va a ser tu compañero de por vida, independientemente de tu opinión al respecto. Si tienes suerte, te emparejan con alguien que es lo suficientemente agradable y que no va a exhibir a sus amantes por toda la ciudad para que todo el mundo las vea en la Página Seis al día siguiente.

¿Y qué triste es eso? Que, en el mejor de los casos, te toque un hombre que no avergüence públicamente vuestro matrimonio de pega. No, gracias.

El concepto del amor es ridículo para la mayoría de la gente de esta sala. Algo reservado para la ficción y los adolescentes.

Mi madre no es ninguna santa, ni mucho menos, y la mayoría de las veces, hace lo mínimo en lo que a ser adulta se refiere, pero una cosa que puedo decir con seguridad es que nunca nos casaría a mi hermana o a mí de esa manera. Y tampoco es por un falso sentimiento de amor.

Estoy segura de que quería a mi padre, y sé que él la quería a ella. Pero no tenían ese tipo de amor de cuento de hadas, lo cual es irónico teniendo en cuenta las historias que solía contarme cuando era pequeña. Todo eran princesas y caballeros de brillante armadura y amor eterno.

Mis padres se conocieron cuando eran jóvenes y mi padre se alistó poco después de casarse, dejando en casa a una esposa embarazada. Estaba fuera más tiempo del que estaba en casa y creo que todas nos acostumbramos a ese tipo de vida, una que no lo incluía a él.

—Eh, Madison, llamando a Tierra. —Blair agita una mano de uñas cuidadas delante de mi cara, sacándome de mi ensimismamiento.

Le dedico una sonrisa y parte de la tensión en torno a sus ojos se relaja. —Lo siento. Es que estoy cansada.

—Tía. Espera unas horas hasta que esto se anime un poco. He traído regalitos para la fiesta —dice Sammi mientras meneas las cejas y agita el bolso de mano que lleva esta noche.

Hago un esfuerzo por no apretar la mandíbula y me conformo con una sonrisa forzada y un murmullo evasivo.

—Para ya, Sammi. Ya sabes que Madison no va de ese rollo —dice Peggy mientras me lanza una mirada de disculpa.

Sammi reula y mira a Peggy con el ceño fruncido. —¿Como si fuera a traer MDMA aquí con todo esto y tener el peor viaje de mi vida? No, gracias. Esta noche he traído mi receta perfectamente

legal. Ya sabes, por si necesito concentrarme. —Nos sonríe con arrogancia con la barbilla en alto.

—Gracias, Sammi. Te aviso, ¿vale? —La rama de olivo parece aplacarla y cambian la conversación hacia quién lleva qué. No tengo ninguna intención de aceptar su oferta, pero no necesito decirlo ahora mismo. De todos modos, se olvidará de ello en treinta minutos.

Después de diez minutos y otra copa de champán, se me empieza a subir a la cabeza y me disculpo para ir al aseo de señoras. No es el mismo baño que he usado antes, pero no es menos lujoso. Han traído el tema del bosque encantado hasta aquí con colores de rojos intensos y naranjas suaves, e incluso hay un pequeño jardín en el tocador junto al espejo de cuerpo entero.

Una vez que termino y me retoco el carmín, vuelvo al salón de baile. Avanzo lentamente mientras observo a la gente. La multitud es decididamente mayor que hace una hora, y me sorprende un poco su tamaño.

Las familiares notas de Beyoncé llegan a mis oídos y no puedo contener una risita ante la audacia de la banda esta noche. Una sonrisa se extiende por mi cara y miro alrededor para ver si alguien más se ha dado cuenta. Veo algunas sonrisas y risitas, pero la mayoría de la gente no se percata. Una pena.

Echo un vistazo al enorme y recargado reloj de hierro de la pared y cuento en silencio los minutos que faltan para que un DJ sustituya a las cuerdas y se abra la pista de baile. Solo treinta minutos. Puedo aguantar. Asiento con la cabeza al ritmo de la música, impresionada con la violinista mientras lo borda con esta canción.

Cojo otra copa de champán de un camarero que pasa con una sonrisa, contenta de verlos llenar la atmósfera con una versión caprichosa de esta canción tan sensual. Los nervios me sacuden con la necesidad de bailar, pero no me muevo de mi sitio en el borde de la sala.

En un minuto, estoy disfrutando de los sonidos instrumentales de «Drunk In Love» y, al minuto siguiente, mi atención se desvía casi involuntariamente. El corazón me da un vuelco antes de empezar a

latir al doble de velocidad, al tiempo que mi consciencia capta algo a mis espaldas. O a alguien.

—Estás preciosa esta noche, como siempre. —Se me corta la respiración al oír su voz familiar. Demasiadas emociones me bombardean a la vez y no tengo tiempo de ordenarlas ni de decidirme por una sola—. Este vestido te queda exquisito. —Siento el más leve de los roces mientras desliza la punta del dedo por mi columna vertebral y un rastro de piel de gallina sigue su toque fantasma.

—Matteo. —Digo su nombre en una exhalación, con el corazón encogido al pensar en él aquí, ahora, después de tanto tiempo.

Ni siquiera necesito darme la vuelta para ver su cara. Es el único hombre que he conocido que ha tenido este tipo de efecto en mí. El deseo envía un fogonazo a través de mi cuerpo, pero la vergüenza lo aplaca. A veces todavía pienso en aquella noche y no puedo creer que no lo viera venir.

Cambio de peso, pero su cálida palma en mi espalda me impide girarme para enfrentarme a él. Le ruego a mi traicionero cuerpo que endurezca su resolución contra este encantador gilipollas. Pero es una zorra caprichosa y todavía anhela su tacto después de todo este tiempo.

—Chist, muñeca. No te gires. Aquí estamos ocultos en las sombras...

La indignación me recorre las venas y aprieto los puños a los lados. —¿Qué? ¿No quieres que tu novia te vea con las manos encima de otra mujer? —En realidad, me sorprende un poco el desprecio de mi voz, pero la parte profundamente feminista de mí me anima, lista para darle una paliza verbalmente.

Se ríe entre dientes, con ese sonido profundo y masculino que hace que se me encojan los dedos de los pies dentro de mis Jimmy Choo.

Desliza la mano por mi columna vertebral hasta que se hunde bajo mi pelo, posándose en la base de mi nuca. Sus largos y cálidos dedos se flexionan y se enredan en mis mechones ondulados. Tira de ellos suavemente y un jadeo se escapa de mi boca sin querer.

—Ni siquiera tengo mis manos donde *realmente* las quieres. Todavía no.

Sus palabras tienen el efecto deseado en mí y un destello de lujuria recorre mi cuerpo traicionero.

Me quita la mano del pelo, me roza un dedo por el brazo y lo entrelaza con mi meñique durante dos segundos. —Nos vemos, Cherry.

El gesto recuerda tanto a cómo era cuando nos conocimos. Desde el apodo hasta el familiar agarre del meñique que hace que mi corazón se oprima dolorosamente.

*Matteo me engancha un dedo en el meñique mientras caminamos por el sendero de Central Park. Es un movimiento inesperado, pero no es de mi desagrado. No llevamos mucho tiempo saliendo y me gusta su versión de ir de la mano.*

*Retuerzo los labios hacia un lado para reprimir la ridícula sonrisa que intenta abrirse paso.*

*Mamá vino a la ciudad para llevar a mi hermana y a mí a comer con su último novio hace unos días. Me dijo, a través de su sonrisa perfecta y dolida, que mi sonrisa no es tan recta como la de Mary. Nunca lo había pensado mucho antes, pero ahora que ha plantado la semilla de la duda, no me la puedo quitar de la cabeza. Me ha pedido cita para el ortodoncista la semana que viene, así que al menos lo solucionaré pronto.*

*—Hace un buen día para pasear, ¿eh? —Me mira con una sonrisa, con una postura relajada y segura. Con un traje completamente negro, sin la chaqueta, parece una joven celebridad paseando por el parque un miércoles por la tarde. Unas Ray-Ban negras le protegen los ojos y lleva el pelo alborotado con ese estilo desenfadado que no debería ser tan atractivo como lo es.*

*Enarco una ceja, intentando desesperadamente calmar las pocas mariposas que revolotean lentamente en mi interior. Matteo me gusta, me gusta de verdad. Llevamos viéndonos poco menos de seis meses. Pero no nos vemos muy a menudo, ya que estamos en escuelas diferentes. Además, él es un par de años mayor que yo.*

*Y de alguna manera, he conseguido mantenerlo en secreto para mi madre. Una vez que conoce a alguien, o le echa las garras*

*encima o se van. En cualquier caso, se acabó el juego.*

*Y creo que quiero quedármelo.*

*—¿No vas a pasar calor con eso? —pregunto. Es septiembre, pero en Nueva York todavía hace calor en esta época del año. Hoy hemos tenido suerte con unos frescos veinte grados.*

*Pellizca la tela de su camisa entre dos dedos y la levanta un par de veces con una sonrisa. —¿Qué? ¿Esto? Nah, estoy perfecto. Estoy aquí contigo, ¿no?*

*Pongo los ojos en blanco en broma y le doy un codazo en el brazo con mi hombro. —Los halagos te llevarán a cualquier parte, Matteo.*

*Me acerca más tirando de mi dedo meñique. —Bien, porque voy a ir a dondequiera que estés, Cherry.*

Cierro los párpados con fuerza y cuento hasta diez en francés. Es casi todo lo que recuerdo de la clase de francés. Madame Fontaine era difícil de seguir, y bueno, el colegio nunca ha sido mi fuerte.

Sin embargo, funciona, y cuando abro los ojos y me doy la vuelta, el espacio detrás de mí está vacío.

Aunque ya lo sabía. Matteo nunca permanece en un mismo lugar demasiado tiempo. Suelto un suspiro tembloroso y mis mechones de pelo sueltos se agitan frente a mi cara. El corazón me late frenéticamente, revoloteando contra mis costillas como un pájaro atrapado en una jaula. Me pongo una mano en el pecho y vuelvo a cerrar los ojos, rogándole a mi corazón que se calme.

*—Oye, ¿estás bien?*

Abro los ojos de golpe, sorprendida de ver la mirada de ojos color miel de Blaire frente a la mía. Ladea la cabeza y un pliegue que le horrorizaría saber que está ahí le surca las cejas.

Esbozo una sonrisa en mi cara y me siento agradecida cuando no me pide explicaciones. Ambas somos lo bastante expertas como para detectar una sonrisa falsa a un kilómetro de distancia. Es prácticamente el lenguaje de los privilegiados.

Abro la boca para responder con alguna verdad a medias, pero las luces se atenúan y la banda de cuerda de diez miembros deja de tocar y abandona el escenario. Alguien grita, atrayendo mi atención

hacia el rincón donde está el DJ invitado preparándose, lo que me salva de responder a Blaire.

—¿Quién es ese? —apunto con la barbilla hacia el rincón.

Se me queda mirando un momento más antes de moverse lentamente para ponerse a mi lado y mirar en la misma dirección. — Se hace llamar Zebra.

Enarco una ceja, pero no respondo mientras lo observo prepararse, agradecida por los pocos momentos para controlarme. Para recordarme que no soy la misma chica con ojos soñadores.

Miro cómo se vacían las mesas mientras las generaciones mayores se retiran a los bordes de la sala y a los pequeños patios que hay tras las puertas francesas. Se sientan en las pequeñas mesas de los huecos poco profundos. Sin duda, esta noche se firmará la próxima ronda de contratos matrimoniales y fusiones familiares. Solo puedo imaginar cuántos otros tratos se pactarán con apretones de manos y demasiados cócteles.

—Ya sé, yo tampoco estaba segura de él, pero al parecer es lo más de lo más en la escena underground de Londres ahora mismo.

Asiento un par de veces. —Bien. Estoy lista para bailar.

—Y yo también, tía. Y yo también.

Los sonidos familiares de The Chainsmokers y Daya resuenan por los altavoces y Blaire me coge del brazo con una sonrisa pícara, y nos dirigimos a la pista de baile.

CUATRO

---

MADDIE

DESTELLOS DE TELAS coloridas pulsan a mi alrededor al ritmo de las luces estroboscópicas; el brillo contrasta con fuerza con la iluminación tenue. El aire es denso y húmedo mientras el ritmo constante golpea el ambiente, instalándose en mis venas e infundiéndome la familiar necesidad de moverme al son de la música.

El pelo se me pega a la nuca y levanto las manos en el aire, dejando que mi cuerpo se balancee al ritmo pulsante. Miro bajo los párpados entreabiertos a Blaire, que perrea con Wes Rockford a un palmo de mí. Algunos chicos han bailado conmigo en la última hora, pero por suerte nada más allá de eso. No estoy de humor para lidiar con nadie que se propase demasiado con las manos.

El sudor me resbala por la nuca; me enrollo el pelo alrededor del puño y lo mantengo a un lado, deseando que la brisa cálida que entra por las puertas abiertas del patio me refresque, aunque solo sea por un momento.

Blaire me guiña un ojo mientras meneas las caderas, rodeando el cuello de Wes con los brazos. El DJ pincha a Calvin Harris y, cuando estalla el ritmo, el ambiente se transforma en algo más oscuro, más profundo. El cambio es tangible; pesa sobre mi cuerpo y obliga a mis caderas a oscilar de lado a lado lentamente.

Una bruma de consciencia se arremolina en mi cabeza un segundo antes de que sienta un cuerpo cálido detrás del mío y unas manos que se deslizan hasta posarse en mis caderas. Mis movimientos se interrumpen por un momento mientras el corazón me late desbocado en el pecho.

Se acerca más, pero sin llegar a tocarme, y apenas siento el roce de su traje contra mi espalda. Se me curva un lado del labio cuando no se pega a mí como pensaba que haría. No conozco a Matteo por no tomar lo que quiere, y no me cabe duda de que no estaría aquí en la pista de baile si no quisiera algo de mí.

No estoy segura de si es el champán, la música, el vestido o alguna otra cosa, pero esta noche me siento temeraria. Lo suficientemente audaz como para dejar que Matteo tenga lo que quiere. O mejor aún, para tomar lo que *yo* quiero de él.

Envalentonada, doy un paso atrás para quedar pegada a su pecho y entrelazo mis dedos con los suyos, anclando su agarre en mis caderas. Él no pierde el ritmo y sus manos se aprietan contra mí; la presión caliente de sus yemas se queda grabada contra mi piel incluso a través de todas las capas de satén.

Arqueo la espalda, con mi trasero girando y frotándose contra él. Sus dedos se flexionan contra mis caderas e imagino las marcas que dejarían en mi piel desnuda si este vestido no estuviera por medio.

Cierro los ojos, desconectando mis sentidos y dándome permiso para dejarme llevar solo por un rato. Para aflojar las riendas tan tensas con las que me controlo.

Me despojo de la amargura rancia por cómo terminó nuestra relación hace años y me permito tomar lo que quiero de él sin culpa. Lo que nunca he podido obtener de nadie más.

El humo de la mesa del DJ se cuela entre los cuerpos, iluminado en naranja y amarillo cada vez que brilla la luz estroboscópica. Una canción se funde con la segunda, y la segunda con la tercera, y en poco tiempo pierdo la cuenta. Nunca me doy la vuelta y él nunca me hace girar para enfrentarme a él. Nos mantenemos encerrados en este baile, él y yo, y en algún momento se siente como mucho más que solo bailar. Nos sentimos en sincronía, conectados a un nivel mucho más íntimo que una velada en la pista de baile.

Nuestros pasos nunca flaquean, nuestro ritmo nunca se descompensa. Es como si nuestros cuerpos ya supieran algo que nosotros no sabemos y nuestras mentes se quedaran atrás intentando asimilarlo.

Me aparta el pelo hacia un lado y lo sustituye con su rostro en mi hombro. Su aliento me calienta el cuello y le ruego en silencio que presione sus labios contra mi piel febril. Que los deslice por ese punto sensible detrás de mi oreja.

No sé si debería avergonzarme por lo rápido que me excita, pero no es así. Los pensamientos sobre él consumen mi mente.

Agunto todo lo que puedo, pero creo que no podré pasar ni un segundo más sin sentir sus labios contra los míos. Jadeo, con la piel encendida y cubierta por una ligera capa de sudor. La lujuria corre por mis venas, suplicándome que tome lo que necesito de él.

Puedo sentirlo contra mi trasero, duro, largo y grueso. Un pequeño núcleo de satisfacción me calienta la sangre ante la evidencia de que él también me desea.

Me muerdo el labio e inclino la cabeza hacia atrás sobre su hombro mientras mantengo un debate interno. Una parte de mí quiere llegar hasta el final con él. Follármelo en una de las habitaciones abandonadas que todos sabemos que están aquí solo para ese tipo de situaciones. Pero la otra parte de mí, la más sensata, sabe que nunca he tenido una aventura de una noche por una razón. Y no sé si elegir a mi exnovio para tachar esa casilla de mi lista de cosas pendientes es la elección correcta.

Salgo catapultada de mis pensamientos arremolinados cuando unos labios cálidos recorren el lateral de mi cuello, mordisqueando mi piel suavemente. Sus manos suben por mis costillas; su tacto es ardiente. Sus dedos se flexionan alrededor de mi caja torácica, y su pulgar se desliza por debajo de la tela que apenas me toca la espalda.

Muevo las caderas en un movimiento lento y deliberado, y él me sorprende deslizando una mano hacia abajo para posarla en la parte baja de mi abdomen, manteniéndome contra él. Roza con sus dientes la parte inferior del lóbulo de mi oreja y presiona sus caderas

contra las mías. Es el primer movimiento que inicia él, dejándome llevar la voz cantante todo el tiempo.

Como una cerilla en una llama, ese pequeño gesto dominante me enciende. Más rápido de lo que puede detenerme, giro en su agarre, me agarro a las solapas de su chaqueta de traje y me pongo de puntillas. Unos intensos ojos de color marrón oscuro brillan, pero es lo último que veo antes de cerrar los ojos y estrellar mi boca contra la suya.

Nuestras máscaras chocan con un chasquido audible, pero no me detengo. Él desliza su mano por mi pelo mientras abre la boca contra mi beso. Su pulgar se desliza por mi mandíbula para controlar el ángulo de mi cabeza, y yo estoy más que encantada de seguirle el juego.

Me besa como si se estuviera quedando sin aire. Como si el mañana no estuviera garantizado... como si el siguiente *minuto* no estuviera garantizado... y así es como quiere pasarlo.

Subo las manos por su pecho y las entrelazo en su nuca, tirando de su pelo. Él suelta un gemido en mi boca, un sonido casi doloroso y, como si se pulsara un interruptor, algo cambia. Si antes pensaba que era intenso, eso no es nada comparado con la forma en que me besa ahora.

Sabe a hierbabuena y a whisky. A promesas oscuras y fantasías incumplidas.

Con una mano en la parte baja de mi espalda, pega mi cuerpo al suyo y nos maniobra para que quedemos al borde de la pista de baile, envueltos en la oscuridad. Mi espalda choca contra uno de los pilares de piedra; la piedra rugosa me recorre la piel sensible. Deslizo la pierna por la abertura alta del vestido y la engancho alrededor de su cadera. Él lo acepta como la invitación que es y desliza la palma de la mano hacia arriba para rodear mi muslo exterior mientras se pega a mí.

Siento la cabeza nublada y pesada por la lujuria, y sé que tengo que frenar esto antes de cometer una locura en un espacio tan público.

Pero cuando siento su dureza presionar justo donde lo necesito, algo hace cortocircuito en mi cerebro. Un gemido que ni siquiera

sabía que podía emitir escapa de mis labios con un jadeo.

—Aquí no —susurro, arqueando la cabeza hacia atrás.

—Donde tú quieras, nena —murmura con los labios contra mi garganta.

Culpo a mi reacción tardía al tacto de sus labios. Suaves, carnosos y delicados. Unos instantes después, un pensamiento persistente finalmente toma el protagonismo en mi mente nublada por la lujuria. ¿*Nena*? Matteo nunca, jamás, me ha llamado así. Cherry o, de vez en cuando, muñeca, pero nunca nena.

La sospecha se abre paso en mi interior, disipando mi aturdimiento. Echando la cabeza hacia atrás, abro los ojos y lo observo a través de las luces estroboscópicas de colores y el humo persistente.

Es alto, con el pelo oscuro que parece más claro bajo los destellos de luz, corto por los lados y despeinado por arriba con ese look natural de «me acabo de despertar así». Tiene el mismo aire de superioridad e irradia esa actitud de capullo posesivo como si fuera su profesión.

Levanta la mirada hacia la mía, dándose cuenta al fin de que ya no estoy borracha de deseo. —¿Estás bien, nena? —Ladea la cabeza y, entonces, caigo en la cuenta.

Su voz.

Es profunda y seductora, pero no es la voz de Matteo.

Madre mía.

Se me cae la mandíbula. Alargo la mano hacia su antifaz negro mate, con la intención de desenmascarar a este hombre misterioso con el que he estado a cinco minutos de intimar, pero sus largos dedos rodean mi muñeca.

—He oído que eso va contra las reglas —murmura.

Y en un movimiento demasiado fluido para ser real, cambia su agarre y se lleva el dorso de mi mano a los labios. Desliza sus labios hinchados por los besos sobre mis nudillos, y sus ojos de color marrón oscuro me mantienen prisionera.

—Yo... pensaba que eras... —La cabeza me da vueltas y me mojo los labios—. Alguien más. —Estaba tan segura de que era Matteo

quien estaba detrás de mí, pero quizás fue una deducción precipitada de mi mente porque lo he visto esta noche.

Él se tensa frente a mí y guía mi mano hacia abajo, a mi costado. —Ya veo. Mis disculpas, Cuervo.

—¿Cuervo? —Ladeo la cabeza y observo fascinada cómo su boca se curva en una sonrisa pecaminosa.

Me recorre con la mirada de arriba abajo antes de encontrarse con la mía. —Tu vestido.

Se me encoge el estómago cuando da un paso atrás y un rayo de claridad me golpea el pecho. Me habría ido a casa con él esta noche. Con un auténtico desconocido.

*¿Y tan malo sería?*, susurra una vocecita en mi interior.

Tan alto, moreno y atractivo, y vestido de negro, me recuerda al villano de una película.

Mide fácilmente un metro ochenta y cinco, con hombros anchos y cintura estrecha; su traje negro intenso y la camisa a juego rezuman lujo. Se parece exactamente a alguien que esperaría encontrar en uno de estos eventos: rico, privilegiado y para nada mi tipo.

Pero no siento que no sea mi tipo.

Bajo ese traje de Armani que lleva como si estuviera hecho a medida, se siente diferente.

Como si tal vez hubiera podido ser mío en otra vida.

Se pasa el pulgar por el labio inferior y mi piel se enciende ante el recordatorio visual de cómo se sentían sus labios y sus manos en mi cuerpo.

Vale, quizá menos como un villano y más como un antihéroe de una de mis novelas románticas favoritas.

Entre las sombras que nos envuelven, los destellos de luz a su espalda y su máscara de baile, no logro identificar el rostro de mi misterioso compañero de baile. Y tal vez eso sea parte del morbo.

Él malinterpreta mi silencio y da otro paso atrás.

Me muerdo el labio y me recuerdo a mí misma que debo ser valiente.

*La vida es corta. Comprate los zapatos.* Es un dicho por el que mi madre prácticamente se guía y, aunque me encanta un buen par de zapatos, creo que se aplica mejor a otras situaciones.

Mary y yo no hemos hablado de ello, y Lainey está pasando por lo suyo ahora mismo, pero lo que le pasó a ella —a todas nosotras— en el O'Malley's Pub me dejó huella. Una que me hace más inclinada a decir que sí a esto, a él.

Mucha gente tiene aventuras de una noche y su mundo no deja de girar. Tal vez es hora de que salga de mis líneas de seguridad cuidadosamente trazadas y autoimpuestas y haga algo espontáneo.

Y entonces tomo una decisión que hace que mi corazón se acelere por un motivo distinto. —Espera. —Reduzco la distancia entre nosotros a la mitad y pongo una mano en su antebrazo. Su ceja oscura se arquea por encima de la máscara y me mira expectante.

Las luces se apagan y nos sumergimos en la oscuridad.

CINCO

---

MADDIE

—¿RAVEN? —Siento su mano en mi hombro, pero apenas puedo oírlo por encima de mi pulso, que me retumba en los oídos.

Zarcillos helados de miedo se enroscan en mis miembros y me aprietan más y más con cada segundo que pasa en la oscuridad.

Está oscuro en este rincón de la sala, demasiado oscuro. Las puertas francesas que dan a los balcones exteriores están en la esquina opuesta a nosotros, demasiado lejos para ofrecernos la luz de la luna.

Gritos de confusión y miedo perforan el aire y disparan mi ansiedad. Parpadeo con rapidez; mi desesperación por ver se impone a la parte lógica de mi cerebro, que me grita que no podemos ver nada.

Mi pecho sube y baja más rápido de lo que debería, y mi visión, ya de por sí oscura, se oscurece más por los bordes. Me imagino a todo tipo de gente arrastrándose por las zonas más negras de la sala con sus manos largas, listos para secuestrar a chicas desprevenidas y meterlas en una furgoneta.

Igual que hicieron esos psicópatas con Lainey.

Joder.

—¿Raven? ¿Cariño? ¿Estás bien? Solo respira. —Su aliento abanica mi cara y me devuelve a la realidad, aunque solo sea un

poco.

Me aferro a sus hombros, con los dedos clavados en la tela cara de su traje. —No me dejes aquí atrás.

Roza mi mejilla con sus labios mientras me rodea los hombros con un brazo. —Estás bien. Ya te tengo, ¿vale?

Dejo que me guíe por los bordes de la sala y hacia la creciente multitud. Se forma un cuello de botella en la única puerta que da al pasillo y, en última instancia, al exterior.

Se encienden varios móviles, las aplicaciones de linterna proyectan haces de luz por el espacio. Mi vestido se engancha en uno de los jardines de boj y me detiene en seco.

—Toma —dice, enfocando la linterna de su móvil en mi dirección.

Es entonces cuando me doy cuenta de la rigidez de sus hombros y de cómo no deja de mirar a nuestro alrededor. Actúa como si también esperara que alguien nos atacara por la espalda.

El pulso se me acelera y me tiemblan los dedos por la adrenalina y el miedo mientras desenredo la ramita de las plumas de imitación que tengo junto a las costillas. —Gracias.

Algunas personas gritan y, en un momento, esos gritos se convierten en alaridos agresivos y luego en empujones. Libero mi vestido justo cuando un tipo le da un puñetazo al que tiene al lado, a unos seis metros de nosotros.

Parpadeo y un puñetazo se convierte en una pelea en toda regla entre un montón de tíos e incluso algunas tías. La conmoción me paraliza por un momento, y me quedo ahí, con la boca proverbial y literalmente abierta.

—¿Qué demonios está pasando? —Mis palabras son un susurro en medio del alboroto.

Los ojos desorbitados de Blaire llenan mi campo de visión, y parpadeo de nuevo, sorprendida por su repentina aparición. —Ah, bien. Pensaba que estabas atrapada en esa mierda de postureo masculino de ahí. —Señala a la multitud con el pulgar por encima del hombro—. Sígueme, conozco una salida que no implica quedarse atascada en esa pecera.

Peggy, Sammi y Hilary se deslizan junto a Blaire, y ella se engancha del brazo de dos de ellas antes de volver sobre nuestros

pasos.

Mi hombre misterioso desliza su palma en la mía, entrelazando nuestros dedos, y tira de mí. Esquivamos un par de sillas volcadas y seguimos la linterna del móvil de Blaire.

Miro por encima del hombro, confiando en que este hombre me guíe. La escena me deja con los ojos como platos; parece sacada de una película. Hay mesas volcadas, vasos rotos esparcidos por el suelo, sillas de lado e incluso los arreglos florales están destrozados. Los tíos se lanzan puñetazos y patadas y se placan unos a otros sin reparos. Ya no se limita a esa pequeña zona; como un virus, la violencia se extiende.

Un chillido a mi lado capta mi atención. Es un pequeño grupo de gente que reconozco de St. Rita's y algunos de los colegios vecinos.

—¡Sé que te tiraste a mi novio el año pasado, zorra traidora! — grita Chrissy Charms justo antes de abalanzarse sobre Hannah Valentine, apuntando a su cara.

Chase Walker, el novio en cuestión, interviene e intenta separar a Chrissy de Hannah. Pero entonces un tipo que no conozco se mete y aparta a Chase de un tirón por el hombro. —¿Te tiraste a Hannah? ¿Pero qué coño, tío?

Los empujones se convierten en puñetazos, y dos tíos se convierten en cuatro. Lo único que puedo hacer es mirar, con los ojos como platos, cómo gente que conozco desde hace años pierde por completo los estribos.

Alguien me empuja por detrás, pierdo el equilibrio y caigo sobre mi hombre misterioso. Me doy cuenta, como de pasada, de que tengo que preguntarle su nombre para dejar de referirme a él como «hombre misterioso».

Sus manos me sujetan los hombros, estabilizándome. Le miro la cara y deseo, no por primera vez, poder ver sus rasgos con claridad. Su mirada oscura es intensa mientras sostiene la mía. Se me eriza el vello de la nuca y lucho contra el impulso de besarlo. Definitivamente, no es el momento de besarse.

*Pero más tarde, me juro a mí misma. Más tarde habrá mucho tiempo para besos.*

Usa el agarre en mis hombros para apartarme a un lado, colocándose suavemente delante de mí.

En un movimiento tan rápido que, si hubiera parpadeado, me lo habría perdido, da un paso adelante y le da un puñetazo a un tipo que avanzaba hacia nosotros con una silla plegable sobre la cabeza. El tipo cae como un saco de patatas.

Siento que se me arquean las cejas hasta la raíz del pelo. Una oleada de calor me recorre, seguida de un zarcillo de lujuria.

Se da la vuelta para mirarme, su mano encuentra la mía de nuevo, y camina como si no acabara de noquear a un tipo de un solo puñetazo.

Por un momento me olvido de que estamos en medio del caos, un poco hipnotizada por él. Sacudo la cabeza y acelero el paso para seguir su ritmo mientras nos abre camino por la sala.

—Aries. —La palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo. Toda esa pasión en la pista de baile y esa actitud resuelta. Apostaría mi par de zapatos favoritos a que es Aries.

Me muerdo el interior de la mejilla mientras estudio su perfil, recortado por las linternas que se mueven por la sala. Se siente como en casa en la oscuridad, moviéndonos alrededor de los obstáculos con facilidad.

*Quizá sea más de mi tipo de lo que pensaba.*

Gira la cabeza para mirarme por encima del hombro y me dedica una sonrisa de suficiencia. —¿Qué has dicho?

Siento que mis labios se curvan para imitar su sonrisa. —Eres Aries, ¿a que sí?

No me responde durante un momento, solo acelera nuestro paso hasta que alcanzamos a Blaire y a las chicas.

—Dios, ¿qué demonios está pasando ahí dentro? —pregunta Peggy con una mirada por encima del hombro—. ¿Y por qué demonios se han ido las luces? ¿Hay tormenta?

Cruzamos el umbral hacia otra parte del local en la que nunca he estado. Unas luces de emergencia bordean la ornamentada moqueta; deben de tener un generador precisamente para esto.

—Apagones programados, ¿recuerdas? Venga, ya casi estamos en la salida del callejón. —Blaire inclina la cabeza hacia el espacio

que tiene delante. Entrecierro los ojos al ver una señal de salida roja y brillante.

Llevar todo el verano hablando de estos apagones programados. Algo sobre aliviar la carga eléctrica para que todo el consumo excesivo no fría por completo nuestros sistemas.

Peggy asiente, sus rizos rebotando con el movimiento. —Cierto. Si no tengo aire acondicionado cuando vuelva a mi residencia, voy a llamar a un coche para que me lleve a casa. Papá dijo que tendrían el aire puesto en un ala de la casa.

Aries se ríe entre dientes a mi lado, lo suficientemente bajo como para que las chicas no lo oigan, pero yo sí. No lo miro, en vez de eso me muerdo los labios para no reírme. Pero, la verdad, toda su frase es ridícula.

Blaire empuja una puerta de metal, y me preparo para que suene algún tipo de alarma, pero nos recibe el silencio. Incluso los caóticos sonidos de la pelea se han desvanecido.

Bocanadas de aire húmedo y denso nos reciben, pesando instantáneamente sobre mi pecho. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de la oscuridad que nos rodea. —¿Cuántas manzanas se apagan a la vez? ¿Alguien lo sabe?

Blaire niega con la cabeza. —No me acuerdo. Sinceramente, pensaba que el alcalde Chambers iba a mover algunos hilos para que esta manzana no se viera afectada esta noche como había planeado el ayuntamiento. No sé qué ha pasado ahí.

Un olor a basura podrida flota en el aire, y giro la cara para enterrar la nariz en el traje de Aries. Siento más que oigo su risa, y él me rodea los hombros con un brazo, acercándose más a su duro cuerpo.

Nuestros pasos son fuertes y resuenan en los ladrillos del edificio del local y del de al lado. Creo que es una charcutería, si no recuerdo mal.

El ruido general aumenta a medida que nos acercamos a la calle, y me da un poco de pavor salir ahí fuera. Más o menos espero que haya policías para interrogar a la gente sobre la pelea, sobre todo porque muchos de esos tíos van al colegio de élite para chicos donde tienen una política estricta sobre la violencia.

Reduzco el paso y observo a Blaire hacer una seña a su coche oficial. El conductor lo maniobra entre la multitud que se agolpa en la calle como un profesional. Ella se coloca entre el coche y la puerta, mirando por encima de la portezuela y agitando los dedos en el aire.

—¡Vamos, nena! Te llevo.

—¡Ahora mismo voy! —le devuelvo el saludo con los dedos, y ella vuelve a meterse en el coche.

Salimos a la acera, y solo sus rápidos reflejos me salvan de ser arrollada por unos tíos del evento de máscaras. Con los antifaces torcidos, las narices y los labios ensangrentados y amplias sonrisas, se ríen y se dan palmaditas en la espalda. Los esquivo, retrocediendo hacia mi hombre misterioso.

Al unísono, los cuatro se giran para mirarnos. Creo que reconozco algunas de sus caras, y estoy bastante segura de que Blaire salió con uno de ellos el año pasado, el hijo de un senador.

Charles Pinkerton me mira lascivamente antes de dirigir su atención al hombre que está detrás de mí. Sus ojos se iluminan al reconocerlo y algo en el fondo de mi estómago se contrae. —Oh, tío, nos preguntábamos adónde te habías escabullido. Escucha, colega, ni siquiera pierdas el tiempo con esa...

Dale Hardin, el hijo del senador, le da una palmada en el hombro a Charles. —Vamos, tío. Has bebido demasiado. Vámonos.

Charles se quita a Dale de encima de un empujón y se vuelve para mirarnos de frente. —No, tío. Debería saberlo. Para eso están los amigos, ¿no? Se cuidan unos a otros, y yo estoy cuidando de él.

Cambio mi peso de un pie a otro mientras el pavor me sube por la garganta, entrelazándose con el sofoco de la vergüenza.

—Lárgate, tío. No necesito tus consejos, ni amistosos ni de ningún tipo. —Su voz es profunda y rica, exactamente como la habría imaginado.

Charles le dedica una mueca de desprecio mientras se inclina un poco hacia un lado, tambaleándose. —¿Ah, no? ¿De repente ya no te va el rollo de los coños fáciles? —Se ríe, un ruido agudo que me rechina en los oídos, y aprieto la mandíbula ante el impulso de encogerme—. Oye, si quieres perder el tiempo intentando llevártela

a la cama, allá tú. Es una puta princesita, tío. Y su coño está en una jodida jaula de oro diseñada para ponerte a cien. Nunca te dará la llave sin un anillo, y aunque lo hiciera, algún capullo aspirante a matón vendrá y...

Mi hombre misterioso, mi salvador de la noche, pasa por delante de mí y levanta el puño en un movimiento fluido. Desata su furia, y Charles no tiene ninguna oportunidad. Su cabeza se sacude hacia un lado y cae sobre sus amigos, que permanecen en silencio detrás de él.

—Te advertí que te largaras —dice, señalándolo. Pero por la mirada aturrida en la cara de Charles, está viendo las estrellas, así que no ofrece mucha réplica.

Dale se pone las manos en la cabeza y la sacude un par de veces. —Joder, tío, es que nunca sabes cuándo callarte la puta boca. Lo siento.

Mi hombre misterioso se limita a mirar a Dale antes de volver a mi lado y rodearme de nuevo los hombros con el brazo. Nos dirige hacia el coche oficial de Blaire, y me pregunto si alguien ha tenido alguna vez un ataque al corazón por un exceso de sentimientos a la vez. Vergüenza y bochorno, ira e indignación, gratitud y miedo... y lujuria.

Sé que no debería sentirme avergonzada porque un capullo borracho largue por esa boca, pero en cierto modo lo estoy. Y solo eso es suficiente para avivar las llamas de la vergüenza.

Nos detiene a unos metros del bordillo y deja que su brazo se deslice desde mis hombros por mi espalda para descansar un momento en la parte baja antes de dejarlo caer a su costado.

—No dejes que esos gilipollas te afecten, ¿vale? No tienen ni puta idea de lo que dicen.

No le digo que en cierto modo tienen razón: no me acuesto con cualquiera. Solo me he acostado con una persona, y era mi novio en ese momento. Y si me hubieras preguntado la semana pasada si creía que alguna vez encontraría a alguien que realmente pudiera despertar mi interés, habría dicho que no. Pero después de esta noche, creo que estoy lista para explorar un poco.

Trazo con el dedo el borde de su antifaz. Me sorprende que haya aguantado en su sitio con todo lo que ha pasado. La única razón por la que el mío sigue en su sitio es porque la cinta de raso está sujeta con horquillas. No se va a mover hasta que las quite.

—¿Cómo te llamas? —susurro, dando un paso inconsciente hacia él.

En lugar de responderme, elimina el espacio entre nosotros y desliza las palmas de sus manos por mi cuello, enredando sus dedos en el pelo de mi nuca. Sus pulgares descansan contra mi mandíbula y los usa para inclinar mi cara hacia arriba.

Estampa su boca contra la mía en un beso que me estremece hasta la médula. Tengo la sensación de que ese era exactamente el objetivo.

Se aparta y susurra contra mis labios: —Soy Aries. Y en otra vida, te habría hecho mi reina. Te habría arrastrado de vuelta a mi casa y te habría adorado hasta que me suplicaras que parara.

Mis labios se separan al exhalar, y él no pierde tiempo en lanzarse a matar. Como si sus palabras no hubieran pintado una imagen con la que mi imaginación se desbocó, ahora se asegura de que sienta su beso durante días.

Terminamos nuestro beso lentamente, sin que ninguno de los dos retroceda al principio. Abro los ojos, nada sorprendida de ver unos intensos ojos marrones clavados en los míos. Él da un paso atrás, dejando que su mirada recorra todo mi cuerpo como si lo estuviera memorizando.

—Hasta que nos volvamos a ver, Raven.

—Hasta que nos volvamos a ver, Aries —murmuro.

Su boca se tuerce en una media sonrisa ante mi elección de nombre, pero no dice nada mientras gira sobre sus talones y se aleja por la acera, apartándose de mí.

—Vamos, mira hacia atrás. No me decepciones ahora —susurro para mis adentros, deseando que me mire. Es algo que vi en una comedia romántica hace mucho tiempo, y ni siquiera estoy segura de cuánta verdad hay en ello. Aparentemente, si mira hacia atrás, significa que estáis destinados a estar juntos.

Mi corazón da un vuelco y una sensación de pérdida cubre mi piel, espesa y pesada. Observo cómo las sombras reclaman más y más de Aries con cada paso. Y justo antes de que ya no pueda verlo, se da la vuelta y me mira, sosteniendo mi mirada.

El aliento se me escapa en un silbido mientras la sensación de sus ojos sobre mí se intensifica. Observo fascinada cómo camina hacia atrás por la acera, y la oscuridad circundante se lo traga por completo.

Me muerdo el labio y miro a mi alrededor, esperando a medias que vuelva corriendo hacia mí y me dé otro de esos besos que hacen arquear los dedos de los pies.

Intento que la decepción no me pese demasiado en los hombros y simplemente agradezco la experiencia. Y el hecho de que me ayudara a salir de allí sana y salva.

Me deslizo en el coche oficial y me siento junto a Blaire, cuidando mi vestido.

—¿Quién era ese? —pregunta con una mirada por encima del hombro.

Siento que la sonrisa se extiende lentamente por mi cara y me encojo de hombros. —No tengo ni idea.

SEIS

---

MADDIE

—CIELO. Ven hoy a The Grasshopper para un almuerzo tardío. —  
Blaire perfeccionó el arte de hacer que una petición sonara como una orden hace años.

Pongo los ojos en blanco ante su tono, aunque no pueda verme a través del teléfono. La conozco todo lo bien que me permite, y sé que no lo hace por fastidiar. Simplemente está afilando sus ya curtidas habilidades de manipulación sutil. Te juro que algún día gobernará un país pequeño, y sucederá antes de que nadie se dé cuenta.

—Buenos días a ti también. ¿Cómo estás hoy? ¿Has dormido bien? —me río un poco antes de terminar la frase.

Resopla en mi oído, pero noto la sonrisa en su voz. —Buenos días. Estoy genial. Sí, y no, no me llevé al imbécil ese a casa. Es un cerdo de mierda, no me puedo creer que saliera con él.

Tardo un momento en atar cabos. —Ah, entiendo que has visto a Dale, ¿no?

—Como si alguien pudiera pasar por alto su bochornosa borrachera. Estoy segura de que era uno de los gilipollas que se estaban peleando en mitad de la gala. Puaj. Si ese idiota pensaba que podía recuperarme con ese patético intento de hacer las paces, está equivocado. Como si fuera a volver con su trasero mentiroso y

traidor. Ha pasado una eternidad y ya lo he superado. —resopla; el ruido es leve, pero aun así está cargado de desprecio—. Además, mi madre y yo ya hemos trazado nuestro plan de venganza, y la fase uno no empieza hasta dentro de unos meses. Cuando su papaíto empiece la campaña para su reelección. —dice las palabras con total indiferencia. Si no estuvieras escuchando con atención, te inclinarías a pensar que está comentando el tiempo y no arruinando la carrera de un hombre.

Las dos sabemos que le dolió mucho descubrir que Dale se escabullía a los reservados con chicas del club de estriptis Praying Mantis. Ese tipo de traición no es algo que se olvide así como así. Y, por lo que parece, lo tiene todo bajo control.

—Bueno, es un idiota y no te merece. —Es mi honor y mi deber como su pseudoamiga recordarle siempre que se merece a alguien mejor. Aunque las tramas de venganza se las dejo a ella.

Chasquea la lengua. —Lo sé. Por eso vamos a almorzar hoy.

Arqueo mucho una ceja al darme cuenta. —Le has echado el ojo a otro. —No es una pregunta, porque ya sé la respuesta.

Hace una pausa y la línea se queda en silencio, sin ruido de fondo. —Ya veremos. A las cuatro de hoy.

La duda me impide aceptar de inmediato. —No lo sé, Blaire. Estoy algo cansada...

—Es el mismo círculo que el del baile de máscaras, así que es lógico pensar que tu hombre misterioso podría aparecer.

Una satisfacción engreída emana de cada palabra, y si no estuviera tan irritada, me sentiría impresionada. No lo ha mencionado desde que me preguntó quién era cuando nos fuimos del baile de máscaras, pero no debería sorprenderme. Unos pocos días son prácticamente una eternidad para una chica que es el centro de toda la información y cotilleos.

Un ramalazo de posesividad se desliza por mis venas. De forma egoísta, no quiero que Blaire encuentre a mi chico misterioso. Lo cual es ridículo, porque no tengo ningún derecho sobre un tipo al que conocí *una sola vez*. Y Blaire es mi amiga.

Pero no puedo negar el impulso de ocultárselo a ella; a todo el mundo, en realidad. Algo oscuro y perverso se retuerce en mi

interior cuando pienso en volver a verlo. Me conozco lo suficiente como para saber que no dudaré una segunda vez.

—Joder, tía. Directa a la yugular, ¿eh? ¿Quién más estará allí? — me tiene pillada y lo sabe.

—¿Acaso importa?

Qué más da. Quiero volver a verlo. Y sin un nombre ni un número, no sé de qué otra forma podría encontrarlo.

—Vale. Nos vemos allí a las cuatro.

---

THE GRASSHOPPER ES el paraíso de los amantes de lo vintage. Construido a finales del siglo diecinueve, en su día fue una especie de banco o edificio gubernamental. Se rumorea que también fue un local clandestino durante la ley seca. Nunca he estado en los sótanos, pero se supone que están bien restaurados.

Tiene tres plantas, sin contar el rumoreado sótano clandestino. La primera tiene la mayoría de las mesas y reservados con una barra ornamentada a lo largo de una pared. La segunda y la tercera planta se dedican a eventos, desde bodas hasta grupos de chicos de la élite que quieren almorzar juntos.

No me cabe duda de que Blaire nos ha conseguido una sala pequeña en la segunda planta para cenar esta noche. Diablos, probablemente ya habrá pedido a uno de sus cocteleros que nos prepare un cóctel de autor solo para hoy.

Como la mayoría de los lugares que Blaire frecuenta, hay un código de vestimenta. Hoy me he decidido por uno de mis vestidos de verano favoritos. Unos tirantes finos se inclinan hacia mi cuello y se cruzan en la espalda, dejando mis hombros al descubierto bajo el sol estival. Tiene un escote en uve recatado y llega hasta la punta de mis dedos calzados con sandalias. Unos estampados de peonías grises y blancas rompen el azul, dándole al vestido un aire veraniego. Es ligero y vaporoso, pero cumple con las normas del restaurante.

Abro la pesada puerta del restaurante y entro. El aire acondicionado está a toda potencia, con fuerza suficiente para enviar una avalancha de escalofríos por todo mi cuerpo.

Todo el interior está decorado en dorados intensos y negros mate profundos. Una pared de cristal detallado se extiende por las tres plantas. Parece más una obra de arte que una simple ventana estándar. Es esmerilada, por lo que entra poca luz, lo que realza el ambiente del espacio.

Es evocador, con telas suntuosas cubriendo las sillas y los reservados. Tapices con textura cuelgan de las paredes, sirviendo para el control del volumen y como decoración. Apliques dorados iluminan el espacio con una luz tenue de vez en cuando y lámparas de araña de eslabones dorados cuelgan sobre las mesas.

Mientras me dirijo al puesto de recepción, no puedo evitar que se me escape la vista. Lo estoy buscando sin darme permiso real para ello.

Pero, ¿cómo voy a reconocer a un hombre al que solo vi en la oscuridad y con una máscara?

—¡Madison! —llama Blaire cuando llego al puesto de recepción.

—Parece que mi grupo ya me ha encontrado. —Le dedico a la recepcionista una pequeña sonrisa mientras saludo a Blaire con la mano. Me está esperando en el descansillo de la segunda planta con su bolso en la mano. Sorprendentemente, no está rodeada de su séquito habitual. O todavía no han llegado, o ella llega tarde. Considerando que Blaire piensa que llegar cinco minutos antes es llegar diez minutos tarde, dudo que sea el caso.

Examino su aspecto mientras acorto la distancia entre nosotras. Viste una falda de tubo negra ajustada con un sutil estampado de textura y una camisa verde azulado con los hombros al aire. Sus zapatos favoritos de suela roja completan el conjunto, pero es extrañamente informal para ella. Normalmente aprovecha cualquier oportunidad para ir de punta en blanco cuando está en público.

—Hola, cielo. ¿Estás bien? —le pregunto mientras subo las escaleras.

—Bien, ¿por qué? Solo estoy trabajando en eso de la amistad. —Observa la planta baja mientras habla, pero no se me escapa el

ligero rubor de sus mejillas.

¿La otra cosa que Blaire me confesó el año pasado? Que no tiene amigos de verdad. La han preparado para ser una chismosa toda su vida, así que no es difícil entender por qué. Y aunque no confío en ella como en Lainey o Mary, creo que poco a poco estamos forjando una amistad. Una de verdad, no esa farsa que tiene con esas otras chicas en la que cotillean en secreto e intentan superarse unas a otras todo el tiempo.

—Me alegro —le digo con una mueca.

Nada más llegar al descansillo, me agarra del brazo. —Vámonos. Estoy famélica.

---

HA PASADO una hora y sigo sin verlo. Me descubro mirando cada cara nueva que ronda por aquí. Blaire dijo que esto era un almuerzo, y es culpa mía no haber preguntado más, pero parece más bien algún tipo de función.

Hay platos pequeños colocados al azar en varias mesas para dos y cuatro personas dentro del pequeño salón normalmente reservado para banquetes o fiestas. Me recuerda a una reunión informal, solo que se te anima a ir de mesa en mesa para charlar y comer.

Doy un sorbo a un Bellini de melocotón mientras escudriño la sala de nuevo, buscando rostros conocidos —o desconocidos—. He comido algunas cosas aquí y allá, pero la mayoría de la gente de aquí son unos capullos traicioneros que prefieren hablar de una de estas tres cosas: fiestas, cotilleos o dinero.

Todo es tan predecible y... aburrido.

En un instante de lucidez que parece uno de esos momentos de bombilla que se ven en los dibujos animados, acepto el hecho de que me estoy aburriendo aquí. Y tal vez con la mayoría de estas personas. Casi espero ver una bombilla dibujada a mano sobre mi cabeza.

Todas las fiestas y los cotilleos insignificantes y el comparar patrimonios netos. Es agotador.

Y una auténtica mierda. Es todo tan insulso y falso que me hace sangrar los oídos. ¿Dónde está la pasión? ¿El interés genuino?

A lo mejor es solo una fase. O el cierre de una fase, tal vez. Estoy en un periodo de transición. Mi horóscopo de esta mañana me ha dicho lo mismo.

O tal vez ya no encajo con esta gente. Tal vez nunca lo hice.

Una extraña.

Con ese pensamiento pesándome en el corazón, pido permiso para ir al servicio. No es que a nadie a mi alcance le importara demasiado. Las chicas seguían charlando sobre la nueva profesora de St. Rita y los rumores de que se estaba liando con un profesor de otro colegio.

Los pasillos de The Grasshopper están tenuemente iluminados y son silenciosos en esta parte del edificio. Supongo que esto es principalmente arquitectura original, y como se construyó en una época de dimensiones más estrechas, los pasillos son más angostos de lo que estoy acostumbrada. Menos mal que no soy especialmente claustrofóbica, o este pasillo ornamentado podría ser un problema.

Grandes cuadros con gruesos marcos dorados revisten la pared, interrumpiendo el papel pintado de rayas anchas en salmón y crema. Representaciones de estilo renacentista de personas de las que nunca he oído hablar me observan caminar hacia el servicio de señoras al final del pasillo. Solo hay dos puertas adicionales en este pasillo aparte de los servicios, y ambas son espacios del tamaño de una pequeña sala de conferencias utilizados para cenas privadas.

He asistido a cenas y funciones en The Grasshopper antes. Supongo que se podría decir que es uno de los favoritos de este ambiente.

Estoy a mitad del pasillo, tarareando distraída una canción que he estado practicando para nuestra próxima noche de micrófono abierto en el O'Malley's Pub, cuando lo siento. La sensación inequívoca de ser observada.

Mis pasos se ralentizan y miro de un lado a otro, comprobando si los ojos de los cuadros me siguen. Los apliques de la pared proyectan sombras extrañas sobre los rostros desconocidos. Y entonces mi mente salta inmediatamente a una película de miedo

donde algún asesino en serie espera tras las paredes, usando los ojos de los retratos para acechar a sus víctimas y...

*No. Para. Has estado aquí una docena de veces, puede que más, y nunca ha pasado nada malo.*

Respiro hondo y suelto el aire despacio, volviendo a acelerar el paso. Unos pasos más tarde, alcanzo el pomo de la puerta con incrustaciones doradas, lo giro y empujo la pesada puerta.

La oscuridad me recibe.

SIETE

---

MADDIE

TARDO UN MOMENTO en recordar que las pocas ventanas de este tocador de señoras están cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo, y ni siquiera la mortecina luz del sol se filtra a través de ellas.

Busco a ciegas el interruptor de la luz con la mano izquierda.

Entonces lo siento.

Un chispazo de consciencia me recorre el cuerpo, seguido de una pizca de miedo.

Se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo hasta la punta de los pies cuando siento su calor a mi espalda. En el espacio de un latido, quizá dos, se pega a mí, con su frente contra mi espalda, y envuelve con su mano la mía extendida.

—He oído que me estabas buscando. —Su aliento agita el pelo junto a mi oreja mientras habla.

—¿Quién eres? —exhalo. La emoción vibra en mis venas, ahuyentando el miedo. Mis músculos se tensan ante el impulso de darme la vuelta y tocarlo. De pulsar el interruptor y ver su cara de forma adecuada por primera vez. De sentir la suavidad de sus labios contra los míos otra vez.

—¿Quién crees que soy?

Me humedezco los labios. —Aries. Eres mi Aries.

—Mmm. —Emite un sonido en la parte posterior de su garganta, y juraría que siento su pecho vibrar contra mi espalda—. ¿Y has estado preguntando por mí?

A pesar del tronar de mi corazón, la emoción me recorre las extremidades con fuerza. No puedo creer que esté aquí, que lo haya encontrado. O que él me haya encontrado a mí.

Pero ahora la verdadera pregunta es: ¿qué voy a hacer al respecto?

—No he ido preguntando por ti a todo el mundo. Pero sí... sí que quería volver a verte.

Pone su mano sobre mi vientre, separando mucho los dedos. Mi cuerpo se arquea sin pensarlo, y oigo mi respiración entrecortarse. El sonido es fuerte, rompiendo la absoluta oscuridad de esta habitación.

Me lamo los labios mientras la adrenalina y la lujuria luchan con mi sentido común. Esto es una locura. No soy el tipo de chica que se excita porque las manos de un extraño la toquen en la oscuridad.

*¿Verdad?*

Esa narrativa me la han metido por la garganta durante tanto tiempo que ya no sé si es lo que realmente siento o si es lo que se supone que *debería* sentir.

Abro mucho los ojos, como si eso fuera a ayudarme a ver algo. El miedo me pincha, rápido y fugaz, ante la oscuridad que lo abarca todo.

—Cierra los ojos, Raven.

Es como si supiera que estoy a punto de perder los nervios.

Ahora mismo estoy en una encrucijada.

Hace diez minutos, estaba en medio de un mar de gente lamentando mi condición de marginada, suplicando a los hados que me dieran algo para acabar con mi aburrimiento. Y aquí estoy. Y aquí está *él*.

Sería una idiota si no aprovechara el regalo que el destino me está ofreciendo.

Exhalo y dejo que mis párpados se cierren, con las pestañas temblando. Doy un pequeño paso hacia atrás, presionándome contra él. Su mano presiona mi abdomen en respuesta.

Su nariz roza el pabellón de mi oreja. —¿Has pensado en mí, Raven? ¿Has ido a casa y has deslizado la mano dentro de esas braguitas de encaje negro para tocarte?

Un calor me recorre el cuerpo, asentándose en mi vientre. Sus palabras dibujan una fantasía en mi mente, una que quiero hacer realidad.

Su mano baja muy lentamente, sus yemas deslizándose sobre la banda de encaje de mi tanga y ladeándose. Continúa su exploración por la parte delantera de mi muslo derecho, su pulgar rozando el lugar donde se unen la pierna y el muslo. Su otra mano aparta el pelo de mi cuello con movimientos suaves, exponiendo mi piel a sus labios que me rozan.

—¿Te has metido dos dedos dentro de ese coño apretado y te has corrido con mi nombre en los labios?

Echo la cabeza hacia atrás y un gemido entrecortado escapa de mis labios. —Esto es... esto es una locura. Ni siquiera sé tu nombre. O qué aspecto tienes. Yo...

—Hay algo embriagador en la oscuridad, ¿verdad? Puedes abandonar tus inhibiciones junto con la vista y seguir las necesidades de tu cuerpo. —Sus labios rozan la piel sensible de mi cuello con cada palabra, distrayéndome de sus dedos errantes. Suben por mi muslo, levantando mi vestido con cada movimiento. El aire fresco rodea mis pantorrillas, luego mis rodillas y finalmente mis muslos. Acaricia con las yemas de los dedos mis muslos con pequeños movimientos ascendentes, acercándose cada vez más a mi centro palpitante.

Siento cómo se endurece contra mi culo, la prueba física de que esto no está solo en mi cabeza. Es real.

Él es real.

Y maldita sea si voy a dejar que una conexión como esta se me escape entre los dedos como arena.

—Cuando tus piernas tiemblen de placer y estés al límite, quiero ver mi nombre brotar de tus labios. Quiero que esos capullos ricos oigan el nombre del hombre que te ha corrido a base de dedos en el baño de su mierda de fiesta.

—Sí. —Un gemido escapa de mi boca mientras la imagen que describe se apodera de mi imaginación. Mis bragas están empapadas por mi excitación, y estoy tan encendida ahora mismo que apenas puedo pensar con claridad. Contengo la respiración mientras sus dedos me tientan a través de la tela.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que me folle este coño deseoso?

Con una mano, busco a mis espaldas y agarro su nuca, pegando su cara a mí. Deslizo mi otra mano sobre la suya, animándole a tocarme donde quiero... donde lo *necesito*.

Aparta mi tanga a un lado y, con un movimiento rápido, la tira que sujeta el trocito de encaje a mi cuerpo se rompe. El escozor contra mi piel es suficiente para hacerme jadear, pero rápidamente cubre mi coño con su mano, presionando mi clítoris con el talón de la palma.

No me preocupa dónde caiga el tanga. Estoy demasiado ocupada flotando a tres metros del suelo por el placer.

Separa mis labios con sus dedos índice y corazón, y no puedo evitar el gemido ante sus caricias provocadoras. —Deja de provocarme —le ruego, con voz entrecortada.

Pasa sus dientes por la columna de mi cuello. —Oh, Raven, haré algo más que provocarte. Voy a arruinarte para todos los demás.

Mis labios se abren en una exhalación silenciosa, la promesa de sus palabras calando hondo bajo mi piel. Se me curvan los dedos de los pies cuando desliza un dedo dentro de mí y me aprieto contra él por instinto.

—Joder —maldice en voz baja, sacando el dedo con una lentitud exasperante—. ¿Este coño deseoso necesita más?

Asiento antes de que termine de hablar. —Sí. Sí, necesito más.

Le agarro la muñeca mientras él acelera un poco, subiendo esa cima más rápido de lo que creía posible. Soy plenamente consciente de que estoy en medio de un tocador de señoras en una fiesta con otros cien invitados a quince metros de distancia.

Como una mala invocación, en cuanto ese pensamiento cruza mi mente, llega a mis oídos el sonido de la puerta abriéndose.

—¿Madison? Sé que te he visto entrar aquí. Joder, qué oscuro está esto. ¿Dónde está el estúpido interruptor? —La voz de Blaire se apaga a medida que se hace más fuerte.

Oh, mierda, va a encontrar el interruptor, encenderá las luces y nos pillará.

¿Por qué esa idea me excita?

Una parte de mí quiere que encienda las luces solo para poder verlo con claridad. Todas nuestras interacciones han estado envueltas en oscuridad y pecado.

Pero mi parte realista se da cuenta de que si me pilla aquí, así, mi reputación podría hundirse en un instante.

A la mierda.

Estoy tan cerca de correrme que casi puedo saborearlo. Mis músculos se tensan y mis uñas se clavan en su muñeca, manteniéndolo pegado a mí.

—Maldita sea. —Sus palabras son susurradas pero están llenas de frustración. No entiendo por qué hasta que un momento después saca el dedo de mi interior. Mi vestido vuelve a caer sobre mis piernas y un sonido de protesta escapa de mí sin pensarlo—. Continuará, ¿vale?

Clava sus dientes en mi cuello y muerde un momento. No lo suficientemente fuerte como para rasgar la piel, pero sí para provocar un latido de respuesta en mis entrañas. Aprieto los muslos, y un gemido escapa de mis labios.

—Volveré a encontrarte. Lo prometo —murmura contra mi piel.

Y en otro instante, se ha ido. El espacio detrás de mí se siente frío; su ausencia es mayor que la de un simple cuerpo a mi espalda. Me llevo una mano al pecho para calmar mi respiración. Jadeo como si acabara de correr un maratón, y en cierto modo, es exactamente lo que he sentido.

Un maldito maratón de orgasmos.

Y me han robado la meta.

La luz llena el espacio y parpadeo rápidamente, con la visión en blanco mientras mis ojos se ajustan.

—Cariño, ¿no me has oído llamarte? ¿Y qué haces a oscuras? —pregunta Blaire mientras entrecierra los ojos.

Entrecierro los ojos y me doy la vuelta para mirarla. —Lo siento, no te he oído. Y no encontraba el interruptor.

Espero que atribuya mis mejillas encendidas a mi fingida vergüenza y no a la excitación.

Ladea la cabeza. Sus ojos brillan con esa mirada crítica por la que es conocida, y yo pongo cara de cuidadosa y fingida vergüenza.

—Ya me conoces, siempre tan despistada. —Suelto una pequeña risa falsa y autocrítica para terminar de convencerla, odiándome un poco por interpretar el papel de debutante tonta que me han impuesto.

Aunque la suspicacia nunca abandona sus ojos, asiente después de un momento. Cruza el espacio para ponerse frente al espejo, ladeando la cabeza de un lado a otro y examinándose el rostro. Lo tomo como mi señal y entro en la cabina, hiperconsciente de que no llevo bragas.

—Bueno, me alegro de haber venido entonces. Está todo negro aquí dentro, y podrías haberte roto un tobillo solo intentando mear. Ahora date prisa, porque Ryan Pope te estaba buscando, y tengo de buena tinta que va a pedirte que seas su acompañante para los Hamptons este año. Es temática *Gatsby*, ya sabes.

Exhalo un suspiro silencioso y hablo desde la cabina. —Sí, lo sé. Aunque no estoy segura de si iré con Ryan.

—¿Ah, sí? ¿Ya te lo ha pedido alguien?

—No, pero puede que tenga a alguien en mente para llevar. —Tiro de la cadena y cruzo el espacio para ponerme a su lado. Me devuelve la mirada por el espejo mientras me lavo las manos.

—Oh, qué *Sadie Hawkins* por tu parte. Si mi madre no me obligara a ir con mi prometido, seguiría tus pasos.

La sigo fuera del baño y hago un esfuerzo consciente por no buscar con la mirada a mi hombre misterioso. Las luces son lo suficientemente brillantes como para creer que podría verle los poros desde aquí, pero o bien es extremadamente bueno escondiéndose o ya no está aquí.

Dejo que Blaire me guíe de vuelta al salón del evento hacia un grupo de gente. Ofreciendo respuestas educadas y sonrisas falsas, me desconecto de la conversación casi de inmediato. Dejo que mi

mente divague ociosamente, sin detenerme demasiado en los *sucesos* del baño, no sea que transmita mis pensamientos y mis mejillas encendidas a las aguas infestadas de tiburones que me rodean.

Finalmente, después de que ha pasado el tiempo suficiente como para irme de forma segura sin ofender a nadie, me marchó. Me sorprende mirando por encima del hombro cada cinco segundos, ralentizando el paso al llegar a las puertas exteriores.

Con una última mirada alrededor, no veo a mi hombre misterioso por ninguna parte. Tenía la esperanza de que me estuviera esperando para que pudiéramos terminar lo que empezamos. La decepción se asienta como leche agria en mi estómago, pero la reprimo hasta que dejo de sentir el amargor que ha dejado.

Me pongo una sonrisa de compromiso y me uno a la concurrida acera, caminando sin prisa de regreso a casa.

OCHO

---

MADDIE

HAN PASADO seis días desde el baile de máscaras. Cinco desde The Grasshopper. Cinco largos días en los que he hecho todo lo posible por sacarme de la cabeza a dos hombres distintos.

Reconozco que cierto par de ojos castaños oscuros es un poco más difícil de borrar, pero lo intento. Vivo en una ciudad del tamaño de un país pequeño. La probabilidad de volver a encontrarme con Aries *otra vez* es mínima. Aunque nuestros colegios estén afiliados, el baile de máscaras es el pistoletazo de salida del verano, así que los eventos de los próximos tres meses se centran más en lo social y menos en lo académico. Además, nunca le he visto en otros eventos, así que seguramente solo era el amigo de un amigo o algo así.

Fuera del baño, no le vi en todo el almuerzo. Dijo que volvería a encontrarme, y yo, ingenua de mí, pensé que quería decir en plan inmediato.

Pero han sido cinco largos días.

Casi le pedí a Blaire que le escribiera un mensaje a su ex, Dale, sobre él, porque parecía que se conocían, pero al final pensé que era mejor no hacerlo. Me cae bien Blaire, pero juro que vive a base de cotilleos, café y la tarjeta negra de su papi.

Lo último que necesito es que alguien se haga la idea equivocada. Ya es bastante malo que capullos como Charles vayan por ahí soltando chorradas sobre mí como si fuera una reina de hielo. Ni siquiera me conocen y, siendo sincera, Blaire apenas conoce a la verdadera yo.

A veces me pregunto si ni siquiera yo conozco a la verdadera yo. Paso tanto tiempo siendo quien todos los demás quieren o necesitan que sea, que es fácil perderse.

¿Y esos tíos? Ni siquiera intentaron conocerme, en ninguna de mis versiones. Mi madre tenía razón en una cosa: algunos hombres son criaturas frágiles que siempre necesitan que les acaricien el ego. Siempre me decía que yo era demasiado exigente para la mayoría de los tíos, pero desde luego para ese tipo de tío.

Como si yo fuera a querer a un hombre que huele como si se bañara en colonia, se pilla una borrachera en cada evento del colegio y suelta las frases de ligue menos imaginativas del mundo.

No, yo quiero a un hombre que domine una sala solo con su presencia, que despierte deseo con un solo toque, que provoque un poco de miedo con una mirada intensa. Vale, quizá lo último esté un poco inspirado en las novelas que leo, pero, ¿quién puede culparme?

En realidad, lo único que quiero es alguien que vea más allá de las capas de gasa y encaje hasta llegar a *mí*.

Mi hermana dice que leo demasiado romance y que tengo que ser realista con mis expectativas sobre los hombres. Muy a menudo.

Y puede que tenga un listón bastante concreto en mente, pero, ¿es tan terrible tener expectativas?

Se me tuercen los labios hacia un lado cuando, al pensar en mis expectativas, me vienen a la cabeza dos pares de ojos muy distintos.

Hace un mes, me habría reído ante la idea de salir con dos hombres. Pero entonces Lainey dejó caer así, como quien no quiere la cosa, que le interesan tres tíos, a la vez. Todavía tengo que sacarle todos los detalles sucios, pero me descubro preguntándome si acabaré con mi propia colección de novios.

Dejo que la mente divague mientras camino calle abajo, esquivando grupos de chavales que se ríen detrás del móvil y

ejecutivos que avanzan a paso rápido con el café en una mano y el teléfono pegado a la oreja.

¿Cuáles son las probabilidades de que la noche en que me reencuentro con Matteo por primera vez en años sea la misma noche en que por fin encuentro a alguien que me interesa?

Bueno, quizá. Quizá me interesa.

No sé nada de Aries más allá de nuestra atracción mutua. Seguro que mucha gente puede decir lo mismo, pero eso no les convierte en una buena pareja.

*Jesús.* Pongo los ojos en blanco al cruzar la calle. *¿Pareja? Contrólate, Maddie. Si ni siquiera sabes cómo se llama.*

Casi sin esfuerzo consciente, mi mente vuelve a reproducir mis encuentros con él. *Otra vez.*

Una oleada de calor me recorre cada vez que pienso en mi hombre misterioso en el baño oscuro de The Grasshopper.

Sé con total certeza que le habría dejado follarme allí mismo. Agachada sobre el pequeño sofá de terciopelo, o sentada a horcajadas sobre él en la chaise longue antigua, o incluso contra la pared hortería empapelada.

Habría hecho todo eso y más si no nos hubieran interrumpido.

Lo único más sorprendente que eso es que no me siento mal por ello. No siento vergüenza ni culpa por haber querido dejar que un tío cuya cara no sabría reconocer me desatara en una fiesta de almuerzo. Tengo que pensar que habría encontrado la forma de contactar conmigo a estas alturas si le interesara algo más. Ha pasado casi una semana, y está claro que conoce a algunas de las mismas personas que yo.

A no ser que no pueda.

Quizá está de viaje, o herido, o atrapado en una...

Pongo los ojos en blanco ante mis propios pensamientos. Siempre dramática e incurable romántica, al parecer.

No consigo soltar la idea de algo tan... explosivo con alguien. No *quiero* soltarla. Si acaso, quiero más, mucho más.

La última vez que sentí algo mínimamente parecido a lo que sentí con Aries fue cuando estaba con mi exnovio. Y entonces solo éramos

críos. Solo puedo imaginar cómo sería si estuviéramos juntos ahora, aunque fuera solo una noche.

Y *¡oh, Dios mío!* ¿En qué estoy pensando ahora mismo? ¿En acostarme con mi exnovio y con mi...? ¡Ni siquiera sé cómo llamarlo!

Suelto el aire y me paso la mano por la cara para centrarme.

Vale.

Estoy bien.

O sea, estoy pensando en acostarme con dos hombres distintos a la vez. Bueno, no a la *vez misma* misma, pero como durante.

Vale. Ahora sí que estoy imaginando esa fantasía concreta de los dos a la vez. Noto cómo se me nublan los ojos mientras sigo andando calle abajo. Menos mal que la gente que pasa a mi lado no tiene ni idea de la depravación que se está proyectando en mi cabeza.

En lugar de sentirme insegura y avergonzada por mi pequeño rollo casual con un desconocido, hoy me he despertado y he decidido estar agradecida. Ahora sé lo que me ha estado faltando en todas las citas de los últimos años.

Chispa, llama, pasión. Con ninguno de ellos había nada de eso.

Suelto el aire, levantando el mechón suelto que me cae sobre la cara. Me pregunto por décima vez si debería llamar a Lainey. Me vendría bien una buena sesión de desahogo y, como mi hermana ha estado desaparecida la mayor parte de la semana, me estoy quedando sin opciones.

Supongo que una llamada a Lainey no haría daño, y quizá ella tenga alguna idea de qué hacer para ayudar a Mary.

Nadie conoce a mi hermana como la conozco yo. Nuestro vínculo es irrompible. Sé que está pasando por algo ahora mismo, pero no sé cómo ayudarla si no quiere hablar conmigo. Apenas está en casa, y cuando está, se pasa la mayor parte del tiempo en su habitación. Pensé que podría estar agobiada por las clases de verano o algo así, pero jura que está bien.

Voy observando a la gente con disimulo mientras recorro la última manzana hasta mi cafetería favorita. Siempre me ha gustado observar. Hay algo fascinante en ver cómo actúa la gente cuando cree que nadie la está mirando. De vez en cuando, Lainey, Mary y yo

nos sentamos en Central Park e inventamos historias sobre la gente que vemos. Las historias de Mary siempre acababan con cosas prácticas, las de Lainey solían tener un giro prohibido, ¿y las mías? Bueno, las mías siempre tenían un final feliz.

Eso se lo debo a mi padre. Cuando era pequeña, narraba los cuentos de hadas más elaborados sobre caballeros que rescataban princesas y mataban dragones. Cuando pienso en todos esos años en los que estaba convencida de que yo era una princesa, una calidez nostálgica me cubre el alma y la punzada de su ausencia se atenúa un poco.

Por mucho que finja lo contrario, una parte de mí siempre va a buscar esos finales felices, aunque solo sea para que su ausencia duela un poco menos gracias a los recuerdos bonitos.

Un grupo de varios chicos y una chica caminan a unos pocos metros por delante de mí, en dirección contraria. Algo en ellos hace que aminore el paso y gire la cabeza. Los observo al amparo de mis enormes gafas de sol mientras uno de los chicos le pasa el brazo por el cuello a la chica, la acerca a su cara y le roba un beso. Parecen la imagen perfecta del amor juvenil.

Lo que de verdad capta mi atención es la otra mano de ella y el hecho de que otro de los chicos la esté sujetando. Tienen los dedos entrelazados, y una mirada a la cara de él no muestra ni rastro de celos ni irritación mientras su amigo besa a su chica.

Vaya, supongo que Lainey no es la única que juega abiertamente con más de un tío.

Doblan la esquina y los pierdo de vista. La verdad, podría haberlos observado más rato solo para intentar descifrar la dinámica interna de ese pequeño grupo. Apuesto a que podría inventarme historias divertidas sobre ellos, eso seguro. Demonios, incluso podría ponerme creativa con algunas ideas y pasárselas a Lainey.

Suelto una risita al imaginar esa conversación.

*Cariño, estaba por ahí observando a la gente y me he puesto a pensar. ¿Qué tal va lo de tu trío—cuarteto—quinteto? Porque se me han ocurrido unas cuantas ideas que podrías probar.*

Me mataría, pero la cara que pondría quizá valiera la pena.

Veó el toldo de mi cafetería favorita y mis pensamientos vuelven a mi hombre misterioso. No puedo evitar preguntarme si volveré a verlo alguna vez, a pesar de su seguridad de que lo nuestro no ha acabado.

Como con casi todo en mi vida, decido dejarlo en manos del destino. Y además, ya intenté buscarle por internet, pero sin un nombre y sin una foto clara de su cara, es como buscar una aguja en un pajar. Me rendí después de una hora haciendo scroll en las fotos del perfil de Dale.

Pero voy a fingir que no he hecho eso, porque hasta pensarlo me hace sentir una especie de acosadora.

Me ajusto el bolso cruzado mientras camino, ignorando los taxis que toman las esquinas a toda velocidad y se pegan a los bordillos como si estuvieran en un gran premio. Dejo que los sonidos reconfortantes del "Hallelujah" de Jeff Buckley llenen mis oídos. Hace unas semanas le birlé una de sus listas de reproducción a Lainey y no he podido dejar de escucharla.

El sudor me resbala por el cuello y el bolso me golpea la cadera a cada paso. Los veranos en Nueva York pueden ser brutales. Es como estar en un horno gigante. Solo tú y un millón de personas más asándoos en la acera bajo un sol abrasador. He oído decir que este año ya apunta a romper récords de ola de calor, de ahí los apagones rotativos que ya ha habido.

Al abrir la puerta de la cafetería, suspiro cuando una enorme bocanada de aire acondicionado me da de lleno en la cara. Me quito los auriculares y voy directa al mostrador.

—Hace un calor de los buenos, ¿eh? —pregunta Jerry desde la caja. No es un barista con el que tenga mucha confianza, pero le he visto un par de veces.

Pego una sonrisa en mi cara. —Sí. Ya estamos a más de treinta. ¿Me pones un té helado, por favor?

Él silba. —¿Más de treinta? Uf. Eso es demasiado calor para mí. He nacido y me he criado aquí, pero los veranos son demasiado calurosos.

Asiento y mantengo la sonrisa. La charla intrascendente es lo peor, pero la charla intrascendente cuando parece que la piel se te

va a derretir y estás muerta de sed es lo puto peor.

—Ajá. Así que el té helado que tengáis hoy, me pones uno grande, por favor.

—Hecho. Hoy tenemos té verde con arándanos. ¿Te vale? —Da una vuelta para empezar a prepararlo.

—Sí. Perfecto, gracias. —Meto la mano en el bolso y saco la cartera. Antes de salir de casa, comprobé dos veces que la llevaba dentro.

Solo entonces me doy cuenta de que hay alguien apoyado en la vitrina de bollería con una media sonrisa. Se me salta un latido y mi sonrisa se relaja mientras se ensancha.

—¿Americano?

NUEVE

---

MADDIE

LADEO la cabeza mientras le echo al chico otro vistazo evidente de arriba abajo. Al principio no estaba segura de si era él, pero ahora que la sorpresa se está pasando, reconozco esos músculos bajo ese polo azul real.

Una amplia sonrisa se extiende por su rostro, demasiado atractivo. —Ah, conquie sí me ve. Empezaba a preocuparme por si me había vuelto invisible de alguna manera.

Un rubor me calienta las mejillas mientras lucho contra la sonrisa que intenta escapar. —¿Te pasa eso a menudo?

Se separa de la vitrina de la bollería y da un paso hacia mí. — ¿Que mujeres despampanantes me ignoren? No. Normalmente no.

Me muerdo el interior de la mejilla para contener una risa inesperada. Ya me doy cuenta de que es demasiado encantador para su propio bien. —No, me refiero a si te vuelves invisible a menudo. ¿Eres el próximo superhéroe de barrio de Marvel escondido a plena vista y esperando el momento de luchar contra el crimen?

Entorna los ojos por un momento, y la expresión desaparece de su rostro antes de que pueda identificarla. Se acerca a mí, dejando su café en el mostrador. Se toma un momento para examinar mi rostro, y me encuentro conteniendo el aliento sin haber tomado una decisión consciente de hacerlo.

Asiente, con un movimiento pequeño y pausado. —¿Alguna vez has sentido que estás sola en una habitación llena de gente? Como si fueras de cristal, por la de veces que la gente te mira a través de ti misma... que te ignora.

Se me entrecorta la respiración y siento un destello de intensidad pura, como si acabara de pelar mis capas sin esfuerzo y hubiera visto mi interior. Lo único que me impide soltarle una bordería o ignorarlo por completo es la mirada de sus ojos. La vulnerabilidad y el dolor son tan inesperados que me pillan por sorpresa.

Cuando no respondo, se echa hacia atrás y coge su café. —Sí, yo tampoco —dice antes de darle un sorbo.

Siento que estoy al borde de algo aquí. Y no sé qué es, ni qué significa, pero sé que estoy en una encrucijada. Puedo sentirlo en los huesos.

Mi horóscopo de hoy decía que corriera riesgos y que saliera de mi zona de confort. ¿Y si... y si *este* es el riesgo que se supone que debo correr? Dos hombres oscuros y melancólicos pasan por mi mente, pero los descarto. La probabilidad de volver a ver a cualquiera de los dos pronto es tan escasa que resulta ridícula.

Por el rabillo del ojo, veo que Jerry deja mi té helado en el mostrador sin decir palabra y se da la vuelta para limpiar la máquina de café espresso. Así que decido aprovechar el momento.

Dejo mi bebida en el mostrador y camino los pocos pasos que me sitúan justo dentro de su espacio personal. Él arquea una ceja pero no dice nada. Le tiendo la mano, con mis uñas pintadas de rosa a escasos centímetros de su pecho. —Soy Madison.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro y me golpea la visión de sus hoyuelos. Juro por Dios que algo en mi interior se aprieta al verlo. Un hombre no debería ser tan guapo. Va contra la naturaleza de las cosas. Y hace que chicas perfectamente razonables cometan estupideces. Solo espero que ese no sea mi caso.

Sea como sea, tengo la sensación de que esto lo cambia todo.

Envuelve mi mano con la suya, mucho más grande; su palma está caliente y ligeramente callosa. —Soy Leo.

Casi espero que la puerta se abra de golpe y entren correteando pequeños animales del bosque, piando como si estuviera en una

película de Disney de acción real o algo así. Juro que siento una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo por su contacto. Si nota mi extraña reacción, es lo bastante educado como para no mencionarlo.

—Encantada de conocerte, Leo.

Seguimos dándonos la mano, aunque a estas alturas parece más bien que simplemente nos las estamos sosteniendo. Ninguno de los dos se aparta, y me muerdo el interior de la mejilla para contener la sonrisa cursi que intenta escapar.

—Créeme, Madison, el placer es todo mío. —Una sonrisa se extiende por su rostro, mostrando de nuevo esos hoyuelos. Dios, esas cosas son letales. ¿Estás ocupada ahora? ¿Tienes que ir a algún sitio?

—Estoy libre. —Mis palabras salen precipitadas y un poco demasiado entusiastas. Y estoy segura de que reviviré este bochorno durante las próximas dos semanas, pero por ahora no dejo que me afecte.

—Perfecto. Sentémonos y disfrutemos de nuestro café juntos.

Cada uno agarra su bebida del mostrador y, con su mano aún sosteniendo la mía, me lleva hacia una de las pequeñas mesas de estilo bistró de la parte delantera de la cafetería. Está resguardada en una esquina de la zona de asientos, junto a una pequeña colección de acuarelas en la pared.

Me saca la silla y espera a que me siente antes de rodear la mesa y sentarse frente a mí.

—¿No eres todo un caballero? —bromeo arqueando una ceja.

Se encoge de hombros y le da un sorbo a su café. —Tengo muchos talentos ocultos.

Dice las palabras con total naturalidad, pero debe de haber algo en el ambiente, porque en lo único que puedo pensar es en qué otros *talentos* tendrá. Y en si llegaré a experimentarlos.

Bebo mi té helado para tener algo que hacer y para refrescarme un poco.

Leo se apoya en el respaldo de su silla, sin quitarme los ojos de encima. —Y bien, Madison, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en la Gran Manzana?

—Casi toda mi vida. ¿Y tú?

—Bueno, acabo de terminar los estudios a las afueras, así que ya estoy de vuelta en casa.

Lo observo por encima de mi vaso, examinando sus rasgos y su ropa. —Ah, ¿ah sí? ¿Qué edad tienes, por cierto?

Esboza una sonrisa de suficiencia y echa la barbilla hacia atrás. —¿Qué te parece a ti?

Resoplo y pongo los ojos en blanco con picardía. —Soy malísima para las edades. Todo el mundo me parece que tiene entre quince y cincuenta años.

Se ríe, y el sonido es cálido y acogedor. Noto las líneas de expresión alrededor de sus ojos, y algo cálido se despliega en mi pecho. Parece un hombre al que le gusta reír.

Y creo que es exactamente el tipo de hombre que necesito ahora mismo. Me olvido de esos hombres oscuros y misteriosos que han estado atormentando mis pensamientos.

—Me acabo de graduar en la Academia St. Bartholomew —dice encogiéndose de hombros.

—Vaya. Pensaba que St. Rita era dura, pero luego oí cómo son tus clases en St. Bart y eso de verdad me ayudó a ponerlo en perspectiva.

—Ah, conque eres una chica de St. Rita, ¿eh? Eso lo explica. —Chasquea los dedos con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

Arqueo una ceja. —¿Explica qué?

Sacude la cabeza. —No, no es nada. Solo un rumor de que a las chicas de St. Rita las preparan para ser unas zorras rompepelotas.

Suelto una carcajada, atragantándome con el té que acabo de beber. Le hago un gesto para que no se preocupe. —Estoy bien. Es solo que me has pillado por sorpresa. Siguiendo esa lógica, ¿tú debes de ser un capullo mujeriego como afirman tantas chicas que son los chicos de St. Bart?

Se lleva una palma al pecho. —Me hieres, Madison. ¿Creía que éramos amigos?

—¿Amigos? Si acabamos de conocernos —digo con un aleteo de pestañas.

Su sonrisa desaparece, pero la calidez permanece en su mirada. —A veces simplemente sabes estas cosas, ¿sabes? Vamos a ser amigos íntimos, tú y yo. ¿No lo sientes?

Siento como si el aire se detuviera en mis pulmones por un momento. Porque aunque estoy segura de que solo está flirteando y que probablemente use esa frase con todas las chicas, realmente está funcionando conmigo.

—Seguro que usas esa frase con todas. —A pesar de que me late el corazón a mil, me río para quitarle importancia. Mentiría si dijera que no he sentido una conexión, pero también la sentí con el chico del baile de máscaras. Y no olvidemos a Matteo. Me pregunto si alguna vez dejaré de sentirme conectada a mi ex.

Así que tal vez mis instintos no sean tan fiables.

Tal vez solo me siento sola.

No, no, eso tampoco me parece correcto. Examino su rostro, buscando el engaño oculto o una razón para esta conexión prácticamente instantánea.

Su mirada permanece fija en la mía. —No. No es una frase, te lo prometo. Aún no me conoces lo suficiente como para confiar en mi palabra, pero lo harás.

Como si sus palabras tuvieran el poder de una premonición, un trueno estalla en el aire. Salto casi un palmo de la silla cuando un relámpago surca el cielo.

—¿Ves? Hasta los dioses están de acuerdo conmigo. —Me lanza una sonrisa que es a la vez sincera y burlona.

—¿Los dioses?

—Los dioses, el destino, el universo, como quieras llamarlo.

Niego un poco con la cabeza con una pequeña sonrisa. —Sé que no todo el mundo cree en ello, pero me gusta seguir mi horóscopo. Ha acertado más veces que no.

Mis mejillas se calientan de vergüenza y me estoy dando un bofetón mental. Aquí estoy, soltando precisamente aquello de lo que la mayoría de la gente se burla. Claro, puede que no en mi cara, pero veo a las chicas del instituto poner los ojos en blanco cada vez que saco el tema. No me avergüenza que me guste seguir las

estrellas, pero no suelo soltarlo tan rápido después de conocer a alguien.

Hay algo extrañamente cómodo en Leo. Casi como si lo conociera desde hace años, no de hace horas.

—Oye, ¿a dónde te has ido? —Su voz es baja, y el timbre profundo me calienta por dentro.

Me encuentro con su mirada. —¿Eh? Ah, a ninguna parte. Solo pensaba que debería irme para que no me pille la lluvia.

Miro por la ventana que tengo al lado y veo los nubarrones oscuros eclipsando el sol, prometiendo un buen chaparrón pronto. Porque eso es lo que necesitamos: más humedad en este horno.

El asiente y bebe un poco de su café antes de volver a dejarlo sobre la mesa. —Quiero volver a verte, Madison.

Sin pecar de exceso de confianza, me han pedido salir incontables veces y rechazo a la mayoría. Qué narices, si me lo hubiera pedido hace un mes, puede que hubiera dicho que no.

¿Pero aquí y ahora?

Paseo mi mirada por él, dejando que una sonrisa juegue en las comisuras de mis labios. —Me gustaría, Leo.

Una amplia sonrisa se extiende por su rostro, y sus hoyuelos me guiñan un ojo. —Perfecto. Esta noche, entonces.

Se me escapa una risa. Juro que tengo a una mini Blaire y a una mini Lainey en cada hombro, diciéndome cada una algo diferente. La mini Blaire quiere que se lo curre más, y la mini Lainey me anima a decir que sí y a divertirme. Me quedo con algo intermedio entre las dos.

—Esta noche no puedo. Pero mañana estoy libre.

Él asiente varias veces, con los ojos chispeantes. —Te recogeré a las siete y te llevaré a uno de mis restaurantes favoritos.

Me muerdo un lado del labio con indecisión. Las historias de los documentales preferidos de Mary sobre crímenes reales pasan ante mis ojos. —¿A qué restaurante? Quedamos allí.

No duda ni un segundo y su sonrisa permanece firme en su rostro. —A Louisa's.

—Sé dónde está. —Asiento un par de veces y dejo de morderme el labio.

—Perfecto. Toma, déjame que te dé mi número por si lo necesitas. —Desliza su mano por la mesa, con la palma hacia arriba, y mueve los dedos.

Desbloqueo mi teléfono, abro un nuevo mensaje de texto y se lo pongo en la mano. Me devuelve el móvil cuando termina, dejando que sus dedos permanezcan sobre mi mano más de lo necesario. Intento ignorar la forma en que ese simple gesto envía chispas por mi brazo.

Separando la silla de la mesa, me levanto y recojo mis cosas. Él hace lo mismo y salimos de la cafetería uno al lado del otro, con nuestros brazos apenas rozándose.

Se detiene en el paso de cebra. —Hasta mañana, Madison.

Siento el pecho ligero, con la emoción bullendo por mis venas. Entrelaza nuestros meñiques por un breve momento antes de darse la vuelta y caminar por la manzana de espaldas.

—Hasta mañana.

Lo observo con una sonrisa secreta en el rostro hasta que la señal del paso de cebra parpadea, y cruzo la calle moviendo los dedos en su dirección.

Voy tarareando para mis adentros todo el camino a casa con un entusiasmo evidente en mis pasos.

DIEZ

---

MADDIE

PASO las palmas por mi pelo, tomándome mi tiempo para aplicar el aceite alisador y que mis ondas anchas se mantengan intactas y sin pelillos sueltos. Mis ojos azules parecen casi helados delineados en negro, con un discreto rabillo que se extiende más allá de las pestañas. El resto del maquillaje me lo he dejado ligero y natural, pero no puedo resistirme a un buen rabillo de eyeliner.

En el altavoz portátil de mi cómoda, al otro lado de la habitación, suena bajito Florence + The Machine. Exhalo un suspiro en un débil intento de calmar las mariposas que revolotean. No sé por qué estoy tan nerviosa por conocer a Leo, pero no puedo evitar las mariposas monarca que se me echan a volar cada vez que pienso en ello.

Pensé que si me daba tiempo de sobra para arreglarme ayudaría, y supongo que un poco sí. Me he dado una ducha larga con una de mis bombas de baño favoritas —menta y limón— y me he hidratado absolutamente todo con la crema favorita de mi madre. Ella la llama *juventud embotellada*, y estoy segura de que es carísima. Casi todo lo que le encanta a mamá lo es.

Pero supongo que he empezado demasiado pronto, porque aún me quedan cuarenta y cinco minutos antes de tener que irme, y estoy prácticamente lista. Solo tengo que ponerme mi par de sandalias de cuña favoritas y ya puedo salir.

Pensaba que a estas alturas ya habría visto a Mary. La he oído salir a escondidas de nuestro apartamento temprano esta mañana. Ha dejado una nota en la cocina diciendo que estaba estudiando en la biblioteca todo el día y que no volvería hasta tarde esta noche.

Por lo visto, tiene un grupo de estudio nuevo. Y aunque eso normalmente no es motivo de preocupación —Mary es la *lista*, al fin y al cabo—, sé de sobra que no está haciendo ninguna asignatura. El curso de verano no empieza hasta dentro de unas semanas.

No sé por qué no quiere decirme que ha estado quedando con alguien. Me alegro de que esté saliendo con alguien. Se merece ser feliz y tener amor y todos esos sentimientos empalagosos que vienen con ello.

Quiero que sea feliz. Siempre he querido. Ha estado tan ocupada intentando ser distinta de mí que no se da cuenta de la distancia que eso crea entre nosotras.

Sollozo en silencio, ahogando la punzada de tristeza bien adentro y me aplico otra capa de máscara en mis pestañas oscuras. Supongo que le dejaré una nota a Mary, ya que es a lo que nos hemos visto reducidas últimamente. Seis palabras en un post-it. No puedo esperar a que Lainey vuelva a casa. Siempre ha sido el pegamento que nos mantiene unidas.

Satisfecha con mis pestañas, cojo el móvil para mirar la hora y enviarle un mensaje rápido a Mary. No sé cuándo va a volver a casa, y así al menos sabrá dónde voy a estar esta noche en caso de que no vea la nota en la encimera. Quién sabe, quizá la noticia de que tengo una cita la haga abrirse un poco.

Suelto el aire.

Treinta minutos para que tenga que irme. Mi pulgar se queda suspendido sobre el nombre de Lainey en mis mensajes. No quiero molestarla, pero ya la echo de menos. Ni siquiera hace tanto que la he visto, y acabamos de hacer una videollamada el otro día.

Con un encogimiento de hombros, pulso sobre su cara sonriente y escucho cómo el tono de llamada llena el aire de mi habitación. Al quinto tono, descuelga.

La preciosa cara de mi prima llena la pantalla. —iMaddie!

Una sonrisa se me extiende por la cara mientras la felicidad me hierve bajo la piel. Dejo que la mirada recorra su rostro, como he hecho cada vez que la he visto o hablado con ella. Tiene buen aspecto para una chica a la que acaban de secuestrar y retener en una cabaña perdida en el bosque. —Hola, Lainey. ¿Cómo estás? ¿Sigues bien?

Inclina la cabeza hacia un lado, una sonrisa jugueteando en la comisura de la boca. —¿Quieres decir desde ayer, cuando me llamaste?

—Me preocupo por ti. —Mi voz es baja, pero ella oye la preocupación de sobra.

Su rostro se suaviza en una expresión más seria. —Estoy bien, Maddie... bueno. Lo estaré. Te lo prometo.

Asiento un par de veces, el movimiento lento. Es lo mismo que me dijo el otro día y la vez anterior, pero no puedo detener el remolino en el estómago. Es una combinación venenosa de culpa y preocupación. Tendría que haber estado pendiente de ella. Es mi papel en nuestra familia cuidar de todos.

Acerca el teléfono más a su cara, la pantalla se llena de sus ojos castaños muy oscuros. —Eh. Lo digo en serio. Estoy bien. Me están cuidando muy bien, e incluso he conseguido camelarlos para que me enseñen un par de cosas.

Alzo una ceja. —¿Ah, sí? ¿Y *qué* tan bien te están cuidando? —Sus mejillas se tiñen de rubor y mi sonrisa se ensancha—. Tan bien, ¿eh?

Desvía la mirada antes de volver a mirarme con un encogimiento de hombros y una pequeña sonrisa. —Sabes que yo no hablo de mis besos.

—¡Ajá! O sea que ha habido besos. Menos mal. Porque, sinceramente, te quiero, tía, pero si no estuvieras aprovechando tu situación aunque fuera un poquito, iba a tener que hacer que entraras en razón a bofetadas.

Agita la mano en el aire, como espantando mis palabras. —Basta de hablar de mí. ¿Adónde vas? Vas demasiado arreglada para cenar con tu hermana.

Me hago la recatada llevándome una mano al pecho y aleteando las pestañas hacia ella. —¿Este viejo trapo?

Las dos sabemos que de viejo no tiene nada. Es una de las pocas cosas que compré cuando mi madre nos llevó a Mary y a mí a Europa hace unas semanas con su nuevo novio. Un minivestido color crema que me llega a media pierna, ajustado desde la cintura hacia abajo, pero fluido en la parte de arriba. El escote es un profundo pico que cae suelto, con volantes grandes y suaves que caen desde los hombros hasta el ombligo, creando un efecto de manga corta.

Es un corte atrevido suavizado por los volantes y el color crema, y con mi pelo rojo intenso en ondas suaves es un look que llama la atención.

Perfecto para una cita. Y por el brillo en los ojos de Lainey, sé que está pensando lo mismo.

—Te contaré si la cosa va a más, ¿vale? Pero te mandaré mi ubicación dentro de una hora más o menos, ¿vale? Porque ya sabes...

—Los asesinos en serie —decimos a la vez antes de quedarnos calladas y echar a reír.

—¡Ah! Antes de que se me olvide, volveré a la ciudad pronto. ¿Quieres que quedemos a comer en el Blue Lotus? Me muero por su menú del día.

—¡Por supuesto! ¡Te echo de menos! Siento que no voy a poder dejar de preocuparme por ti hasta que te vea en persona, ¿sabes?

—Lo sé —dice asintiendo—. Estaré allí el viernes. ¿Se lo dices a Mary por mí?

Suena la alerta que he configurado para avisarme de a qué hora tengo que salir para mi cita. No sé ni por qué lo he puesto en el calendario, como si se me fuera a olvidar o algo, pero de algún modo el gesto me ha calmado los nervios. —Oye, me tengo que ir, cariño. Pero se lo diré. ¡Y te veré el viernes!

—¡Sí, yo también! ¡Diviértete!

Le guiño las cejas. —Tú también. ¡Hablamos pronto!

Cuelgo y deslizo el móvil en mi pequeño bolso bandolera blanco de piel. Cojo mi gloss y me aplico otra capa antes de guardarlo en el bolso. Después de calzarme mi par de sandalias de cuña color camel

favoritas, abro la app de viajes en coche y compruebo el estado del vehículo que he pedido. No me importa coger el transporte público, pero tampoco quiero llegar pareciendo que acabo de salir de una clase de hot yoga. Y caminar por toda la ciudad con este calor prácticamente garantiza que llegaré poco menos que empapada.

Cierro con llave nuestra puerta al salir de la suite, saludando con la mano a unas amigas del pasillo que, como nosotras, se quedan aquí todo el año.

Con los años hemos llegado a conocer de verdad a las chicas cuyas familias las mandan aquí a vivir durante todo el año. Los veranos en la ciudad son insoportables, y nadie se queda aquí todo el tiempo a no ser que no le quede otra.

Ahora hay aún menos chicas, porque muchas han optado por ir a otra universidad o por no ir a la universidad en absoluto si sus padres ya han firmado su contrato matrimonial, como hicieron los de Blaire.

Mi coche está a dos minutos, así que dejo el frescor del vestíbulo principal, empujo la pesada puerta y salgo al aire espeso de la noche. El crepúsculo tiñe el cielo de un azul brumoso, y la humedad se siente casi sólida, se me pega al instante a la piel y me aplasta.

Con la vista pegada al móvil, me aparto hacia un lado de la puerta, hacia mi cerezo en flor favorito, mientras observo el puntito que se acerca a mi residencia en la pantalla.

Esquivo el cuadrado de acera roto delante de mi edificio, la pintura en aerosol verde fosforito un faro brillante de precaución. Un perro ladra, el sonido es profundo, fuerte y cercano, y me sobresalta. Me estremezco y, por reflejo, me giro hacia el ruido. La punta de mi sandalia de cuña se engancha en el borde irregular del hormigón roto, y pierdo el equilibrio.

Mis brazos hacen aspavientos en ese gesto instintivo que hace todo el mundo, aunque no creo que sirva de mucho, y sé que me voy al suelo.

Directa a los rosales de Miss June.

Me encojo, soltando una maldición por los labios cuando la gravedad me atrapa.

Pero algo detiene mi caída —o mejor dicho, alguien— y choco contra algo duro. Antes siquiera de levantar la cabeza, ya tengo la disculpa en los labios. —Dios mío, lo siento muchísimo... —La palabra se atasca al salir de mi boca, flota en el aire entre nosotros antes de caer al sucio hormigón de la acera—. Matteo.

La sorpresa me tensa los músculos, y tardo un momento en darme cuenta de que me está sujetando por los hombros. Sus dedos largos y tatuados se curvan bajo las pocas capas de gasa hasta tocarme la piel.

La sorpresa se disipa a medida que la sospecha se cierne. Inclino la cabeza hacia un lado, intento dar un paso atrás para enderezarme, pero no me suelta, así que al final es el paso más pequeño del mundo.

—He pasado años sin verte en una ciudad de este tamaño, y de repente me cruzo contigo dos veces en dos semanas.

Observo fascinada cómo sus ojos color avellana se oscurecen hasta un verde profundo. No he tenido ocasión de mirarlo —de verlo de verdad— en años. No desde que lo dejamos. Y como él no tiene redes sociales, nunca he podido fisgar su perfil como hacen mis amigas después de una ruptura.

Sigue siendo uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida.

El labio se le contrae en un gesto mínimo, que para lo poco que suele mostrar podría equivaler a una carcajada. —Estaba por el barrio.

Su voz es tan profunda como la recordaba. El timbre me provoca un escalofrío de excitación. Y no me avergüenza reconocer que me dejo llevar durante un segundo. Me permito recrearme en la sensación de su contacto sobre mi piel. En otra vida, puede que hoy me estuviera arreglando para él.

Pero no es así.

Y el recuerdo de mi cita esperándome en Louisa's basta para romper el hechizo. Me sacudo la atracción de encima y trabajo el doble para adoptar una actitud indiferente.

Alzo una ceja ante su endeble explicación. —¿Ah, sí? ¿Vives por aquí ahora?

Se queda mirándome un momento, sus pulgares se mueven adelante y atrás en pequeños trazos sobre la piel sensible de mis brazos. ¿Quién iba a decir que esa zona podía ser tan condenadamente sensible?

—Quizá estaba visitando a un amigo.

No es una pregunta y no responde a la mía, pero aun así me hace detenerme. Sus pulgares dejan de moverse, y me pregunto si estará recordando el mismo momento que yo. Aquel en el que me dijo que no tenía muchos amigos, amigos de verdad. De los que te rescatan de una cita desastrosa o te recogen cuando has bebido de más o te ofrecen su hombro cuando algún capullo te rompe el corazón.

Sostengo su mirada mientras una tristeza ligera se posa sobre mí como una manta fina. Podríamos haber sido algo, él y yo, si nos hubiéramos conocido en otro momento. El arrepentimiento se arrastra espeso por mis venas, y no me creo que vaya a decir esto, pero espero que haya venido a visitar a un amigo aquí. Significa que tiene a alguien en su vida en quien puede confiar.

Asiento unas cuantas veces y desvío la mirada. —Bien. Los amigos son buenos.

Vuelvo a mirarlo y veo que su expresión ha cambiado. La curiosidad juguetona ha desaparecido y en su lugar hay una intensidad que no veía desde hace años.

*Matteo me mira fijamente, la expresión inusualmente seria.*

*—¿Va todo bien? —Me mordisqueo el labio para mantener el resto de las palabras dentro de la boca. El otro día mi madre estaba desatada y me hizo una lista de tareas con todo lo que cree que tengo que mejorar. Y aunque sé que es ridículo, no puedo evitar la duda que se me cuela dentro.*

*Alto, guapo y encantador. Un tío como Matteo tiene a las chicas jadeando por él y, aun así, aquí está. Conmigo.*

*Da un paso hacia mí y desliza las manos por mi cuello hasta mi pelo. Con una presión suave, me inclina la cabeza hacia atrás y roza sus labios con los míos con besos dolorosamente suaves y lentos. Juro que siento como si mi alma suspirara con el contacto.*

*Las pestañas se me cierran sin que tenga que pensarlo.*

*—No puedo aguantar ni un momento más sin decirte algo —  
murmura contra mis labios.*

*Abro los ojos de golpe mientras un sonido sordo me llena los  
oídos al acelerar el corazón. Oh, no, ya está. Va a dejarme, ¿verdad?  
Intento echarme atrás, apartarme de él, pero no me deja ir muy  
lejos.*

*—Te quiero, Maddie. Te quiero y quiero contárselo al mundo  
entero, pero he pensado que debería decírtelo a ti primero antes de  
empezar a gritárselo a desconocidos por la calle.*

*Los labios se le tuercen hacia un lado y me lanza esa sonrisilla  
que siempre le mete en líos. Mis dedos se clavan en su brazo ante  
su declaración, y el corazón se me encoge por otro motivo muy  
distinto.*

*—Pensaba que ibas a dejarme —digo, sonriendo. Estamos  
demasiado cerca, así que no puedo ver toda su expresión, pero me  
gusta demasiado la sensación de sus labios rozando los míos con  
cada sílaba como para apartarme.*

*Inclina la cabeza hacia un lado. —¿No me has oído decirte que te  
quiero?*

*—Sí. Y yo también te quiero.*

*Y es verdad. Le quiero, más de lo que creía que podría querer a  
alguien. Me impulso sobre la punta de los pies y uno nuestros labios.  
Es todo el aliento que necesita, y enseguida toma el control del  
beso.*

*Nos perdemos el uno en el otro en mitad de la acera, expresando  
nuestro amor recién declarado con cada caricia de lengua y roce de  
labios. El corazón me vuela de felicidad y no nos separamos para  
respirar hasta que alguien tropieza conmigo.*

*—Me tengo que ir. —Doy un paso atrás y, esta vez, me suelta sin  
decir nada. En tres pasos ya estoy en la acera, a una distancia  
prudencial de él.*

*Las hadas del destino deben de estar sonriéndome hoy, porque al  
segundo llega mi Uber. Abro la puerta trasera del lado del pasajero,  
pero antes de subir me vuelvo para mirar por encima del hombro al  
primer hombre al que he querido. Irradia poder desde tres metros  
de distancia y, como no vaya con cuidado, me absorberá en su*

órbita antes de que pueda parpadear. Y no tengo la excusa de haber bebido demasiado champán como en el baile de máscaras.

—Cuídate, Matteo.

Se mete las manos en los bolsillos, los bíceps abultando contra las mangas ajustadas de la chaqueta del traje, y asiente hacia mí con un pequeño ceño fruncido.

ONCE

---

MATTEO

NO HACE falta que me dé la vuelta para saber que Dante está de pie a mi lado, viéndola alejarse. El tío es un puto ninja. Te juro que podría colarse en los sitios mejor vigilados sin que nadie se enterara. En otra vida fue ladrón, apostarí mis ahorros a ello.

No soy un puto idiota, así que sé que la está mirando con el mismo anhelo en la mirada. Pero no tiene el mismo impulso y la misma determinación que yo, no cuando se trata de ella.

Y es demasiado jodidamente leal como para ir a por ella. Apostaría mi vida a eso.

Está empeñado en que la deje ir—*que de verdad* la deje ir. Pero por muchas veces que le diga que no, no lo entiende. Sé que piensa que soy un capullo egoísta por seguir mandando que la vigilen y la cuiden, y es verdad, lo soy.

No voy a disculparme por ello.

Pero, más importante aún, es que no puedo, joder, no puedo dejarla ir. Soy consciente de la fuerza que impulsa mis actos.

Mira a Dante. Él la dejaría ir con la excusa de mantenerla a salvo de nuestros enemigos. Para poner una sonrisa en su cara y sufrir en silencio mientras ella sale con esos pijos con más dinero que cerebro.

¿Pero yo? Rociaría de gasolina a todos y cada uno de los enemigos, prendería la cerilla dando un puto salto de alegría, y los vería arder con una sonrisa en la cara. Hasta que el enemigo quede borrado de la faz de la Tierra.

Entonces ella podrá volver conmigo. Donde jodidamente pertenece.

Veo que abre la boca por el rabillo del ojo. Antes de que llegue a pronunciar una sola sílaba, le lanzo una mirada fulminante.—Ni se te ocurra decirlo.

Se le tensa la mandíbula y mira al frente.—Si ni siquiera tengo que decirlo para que sepas de qué hablo, ¿no crees que eso significa que es lo correcto?

Niego con la cabeza unas cuantas veces.—No lo pillas, tío. Pero un día, un día vas a encontrar a la mujer que lo cambie todo.

Antes pensaba que era una ventaja haberla probado, pero ahora me doy cuenta de que fui un imbécil. Dante está en una posición mucho mejor porque no sabe lo que se está perdiendo. No se da cuenta de que, por muy exquisita que la vea, ella es cien veces más —*un millón* de veces más.

Es una gema sin pulir, en bruto, arrebuja en su cómoda vida en la gran ciudad, sin ser consciente de los peligros que acechan a cada esquina. Y estar conmigo triplicaría—*cuadruplicaría*—los peligros que la rodean.

Para mí no tiene precio.

Y eso no es algo que simplemente dejes ir.

Él se cree que llevo todos estos años trabajando para recrear lo que deberían ser las cinco familias por alguna idea altruista, y puede que empezara así. Pero lo supe la primera vez que mi padre amenazó con entregársela a Gideon Warren. El autoproclamado rey del corredor de la Costa Este.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Que le jodan a él y a todos los otros enfermos de mierda que se creen que está bien vender críos a pedófilos.

Solo de pensar en aquella noche fatídica se me hierve la sangre en las venas.

*El sonido de carne contra carne resquebraja el aire, reverberando en mi cráneo mientras me zumban los oídos. Echo el cuello hacia atrás para mirar al pedazo de mierda que lleva mi apellido, con el desprecio gritando en mi mirada y una sonrisa cruel en la cara.*

*La sangre me chorrea por la nariz, pero no me molesto en limpiarla. El gesto solo alimenta su odio, y estoy más que harto de esta mierda.*

*Mi padre está delante de mí erigiéndose en una falsa columna de confianza patriarcal. Sabe que la marea empieza a cambiar. Cada día hay más soldados y capos de mi lado, pero él se aferra a las viejas costumbres por los pelos, él y un par de mis tíos.*

*No podía ponérmelo fácil, no, el orgulloso Angelo Rossi jamás, antes volaría todo por los aires desde dentro que renunciar voluntariamente al control.*

*Y qué jodida vergüenza debe de darle que su hijo de diecinueve años se haya ganado el favor de la mitad de la familia tan rápido. Es tradición que el título pase al primogénito, pero no suele ocurrir tan pronto. ¿Qué coño esperaba cuando me convertí en hombre hecho y derecho a los dieciocho?*

*La sangre me escurre hasta la boca, tiñendo sin duda mis dientes de carmesí, y una sonrisa de verdad se estira en mi cara. Miro a mi padre a la cara y doy un solo paso hacia delante. Él no es lo bastante rápido—o está demasiado borracho—para disimular el respingo, y eso me satisface perversamente.*

*—Llevo mucho tiempo esperando esto, padre. La palabra me sabe a traición. Una burla de los cimientos de una familia y del papel que debería ocupar un padre.*

*Contemplo fascinado cómo intenta armarse de valor. Una sola bombilla ilumina el espacio en el que estamos, un círculo de luz mortecina en el húmedo sótano del club de striptease Praying Mantis, al que le gusta ir.*

*—No tienes los cojones, chaval. Lo que pasa entre tu madre y yo no es asunto tuyo, así que mantente al margen. Te voy a pasar esta, pero la siguiente te va a costar cara. Me suelta una mueca de desprecio, intentando recuperar el control de la situación.*

*Me río, el sonido cáustico y cruel. ¿Cree que esto es por llevar años pegando a Ma? Qué mono. Ella ha tenido varias oportunidades de irse—vidas enteras nuevas ya preparadas para ella y, aun así, se queda. Y desde luego no es por sus hijos.*

*Sin más palabras, doy tres pasos, echo el puño hacia atrás y lo dejo volar directo a su cara. Los nudillos se me abren contra su mandíbula y la sangre sale proyectada de su boca por la habitación. La alegría que se instala en mi pecho al verlo sangrar por mi mano es una preocupación para otro día.*

*Antes de que pueda reaccionar, le vuelvo a dar. Y otra vez. Y otra vez. Cae al suelo, y yo me quedo de pie sobre él, con una mano agarrándole la camisa para mantenerlo erguido. Descargo mis años de rabia contenida en su cara, y es tan jodidamente catártico que sé que he despertado algo dentro de mí que no creo que pueda volver a meter en su caja.*

*No paro hasta que noto manos en mis hombros tirando de mí hacia atrás. La voz de mi hermano me murmura al oído, y el ritmo familiar me saca de mi furia.*

*Abro los dedos, dejando que la tela se me escape de la mano y el cuerpo inconsciente de mi padre caiga al suelo con un golpe sordo. Levanto las manos y echo los hombros hacia atrás.—Ya está. He terminado, tío.*

*—Te va a matar, joder. No puedes ir a por el jefe así como así. El tío Paulie te va a tirar desde el Whispering Eye en mitad del Atlántico.*

*Mi hermano suena asustado, pero yo no comparto el sentimiento. Si acaso, esto ha sido justo el empujón que necesitaba para darme cuenta de que lo he estado haciendo todo mal.*

*Mi vida entera ha girado en torno a la familia—y a las familias. Y lo único que yo quería era salir.*

*Como hijo mayor del jefe de la familia Rossi, mi destino quedó sellado mucho antes de que yo diera mi primer aliento. Y durante diecinueve largos años he hecho todo lo que he podido para escapar. Pero ese nunca fue mi sino.*

*—Qué va. Eso ha sido una disputa entre padre e hijo. No tiene nada que ver con las familias. Paulie lo verá como yo. Me giro y miro*

*a mi hermano; el blanco de sus ojos muy abiertos brilla en el lúgubre sótano.—Van a empezar a ver muchas cosas a mi manera, hermano.*

*Es hora de dejar de luchar contra la marea. Es hora de convertirme en la jodida marea. Voy a desatar un tsunami como no han visto en su vida.*

*Y será lo último que vean.*

—¿Matteo? La voz de Dante atraviesa mi recuerdo y me sacude, devolviéndome al presente. Siento las manos sudorosas y me resisto a la necesidad de secármelas.

—¿Qué? La palabra me sale más áspera de lo que pretendía, pero acabo de ver a mi chica subirse a un coche vestida para impresionar. Y yo soy el tío que se queda plantado en la acera, bajo el sol menguante de casi treinta grados, como un gilipollas.

—He dicho que ha llamado Russel. Que está dispuesto a reunirse esta noche.

Noto la mirada de Dante clavada en el lateral de mi cara, pero sigo concentrado en la dirección en la que se ha ido el coche de Maddie.

—Bien. Dile que me reuniré con él en tres horas —digo mientras empiezo a caminar calle abajo.

—¿Dónde?

—En casa de Louisa. Llamaré antes a mi tía y me aseguraré de que nos reserve una mesa.

—¿Estás seguro de que es la mejor jugada? Acuérdate de lo que pasó en casa de Mama Rosa.

Tiene motivos para preocuparse. Es un riesgo tener otra reunión en uno de los negocios de mi familia. Pero el problema es que no me fío de nadie más ni de ningún otro sitio. Al menos en los locales de mi familia sé que los aparatos de grabación juegan a nuestro favor, no en nuestra contra.

Mantiene mi paso; entre los dos ocupamos buena parte de la acera.—Sí. Organízalo y nos vemos allí. Primero tengo que ocuparme de un par de cosas.

—Hecho. Nos vemos luego. Gira en la esquina, pero no me molesto en mirar hacia dónde se dirige. Tengo la mente atrapada en

otra cosa: una pelirroja muy, pero que muy atractiva.

DOCE

---

MADDIE

ME LLEVA un rato desterrar de mi mente esos ojos color avellana, pero al cabo de unos treinta minutos por fin noto cómo empiezo a relajarme. Volver a verle me está revolviendo la cabeza, y juro que no voy a dejar que arruine por completo la primera cita agradable que tengo en años.

Estamos sentados en el reservado del rincón del fondo de Louisa's. Es un restaurante italiano acogedor con un enfoque nuevo de los platos tradicionales. Nunca he comido aquí, pero tengo la sensación de que va a convertirse en uno de mis favoritos antes de que termine la noche.

Los mullidos cojines de cuero se me pegan a la piel cuando muevo las piernas y las cruzo por los tobillos. Da igual cuánto aire acondicionado salga por las rejillas, cada vez que alguien abre la puerta para entrar o salir, una bocanada de humedad llena la sala.

Unos apliques ornamentados crean ambiente con charcos de luz amarilla y suave sobre las paredes de ladrillo visto. Filas de botelleros cubren la pared del fondo del restaurante, y el rico tono caoba de la madera aporta calidez al local.

Toques modernos, como pequeñas luces de hada, se enroscan alrededor de una lámpara de araña estilizada de hierro forjado sobre

algunas mesas, y unos tapices en tono crema envejecidos cuelgan de varias paredes.

Me gusta este sitio. Se siente acogedor e invitador, como si pudiera pasar aquí toda la noche bebiendo, comiendo y disfrutando de la compañía.

Bebo un sorbo de agua con hielo y observo a las diferentes parejas sentadas por el restaurante antes de volver la mirada hacia Leo.

—Ah, ahí está —murmura con una sonrisa jugueteando en sus labios.

Inclino la cabeza hacia un lado mientras dejo el vaso sobre la mesa. Creía que estaba haciendo un buen trabajo disimulando mi preocupación. Un leve rubor me calienta los pómulos ante la idea de que no he sido tan sigilosa como pensaba.

No es justo para él, y de verdad he disfrutado de su compañía en la cafetería, lo suficiente como para decir que sí a esta cita, aunque él no sepa lo raro que es eso.

Me aclaro la garganta.—Lo siento, estaba un poco distraída.

—¿Todo bien? La preocupación le marca la cara y le hace fruncir el ceño.

—Sí. No era nada. Las palabras me saben a mentira en la lengua. No creo que Matteo pueda ser nunca nada. Ni en esta vida ni en ninguna otra.

Él asiente un par de veces sin insistir.

Nuestro camarero se detiene al final de la mesa para recoger los platos.—¿Y qué tal estaba todo?

—Delicioso, gracias. Me quito la servilleta del regazo y la doblo, dejándola sobre la mesa al lado del vaso. He pedido una ensalada de pollo a la parrilla. He pensado en darme el capricho y pedir la pizza margarita al horno de leña, pero entonces he oído la voz de mi madre en mi cabeza, taladrándome con consejos de citas arcaicos. Por mucho que he intentado acallarla, al final he optado por ir a lo seguro, su elección de siempre: algo ligero.

—Excelente. ¿Algún postre esta noche? —pregunta nuestro camarero, Marcus, mientras apila nuestros platos a lo largo del antebrazo con destreza.

Estoy a punto de decir que no cuando Leo se me adelanta.—Tomaremos la crème brûlée. Dos cucharas. Gracias.

—Por supuesto, ahora mismo se la traigo. Marcus se aleja de la mesa y yo miro a Leo con una ceja alzada.

—¿Crème brûlée? ¿Y si soy vegana o alérgica a las frutas del bosque o algo así?

Se recuesta en el banco, una sonrisa autosatisfecha jugueteando en las comisuras de su boca.—Has pedido una ensalada con fresas y queso feta. No eres alérgica ni estás en contra de ninguna de esas dos cosas.

Se frota la nuca, y el movimiento tensa la tela de la camisa. El azul es tan pálido que casi parece blanco, y resalta aún más su piel dorada por el sol y sus ojos verdes. Cuesta apreciarlo, pero diría que un ligero rubor le colorea la parte alta de los pómulos.

—Necesito confesarte algo.

Una sensación de inquietud me nace en el estómago y me echo hacia atrás en el banco, el material frío pegándose al instante a mi piel. El corazón me late con fuerza y miro alrededor a hurtadillas, buscando a alguien que me dé alguna pista. Lo sabía, esto—*él*—era demasiado bueno para ser verdad. Seguro que todo es una broma pesada o algo así.

—Vale.

—Mis tíos son los dueños de Louisa's. Deja escapar el aire cuando no reacciono de inmediato. Estoy demasiado ocupada dejando que el alivio me recorra entera.

—¿Y? ¿Me estoy perdiendo algo?

Baja la mano a la mesa.—Y ya está. Mis tíos son los dueños de este sitio y de unos cuantos más. Y no te lo he dicho al principio porque no quería que pensaras que solo te traía aquí por la comida gratis.

Dejo que mi sonrisa se ensanche.—Me has asustado por un momento. Pensaba que ibas a confesar que tienes mujer e hijo en casa o algo así. Que tus tíos sean los dueños de este restaurante no es para tanto.

—¿Yo, casado y con un crío? Nena, ¿cuántos años crees que tengo? Me sonrío, y esos malditos hoyuelos me hieren de lo potentes

que son.

Alargo la mano hacia el vaso con una risita.—No sé. Es adonde ha ido mi mente cuando has dicho que tenías que confesar algo.

—No volveré a decirlo así. Anotado —murmura. Se termina la bebida de un trago y deja el vaso en la mesa.—Bueno, en Louisa's hacen una de las mejores crème brûlée de la ciudad. Solo que no se lo digas a mi tía Rosalie. Los ojos le brillan traviesos.

—¿Tienes otra tía que también tiene un restaurante? Aunque hemos charlado, no hemos profundizado mucho en temas de familia. Han sido sobre todo preguntas básicas para conocernos. Lo típico de una primera cita. ¿O esto es ya nuestra segunda cita? ¿Cuenta la cafetería? Me hago una nota mental para preguntárselo a Lainey cuando la vea.

—Ella lleva una pastelería que vende a otros negocios de la ciudad. Pero no aquí.

—Suenan genial. Apuesto a que en las fiestas familiares no falta la comida. ¿Y tus padres? ¿También son restaurateurs o chefs?

La piel alrededor de sus ojos se tensa un instante antes de que lleve la mano al vaso y beba de su cóctel. Me ha sorprendido que nadie haya pestañeado siquiera cuando ha pedido un whisky, pero sabiendo ahora que sus tíos son los dueños, tiene sentido que no hayan puesto objeciones.

—No, mi padre es empresario y mi madre hace mucho trabajo de caridad. ¿Y los tuyos? ¿A qué se dedican?

—Mi padre murió cuando yo era pequeña. Militar. Y mi madre reparte su tiempo entre la ciudad y el lugar al que quiera ir su último novio. Normalmente, algún sitio de Europa. Las palabras salen rápidas, sin darle opción a comentar nada. La vergüenza me pica la piel, y los nervios me suben por la garganta, amenazando con estrangular cualquier palabra más que quiera desparramarse por la mesa.

O bien las hadas madrinas han decidido sonreírme o bien él capta mis señales sociales, porque no me pide que le cuente más. Y se lo agradezco.

—¿Hermanos?

—Sí, tengo una hermana gemela y una prima que es como una hermana.

—Qué coincidencia. En mi familia también hay gemelos —dice con una sonrisilla.

—Entonces seguro que tendríamos gemelos noso—Me corto en seco cuando las palabras se registran en mi cerebro y la incredulidad se me dibuja en la cara.—Dios mío. No lo decía en ese sentido. Yo... eh... solo que, genéticamente hablando, la probabilidad de que tuviéramos gemelos si nosotros—Cierro la boca de golpe, cortando el resto de mi embarullado y vergonzoso monólogo. Siento la cara arder y maldigo mi tez clara por transmitir mi bochorno a cualquiera que se encuentre en un radio de seis metros.

Su risa me saca de mi espiral de pensamientos.—Está bien. Sé lo que quieres decir. Y, antes de que lo pienses, no, no me has espantado con tu charla sobre probabilidades genéticas. Me gusta.

Parte de mi bochorno se enfría mientras otro tipo de calor me va llenando.

Me salvan de meter más la pata cuando nuestro camarero deja un platillo y un ramequín de crème brûlée entre los dos, con dos cucharillas apoyadas en el platillo de debajo.—Que lo disfrutéis, y avisadme si necesitáis algo.

Murmuramos las gracias antes de coger cada uno una cuchara.

—Te cedo el honor. Su voz es grave, el suave tenor deslizándose sobre mí.

Golpeo con cuidado la parte abombada de la cuchara contra la capa de caramelo quemado, rompiéndola perfectamente para dejar asomar la crema horneada y llevándome una cucharada.

Un gemido se me escapa de los labios en cuanto el sabor decadente explota en mis papilas gustativas. Dejo que Leo coja un bocado antes de lanzarme a por la segunda cucharada.

—Tienes razón. Está buenísimo. Gimo alrededor de otro bocado del rico postre. Abro de golpe los ojos cuando oigo un gruñido. Los abro aún más al darme cuenta de que los había cerrado.—Perdón. Con los postres puedo perder la noción del mundo.

—Recuérdame que te lleve a casa de mi tía Carm. Es una pastelera increíble.

—Debes de tener una familia enorme —murmuro alrededor de otro bocado.

—No tienes ni idea. Las palabras salen en un tono neutro, pero juraría que veo una sombra oscura cruzarle la mirada por un momento. Al parpadear, ha desaparecido y vuelve a regalarme esos hoyuelos peligrosos.

Terminamos el resto del postre en un silencio cómodo, y no puedo negar el aleteo de las mariposas cada vez que me cruzo con su mirada.

Es encantador y divertido, y no puedo esperar para contarle a mi hermana y a Lainey cosas sobre él. La emoción me zumba en las venas ante la anticipación del final de la noche. Tiene pinta de ser de los que van a por todas al final de una cita. No en plan inquietante, sino más bien de arrinconarme contra una pared y besarme hasta dejarme sin aliento.

Cuando terminamos de comer, saluda con la mano a varios empleados mientras salimos al exterior. Ya ha caído la noche, pero la temperatura sigue igual. El aire caliente ahoga mi pelo, encrespando al instante parte de mis ondas.

Ajustando la tira de mi bolso bandolera, miro a mi cita por encima del hombro.—Lo he pasado muy bien esta noche.

Con un gesto demasiado fluido y, aun así, encantador, desliza la palma de su mano contra la mía, entrelaza nuestros dedos y me lleva la mano a los labios. Su aliento me calienta el dorso al posar allí un beso casto.

—Déjame acompañarte hasta el coche.

Se me corta la respiración, como si estuviera en una novela romántica de época y esa fuera la manera de expresar el deseo. Nunca había pensado que el dorso de mi mano pudiera ser tan erógeno.

—He pedido un coche. Debería estar aquí en unos minutos. La voz me sale fina, con el corazón retumbándome con fuerza en los oídos.

Sonríe contra mi mano, mostrándome esos hoyuelos letales. De repente, entiendo por qué esas mujeres siempre llevaban abanicos

de papel. Si tuviera uno ahora, lo estaría agitando frente a la cara como si optara a una medalla de oro.

Baja mi mano, pero no la suelta, y me descubro siguiendo dócilmente hacia donde me lleva. Caminamos unos metros alejándonos del restaurante hasta un gran sauce llorón.

No es raro que haya árboles en las aceras de esta parte de la ciudad, pero sí de este tamaño. Los sauces llorones siempre han sido mis favoritos. Mi padre solía montar picnics debajo de uno en casa de mis abuelos y me contaba historias sobre las estrellas.

Nos agachamos bajo las largas ramas, con las hojas a unos cuantos pies del suelo, lo bastante bajas como para dar la ilusión de intimidad.

—¿Qué hacemos aquí dentro?

—Quería enseñarte algo —dice, tirando de mí hacia el tronco del árbol.—Mira. Señala algo grabado en la corteza.

Desenlazando nuestros dedos, me inclino más para mirar y recorro las letras con la yema del dedo. Las hendiduras se sienten suaves, envejecidas, frente a la aspereza de la corteza.

*Leonardo was here.*

—Ya sé que no es lo más original. Su voz está lo bastante cerca como para alborotarme el pelo junto a la oreja, y un escalofrío me recorre la espalda.

Inclino la cabeza para mirarle por encima del hombro, acercando nuestros labios más de lo que pretendía. El aire se vuelve eléctrico, como si la estática cargara el espacio entre nuestras bocas, preparándose para el momento en que choquen.

Alterno la mirada entre sus ojos y su boca, humedeciendo la mía sin querer.

—No sabía que te llamabas Leonardo. Mis palabras se susurran en ese espacio protegido. Es un intento a medias de romper la tensión, y me sale el tiro por la culata.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tus labios. Ladea la cabeza, y sus labios rozan los míos con sus palabras, apenas un toque.

Se me corta la respiración con el contacto y agujas de anticipación me punzan los nervios. Me muerdo el labio para no ser

yo quien acorte la distancia y arrase su boca como una mujer voraz hambrienta de besos.

La verdad es que hace una semana tenía las manos de otro hombre dentro de mis bragas, y aquí estoy, literalmente jadeando por alguien más.

Asquerosos tentáculos de vergüenza se tensan, sus puntas rozando mi niebla lujuriosa, amenazando con disiparla del todo.

Pero entonces Leo susurra contra mis labios:—Dilo otra vez.

Y, así, sin más, la incertidumbre se desvanece, dejando solo los hipnóticos ojos verdes de Leo y sus besables labios.

Girando la cabeza, dejo que su nombre salga en un suspiro.—Leonardo.

Sella sus labios sobre los míos con un gemido y se me cierran las pestañas. Un solo roce firme antes de que su lengua deslice contra la unión de mis labios. Respondo encantada a su petición, abriendo la boca y girándome al mismo tiempo.

Mi espalda choca contra el tronco, la corteza clavándose en mi piel. Pero todo lo que puedo notar es la forma en que Leo se siente contra mí. Da un paso hacia delante, apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, sobre el árbol.

Es un gesto dominante que hace que apriete los muslos con anticipación. Cierro los puños, con las uñas hundiéndose en las palmas, para evitar agarrarle de la camisa y pegarlo a mí.

No sé qué demonios me pasa. Es como si Mercurio se hubiera puesto retrógrado, y en vez de fastidiarme la comunicación, me hubiera disparado la libido.

Solo se tocan nuestros labios, soldados por la pasión. Y, sin embargo, siento como si cada terminación nerviosa estuviera encendida de expectación, de esperanza.

Un zumbido insistente y repetitivo atraviesa el momento y aparto la cabeza. Tardo en abrir los ojos, saboreando el instante. Su mirada verde, ahora oscurecida, se aferra a la mía, con una intensidad que aún no le había visto y que le talla los rasgos.

—Tu bolso está sonando. Su voz suena a grava, a aspereza, y a todas esas cosas deliciosas que me hacen cosquillas en el centro.

Metiendo una mano en el bolso sin apartar los ojos de él, saco el móvil. Le doy un vistazo rápido.

—Mi coche está aquí.

—Quiero volver a verte.

La franqueza de sus palabras me calienta el pecho. Me gusta un hombre que sabe lo que quiere. Se me curva un poco la boca.—Me encantaría.

Me estudia la cara un momento. No sé qué busca, pero debe de encontrarlo. Retrocede un paso, deslizándome la mano por el brazo hasta entrelazar de nuevo nuestros dedos. Con un suave tirón, me guía fuera de debajo del árbol hasta donde un coche en marcha está en doble fila.

Nos abrimos paso entre los coches aparcados y él llega al coche primero. Abre la puerta sin soltarme la mano y se aparta para que pueda entrar.

Antes de que me meta en el coche, junta nuestras manos enlazadas y vuelve a besarme el dorso, junto a los nudillos. Si sigue así, voy a acabar asociando los besos ahí con él.

—Hasta la próxima.

Me impulso sobre las puntas de los pies y rozo mi boca con la suya.—Hasta la próxima.

Me suelta y me deslizo al interior del coche. Nos incorporamos al tráfico, pero soy incapaz de apartar la vista de él. Aún no.

Llevo las yemas de los dedos a los labios y presiono la piel hinchada con una sonrisa.

Esto sí que es un primer beso memorable.

TRECE

---

MADDIE

ME GUARDO el móvil en el bolsillo de mis pantalones cortos vaqueros de lavado claro, con una sonrisa en la cara mientras dejo que la calidez de los mensajes de Leo cale en mi alma. Hemos salido un par de veces más esta última semana y ha sido increíble; él es increíble. No creo que pudiera quitarme esta sonrisa de boba de la cara aunque lo intentara. Y no lo he intentado.

No he visto a mi hombre misterioso, Aries, en absoluto, y lo tomo como una señal del destino. Quizá mis sueños de tener varios novios se queden en una fantasía. El caso es que probablemente ya podría haberme encontrado con solo un par de llamadas, pero no lo ha hecho.

Quizá vuelva a verle, quizá no.

Pero hoy estoy demasiado emocionada por ver a mis chicas como para preocuparme mucho por los tíos. Es decir, me muero por contarles todos los detalles, pero sin pasar de relatar besos románticos bajo un sauce llorón —y revolcones escandalosos en el baño—.

Agradezco haberme vestido informal hoy en lugar del mono negro con hombros al aire que preparé anoche. Es monísimo y me queda de maravilla, pero es un incordio cuando tengo que mear. Y

siempre se sube si tengo que caminar mucho tiempo. Solo de imaginar lo que se me pegaría a la piel en un día de tanto sudor...

Estoy a un par de manzanas del Blue Lotus Café, donde he quedado con Lainey y Mary para comer. Lainey ha vuelto a la ciudad... más o menos. En realidad no se está quedando en la ciudad ahora mismo, pero hoy acompaña a uno de sus chicos, así que hicimos planes para vernos. Sinceramente, si yo estuviera liada con hombres como los que la rodean, tampoco tendría muchas ganas de dejarlos.

Espero que Mary sea más abierta con Lainey allí. Hay algo tranquilizador en su presencia. No es que crea que necesite una mediadora entre mi hermana y yo. Pero sé que a Mary le pasa algo, solo que aún no logro saber qué es.

He quedado con Leo para ir a mi sitio favorito de yogur helado y pasear por Central Park esta noche, cuando esté más cerca del anochecer. Hay un grupo de a cappella muy divertido que se junta para actuar por la noche, así que le he sugerido que vayamos a verlos cuando nos hemos escrito esta mañana.

Me recojo el pelo para despejarme el cuello mientras espero al final de la manzana a que parpadee el semáforo para cruzar. El sol pega fuerte y agradezco haberme puesto una camiseta ligera. Me llega aire caliente al cuello y lo estiro de izquierda a derecha para liberar algo de tensión.

Un claxon brama a mi derecha, provocando un coro de bocinazos y captando mi atención. Unos gritos de pánico atraen mi mirada hacia la izquierda, pero antes de que pueda girarme del todo para mirar, unas manos se cierran sobre mis hombros y me tiran hacia atrás contra algo duro. Gritos y alaridos rasgan el aire, y me quedo mirando con los ojos como platos el espacio donde estaba de pie hace cinco segundos.

Un taxista demasiado impaciente atraviesa el carril de aparcamiento a toda pastilla y da un volantazo para evitar un coche aparcado. Debe de haber corregido de más, porque de alguna manera ha terminado subido al bordillo de la acera, exactamente donde yo estaba.

El corazón me retumba en los oídos, amenazando con ahogar cualquier sonido. Varias mujeres gritan y dos hombres golpean con los puños el capó del coche; los insultos brotan de sus bocas más rápido de lo que puedo procesar.

El taxista grita algo con las manos en el aire y luego acelera a fondo. Los neumáticos chirrían y unas marcas de goma quemada quedan en la acera a un palmo de donde yo estaba. Sale disparado, zigzagueando entre el tráfico, y al cabo de un momento se pierde en un mar de coches amarillos.

—¿Qué narices ha sido eso? —Mi susurro se pierde en un coro de imprecaciones y de neoyorquinos lamentándose por los pésimos taxistas. Me llevo una mano al corazón acelerado.

Me doy la vuelta para mirar a mi salvador, con la intención de darle las gracias efusivamente, pero las palabras se me mueren en los labios al encontrarme con una mirada color avellana muy familiar.

—Matteo —pronuncio su nombre, soltando un suspiro tembloroso.

Me aparta un mechón de pelo de la cara, recorriéndome con la mirada como si buscara alguna herida. —¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias a ti. —Por impulso, doy un paso adelante y le rodeo el cuello con los brazos, abrazándolo con fuerza—. Gracias, Matteo. Dios mío, me habría atropellado un coche si no hubieras estado ahí. Tú... me has salvado.

Siento la cabeza ligera al saber que el destino ha estado de mi parte hoy. Si Matteo hubiera llegado cinco segundos más tarde, no estaría aquí de pie en este momento.

El destino es una maestra traicionera en sus mejores días. ¿Por qué parece que nos está juntando a Matteo y a mí a propósito? ¿Y por qué ahora?

Sea cual sea el motivo, hoy se lo agradezco.

Presiono la nariz contra la suave tela de su chaqueta y aspiro el olor familiar a sándalo, solo que ahora es más oscuro, más intenso. La nostalgia salpica mi psique y, por primera vez en mucho tiempo, algo cálido y tierno se anida en mi interior al pensar en Matteo.

Sus manos se deslizan por mi espalda y sus brazos me mantienen apretada contra su pecho. —El momento lo es todo,

Cherry.

Me permito disfrutar de su calidez un momento más antes de apartarme, dejando que mis manos resbalen por sus brazos. No soy tan orgullosa como para no admitir que lo hago con cierta reticencia.

Ese solo pensamiento hace que la culpa se deslice por mis venas.

*Leo.*

Por el rabillo del ojo veo que el semáforo cambia a verde y doy otro paso atrás, alejándome de él. —Gracias de nuevo. Tengo que irme. —Le dedico una pequeña sonrisa y señalo con el pulgar por encima del hombro.

Él asienta mientras se mete las manos en los bolsillos, un movimiento que tensa la tela de sus pantalones de traje azul marino sobre los muslos. Es un hombre al que el traje le sienta bien, y lo sabe. Juraría que oigo suspirar a un par de mujeres mientras pasan por el espacio que nos separa, ocultándome su vista por destellos.

Me permito un único instante en el que imagino una vida en la que no tengo que contenerme, en la que él no me rompió el corazón y yo no sigo guardando una pequeña chispa de *algo* por él en mi interior.

Y cuando levanta la barbilla y me dedica esa sonrisa de diez mil dólares, como diría mi madre, sé con total claridad que él sería letal para mí.

Porque me rompió el corazón y, sin embargo, aquí estoy, dispuesta a dejar que me rodee con sus brazos y me engañe haciéndome creer que todo es perfecto. Justo antes de volver a arrancarme el corazón. *Otra vez.*

Aunque ahora soy otra mujer. Qué demonios, apuesto a que podría divertirme un poco con Matteo *sin* dejarle entrar en mi corazón.

Cuando un trío de chicas de la alta sociedad pasan por entre nosotros riéndose y parándose deliberadamente frente a él para dejar caer algo, lo tomo como mi señal. Giro sobre mis talones, con el pelo ligeramente rizado balanceándose a mi alrededor con el movimiento, y aligero el paso.

Espero hasta estar segura al otro lado del paso de cebrá antes de mirar por encima del hombro. Matteo se ha ido, solo quedan las

chicas que se reían en el sitio donde él estaba, y no sé si me siento aliviada o decepcionada.

Diez minutos después, el Blue Lotus Café ya está a la vista. Ya estoy pidiendo mentalmente una hamburguesa con queso y limonada de sandía cuando siento otra mano en mi hombro.

Un segundo después, noto algo frío y metálico presionándome la zona lumbar, y cualquier sensación cálida o pensamiento sobre Matteo huye despavorido.

Un escalofrío de miedo me recorre la columna mientras todo a mi alrededor se concentra en ese contacto no deseado.

—Sigue caminando y nadie saldrá herido —amenaza una voz desconocida en mi oído.

Mi cuerpo se inunda de terror, un calor abrumador que me deja paralizada más tiempo del que a este asaltante le gustaría. Me punza con el metal frío contra la espalda, y he visto suficientes películas como para dejar que mi imaginación rellene los huecos.

Es una pistola.

Algún psicópata me está encañonando fuera de la cafetería donde he quedado con mi hermana y mi prima en diez minutos.

Ay, Dios mío. ¡Lainey y Mary van a llegar en cualquier momento! No sé qué hacer. Mi mente va demasiado rápido como para aferrarse a ninguna idea viable; al menos ninguna en la que no acabe con un disparo.

—Vamos, zorra, o voy a pintar la acera con tus sesos —escupe las palabras entre dientes. Su aliento agrio me abruma y reprimo una arcada.

Mi instinto de lucha o huida se activa, tomando la decisión por mí, y obligo a mi cuerpo a moverse. Doy un paso adelante, luego otro y, aunque siento el cuerpo como si estuviera hecho de piezas rígidas de madera, camino.

—Gira a la derecha. —Su voz suena baja en mi oído, el terror erizándome las terminaciones nerviosas. En cuanto doblamos la esquina de la cafetería, respiro un poco mejor. Al menos le he alejado de Lainey y Mary. Eso es lo importante.

No pueden hacerse las heroínas, que es algo que Lainey haría totalmente. Vale, céntrate. Necesito un plan para escapar.

El alivio dura poco; un pánico como nunca antes había sentido inunda mi cuerpo. Una furgoneta industrial negra está parada en doble fila frente a un callejón, y sé en mis entrañas que ahí es donde me está llevando.

Sé lo suficiente sobre secuestros por las películas y los documentales: si me subo a esa furgoneta con él, estoy muerta.

No. *No.*

Esto no puede acabar así para mí. ¿En la parte de atrás de una furgoneta sucia en un callejón olvidado que apesta a basura podrida?

Ni de coña.

—¡Auxilio! ¡Oigan, por favor, ayúdenme! —grito al grupo de chicos más cercano a mí.

El tipo me aprieta con fuerza el brazo y me clava la pistola en la espalda con suficiente fuerza como para herirme la piel. —Ni se te ocurra hablar, o los mato a ellos antes de matarte a ti.

Cierro los labios de golpe con un gemido, suplicando a todo el que me mira con los ojos y con mis pasos torpes. Pero esto es la ciudad de Nueva York, y la gente está tan metida en su propia mierda que no ve más allá de su cara.

Y mis gafas de sol enormes tampoco ayudan. Me gustaría pensar que si la situación fuera al revés, yo me detendría a ayudar. O buscaría a alguien que pudiera hacerlo.

Demasiadas mujeres jóvenes desaparecen de las calles cada día, y sus cuerpos aparecen días o semanas después, si es que aparecen.

No sé si arrepentirme de haber visto esa serie documental sobre trata el mes pasado porque sé lo común que es en realidad, o si estar agradecida porque ahora entiendo mejor lo que me podría pasar.

Obligo a mi corazón acelerado a calmarse lo suficiente como para idear algo. Para pensar en *algo* que me ayude.

—No tengo mucho dinero, pero toma, llévate mi bolso. —Sujeto el bolso alejado de mi cuerpo por la correa.

Me pega un tirón del hombro hacia él, clavándome la pistola en la parte baja de la espalda en un nuevo ángulo. —Cállate.

La adrenalina corre por mis venas. —Te daré el bolso y no denunciaré nada. Ni siquiera te he visto la cara, así que...

—¡He dicho que te *calles*! —Me hace girar y me doy cuenta con pavor de que este es el momento. Mi última oportunidad ante mi destino incierto, así que hago algo que solo he visto en una pantalla o de lo que he leído: me agacho y arremeto contra él.

No pierdo el tiempo mirándole la cara ni la ropa. Mi único objetivo es distraerle lo suficiente para poder salir corriendo y pedir ayuda.

Pero el destino no está de mi parte ahora mismo. Exige equilibrio.

Mi atacante desvía fácilmente mi intento de derribo, agarrándome un buen puñado de pelo en el proceso. Me arranca mechones de la cabeza; el dolor es solo un detalle insignificante gracias a la adrenalina que inunda mis venas.

—¡Maldita zorra de mierda! —Levanta la pistola sobre mi cabeza y me asesta un golpe seco con la culata.

Y entonces todo se vuelve oscuro.

CATORCE

---

MATTEO

EL NÚMERO de Dante parpadea en mi pantalla y lo cojo al segundo tono. Miro a ambos lados por si viene algún taxi rezagado y cruzo la calle al trote, pasando del paso de cebra. No tengo tiempo para perderlo con ellos y con las hordas de gente que esperan en cada manzana.

Algo va mal, puedo sentirlo en el aire. Hay una cierta carga eléctrica, algo que se siente ominoso y apremiante. Al principio pensé que era porque hace un rato había librado a Maddie de una lesión segura, pero la sensación no se ha disipado.

Luego se lo atribuí al gigantesco lío en el que están metidos los irlandeses ahora mismo. La Hermandad y las cinco familias están técnicamente en paz, pero me he vuelto cercano a su consejo juvenil. Amistoso, incluso. Intervine y ayudé, hice que se organizaran y estuvieran a *salvo*, más o menos, así que no puede ser eso. Si acaso, la cosa ha empeorado desde entonces.

—Estoy en medio de algo. Deja que te llame luego —digo a modo de saludo.

—No puede esperar, jefe.

El uso del título hace que me detenga. Sigo caminando por la calle, pero concentro mi atención en él.

—¿Qué ocurre?

—La pizzería de Gio y dos de nuestras bodegas han sido atacadas hace unos treinta minutos. Tengo a nuestros tíos investigando y comprobando cómo está todo el mundo en nuestro territorio, así como los locales de tus tíos y tías.

Me detengo en mitad de la acera y me doy la vuelta, mirando a todo el mundo de reojo. Pasándome una mano por el pelo, aprieto la mandíbula para contener la rabia que amenaza con derramarse sobre el sucio hormigón.

Mi mirada recorre los alrededores, deteniéndose en cada persona que alcanzo a ver. Busco armas, movimientos sospechosos y, lo más importante, malditas estrategias de salida. Me gusta tener opciones y, ahora mismo, solo hay unas pocas. Estas manzanas son largas y solo dos de los cuatro callejones tienen salida por el otro lado.

En mi vida me he echado atrás en una pelea, pero no soy idiota. Si veinte personas me acorralaran aquí, puede que no saliera ileso. Y estos transeúntes inocentes no tienen ninguna posibilidad.

Satisfecho al ver que esto no es una emboscada elaborada, acelero el paso hacia el callejón que sirve de atajo.

—¿Qué cojones está pasando, Dante? —Las palabras salen más fuertes de lo que pretendía y la mujer que está a mi lado se sobresalta.

—No lo sé, Matteo. Pero no me gusta y no creo que haya terminado.

Hace tiempo que me acostumbré a su intuición, así que ni siquiera me molestó en pedirle más detalles. Si él cree que no ha terminado, probablemente sea así.

Aprieto la mandíbula mientras la ira y la paranoia se infiltran en mi torrente sanguíneo como un virus. —Hijo de puta. Acabo de dejar a un miembro de la Hermandad en O'Malley's con un agujero del tamaño de Georgia. ¿Crees que alguien sabe de la fiesta que estamos planeando?

*¿Crees que alguien sabe que planeamos cargarnos al jefe?*

Hemos estado hablando en clave por teléfono desde que a mi primo lo pillaron por robo agravado. Estaba presumiendo de ello ante su novia. Putos idiotas.

Teníamos trece años.

No importa cuántos rastreos de micrófonos hagamos ni cuántas veces cambiemos de teléfonos prepago, no asumo ese tipo de riesgos temerarios. Si no podemos hablar en persona, usamos nuestra clave.

—No, no veo cómo podrían saber lo de la fiesta sorpresa.

—Eso espero, joder. Hay un comité de planificación de la fiesta muy pequeño —digo entre dientes.

*Hay muy poca gente que conozca nuestros planes.*

Sabía de sobra que ponernos del lado de la Hermandad podía ser arriesgado, especialmente cuando empezaron a hacer movimientos para asumir sus roles presidenciales antes de lo planeado. Pero llevamos años siendo aliados sólidos. Realmente no debería haber ninguna razón para ningún tipo de represalia.

—Gio no conoce a nuestros amigos irlandeses. Lo mismo ocurre con las bodegas. Según los informes de nuestros hombres, ha sido una chapuza. Vieron salir corriendo a unos niños con sudaderas negras y las capuchas puestas.

Miro hacia atrás, buscando a cualquiera que esté fuera de lugar. Esos estúpidos hijos de puta con sudaderas negras llaman la atención en un día caluroso como este. Putos aficionados.

—Vale. Así que es una coincidencia.

—Podría ser. O podría ser algo más.

Suelto un suspiro, haciendo una pausa deliberada antes de dar voz a lo que sé que ambos estamos pensando. —Una declaración de guerra.

—Eso mismo pienso yo. ¿Dónde estás? Iré a buscarte.

—Voy de camino al Blue Lotus Café. Prometí que buscaría a su chica. Él quiere que la vigile dada su situación y, joder, no lo sé, tío. Algo no me cuadra. Está en el ambiente. Se siente ominoso y premonitorio... y, joder, he estado viendo demasiadas de tus películas de terror últimamente o algo así.

—No, yo también lo siento. Y no hay tal cosa como *demasiadas* películas de terror.

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor en mitad de una guerra...

—Posible guerra. Aún no lo sabemos con certeza. Ni quién está detrás —me interrumpe.

—Sí, te entiendo. ¿Alguien ha reclamado ya lo de Mama Rosa? Si no, estoy dispuesto a apostar que es la misma persona la que está detrás de todo. Y no son los niños que estaban en los sitios.

Un taxi toca el claxon de fondo dondequiera que esté él, un ruido estridente en mi oído. —No. Todavía no.

Mi mente da vueltas con todas las posibilidades. Siento como si las paredes se cerraran sobre mí, obligándome a tomar una posición que no había planeado. Sorprendentemente, no tenía un plan de contingencia sobre cómo tomar el control de la familia mientras estamos en guerra. Ahora veo que aquello fue un error.

—Vale. ¿Quién más sabe de esto?

—No estoy seguro. Has sido mi primera llamada después de que me llamaran algunos de nuestros chicos —dice Dante.

Exhalo aire, preparándome para ponerme mi máscara de hijo obediente. —Hablaré con él. ¿Y Dante? Vigila tu espalda.

Terminamos la llamada sin otra palabra. Tras otro escaneo de mi entorno, marco a mi padre.

—Qué —responde él, prescindiendo de cortesías.

—Acabo de saber por algunos de nuestros soldados que el local de Gio y algunas bodegas han caído. No estoy seguro de hasta dónde llega esto o si las otras cuatro familias han sido golpeadas —mantengo mi tono uniforme y mis palabras cortantes.

Se queda callado un momento, sin duda haciendo una señal a su consigliere, que siempre está cerca. —¿Cómo de grave es?

—Posible declaración de guerra, como mínimo un mensaje.

—¿Sabemos ya de quién procede?

—Nadie ha dado la cara públicamente todavía, pero tengo a nuestros chicos en las calles buscando a las personas vistas en los lugares de los hechos —le digo, mirando fijamente a dos tipos que llevan sudaderas grises con las capuchas sobre la cabeza ocultándoles el rostro.

Deslizo la mano en el bolsillo de uno de mis trajes favoritos. Es lo suficientemente oscuro para ocultar la sangre que sin duda llevo encima, y los bolsillos disimulan perfectamente mis guanteletes de

acero favoritos. Dejo la pistola oculta en la parte trasera de mi pantalón. Eso es el último recurso.

Pasando los dedos por los agujeros y empuñando el arma, miro casualmente por encima del hombro con el teléfono en la oreja y veo que los dos tipos siguen detrás de mí. El corazón me late con fuerza en el oído y mi mirada se dispara de un lado a otro buscando un plan improvisado sobre la marcha.

Papá hace un ruido con la garganta. —Bien. Hazme saber lo que encuentres. ¿Y, Matteo? ¿Tengo que recordarte cómo tratamos a nuestros enemigos?

—No hace falta recordatorio —digo a través de mi mandíbula apretada. He estado apretándola tanto hoy que me palpita. Necesito una puta aspirina.

Aunque el recordatorio no es nuevo, su fraseo sí lo es. Mi padre es muchas cosas, pero sutil no es una de ellas. Supongo que es una frase nueva que ha aprendido y no le doy más importancia.

Cuelga sin decir nada más. Agarro el teléfono con fuerza mientras me lo guardo en el bolsillo.

Necesito averiguar quién nos ha tomado como blanco, y rápido. No permitiré que me desvíen de mi objetivo final, y quienquiera que haya lanzado el guante va a arrepentirse.

He vuelto a probar a mi chica y la necesidad de tenerla a mi lado no hace más que aumentar día tras día.

Si alguien pensaba que yo era peligroso antes, aún no ha visto nada. No hay forma de que me retire de mi meta final.

Estoy tan cerca que prácticamente puedo saborearlo.

QUINCE

---

MADDIE

EL OLOR A AZUFRE y a basura podrida me asalta la nariz, obligándome a recuperar el conocimiento. Mi cuerpo se sacude y el pánico me empapa como una catarata, abrumador y opresivo.

La cabeza me late al compás de mi corazón acelerado y algo cálido me baja por el lado de la cara. El miedo me congela los pulmones cuando me doy cuenta de que no puedo mover ni los brazos ni las piernas. Estoy atada a una silla.

El instinto se activa y no puedo reprimir el grito. Es un alarido de miedo y no sirve de nada para expulsar parte de este terror que me recubre los nervios.

Pronto me doy cuenta de mi error. Tengo un trozo de tela en la boca que actúa como una especie de mordaza. Y por mucho que grito, lo único que consigo es meter más tela en mi boca, lo que me provoca arcadas.

Me atraganto con la tela y el pánico; el vómito me sube por la garganta. Trago por reflejo, respirando por la nariz y parpadeando para despejar las lágrimas que se acumulan.

—Si te mueres asfixiada con tu propio vómito antes de que lleguen, te perderás toda la diversión.

Me sobresalto ante la voz que viene de detrás de mí, encogiéndolo los hombros hacia las orejas.

—Me han informado de que tú no eras el objetivo previsto.

Espero a que este hombre misterioso continúe con su declaración, a que añada algo más, pero nunca lo hace.

Mientras mi corazón late a mil por hora, intento respirar por la nariz y evaluar la situación. Me siento tan poco preparada y tan ingenua...

Pasan unos minutos y, a través de los latidos de mi cabeza y mi visión que se oscurece, intento averiguar dónde estoy y cómo demonios voy a salir de aquí.

*Piensa, Maddie.* Me exprimo el cerebro, recurriendo a todas esas horas que he pasado viendo documentales de crímenes y thrillers que a Mary tanto le gustan.

Definitivamente estoy en un almacén de algún tipo, pero, por el aspecto de la habitación destartalada, está abandonado. Lo que significa que podría estar en cualquier parte, la verdad.

Un par de tórtolas arrullan en algún lugar cercano y no puedo evitar que el presentimiento me recorra la columna vertebral.

El techo está atravesado por vigas de metal expuesto y madera en bruto, lo que me da otro detalle. Diría que es un almacén antiguo; ya no se usan esos materiales. Y la única razón por la que lo sé es porque escuché a unos magnates de la construcción quejarse de los materiales disponibles en el mercado en un evento hace unos meses.

Aguzando el oído, intento averiguar dónde está mi secuestrador a mis espaldas. Aunque su voz es distinta a la del hombre que me metió a la fuerza en la furgoneta, no cabe duda de que él es el cerebro detrás de este pequeño secuestro.

Y, ¡Dios mío!, ¿cómo puedo estar pensando con tanta calma en mi puto *secuestro*?

Lainey siempre decía que soy absurdamente organizada y que puedo compartimentar las cosas como nadie que haya conocido. Sí, quedémonos con eso.

Oigo un movimiento a mi derecha y estiro el cuello para intentar verlo. Debato conmigo misma sobre qué hacer a continuación.

No tengo ni idea de quién es ni de qué quiere. Todas las películas, series e informes de noticias nos dicen que tus

posibilidades de supervivencia disminuyen drásticamente si te trasladan a una segunda ubicación. Y de forma exponencial si le ves la cara a tu atacante.

Sin embargo, no puedo frenar la necesidad que me recorre de verle la cara. De ponerle una imagen al monstruo que, sin duda, atormentará mis sueños durante días, semanas, meses.

Con la decisión tomada, empiezo a balancear el cuerpo de lado a lado. Las patas de metal chirrían contra el suelo de cemento, un sonido estridente que hace callar a las tórtolas al instante.

—Ah, escucha, no es nada personal, ¿vale? Pero sería mucho más fácil si no estuvieras despierta. En un movimiento demasiado rápido para que yo pueda seguirlo, se planta frente a mí con un brazo levantado a la altura del hombro. Alzo la mirada para encontrarme con la suya un segundo antes de que me dé un revés con tanta fuerza que me manda al suelo.

No sé qué me ha sorprendido más: la sensación de mi cara golpeando el hormigón o encontrarme con la mirada de ojos enrojecidos del hombre que me ha pegado.

A medida que mi visión se desvanece por los bordes, no encuentro paz en la tranquila oscuridad de mi mente. Ráfagas de imágenes que resumen mi vida vuelan por mi cabeza.

El arrepentimiento me sabe amargo en la parte posterior de la lengua mientras mis pestañas se cierran.

---

ALGO ME PINCHA EL BRAZO, despertándome. Algo frío y duro me roza la muñeca de forma incómoda y oigo voces, pero suenan distorsionadas, amortiguadas como si estuvieran bajo el agua.

Recuperar la consciencia es una idea extraña de procesar. Llega a la vez de forma rápida y lenta. Siento como si mi mente avanzara por melaza, pero mis terminaciones nerviosas chisporrotean, enviando mensajes a mi cerebro para que despierte, despierte, despierte.

Abro un párpado, gimiendo por el movimiento y dejando caer la cabeza hacia un lado. Siento el cuello débil, flácido, y no entiendo qué está pasando ni dónde estoy.

Las voces se vuelven más fuertes y creo reconocer una. Frunzo el ceño con confusión. —¿Lainey? ¿Eres tú?— pregunto, pero mi boca no funciona bien.

Un fuerte estruendo desgarrar el aire y parece que el suelo bajo mis pies se balancea.

Espera. ¿Cuándo se ha enderezado la silla?

Levanto la cabeza y entrecierro los ojos ante las dos figuras que discuten frente a mí.

—¿Estoy soñando?— Mi voz no suena como la mía y tardo un momento en darme cuenta de que me pitan los oídos y que aún tengo la mordaza en la boca.

Algo estalla con fuerza en algún lugar, y el ruido retumba por todo el edificio, sacudiendo los suelos y las paredes. Polvo y escombros caen del techo y se depositan en mi regazo y sobre mis zapatos.

Sacudo la cabeza hacia los lados en un intento desesperado por despejarme y dar sentido a la escena que tengo delante. Abro la boca para formular una de mis muchas preguntas cuando siento que la presión alrededor de mis muñecas desaparece.

Mis manos van de inmediato a la mordaza. La arranco y tomo una gran bocanada de aire. Me doy cuenta de mi error cuando un ataque de tos me sacude el cuerpo; el polvo de hormigón y el moho flotan en el rayo de sol frente a mi cara. El peligro de lo que acabo de inhalar pasa a un segundo plano ante asuntos más urgentes.

Otro estruendo desgarrar el aire y, o bien el edificio se mueve, o tengo una lesión grave en la cabeza porque siento como si estuviera en esa maldita atracción de las tazas que tanto odio.

El sonido agudo de cristales rotos se suma al caos que se desata. Pistolas apuntando, nubes de polvo, una conversación frenética.

Un fuerte estallido añade una base rítmica a la destrucción a mi alrededor y el suelo vuelve a cambiar de posición. Siento que la presión en mis tobillos se libera y, de repente, ya no estoy atada a la silla.

Las voces se alzan, gritando algo que no alcanzo a distinguir, pero no tengo tiempo para preocuparme por eso ahora. Tengo que salir de aquí, pero no me voy a ir sin ella.

Mi mejor amiga me mira con los ojos muy abiertos y la indecisión pintada en el rostro. Me levanta de la silla y prácticamente me saca a rastras de la habitación. Tengo las piernas dormidas y no dejo de inclinarme hacia el lado derecho.

El agarre de Lainey es fuerte cuando me pasa el brazo por debajo de las axilas, manteniéndome pegada a su cuerpo mientras recorremos el edificio.

Esquivamos vigas caídas y peldaños que faltan mientras bajamos por un tramo de escaleras. Estamos casi en el rellano cuando un gran trozo del techo se desprende y cae al suelo junto a nosotras con un estruendo ensordecedor. Gritamos tan fuerte que siento cómo el miedo se me graba en los huesos.

Lainey no se mueve, se queda mirando el trozo de techo roto y, aunque no tengo ni la más remota idea de qué demonios está pasando, hago lo que siempre hago y cuido de nosotras.

Entrelazo mis dedos con los de mi prima y tiro de ella por los dos tramos de escaleras restantes. Nos detenemos en seco al final de la última escalera, mirando ambas a nuestro alrededor a la destrucción.

Parece un campo de batalla.

Hay tuberías de metal, vigas de madera y trozos de hormigón por todas partes.

Pilas de basura, palés rotos y con moho, y piezas de maquinaria olvidadas ensucian el espacio.

No sé cómo entré y no tengo ni idea de qué camino tomar para salir de aquí de una maldita vez. Algo traquetea cerca y mi pulso se acelera como el de un colibrí, amenazando con salirseme del pecho.

La urgencia de moverme y hacerlo ya me golpea en las sienes doloridas. Como si pudiera leerme el pensamiento, Lainey me tira de la mano.

—Sígueme y no te separes.

Creo que respondo, pero tengo un pitido persistente en los oídos y, si me oye, no lo demuestra. Vuelve a tirar de nuestros dedos entrelazados y, sin mirarme, empieza a abrirse paso entre este

cementerio de destrucción, esquivando basura y escombros con precisión.

Lo siguiente que sé es que estoy de pie en la calle frente al almacén. Sola.

El sol me pega fuerte, haciendo que la gruesa capa de suciedad y polvo se pegue a mi piel sudorosa como una pasta.

Entrecerrando los ojos por la luz brillante, giro en círculos buscando a alguien, a quien sea, que me ayude.

Pero para lo que encuentro, bien podría haber plantas rodadoras pasando por mis pies. El fuerte sonido del océano me llena la cabeza como si me hubiera puesto una caracola en el oído.

Debe de ser un truco.

Miro a mi alrededor, con el terror dando vueltas, sacudiéndose dentro de mi cuerpo.

¿Dónde está? ¿Dónde está Lainey?! ¡¿Por qué volvió a entrar en esa trampa mortal?!

La calle vacía se burla de mí. Imagino hordas de personas esperando para atraparme, escondidas tras cada esquina y arbusto.

No... no sé qué hacer. No puedo dejarla allí dentro, pero no puedo volver a entrar. El terror me pega la camiseta a la piel, sellando el miedo en mi alma de una forma que nunca olvidaré.

El pecho me sube y baja con fuerza y siento la cara húmeda. Mis dedos se apartan manchados de mi sangre y mis lágrimas, y hay algo tan definitivo en la visión del color brillante contra mis dedos sucios.

Sé en lo más profundo de mis entrañas que, si vuelvo a entrar en ese edificio, jamás saldré de él.

Me paso los dedos por el pelo, girando otra vez en círculo, buscando ayuda, algo que me guíe hacia mi siguiente paso. El pelo me azota la cara mientras una brisa caliente recorre el barrio industrial abandonado.

—Piensa, Maddie, piensa— murmuro. Mis pensamientos son un caos confuso, pero sé que tengo que llamar a alguien. No puedo llamar a Mary. Ni siquiera sé dónde está mi hermana, pero quiero que esté muy, muy lejos de aquí.

Y mamá está... *mierda*, ni siquiera recuerdo si está en la ciudad. E incluso si lo estuviera, y suponiendo que quisiera ayudar, nunca llegaría a tiempo.

Vuelvo a limpiarme la frente, ignorando el rastro brillante de sangre en el dorso de mi mano sucia. Y entonces caigo en la cuenta. No me lo pienso dos veces.

—Matteo.

Sé que vendrá a por mí.

Doy gracias al destino por los pequeños milagros cuando me doy cuenta de que mi teléfono sigue encajado dentro de mi pequeño bolso bandolera, que todavía llevo cruzado sobre el pecho. Con dedos temblorosos, lo saco y voy a mis contactos, buscando el número al que nunca pensé que volvería a llamar.

Al pulsar su nombre, me llevo el móvil a la oreja y escucho un solo tono antes de que se conecte la línea. Antes de que él diga nada, digo: —Matteo.— Mi voz se quiebra al pronunciar su nombre.

—¿Dónde estás?— Su tono es firme, sus palabras rápidas y urgentes.

Un sollozo se abre camino por mi garganta. —No... no lo sé. Tengo problemas, Matteo. Estoy en un almacén. Y se está derrumbando, y yo... tengo miedo.

—¡Sal de ese puto edificio, Madison, ahora mismo!— Su voz suena fuerte y despeja parte de la niebla por la que estoy avanzando.

—Ya... ya lo he hecho. Estoy fuera del edificio.

—Eso está bien, Cherry. Quédate justo donde estás, ¿vale? Estaré allí enseguida.— Parte de la dureza abandona su voz, pero la urgencia envuelve sus palabras cortantes.

El alivio me golpea con fuerza y me caigo de rodillas. Los guijarros se me clavan en la piel, pero no me muevo. Me da algo en lo que concentrarme en lugar de en el edificio que se desmorona frente a mí.

—¿Cómo? ¿Cómo sabrás dónde estoy?

—Siempre te encontraré, Cherry. Siempre. No cuelgues, ¿vale?

—Date prisa, Matteo. No sé si volverá...

—¿Quién? ¿Quién va a volver?

El pitido de mis oídos se vuelve más fuerte y tengo que apretarme la palma contra la oreja para bloquearlo. No puedo distinguirlo bien, pero parece que Matteo le está ladrando órdenes a alguien.

Giro sobre mis rodillas, intentando ubicar el ruido. Suenan casi como sirenas, pero no sé de dónde vienen.

—¿Cherry? ¿Sigues ahí?

Ladeo la cabeza. Las piedras de la carretera se me clavan en la piel, pero no soy capaz de moverme. Si me muevo, puede que Matteo no me encuentre. Y tengo que quedarme aquí a esperarlo. A él y a Lainey.

—Te lo juro por Dios, Madison, más te vale estar bien cuando llegue o voy a quemar la ciudad entera en represalia. Sus palabras son un gruñido.

Es una de las cosas que más me gusta oír. La forma en que sus labios se curvan alrededor de cada sílaba y ese gruñido profundo y gutural que emite.

No puedo estar segura, pero tengo la ligera sospecha de que estoy en estado de shock. Y sé que me voy a arrepentir de no haberme deleitado con la voz y el instinto protector de Matteo, pero por mucho que quiera, no puedo obligarme a reaccionar.

—Estoy aquí.

—Voy a por ti.

Su promesa retumba en mi cuerpo, grabándose en mi alma.

DIECISÉIS

---

MADDIE

SHOCK.

Estoy en shock.

Y aunque una parte de mí lo reconoce, no consigo espabilar y salir de ese estado.

Es como si hubiera parpadeado y, de repente, estuviera en la parte de atrás de una ambulancia. Alguien me está alumbrando los ojos con una linterna, y veo cómo se mueve la boca de la sanitaria, pero no termino de entender lo que dice. Es como si alguien me hubiera metido algodón en los oídos, amortiguando todo el ruido.

Giro la cabeza para buscar a Matteo; el movimiento se siente pesado y rápido a la vez. Me prometió que vendría, y yo me quedé al teléfono, pero entonces llegaron la policía, las ambulancias y los camiones de bomberos. Y no era capaz de oír nada por encima de las sirenas.

Dos policías se abalanzaron sobre mí, lanzándome demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta.

*¿Qué ha pasado?*

*¿Quién ha volado el almacén?*

*¿Hay más gente dentro?*

Una sanitaria apartó a los policías y me ayudó a levantarme del suelo y llegar hasta su ambulancia. Y supongo que es ahí donde he

estado los últimos minutos, sentada en el parachoques trasero y escaneando la zona en busca de Matteo. La sanitaria intentó que me tumbara en una camilla, pero no me moví hasta que vi a Lainey —y a Matteo—. Juraría que lo vi de refilón.

No puedo creer que de verdad haya venido.

Y tampoco puedo creer que lo llamara. Fue casi cosa del destino, todo el día. Parece sacado de un guion de cine, no de la vida real, y desde luego no de *mi* vida.

Por fin lo localizo. Su traje gris oscuro destaca en un mar de destrucción, aunque esté algo cubierto de polvo y suciedad. La ansiedad me eriza los sentidos al verlo tan lejos de mí.

La idea ni siquiera tiene sentido, teniendo en cuenta que lo he visto más en la última semana que en los dos últimos años juntos. No debería depender de él —de nadie— para sentirme bien. Mi madre me enseñó esa lección hace mucho tiempo.

Y, sin embargo, aquí estoy.

El corazón se me dispara y la adrenalina se dispara conmigo cuando el edificio tiembla de fondo y se derrumba un trozo. Me estremezco cuando el estruendo resuena por todo el polígono industrial.

Lo observo mientras arrolla con el hombro a un policía, gruñéndole algo en la cara al pasar a su lado. Mantiene mi mirada mientras esquiva a la gente que nos separa, llegando a mi lado un momento después.

—Madison. —Se le tensan los ojos mientras me escanea de arriba abajo.

—Has venido —susurro, dejando salir las palabras con un hilo de aire. Inclino la cabeza hacia un lado, como si verlo desde ese ángulo fuera a darme la claridad que tanto necesito ahora mismo.

Da dos pasos más hacia mí, y la tela de sus pantalones roza mis espinillas. Sentada así en la parte de atrás de la ambulancia, estamos casi a la misma altura.

Me levanta la barbilla con un dedo y se inclina. —Siempre te encontraré.

Por el rabillo del ojo veo a la sanitaria ponerse rígida ante las palabras de Matteo, pero sigue limpiando los cortes y rasguños de

mi brazo.

Cualquier otro día, esa frase me habría puesto los pelos de punta. Pero hoy no. Hoy, estoy agradecida. Alargo la mano, enredo los dedos en la suya —la que no está tocándome la cara— y le doy un pequeño apretón. —Gracias, Matteo.

Sostiene mi mirada el tiempo suficiente como para que espere que pueda leer en ella lo sincera que soy. —No ha sido nada —murmura, deslizando el pulgar de un lado a otro por la mandíbula.

—Lo ha sido todo. Yo...

Me siento a la deriva. Perdida, flotando río abajo mientras todo lo que creía saber está a kilómetros de distancia. ¿Cómo puede alguien simplemente arrancar a una chica de una calle concurrida a plena luz del día? En algún rincón del cerebro, me doy cuenta de que he tenido suerte. Mucha suerte.

Si no fuera por Lainey, sé que no estaría sentada aquí. Y sé que tengo que asegurarme de que está bien, pero necesito un momento más. Un momento más en el que no tenga que ser la fuerte, en el que pueda apoyarme en otra persona, aunque solo sea unos segundos.

Apoyo la frente en el pecho de Matteo y dejo que mis pestañas se cierren. Estoy agotada. Mental y físicamente, vacía.

Con movimientos lentos, dándome tiempo de sobra para apartarme, desliza la mano por mi brazo hasta apoyar la palma en la nuca. Me mantiene pegada a su pecho, y hay algo en ese gesto tan sencillo que abre las compuertas.

No puedo evitar que las lágrimas recorran en silencio mis pómulos y se estrellen contra la suave tela de su camisa blanca.

—Te voy a manchar la camisa de sangre —murmuro.

Su respuesta es inmediata. —Me da igual un poco de sangre, Cherry.

Su mano en la nuca al mismo tiempo me calma y me domina, una yuxtaposición de lo más curiosa. Es exactamente lo que necesito.

—¿Nada grave?

—No puedo hablar de las lesiones de otros pacientes —responde la sanitaria, con las palabras cortantes.

—No se te está pidiendo que viales tu juramento hipocrático, pedante de mierda —gruñe Matteo—. Te estoy preguntando si mi chica necesita atención médica inmediata adicional.

—Señor, no me gusta que me hablen...

Suelto un suspiro y desconecto. No me apetece meterme en medio, y confío lo suficiente en Matteo, al menos ahora mismo, como para que mire por mí.

Giro la frente hacia un lado y contemplo los restos del lugar en el que estaba metida hace menos de una hora.

La ansiedad vuelve a dispararse cuando no veo a mi prima. Sinceramente, no creía que aún me quedara nada más dentro, pero supongo que la ansiedad es de esas cosas de pozo sin fondo.

Como si la invocaran mis pensamientos, la veo. Como un fénix renaciendo de sus cenizas, Lainey sale del edificio con las llamas a su espalda.

---

POR SEGUNDA VEZ en veinticuatro horas, salgo de la inconsciencia de una forma antinatural. Debería estar en mi residencia, en mi dormitorio, acurrucada bajo mi edredón de verano favorito.

Pero no siento el sol de la mañana en la cara, ni oigo el leve zumbido del aparato de aire acondicionado en la esquina, ni huelo café recién hecho. Lo que significa que, o está nublado y se ha ido la luz, o no estoy en casa.

Me dejo despertar despacio, igual que hago en la postura de Shavasana al final de cada clase de yoga. Primero muevo los dedos de los pies, luego siento la energía recorrer mi cuerpo, subiendo y haciendo que aleteen mis dedos.

No oigo nada. Ni siquiera una máquina de ruido blanco, ni conversaciones en susurros, ni el murmullo de la ciudad que nunca duerme.

Entorno los párpados y hago una mueca por la claridad de la habitación. El sol no me da de lleno en la cara, pero sí atraviesa

unas cortinas color crema y vaporosas, colándose en la habitación por una pared de ventanales de suelo a techo con unas puertas francesas de cristal en el centro.

Rápidamente me cubro los ojos con una mano, apretándolos en un intento patético de contener el latido doloroso de mi cabeza.

Al cabo de unos minutos, el dolor remite lo suficiente como para ser soportable. Parpadeo un par de veces para despejar la visión borrosa y me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde estoy. Recuerdo vagamente haberme ido a casa con Matteo anoche.

Como si el recuerdo del almacén lo invocara, punzadas agudas recorren todo mi cuerpo.

Con dedos vacilantes, alzo la mano y me toco el lado de la cara que late al compás de mi corazón.

Aspiro una bocanada de aire en cuanto lo rozo. Está hinchada y sensible, y solo puedo imaginar cómo se ve si duele así.

Incorporándome sobre los codos, miro la amplia habitación. Las paredes son de un gris pálido, con molduras blancas en el techo. La moqueta color crema parece mullida, y la alfombra de pelo grueso color carbón del centro tiene pinta de ser gruesa y suave.

Una cómoda blanca, de perfil bajo, ocupa uno de los lados, con un espejo enorme colgado en la pared encima. En la otra pared, encima de una pequeña chimenea, hay una televisión tipo cuadro, con dos sillones orejeros estratégicamente colocados a su alrededor.

Retiro con desgana el mullido nórdico blanco. El material suave y esponjoso hace que parezca que estoy abrazando una nube, y sé que en cuanto abandone esta cama —esta habitación— todo cambiará.

Aquí, ahora mismo, puedo fingir que no acaban de secuestrarme en plena calle con la misma facilidad con la que alguien compra un periódico. Que no me han atado a una silla en medio de un almacén abandonado que explotaba. Que no me han dado una paliza en manos de algún psicópata. Que no he llamado a mi exnovio para que viniera a rescatarme porque, instintivamente, sigue siendo la primera persona a la que acudo.

Genial. Ahora también tengo la culpa trepando por mi columna. Probablemente no debería haberlo llamado ayer ni haberlo

arrastrado a todo este lío, sea lo que sea *esto*.

Me mordisqueo el labio mientras me planteo qué hacer a continuación. Sé que se supone que debería estar haciendo algo, pero la idea misma de hacer cualquier cosa se me hace cuesta arriba ahora mismo.

Recuerdo vagamente haber visto a Lainey ayer, y creo que hablamos, pero todo lo demás está justo fuera de mi alcance.

Necesito encontrar mi móvil y llamar a mi hermana —y a Lainey—. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando las emociones amenazan con desbordarse. El miedo residual, el alivio y la ansiedad se pelean dentro de mí, pero lo empujo todo hacia abajo, muy abajo, dentro de una caja cerrada con llave y la arrojo al abismo de cosas en las que ya no pienso.

Las últimas veinticuatro horas parecen el argumento de una peli de acción a la que Lainey me arrastraría. Yo siempre intentaría negociar para ver una comedia romántica, que es lo que todo el mundo espera de una chica como yo, pero creo que ella siempre supo, en el fondo, que esas pelis de acción eran de mis favoritas.

Expulso el aire en un suspiro. Al bajar las piernas de la cama, me doy cuenta de que no llevo puesta la misma ropa de ayer.

De hecho, lo único que llevo puesto es una camiseta negra enorme. Cojo la tela cerca del cuello entre el pulgar y el índice y la acerco a la nariz para olerla.

—¿Pasa algo?

La voz me sobresalta tanto que doy un salto y me estremezco, soltando la tela. Me llevo la mano al corazón desbocado. —Jesús, me has dado un susto de muerte.

Matteo Rossi está apoyado en el marco de la puerta, de espaldas a la pared y con las manos en los bolsillos. Pantalones negros, zapatos negros y una camisa impecable abotonada. Las mangas las lleva remangadas hasta la mitad del antebrazo, dejando a la vista todos sus tatuajes, algunos de los cuales no recuerdo haber visto hace dos años.

Tiene el pelo castaño oscuro, más largo por arriba y peinado con ese despeinado estudiado al que la mayoría de los hombres le dedican media hora. Apostaría a que Matteo no le dedica ni una

décima parte. Sé por experiencia propia que ese cabrón guapo lleva el encanto de serie.

Sus ojos color avellana hoy parecen más verdes que marrones. Una sombra de barba de un día le cubre la mandíbula, y maldita sea si no le queda de escándalo.

Vuelvo a recorrerlo con la mirada, deseando, no por primera vez, poder leerlo. —A ver, me han secuestrado, me han zurrado y me han dejado dentro de un edificio que se venía abajo.

Se despegas de la pared y se acerca a la cama con las manos aún en los bolsillos. —Ya. Hoy vamos a hablar de eso. ¿Cómo te encuentras?

Echo la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. —Remítete a mi declaración anterior.

La comisura de su boca se curva hacia un lado, y juraría que le brillan los ojos. —Suficientemente bien para soltar pullas, entonces. Vale, vas a estar bien.

Saca la mano del bolsillo, y el susurro de la tela resuena alto en el silencio de la habitación. La tensión crece, la química chisporroteando en el aire. Lo bastante despacio como para darme tiempo a apartarme, alza la mano hacia mi cara. Con el dorso del dedo corazón, me aparta el pelo del rostro, dejando al descubierto la herida.

Se me corta la respiración al contacto, y la voz me sale ronca. —Seguro que tengo una pinta horrible.

—Estás preciosa.

Hay un momento de silencio. Pesa, y resisto el impulso de moverme en la cama. Soy yo quien aparta la vista primero, dejando que los ojos se me desenfoquen en el edredón junto a mí.

Dejo que el cumplido me resbale. No tengo la capacidad mental para lidiar con eso ahora mismo. —¿Qué hago aquí?

Inclina la cabeza a un lado, entornando los ojos. —¿No recuerdas lo de ayer, Cherry?

Me humedezco los labios, haciendo una mueca cuando algo tira dolorosamente de la comisura de la boca. —Creo que sí, pero hay cosas un poco borrosas, y no recuerdo haber venido aquí.

—Probablemente porque te desmayaste en el coche, sobre todo por el bajón de adrenalina. La sanitaria nos advirtió de eso, ¿te acuerdas? Luego te llevé en brazos dentro.

—¿Y dónde estoy exactamente?

—En mi casa.

Al oír la respuesta, se me disparan las cejas hacia el nacimiento del pelo. En todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca vine a su casa, y me moría de ganas.

Una vez vi una película donde explicaban que el entorno de una casa puede contarle a alguien más que las palabras. Algo así como que ver el lugar donde alguien se siente más cómodo ofrece la mejor perspectiva. Echo un vistazo por encima de su hombro a la habitación con una perspectiva nueva, distinta.

—Es más luminosa, más clara de lo que me imaginaba.

Sonríe de verdad, y hay algo en esa sonrisa que me licua por dentro. Siempre ha tenido una sonrisa preciosa, tan encantadora y engañosamente desarmante.

Mierda. Estoy jodidísima.

Da otro paso hacia mí, y de forma instintiva abro más las piernas para dejarle hueco. Está lo bastante cerca como para tocarlo, pero aparte de sus dedos, aún enredados en mi pelo, no estamos en contacto. —¿Sí? ¿Y cómo te la imaginabas?

—Oscura. Maderas nobles, metales envejecidos, líneas limpias.

Se ríe por lo bajo, un sonido grave en el fondo de la garganta. — Esta es la habitación de invitados. La mía está al fondo del pasillo. Puedes ir a verla cuando quieras y comprobar si tienes razón.

Oigo el tono burlón de su voz, y estoy tentada de aceptar el reto solo por ver su cara cuando me plante en su dormitorio.

Entonces recuerdo que esto no es un viaje nostálgico al pasado. Solo estoy aquí porque alguien me secuestró ayer con intención de torturarme en un almacén abandonado. Se me hunde el ánimo, y con él, la sonrisa.

—¿Qué más pasó ayer? —Busco su mirada con la mía. Necesito respuestas desesperadamente, pero no estoy segura de que me las vaya a dar, aunque pudiera.

Me alisa el pelo, desviando la mirada hacia su propia mano. —Tienes un baño en suite. Debería de haber todo lo que necesitas, pero si falta algo, dímelo y me aseguraré de que alguien te lo consiga.

Un poso de frustración empieza a hervir en mi estómago ante el cambio de tema. —Es muy amable por tu parte, pero probablemente debería irme. Estoy segura de que mi hermana está hecha un manojo de nervios, y Lainey...

—Tu hermana está a salvo. Se está quedando con otra persona. —Levanta la mano cuando abro los labios, a punto de protestar—. A petición suya. Y Lainey está con los chicos de la Brotherhood. Ya me he encargado de comprobar cómo están las dos.

Cierro la boca de golpe y me quedo un momento pensativa. Resulta extraño sentir tanta gratitud hacia él. Al margen de las últimas semanas, mis últimos recuerdos suyos no eran precisamente buenos. Del tipo que se le graban a fuego a una chica joven y se quedan con ella durante mucho tiempo, afectando a todas las relaciones que tiene después.

—Tómate tu tiempo y, cuando termines, acompáñame a desayunar a la cocina.

El martilleo en la cabeza me dificulta centrarme, pero quizá una ducha caliente lo suavice un poco. Y después volveré a darle las gracias y me iré. Con la decisión tomada, asiento.

—Tengo todas tus comidas favoritas.

Se me corta la respiración ante esa confesión. Es íntima de una forma que no esperaba. —Ya no me conoces, Matteo —susurro.

Desliza la mano enredada en mi pelo por la línea de la mandíbula y me sube la barbilla con la yema de los dedos. Sus movimientos son lentos y mucho más sensuales de lo que deberían.

—¿Ah, no? —Me dedica una sonrisa y da un paso atrás, dejando que su mano se escurra de mi pelo—. Te veo en la cocina.

Mantiene mi mirada mientras se aleja caminando de espaldas, y solo rompe la conexión cuando cierra la puerta. Sigo en la cama mucho después de que se haya ido, con la mente dando vueltas.

¿En qué demonios me he metido?

DIECISIETE

---

MADDIE

—¿QUÉ... es todo esto? ¿Esperas a alguien? —Abro mucho los ojos mientras contemplo el festín de desayuno desplegado sobre la isla en medio de la cocina—. Una bandeja con bagels y distintos quesos crema de sabores, todos los ingredientes para montar tu propio yogur con fruta, gofres belgas, fruta fresca y tortillas.

—¿Espresso, latte, zumo de naranja recién exprimido o té? —pregunta Matteo mientras lleva una tacita roja de espresso a los labios.

Todavía tengo el pelo húmedo, que se riza salvajemente en las puntas, pero el cuerpo me duele un poco menos después de la ducha humeante que me he dado. El cuarto de baño era amplio y lujoso y, sorprendentemente, estaba lleno de productos muy parecidos a los que yo uso.

He evitado mirarme al espejo, las agujetas y la piel sensible son suficiente recordatorio. No quiero verme así y, si me empeño lo bastante en fingir que estoy bien, quizá empiece de verdad a sentirme *bien*.

Es un plan flojo, pero es lo único que tengo ahora mismo, así que voy con él.

He encontrado un montón de ropa nueva sobre el tocador y, por raro que parezca, ni siquiera se me ha ocurrido preguntarme por qué

tenía ropa de mujer de mis tallas con las etiquetas aún puestas. Hasta ahora. Inclino la cabeza hacia un lado, mirándole bajo una nueva luz. Aquí hay algo que no cuadra, y sé que no tengo toda la información para averiguarlo.

—Matteo, ¿qué está pasando?

Deja la taza sobre la encimera detrás de él, la tela de su camisa negra tensándose sobre su pecho. Lleva las mangas arremangadas dos veces, lo bastante altas como para entrever los tatuajes que le cubren las muñecas.

Sin decir palabra, sirve el té sobre hielo y añade un toque de edulcorante.

Justo como me gusta el té.

Un escalofrío de algo desconocido me recorre por dentro.

Añade una pajita de papel y desliza el vaso por la encimera antes de recostarse contra el fregadero y dar otro sorbo.

El vaso está frío entre mis dedos, y bebo un trago para calmar la sed.

Mango Ceylán. Uno de mis favoritos.

—Mientras estés aquí, quiero que trates mi casa como si fuera tuya... —

—¿Tu casa? —Noto cómo se me agrandan los ojos y giro la cabeza de un lado a otro, absorbiéndolo todo con ojos nuevos.

Es un espacio diáfano, sin ni siquiera esos grandes arcos que separan las estancias, tan típicos en muchos áticos. La cocina se funde con el comedor. Un candelabro de forja con bombillas tipo Edison tenuemente iluminadas cuelga sobre una mesa de comedor de madera rubia con ocho sillas. Le da un toque de calidez al ambiente.

La mesa está desnuda salvo por un portátil en uno de los extremos. Me imagino a Matteo sentado ahí, bebiendo espresso con el amanecer y trabajando en... lo que sea que haga.

El comedor da paso a un salón que, de algún modo, rodea el perímetro exterior en forma de U. Una pared entera son ventanales de suelo a techo, como se estila en tantos pisos de este tipo.

Siempre he pensado que la palabra *apartamento* se queda demasiado pequeña, demasiado simple para casas como esta. De

esas en las que el sofá cuesta más que un coche.

Al otro lado del piso hay una escalera que sube al segundo nivel, y más allá, otro pasillo. Todavía no me han hecho un recorrido completo, pero dudo que vaya a quedarme mucho más tiempo, así que mi curiosidad tendrá que calmarse.

—¿Pensabas que te iba a llevar a la casa de un desconocido? — Un ceño fruncido se le marca en el rostro, realzando de algún modo su atractivo—. ¿Tienes bien la cabeza? Ya te he dicho antes que te había traído a mi casa.

La sombra de barba le sienta de maravilla, y pierdo unos segundos admirando su mandíbula fuerte y su aura poderosa. Vuelvo a centrarme en él—. ¿Qué? No. Supongo que pensaba que esta era la casa de tus padres o algo así...

—Como he dicho, no te traería a la casa de un desconocido.

El hielo de su voz es evidente, y exprimo el cerebro tratando de recordar si alguna vez mencionó a sus padres cuando salíamos juntos. Éramos jóvenes y estúpidos, y nos interesaban más otras cosas que profundizar en nuestros traumas paternos.

—Vale. Así que esta es tu casa. ¿En la que vives tú solo? Creía que había contado como diez habitaciones arriba.

Se encoge de hombros—. Tengo unos cuantos compañeros de piso de confianza..., la mayoría no vive aquí de forma permanente.

Qué respuesta tan críptica.

—Así que, a la luz de lo que pasó ayer y de todo lo que está ocurriendo alrededor de tu prima, tienes dos opciones. O bien puedes tener protección veinticuatro siete con no menos de cuatro guardaespaldas.

—¿O? —alzo una ceja cuando se detiene. Nunca le he conocido un punto dramático, así que tiene que haber otra razón.

—O te quedas aquí. Con migo —termina su espresso y deja la taza en el fregadero antes de volver a cruzar la mirada conmigo.

Sé que antes ya lo había insinuado, pero supongo que no le di muchas vueltas. Estaba distraída por el dolor físico y los pensamientos ansiosos sobre mis chicas.

—¿Qué? ¿Por qué? Lainey está con Wolf ahora, ¿no? Así que ella está bien.

—Tienes razón, está con Wolf y la están protegiendo. Pero he hablado con él antes, y puede que Lainey siga en peligro. Y como vosotras dos os parecéis tanto, te conviene mantener un perfil bajo hasta que todo pase.

Frunzo el ceño mientras el miedo me atraviesa, rápido y agudo. No soy la única que podría hacerse pasar por Lainey—. ¿Dónde está mi hermana?

—Está a salvo, pero puedes llamarla y hablar con ella tú misma. Tengo a un par de tipos vigilándola desde lejos.

Inspiro una bocanada rápida—. Creía que habías dicho que estaba a salvo.

—Lo está, pero no conozco a los Blue Knights como los conoce Wolf. Y aún no estamos seguros de si todos los sucesos están relacionados entre sí o son coincidencias.

Levanto una mano, el ceño hondamente fruncido en confusión—. Espera, espera. ¿Qué sucesos? ¿Lo de Lainey? ¿Y qué es eso de los Blue Knights?

Asiente un par de veces, cruzando los brazos sobre el pecho—. Los Blue Knights son un MC del norte.

El pánico me sube por la garganta, empujándome hacia la histeria—. ¿Has mandado a mi hermana con unos *aspirantes* a *Sons of Anarchy* fanboys? ¡¿Se te ha ido la cabeza?!

—Te aseguro que no son unos *aspirantes*. Son de los de verdad: del uno por ciento —Matteo lo dice con tanta naturalidad, como si no estuviera disparando mi ansiedad con cada palabra que sale de esa boca perfecta.

—Eso no ayuda —gruño las palabras entre dientes apretados—. Quiero hablar con mi hermana. ¿Dónde está mi móvil? —alargo la mano, la palma hacia arriba. No he visto mi teléfono antes, y la última vez que recuerdo tenerlo fue para llamar a Matteo.

Desliza un móvil que estaba escondido detrás del frutero por la isla hasta mí—. Usa este. Hemos tenido que desactivar el tuyo temporalmente.

—He copiado tu información en este, pero nada que pueda geolocalizarte. De momento hay que mantener oculta tu ubicación. No compartas dónde estás bajo ningún concepto.

La voz desconocida me deja petrificada. Me vuelvo hacia el recién llegado, mi tiempo de reacción casi vergonzosamente lento—. Ni siquiera sé dónde estoy —murmuro.

—Madison, te presento a Dante Esposito. Es familia, y estará contigo mientras estés aquí. Confío en él para tu seguridad, así que te pido que confíes en mí.

—No lo entiendo. Pensaba que habías dicho que, si me quedaba aquí, no necesitaría guardaespaldas.

—Piensa en él más bien como en un amigo —Matteo se recuesta contra la encimera detrás de él.

Noto su mirada clavada en mi cara, pero estoy demasiado ocupada observando a Dante e intentando entender cómo puede moverse tan en silencio un hombre de su tamaño.

Recorro a Dante de la cabeza a los pies. Es de la misma estatura que Matteo. Tiene el pelo negro largo por arriba, lo bastante como para agarrar un buen puñado y mantenerlo justo donde lo necesites. Lo lleva despeinado y alborotado, como si acabara de salir de la cama, pero a menos que duerma en traje, eso no puede ser verdad.

El traje gris claro parece hecho a medida, y, a juzgar por la cocina en la que estoy, no me sorprendería que tuviera todo un armario lleno de trajes de sastre. Igual que estoy segura de que Matteo también.

La mirada castaño oscura de Dante es paciente mientras le doy otro repaso. No hay duda de lo que estoy haciendo. No creo que ahora pudiera ser sutil aunque me fuera la vida en ello.

La cara se me llena de calor cuando Dante carraspea. Es un sonido pequeño, suave, no pensado para avergonzarme.

Vuelvo a subir la mirada hasta la suya, captando el borde de un tatuaje que asoma por encima del cuello blanco de su camisa—. Encantada, Dante —musito.

Asiente, una media sonrisa fantasmal cruzándole los labios—. Madison.

El timbre grave de su voz se desliza sobre mí como una ola, lenta y suave. Le observo un momento más. Se mueve por la cocina con un nivel de familiaridad que respalda lo que ha dicho Matteo de que es familia.

Los músculos se le tensan al coger una taza del armario junto al fregadero y prepararse un latte. El gesto, en sí simple, no lo es en absoluto cuando la tela se estira sobre su espalda y alrededor de sus bíceps. Tatuajes asoman por debajo del cuello y de las mangas de la camisa.

Hay algo tremendamente atractivo en un hombre que se maneja bien en una cocina. Y vestido así, además. Es como si acabara de descubrir un kink que no sabía que tenía.

Miro alternativamente a los dos hombres que tengo delante mientras doy otro sorbo a mi bebida. De repente he encontrado dos ventajas muy grandes de quedarme aquí unos días. Hay sitios muchísimo peores que compartir cocina con estos dos. Ya verás cuando se lo cuente a Lainey. Le va a encantar.

—Entonces, ¿de cuánto tiempo hablamos? Tengo que pasar por mi suite para hacer la maleta. —La mente se me va directa a una lista mental de cosas que traer.

—Te lo estás tomando todo sorprendentemente bien —dice Matteo.

—Bueno, teniendo en cuenta que mi prima está metida en un buen lío, he decidido que quedarme aquí *temporalmente* igual es buena idea.

La verdad es que si me voy ahora, estaré sola, y no creo que quiera estar sola precisamente ahora. Lainey está con sus hombres y, por lo visto, mi hermana está viviendo alguna fantasía de club de moteros. Aunque, conociéndola, probablemente esté hecha un ovillo en un sillón con un libro.

—Bien. Hay unas cuantas normas básicas que deberíamos repasar —dice Matteo. Pero mi mente ya ha metido toda la soledad dentro de esa caja marcada *no abrir* y la ha enterrado bien hondo. Ahora estoy pensando en todas las cosas que voy a necesitar si me quedo aquí una temporada.

Necesitaré mi rutina normal de cuidado de la piel, mi neceser de maquillaje, varios conjuntos, algo de ropa de dormir... quizá incluso algo más sugerente. ¡Oh! Tengo ese conjunto negro de encaje que compré con Blaire hace unos meses. Solo me lo he probado, pero me imagino vagando por la casa en mitad de la noche y

encontrándome a uno de ellos en la cocina. Y entonces me tiene doblada sobre la isla y...

—Madison, ¿estás bien?

La voz de Matteo me saca de mi fantasía. Dejo que la sonrisa se me borre de los labios.

El calor me sube a las mejillas y carraspeo—. Perdona, ¿qué has dicho?

Matteo frunce el entrecejo mientras me mira por encima del festín dispuesto entre nosotros—. Igual deberías coger algo de comer. He dicho que cuentes con quedarte aquí por tiempo indefinido.

La última palabra se me atasca y rebota en el cerebro, y termino atragantándome con el té helado que acabo de beber—. Perdona, ¿acabas de decir «por tiempo indefinido»? ¡¿Cómo?!

---

SENTADA EN EL borde de la cama, dejando que el mullido edredón me ofrezca algo de consuelo, pienso en los acontecimientos de las últimas no sé cuántas horas. Me reclino sobre las almohadas y me quedo mirando al techo. Sin darme cuenta, me viene a la mente un recuerdo de la infancia.

—*Maddie. Maddie, ¿estás despierta?* —*susurra a gritos mi hermana.*

*Entorno un ojo y veo su silueta al pie de mi cama, iluminada por las estrellas fosforescentes pegadas al techo.*

*Echo hacia atrás el edredón y me aparto a un lado—. Ven, Mary.*

*Se sube conmigo, acurrucándose en la otra almohada de mi cama de matrimonio. Me giro a mirarla con un amplio bostezo.*

*—¿Estás bien?*

*Ella se hunde aún más bajo el edredón—. Sí.*

*—¿Pesadilla?*

*Asiente, el movimiento provoca un roce que hace que se me erice el vello de los brazos. Cierro los ojos, el agotamiento tirando de mí de vuelta al mundo de los sueños—. ¿Quieres hablar de ello?*

*Mary ha tenido una pesadilla casi todas las noches desde que nos mudamos a la que será nuestra casa durante los próximos siete años, más tiempo si vamos juntas a la universidad aquí. Estamos en una suite de residencia con nuestra prima, Lainey, mientras estudiamos en St. Rita's All-Girls Academy. A mí me gusta el cambio, la libertad, pero a ella le está costando un poco adaptarse.*

*—Iba sobre papá. Se lo estaba comiendo un tiburón y yo no podía salvarlo. Pero luego el tiburón se transformaba en mamá y no sé... Me he despertado entonces.*

*Entorno los ojos para mirarla, pero está tan envuelta en el edredón que apenas le veo otra cosa que los ojos—. Lo siento. Puedes quedarte conmigo esta noche.*

*—Gracias, Maddie.*

*—Claro. Eres mi hermana —mis palabras se desvanecen a medida que el sueño me vence.*

Parpadeando para ahuyentar el recuerdo repentino, lo tomo como una señal de que debo ponerme en contacto con mi hermana.

Marco su número, y justo cuando estoy a punto de colgar, contesta.

—¿Qué?

—Mary, soy yo.

—Ah —su voz se suaviza—. No reconocía el número.

—Ya, es, eh, no es mi móvil. Es solo el de un amigo.

Suelta una risita burlona—. Te refieres a Matteo.

—Sí. Sobre eso, ¿dónde estás? ¿Por qué no has querido quedarte conmigo? ¿Y estás bien? ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Quieres decir por qué no he querido quedarme contigo y con tu exnovio, del que ni siquiera sabía que habías vuelto a hablar?

El desdén en su voz hace que se me tensen los hombros—. Joder, dicho así, parece...

—Es exactamente así. Mira, no quiero estar cerca de nadie ahora mismo. No es nada personal, ¿vale?

Jugueteo con el edredón, pasando la tela entre dos dedos—. Vale. Matteo dice que estás a salvo, pero quiero oírlo de ti. ¿Te sientes segura, dondequiera que estés?

Se ríe, y está tan lejos de la risa despreocupada que solía tener que hasta doy un respingo.

—Claro, Maddie. A mi hermana la han secuestrado, mi prima anda metida ahora en cosas peligrosas y yo, estúpidamente, le di información personal a un acosador. Sí, claro que me siento segura ahora.

El pánico me atenaza la garganta, y fuerzo las palabras a salir por unos labios repentinamente tensos—. No lo entiendo. ¿Puedes empezar por el principio? Déjame ayudarte.

Exhala—. No sé ni por dónde empezar. La he cagado, Maddie. Pero ya no somos unas crías y no puedes arreglarme, ¿vale? Así que para. Deja de intentar arreglarlo todo todo el rato.

Las lágrimas me escuecen en los ojos ante su rechazo—. No estoy intentando *arreglarte* a ti. Solo quiero ayudar.

—Pues yo no quiero tu ayuda, hermanita.

Me muerdo el labio por dentro y asiento, aunque ella no pueda verme ahora—. Vale. Tú... mantente a salvo. Y nos vemos pronto, supongo.

—Adiós —corta la llamada sin añadir una palabra más.

Me quedo mirando el móvil un instante, preguntándome en qué momento se ha puesto todo tan del revés.

DIECIOCHO

---

MADDIE

—¿PUEDO preguntarte una cosa?—No miro a Dante mientras le hablo. En su lugar, me meto una palomita en la boca y la mastico con mordiscos lentos.

Siento su mirada sobre mí, pero mantengo la vista fija en la tele con proyector gigante que tenemos delante. Este fin de semana están poniendo un maratón de películas de los ochenta, y Chunk acaba de quedarse encerrado en el congelador con el *tieso*, como él lo llama. Recuerdo que estuve aterrorizada un mes entero pensando que me iba a quedar encerrada en un congelador con un cadáver después de ver esta peli por primera vez. Éramos demasiado pequeñas, pero el novio de mamá de entonces la puso cuando se suponía que tenía que estar cuidándonos mientras ella se recuperaba de algún retoque estético.

—Claro.

—¿Qué crees que pasa cuando te mueres?

No me contesta, pero siento la intensidad de su mirada en mi rostro. Me imagino cómo debo de parecerle. Esta chica a la que no ha visto en su vida y que de repente está en todas partes todo el tiempo. En su casa, en su sofá y en su vida veinticuatro siete, si hay que hacerle caso a Matteo.

—¿Por qué lo preguntas?

Reprimo el impulso de alisarme el pelo, de retocarme el aspecto mientras pienso cómo contestar. Es casi un tic inconsciente que tengo, inculcado por mi madre y reforzado por mis compañeras de clase.

Todavía me pregunto cómo Lainey y Mary han salido prácticamente ilesas de St. Rita's. En cierto modo, siempre las he envidiado. A ninguna de las dos le importan demasiado los cotilleos, ni la moda más de tendencia, ni mantener ningún tipo de relaciones... falsas o no. Las dos son siempre felices haciendo su propia vida.

Lainey siempre ha estado ocupada. Creo que era su manera de lidiar con la vida y que, en algún punto, eso se convirtió en su personalidad. Era mucho más probable encontrarla trabajando o haciendo voluntariado, algo que a tantas de nuestras compañeras les parece horroroso.

Y Mary siempre estaba en la biblioteca, estudiando día y noche. Y quizá, al principio, fue un hábito nacido del miedo al fracaso, pero creo que acabó convirtiéndose en su refugio.

Estaba convencida de que si no estudiaba tanto, iba a suspender. Pero siempre se le ha dado bien. Una natural, dice mamá. No creo que haya sacado nunca menos de un sobresaliente. En nada. Jamás.

¿Y yo?

¿Qué hago yo? ¿Cuál es mi cosa?

Suelto un suspiro, y siento cómo mi alma exhala tanto como mis pulmones.

No me parezco nada a ellas, en realidad. No soy tan lista como Mary, y desde luego no se me da tan bien el colegio. Y no soy tan carismática de forma natural como Lainey. Ella no lo ve, pero la gente acude a ella solo por estar en su órbita. Quiero decir, por Dios, ahora mismo tiene a tres tíos compitiendo por conseguir su cariño. Tres.

Y yo no consigo pescar ni a uno.

Mi mente evoca, sin querer, tres sonrisas ladeadas muy distintas. Tres hombres muy diferentes que me han afectado de maneras que no había experimentado antes.

Vale, quizá sí soy capaz de captar la atención de alguien, pero no de mantenerla. Ni de mantenerlos a ellos.

No estoy celosa de Lainey. Ni de ninguna de las dos. Las quiero.

Solo me pregunto dónde encajo yo en nuestro triángulo. Últimamente, nuestro vínculo se siente estirado y deformado. Estamos cerrando el capítulo de una parte de nuestra vida, entrando en el siguiente viaje, y no puedo evitar preguntarme si yo voy a seguir un camino diferente al de ellas.

¿Quién soy sin ellas?

Me obligo a salir de mi espiral de pensamientos y vuelvo a centrarme en la pregunta de Dante.

—Lo pregunto porque cuando ese tío me secuestró y me desperté sola, atada a una silla en medio de una nave, te juro que vi mi vida pasar ante mis ojos.

Lanzo otro copo de palomita mantecosa a mi boca mientras las lágrimas me nublan la vista. Mantengo la mirada fija en la pantalla, decidida a no cruzar los ojos con él mientras me abro el pecho y me desangro delante de este desconocido.

Quizá eso es lo que hace que todo esto sea más fácil. No me conoce de nada, así que su opinión no está lastrada por su juicio sobre mi pasado.

Una risita autodespectiva se me escapa de la boca. —¿Y sabes qué es lo más ridículo? Que no era gran cosa. Un montaje de lo mejor de las vacaciones de verano con una madre más interesada en cazar a su próximo novio que en hacer de madre, y de eventos y fiestas pretenciosas con compañeras de clase vestidas con trajes pijos a las que les doy exactamente igual. Y luego los recuerdos divertidos con mi prima y mi hermana.—Las comisuras de mis labios se elevan en una especie de sonrisa nostálgica.

—Y entonces tuve un pensamiento raro: ¿cuánta gente me lloraría si yo desapareciera? ¿*De verdad* me lloraría?—Hago una pausa, con la mano a medio camino de la boca, unos cuantos granos de palomitas apretados entre los dedos.—No mucha. Mi prima y mi hermana, sí, pero son luchadoras. Al final seguirían adelante. ¿Amigos? Qué va. Las chicas como yo somos más propensas a tener falsas amigas que amigas de verdad. Mi padre está muerto; mis

abuelos maternos también. Y hace tanto que no veo a mis abuelos paternos que no estoy segura de que los reconociera si me los cruzara por la calle.

Él no responde, y el silencio se estira entre nosotros, pesado y acusador. Tengo una disculpa a punto de salir, pero me la trago. Creo que tengo derecho a estar melancólica e introspectiva con esto, tan poco tiempo después de que haya pasado todo.

Es difícil, pero resisto el impulso de llenar el silencio. En lugar de eso, me centro en la pantalla, donde se ve a Mikey y al resto de los goonies arrastrándose por unos túneles. La imagen alivia parte del peso de mis hombros. Hay algo en las pelis de tu infancia que te ofrece una nostalgia dulce.

Cuando era pequeña, solía fantasear con irme a una gran aventura como esta. Tenía una imaginación desbordante que solo crecía con los cuentos para dormir de mi padre, historias de tierras lejanas.

Sin decir nada, Dante se inclina hacia delante y deja su bol de palomitas en la mesa de centro que tenemos delante. Lo observo por el rabillo del ojo mientras se impulsa desde el mullido sofá en forma de U, negro medianoche, y camina alrededor para salir de la sala.

Vaya, joder.

Supongo que no le apetecía una sesión de introspección y charla de crisis existencial ligera. No pasa nada. Se me da bien estar sola.

Seguro que se está arrepintiendo de haberme ofrecido hacer un maratón de pelis conmigo. De hecho, probablemente le esté escribiendo ahora mismo a Matteo para pedirle que me mande a casa.

Después de que Matteo soltara antes su bomba del *indefinidamente*, me retiré a la habitación en la que me desperté, esperando encontrar claridad. En su lugar, tuve una llamada bastante mala con mi hermana y luego me quedé dormida en la cama. Solo me desperté cuando Dante llamó a la puerta y me preguntó si quería ver una película.

Antes de que pueda meterme otra palomita en la boca, aparece delante de mi cara un bote de yogur helado de fresa. No se lo cojo

inmediatamente. En lugar de eso, sigo con la mirada los dedos tatuados que rodean el cartón escarchado, alzando la cabeza para seguir la tinta por su brazo. Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara, así que termino con la nuca apoyada en el respaldo del sofá.

Me siento un poco tonta mirándole del revés así, pero este gesto me pilla tan fuera de juego que no sé muy bien qué hacer.

Tras otro momento de silencio, pregunto:—¿Qué es esto?

—Esta conversación se merece un helado, ¿no crees?—Mueve el cartón de un lado a otro en su mano, el gesto llamando mi atención por el rabillo del ojo.

Levanto la cabeza y le quito el bote de las manos, nuestros dedos rozándose más tiempo del necesario. O quizá es cosa mía.

—Esto es *froyo*.—Pretendía que sonara a pregunta, pero no ha salido así. Giro el cartón para mirar el lateral, la sorpresa frunciendo mi ceño.—De hecho, Fresa Sorpresa. Es mi favorito.

Alzo la mirada del bote hacia él, viéndole bordear el sofá enorme con otro bote de helado en la otra mano. Chocolate con trozos.

—Vaya. Entonces habrá sido el destino, ¿no?

Le tiembla un poco el labio al decir “destino”, y no sé si es sarcasmo, una broma interna de la que no formo parte o un efecto de la luz. Las cortinas largas color vainilla suave llegan hasta el suelo y están cerradas, y su función de oscurecimiento hace honor a su nombre.

Abro el cartón, cojo una cucharada y disfruto del sabor intenso de las fresas en mi lengua. Apenas logro reprimir un gemido.—Uf. Se me había olvidado lo bueno que estaba esto.

Dante se ríe, un sonido profundo, masculino, que despierta pinchazos de conciencia en mi cuello. Noto cómo se me dibuja una sonrisa como respuesta antes siquiera de darme cuenta.

—Así que eres de esas.

Doy otro bocado antes de cambiar de postura para mirarle, doblando una pierna bajo la otra y recostándome contra el reposabrazos. La película queda prácticamente olvidada mientras le presto atención a él.—¿De esas qué?

—De esas chicas que disfrutan de la comida en voz alta.—Se mete otra cucharada de helado en la boca, todavía con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

Niego con la cabeza varias veces.—No sé de qué hablas...

Su lengua asoma para lamer la parte de atrás de la cuchara y pierdo el hilo de lo que estaba diciendo. Me aparto el pelo de la nuca en un intento inútil de refrescarla. De repente hace calor aquí dentro, lo cual no tiene ningún sentido, teniendo en cuenta todo.

—Si tú lo dices.—Me dedica una sonrisita sucia, y siento como si algo dentro de mí se rompiera. De pronto, veo a todo su metro noventa y pico apoyado con toda la calma en el sofá, con las piernas abiertas de esa manera que suena tan estúpida pero que queda muy sexy en el chico adecuado. Y Dante... desde luego es el chico adecuado.

Sus tatuajes son manchas oscuras en la habitación en penumbra, un contraste marcado con su camiseta blanca impecable. El pantalón negro deportivo, ajustado, le marca las piernas, y siento que quizá tenga que replantearme mi opinión sobre el clásico look de pantalón de chándal gris. Porque, joder, estos pantalones me están haciendo algo.

Debió de cambiarse mientras yo dormía la siesta, y no sé si me gusta más en ropa cómoda o con traje. Sinceramente, me lo quedaría en cualquiera de las dos versiones.

Su pelo oscuro está peinado hacia atrás, lejos de la cara, de ese modo descuidado que hace que hasta las chicas más listas hagan tonterías.

No es que yo sea la chica más lista, porque no lo soy. Pero hasta yo sé leer los problemas que lleva escritos por todas partes.

No sé qué demonios me pasa, pero es como si el destino hubiera decidido plantarme hombres delante últimamente. Como si me estuviera desafiando a que haga algo al respecto.

—Para responder a tu pregunta: no estoy seguro.

Tardo un momento en recordar que le he preguntado qué cree que pasa cuando te mueres, pero eso fue hace cuatro cucharadas de mi *froyo* favorito y un pantalón negro deportivo, así que voy a ser benévola conmigo misma.

—Me gusta pensar que hay algo después de nuestro tiempo aquí en la Tierra. Pero no hay manera de saberlo. ¿Y si esto es todo lo que tenemos? ¿Harías algo diferente? ¿Vivirías tu vida sin remordimientos?

—Sin remordimientos—murmuro, con la mirada perdida y los pensamientos muy lejos. Seguro que he dicho esas palabras antes, pero no sé si las he dicho—o pensado—exactamente como ahora. Algo en la forma en la que Dante lo ha explicado resuena en mí.

¿Vivo mi vida con remordimientos?

—Es algo muy curioso. El remordimiento. Para cuando te arrepientes de algo, el momento ya ha pasado. No hay máquina del tiempo para volver atrás y tomar una decisión diferente.—Vuelvo a girarme hacia él, observando la forma en que se sienta con tanta soltura y confianza.

—Ahh, lo pillas.—Sonríe, con los ojos casi brillando de interés.

Toco con el dorso de la cuchara metálica fría mis labios mientras pienso.—Así que tienes que ser capaz de reconocer un posible remordimiento mientras estás tomando una decisión o hacer las paces con los que ya tienes—reflexiono, alzando una ceja.

—Vives tu vida sin remordimientos.

Dejo la cuchara y le miro.—¿Eso es lo que haces tú? ¿Vivir libre?

Su mirada recorre mi cara unos segundos.—Es un lujo que no todo el mundo tiene. Y en mi línea de trabajo es fácil perder de vista lo que importa. Fácil enredarse en el lío de la codicia.

—¿*Línea de trabajo*? ¿Qué eres, un señor de cuarenta años? ¿Quién dice eso ya?—me burlo de él con la boca llena de cielo helado.

Deja la cuchara en su bote de helado con una lentitud deliberada y lo apoya en el sofá a su lado. Echando la cabeza hacia atrás contra el respaldo, me mira con una ceja alzada.—¿Te parezco de cuarenta?

Me encojo de hombros y entorno un ojo como si intentara verle mejor.—No se me dan muy bien las edades.

Sonríe con un gesto ladeado, y sus ojos se oscurecen aún más bajo sus pestañas largas y negras.—Apuesto a que podrías averiguarlo.

Dejo que el *froyo* se derrita en mi lengua mientras le hago un repaso descarado de arriba abajo, forzando mis labios en una mueca para contener la sonrisa que amenaza con estallar.

¿Está ligando conmigo?

Eso espero, porque estoy muy dispuesta.

Ligar es un arte perdido. Demasiada gente quiere saltarse toda la parte buena: la tensión densa y la energía chisporroteando en el aire. Las miradas anhelantes y los toques sutiles.

Demasiados de los capullos con los que se juntan mis amigas son cortoplacistas y solo están preocupados por una cosa. Y oye, no soy una mojigata. Me gustan los orgasmos tanto como a la siguiente, pero también me gusta que mis tíos sean respetuosos y no unos completos capullos babosos.

Y que den. Me gustan generosos.

Por desgracia, parece ser mucho pedir. De ahí que no haya salido mucho con nadie en los últimos años. Y mirándole ahora a Dante, puedo admitir ante mí misma que saldría con él, entre otras cosas.

En un santiamén.

De hecho, una idea empieza a tomar forma. Una que creo que mi madre, esa puma progresista, aprobaría.

Abro la boca, con una réplica coqueta preparada en la punta de la lengua, cuando su móvil suena y vibra contra la mesa de centro. No puedo evitar que me pique la curiosidad, y me inclino hacia delante para ver quién le llama. ¿Será Matteo para preguntar por mí?

Solo veo números, así que no es alguien que tenga en la agenda. Vaya.

—Tengo que cogerlo—murmura mientras se levanta del sofá y lo rodea para salir de la sala.

—Vale.—Le sigo con la mirada, con el interés encendido. No sé prácticamente nada de Dante, pero creo que quiero conocerle.

Sin remordimientos, ¿no?

## DIECINUEVE

---

## MADDIE

DANTE NO VUELVE en lo que queda de película ni durante la siguiente, pero le he visto asomar la cabeza por la habitación un par de veces.

Estoy tumbada en este sofá y he decidido que es, posiblemente, la superficie más cómoda en la que he dormido jamás, incluyendo el colchón de mi suite.

He estado dormitando a ratos durante la última hora, más o menos. Es difícil saber qué hora es aquí dentro con las cortinas echadas y las luces bajas por la película.

Suena un zumbido y a mi cerebro le cuesta unos instantes espabilarse lo suficiente para darse cuenta de que es el móvil nuevo que me ha dado Matteo. Dándome la vuelta, estiro el brazo todo lo posible para no tener que levantarme de esta nube que se hace pasar por sofá.

Es Lainey. Eso me anima un poco; tal vez una videollamada sea justo lo que necesito. Me pongo boca arriba y me incorporo un poco, respondiendo al teléfono justo cuando un bostezo se escapa de mis labios.

—Hola, Lainey.

—¿Maddie? Oh, gracias a Dios que estás bien. Estás bien, ¿verdad? Wolf ha dicho que sí, pero no he tenido oportunidad de

llamarte hasta ahora. Siento muchísimo no haber llamado anoche. Sully resultó herido... muy herido. Y en cuanto lo remendaron, vinimos a su apartamento aquí en la ciudad y yo simplemente... me desplomé. Pero Maddie, siento muchísimo haberte arrastrado a mí. —Sus palabras salen atropelladas, tan seguidas que no creo que haya tomado aire ni una sola vez. Se le llenan los ojos de lágrimas y parpadea, dejando que una rueda por su mejilla.

Se me empañan los ojos al verla y sé que perderé la batalla por contener las lágrimas. No solo tengo tendencia a llorar cuando veo a alguien llorando, sino que mis emociones están a flor de piel y desatadas en este momento.

—Oh, Lainey, no es culpa tuya. ¿Sully va a ponerse bien? — Siento un nudo en la garganta y me trago las lágrimas. No puedo imaginarme lo aterrador que debe de ser ver cómo alguien a quien quieres resulta herido. Y no me importa lo que diga Lainey, está claro que todavía siente algo por Sully.

—Pues yo creo que sí lo es. No entiendo qué está pasando, pero estoy... estoy bastante segura de que intentaban atraparme a mí, pero te llevaron a ti por error. —Se aclara la garganta y mira hacia un lado—. Era el mismo tipo de mi cumpleaños, el de los ojos rojos. Y yo simplemente... no tienes idea de cuánto siento que te hicieran daño. Y Sully, él se pondrá bien.

—Eso es bueno, lo de Sully, quiero decir. Y yo estaré bien, así que no te preocupes por mí. Me preocupas más tú. ¿Por qué querría alguien secuestrarte? Yo... no lo entiendo.

Niega con la cabeza, con el pelo revoloteándole alrededor de la cara surcada por las lágrimas. —Ojalá lo supiera.

Asiento varias veces. —¿Me lo dirías si supieras algo? Porque no entiendo por qué, de repente, un psicópata intenta secuestrarte en las calles de Nueva York. —Me encojo de hombros y me paso un dedo por debajo del ojo izquierdo, atrapando una lágrima perdida—. No estoy segura de qué es exactamente lo que debe darme miedo, pero es como si mi cuerpo lo supiera. He estado en alerta máxima desde que me desperté.

Lainey asiente con una mueca de dolor cruzando su hermoso rostro. —Lo sé, y también lo siento por eso.

—Lainey... —Su nombre sale con un suspiro. No había tenido en cuenta cómo se sentiría ella después de todo, aunque debería haberlo hecho. Ha sido descuidado por mi parte no darme cuenta de que se martirizaría por todo—. No eres responsable de lo que haga otra persona, y no eres responsable de mis sentimientos.

Asiente y otra lágrima se desliza por su mejilla con el movimiento.

Me muerdo el labio, dudando sobre cómo expresar lo que quiero decir. Al cuerno, Lainey y yo no tenemos ese tipo de relación en la que debamos andar con pies de plomo la una con la otra. Suelto un suspiro y la miro a los ojos.

—Si ese tipo te hubiera atrapado a ti en vez de a mí, no creo que estuviéramos hablando ahora mismo. Creo que te habrían hecho algo horrible, Lainey. Y si el hecho de que me llevaran por error impidió que te pasara algo espantoso, entonces me alegro de que fuera a mí. Estoy preocupada por ti.

Sus labios se curvan en una sonrisa triste y deja escapar una risita. —Siempre haciendo de mamá gallina, Maddie. Estoy bien. O lo estaré. Ahora tengo gente cuidándome.

Asiento y le devuelvo la sonrisa. —Bien. ¿Y qué tal esos chicos Fitzgerald, eh? ¿Te están tratando bien? Porque si no lo hacen, tendrán que rendirme cuentas a mí. Y a mis nuevos amigos. —Le muevo las cejas, sabiendo lo ridícula que me veo cuando lo hago. Nunca deja de hacerla reír, y hoy no es la excepción.

Pienso en mis *nuevos amigos*, y aunque lo he dicho para tomarle el pelo, me pregunto qué harían si les pidiera que les dieran un susto a esos chicos suyos. Matteo parece que dudaría, pero apuesto a que Dante lo haría sin pensarlo.

Tengo la ligera sospecha de que Dante se apuntaría a una sesión clásica de intimidación. Desde luego tiene los músculos necesarios para ello.

—Nuevos amigos, ¿dices? ¿Dónde estás, por cierto? —pregunta entre risas.

—Estoy... —Una mano aparece frente a mi cara, con los dedos tatuados cubriendo el móvil por completo. Me sobresalto,

encogiendo los hombros hacia las orejas y tensando el cuerpo por instinto.

—Shh. Solo soy yo.

Echo el cuello hacia atrás y, una vez más, me encuentro mirando a un Dante boca abajo.

—Jesús, me has asustado. —Su mano sosteniendo el móvil es lo único que lo mantiene en alto. Mis músculos se relajan al instante mientras la adrenalina abandona mi cuerpo.

—Nada de ubicaciones. —Su voz es firme, en contraste con la pequeña sonrisa de sus labios.

Siento que frunzo las cejas mientras me inclino hacia un lado para verle mejor. Me da espacio para moverme sin quitar la mano de mi móvil. —¿Hablas en serio?

—Totalmente. Nada de ubicaciones, Madison. ¿Tenemos que repasar esto otra vez?

Un bufido se me escapa antes de que pueda evitarlo. —Oh, vamos, Dante. ¡Estamos hablando de mi prima! Ella es la que me salvó. ¡Ya ha visto a Matteo!

—No me importa. Si no puedes cumplir mis reglas, entonces te quitaré el privilegio de tener móvil.

De algún modo se las arregla para parecer intimidante en esa postura, inclinado sobre el sofá, a menos de treinta centímetros de mi cara. Está lo bastante cerca para que pueda ver las motas plateadas de sus ojos. Me recuerdan a mis constelaciones favoritas y me permito un momento para perderme en ellas.

Vuelvo a centrar la mirada y sus carnosos labios me roban la atención a continuación. Parecen suaves, como si fuera un besador excelente.

Se aclara la garganta y parpadeo varias veces, reprendiéndome mentalmente para recomponerme. Al encontrarme por fin con su mirada, veo su diversión. Por el rabillo del ojo, veo cómo sus labios se curvan en una sonrisa de suficiencia y me cuesta toda mi fuerza de voluntad mantenerle la mirada.

Me siento distinta a como soy habitualmente. Inquieta. Expectante. Desinhibida.

—¿Ves algo que te guste?

Se me escapa un pequeño grito ahogado. No estoy segura de si me sorprende más que me haya pillado mirándolo o que esté pensando en decirle que *sí*.

Finge hasta que te lo creas, ¿no?

Echo la barbilla hacia atrás y le mantengo la mirada. Canalizando a Blaire, le digo: —Devuélveme el móvil o llamaré a Matteo.

—¿Quién crees que ha dado la orden, princesita?

Algo en la forma en que gruñe la palabra *princesita* hace que mis entrañas flaqueen. Un apodo que me han lanzado con desdén durante años no debería sonar tan bien saliendo de sus labios.

No flaqueo y levanto una ceja en plan desafiante. No es mucho, pero no estoy en posición de hacer mucho más, ni literal ni figuradamente.

Señala hacia atrás con el pulgar. —Estaré justo delante de esa puerta. No hagas ninguna tontería. Esto es por tu seguridad.

Me muerdo las ganas de contestarle bruscamente. *No* soy tonta. Pero tampoco entiendo qué demonios está pasando realmente. Asiento con la cabeza, con la mirada fija en la suya.

Sea lo que sea lo que ha visto en mi cara, debe de haberle dicho lo mismo. Suelta mi móvil y sus dedos rozan los míos un momento antes de incorporarse. Con una última mirada, gira sobre sus talones y sale de la habitación con paso arrogante.

Sinceramente, no es una descripción que usaría para la forma en que alguien sale de una habitación, pero a Dante le va que ni pintada. «Caminar» es un verbo demasiado soso para el modo en que se acaba de mover.

Un ruido de mi móvil me devuelve la atención y me giro para ver la cara burlona de mi prima.

—Perdona, tía. Dante es un gilipollas mandón. —Grito las últimas palabras para chingar a Dante, que estoy segura de que puede oírme.

—¿Quién es Dante?

Resoplo poniendo los ojos en blanco. —Solo un gilipollas amigo de Matteo.

Arquea una ceja. —Chica, he sentido la tensión sexual a través de la línea telefónica a saber a cuántos kilómetros de distancia estoy

de ti.

Siento que se me calienta la cara y me encojo de hombros. Estaba haciendo todo lo posible por no devorar al hombre con la mirada, pero maldita sea, me lo ha puesto difícil.

Lainey levanta las cejas hasta el nacimiento del pelo. —¿Y qué pasa con Matteo?

Levanto la barbilla y la miro por encima del hombro con una sonrisa de suficiencia. —Ya, bueno, a lo mejor me he agenciado una novela de harén inverso después de que me contaras toda tu *situación*. Y si tú puedes hacerlo, pensé que yo también podría intentarlo. ¿Y qué mejor momento que cuando estoy encerrada en una casa de seguridad con unos tíos tan buenos?

SU RISA repentina es el bálsamo que no sabía que necesitaba. Me uno a ella y las dos nos reímos como un par de colegialas.

—Eres increíble, Maddie.

Jadeo fingiendo indignación. —¿Yo? Solo intento seguir tus pasos.

Lainey abre la boca, pero alguien la llama por su nombre antes de que pueda decir nada. Mira detrás de la cámara poniendo los ojos en blanco. —Espera, Maddie. Ahora vuelvo.

Debe de haber dejado el teléfono apoyado, porque lo siguiente que veo es lo que parece un techo. A pesar de aguzar el oído, no oigo nada de su lado. Me muero de ganas de ver cómo es realmente su relación con esos chicos, ya sabes, cuando no creen que nadie los esté mirando.

Dejo que mi mente divague de nuevo hacia la idea de considerar *algo* con varios hombres.

No era algo en lo que hubiera pensado demasiado más allá de las páginas de los libros que leo. Pero no puedo negar el atractivo de tener un harén de hombres. Especialmente si es algo parecido a lo que Lainey ha compartido.

Si el hecho de que me hayan arrancado de la calle como una porción de pizza barata me ha enseñado algo, es que la vida es

corta.

Durante años he hecho todo lo que se esperaba de mí.

Me he presentado voluntaria en cada evento benéfico, he navegado por las aguas infestadas de tiburones de la alta sociedad, he aguantado todos los comentarios odiosos escupidos por chicos arrogantes que juegan a ser hombres. He puesto a mi hermana y a mi prima por delante en casi todo. He hecho de compinche de mi propia madre mientras buscaba hombres más cercanos a mi edad que a la suya, por el amor de Dios.

Y lo he hecho todo con una puta sonrisa en la cara.

He vivido mi vida según los demás —*para* los demás— durante años. La vergüenza me recorre la piel cuando me doy cuenta de que habría seguido viviendo así si un psicópata no hubiera intervenido.

¿Qué ironía, no?

¿Qué clase de persona soy si siento gratitud por el hombre que me secuestró?

Ni siquiera recuerdo una época en la que no fuera así. Alguien que busca complacer a todo el mundo.

Pero algo ha cambiado en mi interior desde aquel momento en que me arrastraron a una furgoneta de mierda, dando patadas y gritos.

He sacrificado tanto por tantos y, en un cruel giro de los acontecimientos, nadie estuvo dispuesto a sacrificar cinco minutos de su tiempo por mí.

Nadie.

Y esa podría ser la píldora más difícil de tragar ahora mismo. No soy ingenua. Sé que hay gente terrible en este mundo. Con la cantidad de gente que vive en la ciudad, las probabilidades de que algunos de ellos sean humanos espantosos son altas.

Pero no esperaba que todo el mundo mirara hacia otro lado, o peor aún, que se mostraran indiferentes. Me gustaría pensar que si la situación fuera a la inversa, y viera que se llevan a una chica, haría algo. Buscaría ayuda.

Sé en mi corazón que si Mary o Lainey hubieran estado allí, habrían intervenido. Pero ellas me quieren.

Y también sé que me apoyarán en mis decisiones, *sean cuales sean*.

Bueno, Lainey lo hará.

Y Mary también lo haría, si no estuviera metida en su propio lío ahora mismo.

Aunque siento que mi hermana está a mil kilómetros de distancia, un vínculo como el nuestro no se rompe tan fácilmente.

¿Así que por qué no? ¿Por qué no debería empezar una colección de hombres? No espero un anillo. Solo un lío de verano. Un poco de diversión honesta y tórrida con unos tíos muy atractivos. Algo en lo que pensar con cariño cuando esté encerrada entre las asfixiantes paredes de un aula en otoño.

Puedo enterrar mis sentimientos no resueltos por Matteo y dejar solo la atracción. La química y la lujuria.

En un movimiento poco característico en mí, no tengo un plan detallado sobre qué hacer. Voy a intentar algo nuevo.

Espontaneidad.

La idea es más desalentadora que tener más de un novio.

Me vienen a la mente cuatro hombres distintos, sin siquiera pensarlo conscientemente. Quizás mi subconsciente me ha estado guiando en esta dirección todo el tiempo.

Quiero decir, casi tuve sexo con un extraño en medio de una gala benéfica... ¡un *extraño*! Mi versión de una aventura de una noche había sido liarme con un chico con el que salí en una cita doble.

Estaba protegida por elección propia, si es que tiene sentido. Alguien tenía que cuidar de nosotras tres. Y en una ciudad de este tamaño, sería demasiado fácil que algo saliera mal, así que hice todo lo posible por mantener la cabeza en el juego.

Y eso me ha funcionado muy bien —a nosotras—. La única vez que se me escapó el control fue hace un par de años, cuando Matteo y yo salimos. Éramos niños entonces; yo era bastante inocente. Pero me gustaba con una intensidad que me asustaba un poco.

Y cuando lo miro ahora, algunas de esas mariposas se sienten mucho más pesadas, incluso exigentes. La curiosidad vibra en mis venas ante la idea de reavivar *algo* con Matteo.

Me muerdo el labio cuando una fantasía desfila ante mis ojos. Yo en medio de mi hombre misterioso de la gala —mi Aries— y Matteo.

Eso suponiendo que vuelva a ver a Aries alguna vez. Probablemente tendría más probabilidades de añadir a Charlie Hunnam a mi harén que de volver a verlo a él.

Unos ojos verdes hipnóticos se materializan en esta fantasía.

Leo.

Alto, tatuado y con ese maldito hoyuelo. Sería el complemento perfecto.

Y joder, sin mi teléfono, no sé cómo ponerme en contacto con él.

Oigo voces amortiguadas en el pasillo y miro en esa dirección. No veo a nadie, pero me imagino a Dante apoyado contra la pared, cruzando sus enormes brazos sobre su pecho bien definido.

Sí, definitivamente también podría añadir a Dante.

Anda.

Supongo que tal vez he estado acumulando lentamente mi propio harén después de todo.

No estoy muy segura de cómo hacerlo. Me imagino que hace falta un tipo de hombre muy específico para estar abierto a este tipo de relación.

¿Y qué mejor persona para pedir información que mi propia prima, la que plantó la idea, sin querer, estoy segura?

—¿Maddie? De la Tierra a Maddie.

El grito de Lainey me saca de mis pensamientos. —¿Eh? Lo siento, me he quedado traspuesta. —Sacudo un poco la cabeza hacia un lado.

Lainey frunce el ceño y se inclina hacia la cámara. —¿Seguro que estás bien? Quizás deberías llamar a ese tal Dante para que vuelva. No estoy segura de si deberías estar sola.

Desvío su preocupación con unos cuantos gestos de la mano. —Estoy bien, lo prometo. Solo estaba perdida en mis pensamientos y no me he dado cuenta de que habías vuelto.

Ella asiente, el movimiento es pausado y lento. —Si tú lo dices.

—¿Todo bien por ahí?

La parte superior de sus mejillas se sonroja y se aclara la garganta. —Mmm-jmm. Wolf solo, esto, necesitaba decirme una

cosa rápida.

—Si tú lo dices —me burlo de ella con sus propias palabras, y ella sonríe en respuesta. Me muerdo el borde del labio mientras pienso en cómo quiero formular lo que quiero saber—. ¿Cómo lo haces? ¿Lo de los tres novios, quiero decir? ¿Usáis como un horario rotativo o qué?

—Es poco convencional. Y espontáneo, supongo. Sully y yo somos... —niega con la cabeza y se muerde el labio— complicados.

Ahí está esa palabra de nuevo. *Espontáneo*. No puedo decidir si es cosa del destino o si es como ese experimento del coche verde sobre el que leí el año pasado y he engañado a mi cerebro para que lo resalte.

Nunca pensaba en la espontaneidad, excepto en el sentido de que decido *no* serlo. Pero ahora que no solo he pensado en ello, sino que he considerado ser espontánea de forma activa, es como si hubiera abierto la caja de Pandora.

Y no estoy segura de si volverá a cerrarse.

—Aún no está claro entre nosotros, pero tengo esperanzas. Todas las que puede tener una chica en mi situación.

Tiene los ojos entrecerrados en las comisuras y no sé si es por sus palabras o por los acontecimientos de los últimos días. Sinceramente, probablemente sea por ambas cosas.

—Vaya. Lo siento. —Sigo esperando que ese imbécil saque la cabeza del culo, pero no estoy segura de si lo hará alguna vez. Todavía no me ha dado una transición limpia, así que voy a lanzarme y esperar lo mejor—. ¿Eso significa que aún no ha habido actividades grupales?

Mi prima se queda mirándome con la expresión más inexpresiva que le he visto nunca, y si no estuviera tan interesada en la respuesta, me reiría.

—Ya sabes. Tú y al menos dos de ellos... ¡Dios mío! ¿La cama os ha visto ya a los cuatro a la vez?

Mi emoción aumenta cuanto más tiempo se queda callada. Mantiene firme su mirada inexpresiva, pero veo que la comisura de su boca se curva hacia arriba. Siento que se me abren los ojos y levanto un puño en el aire para un gesto de victoria.

Ella extiende una mano hacia mí, con la palma hacia delante, y niega con la cabeza. —No, no. No ha habido mucho de eso. —Se calla, mirando fuera de cámara un momento.

No puedo evitar la sonrisa entusiasta que recorre mi rostro. —Eso suena a una frase que empieza con un *pero*.

Ella se ríe y se encoge de hombros. —Pero no me opondría a ello. No es que hayamos tenido mucho tiempo últimamente.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! Así se hace, tía. ¡Al carajo el patriarcado! —Vuelvo a agitar el puño en el aire y luego lo acerco a la cámara. Ella me complace y acerca su puño cerrado a la cámara para un choque virtual.

—No creo que estuviera pensando en el patriarcado, Maddie —dice poniendo los ojos en blanco—. Pero no me avergüenzo. Los tres son increíbles.

—¿Incluso cuando Sully se porta como un capullo? —Le muevo las cejas.

—Sí, incluso entonces. —Suspira, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

Las dos nos quedamos calladas un momento, pero es un silencio cómodo. Ella aparta la vista del teléfono un instante y yo observo su perfil. Parece cansada. Triste. Sus hombros parecen pesados, su alma maltratada.

Me duele el corazón por ella y por todo lo que ha pasado. No solo en las últimas semanas, sino en toda su vida. Es una de las mujeres más fuertes que he conocido y siempre me deja asombrada.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, Lainey. —Mi voz es suave, fluida en el aire inmóvil.

Vuelve a mirarme, con los ojos llenos de lágrimas. —Yo también. Yo también.

—Ojalá pudiera estar allí contigo. Pero cuando estés lista, aquí estoy, ¿vale?

—Te quiero, prima.

—Yo también te quiero.

Sus sollozos se convierten en risitas. —Siempre aportando algo de alegría a la conversación. No sé qué haría sin Mary y sin ti. Rezo para no tener que averiguarlo nunca.

Se me encoge el corazón ante la idea de que nos separen de cualquier forma, y mucho menos de forma permanente. —Bueno, puedo hablar por las dos cuando te digo que nunca tendrás que averiguarlo!

—¿Dónde está tu hermana, por cierto? No he tenido oportunidad de hablar con ella desde lo de la cafetería y quiero ver cómo está.

Ladeo la cabeza. —¿No te has enterado? Está con unos tipos moteros. Al parecer, Wolf respondió por ellos. Y ella no quería quedarse aquí conmigo. Dijo que necesitaba «espacio», sea lo que sea que eso signifique. —Oculto mis sentimientos heridos con un bufido y me digo a mí misma que si actúo como si no estuviera ofendida, tal vez acabe creyéndomelo.

Retira la cabeza sorprendida al mencionar a los *tipos moteros*. —No, yo... debo de haberme perdido eso de alguna manera. La llamaré cuando colguemos.

—No te molestes. Su cobertura es inexistente donde está. Pero he hablado con ella antes y estaba bien. Me habló de ese baboso que conoció por internet. Sinceramente, probablemente sea algo bueno que ninguna de nosotras esté en sus rutinas habituales ahora mismo. —Me estremezco. La idea de otro hombre siguiendo a una de nosotras me asusta más de lo que admito—. Ese tal Max parece un acosador.

—Ah, vale. Haré que Wolf lo investigue.

—Lláname luego, ¿vale? ¡No me dejes con la duda o me preocuparé!

—Siempre —dice con una sonrisa—. Cuídate, Maddie.

Esas dos palabras que nos hemos dicho tantas veces que he perdido la cuenta cobran de repente un nuevo significado después de que ambas hayamos tenido nuestros encontronazos con los hombres malvados y perturbados de este mundo.

—Tú también, Lainey. Tú también.

Me sonrío una vez más antes de terminar la videollamada. Me quedo mirando el teléfono un momento antes de decidir no llamar a mi hermana. Si quisiera hablar conmigo, cogería el teléfono o me devolvería la llamada. Tal vez sea verdad que tiene mala cobertura. O tal vez me esté ignorando.

Bloqueo el teléfono y lo tiro sobre la mesa de centro antes de reclinar me para acomodarme en los cojines y ver la siguiente película sin pensar en nada.

VEINTIUNO

---

MATTEO

CINCO DÍAS.

Lleva en mi apartamento cinco putos días.

Y el mundo no ha explotado.

Todavía.

No tengo claro que en cualquier momento no vayan a tirar de la alfombra bajo mis pies para matarme a mí y a todos los que me importan.

No es una cuestión de si va a pasar, sino de cuándo.

Por eso tengo planes de contingencia por toda la ciudad. Como si fuera un jardín, he plantado semillas por toda esta ciudad y por algunas otras, regándolas como corresponde con alianzas, rumores y dinero, entre otras cosas.

Ya tenemos suficientes enemigos como para encima sumar una disensión total dentro de nuestra familia. Las grietas se están abriendo, se están formando bandos, y quien no acabe en el correcto no va a durar mucho.

En eso mi padre y yo estamos de acuerdo: si la lealtad de un hombre se puede comprar, entonces es una carga. Y las cargas son peligrosas en mi vida.

Si los jefes de las cinco familias supieran de verdad lo mal que está todo, cortarían por lo sano y borrarían nuestra línea del tablero.

Es un baile delicado, derrocar a tu padre para ocupar su lugar. Si aprieto demasiado, una de sus ratas irá corriendo a informarle de mis planes y joderá todo.

La fuerza bruta no va a funcionar sencillamente porque no tenemos soldados suficientes, no cuando no sé dónde están las lealtades de las demás familias.

Eso deja la sutileza, la paciencia y la duplicidad.

Algo que mi padre no parece entender. Su arrogancia va a ser su perdición.

Mi silla cruje cuando me inclino hacia delante para sacar las imágenes de seguridad de mi casa y selecciono un vídeo de hace unos días.

Miro fascinado cómo Dante sigue a Madison por toda mi casa. Es como una pequeña mariposa, siempre revoloteando de una habitación y de una cosa a la siguiente. Nunca se queda quieta demasiado rato, salvo para maratonear una o dos películas.

Parece que sus favoritas son las aventuras y las pelis de acción de los ochenta. Pero eso ya lo sabía. Me acordaba de nuestros tiempos juntos, años atrás, y aunque no fuera así, llevo siguiéndole la pista desde hace más tiempo del que siquiera Dante sabe.

Están en la mesa jugando a algún juego de cartas. Los labios de Dante se mueven, pero no tengo el volumen puesto, así que no tengo ni idea de qué están hablando. La necesidad de escuchar su conversación es casi abrumadora. Especialmente cuando Madison echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Dante le sonríe y, incluso en esta pantallita de mi ordenador, se le ve en los ojos.

Le gusta.

El impulso de rodearle el cuello con la mano y tomarle los labios como recordatorio para ella—para todos—de que es mía me golpea con fuerza, y aprieto los puños sobre el regazo.

Cierro el portátil con un clic, y el silencio de mi despacho se me echa encima. Hace horas que mandé a los pocos empleados que tengo a casa; la luz difusa del atardecer ilumina la espaciosa oficina. Últimamente paso aquí demasiadas horas.

Es uno de los pocos sitios donde sé que no tengo ninguna rata correteando. Y como ahora mi apartamento aloja a una pelirroja

tentadora, el despacho es el siguiente mejor lugar.

Miro el esquema que tengo delante. Es bastante básico, pero el recordatorio visual de lo ocurrido y la lista de posibles culpables me ayuda a centrarme.

Lo único que sé es que ha habido varios objetivos y nadie se ha atribuido nada todavía.

Si fueran las bandas callejeras locales, no solo irían presumiendo de ello a cualquiera que quisiera oírlos, sino que sabrían que estarían firmando sus sentencias de muerte. La única razón por la que siguen existiendo es porque las cinco familias lo permiten.

Con los irlandeses y los clubes de motoristas de la zona nos llevamos bien, a pesar de nuestro jefe. El cártel normalmente no se mete con nosotros tan al norte, pero es posible que una nueva facción esté intentando hacerse un nombre.

Podrían ser unas cuantas familias distintas; los rusos se me vienen a la cabeza.

Y la otra posibilidad es que sea una de las cinco familias. O un verso suelto.

Las familias llevan generaciones intentando infiltrarse entre las cinco. No es tan sencillo. Hay una razón por la que estas cinco familias son las que son, la cúspide de la cadena alimentaria.

El orden es fundamental y, por mucho que me disgusten ciertas estructuras de las cinco familias, sin ellas nos hundiríamos en el caos.

Mi móvil vibra sobre el escritorio y me arranca de mis pensamientos en espiral. El nombre de Dante parpadea en la pantalla, y un momento de miedo me recorre la columna.

Acepto la llamada y las palabras salen de mi boca antes siquiera de acercarme el teléfono a la oreja.—¿Madison está bien?

—Está bien.

Suelto el aire, el alivio golpeándome más fuerte de lo que esperaba.—Vale. ¿Qué necesitas? —me giro en la silla y miro las luces de la ciudad centelleando bajo mis pies. Desde aquí arriba es como si estuviera entre las nubes.

—Ha llamado Marco. Uno de sus soldados desapareció anteayer. Han entregado el cuerpo en el césped de la casa de Marco hace

veinte minutos.

—Hijo de puta. —Me pellizco el puente de la nariz y rebusco en mi cabeza cualquier correlación—. Primero los robos, luego los incendios, luego más robos y ahora asesinato a plena luz del día. Y tirado en el césped de la casa de nuestro capo, nada menos. La escalada no sigue un patrón típico. ¿Podría ser una coincidencia?

—Es posible. Lo han dejado en el único punto ciego del jardín de Marco, así que sus cámaras no han captado nada. Aun así parece algo personal. A este crío le han metido dos tiros en el pecho y no tenía ojos.

—¿Que no tenía?

—Se los han arrancado de las cuencas.

—Jesucristo —digo entre dientes—. Es un puto mensaje.

—Eso es lo que pienso yo también. Marco está listo para arrasar con todo y solo se ha calmado cuando le he prometido venganza. —Dante suspira, el sonido retumba en mi oído.

—¿Ha dicho algo que sugiera que era algo personal contra él o contra el chaval?

—Qué va, ha dicho que el chaval caía bien. Joven e inteligente, podría haber sido un buen productor. —Hace una pausa, el silencio pesado y opresivo—. ¿Qué quieres que haga, jefe?

—Joder. —La maldición se me escapa siseando—. Quienquiera que esté detrás de esto no está jugando. Él va a querer represalias.

Mi padre no ha mantenido el título de jefe de las cinco familias por quedarse sentado sin hacer nada en la banda. No, él es mucho más del tipo *dispara a todos y no hagas preguntas nunca*. Es útil en algunas situaciones, pero me temo que, sin siquiera una pista de quién es el responsable, las calles van a correr rojas con sangre de inocentes mucho antes de que todo esto termine.

—¿Pero contra quién?

—Sin duda empezará por el último que le tocó los cojones. Nadie está a salvo de su furia maníaca.

—Lo comunicaré, pero prepárate para cualquier cosa. No sabemos cuánta información tienen nuestros enemigos.

—Entendido.

—Ah, y, Dante. Es hora de que nuestro compañero de piso vuelva a casa.

—¿Estás seguro? ¿Y Maddie?

Dejo que el uso de su apodo en su boca me resbale como el agua en el lomo de un pato.

—¿Qué pasa con ella?

Me doy una palmada mental en la espalda por el gruñido de rabia que he conseguido sacar de mi voz. No es que esté celoso, exactamente. Confío en Dante con mi vida, y con la de ella. Y le estoy agradecido por poder estar ahí para protegerla cuando yo no puedo.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerla aquí? No puedo vigilarla todos los días durante el resto de mi vida y ella no puede quedarse aquí para siempre. —Casi puedo verlo poner los ojos en blanco.

Es como si no me conociera en absoluto. Claro que puedo tenerla allí para siempre. Cuando se quede sin ropa y sin lo que sea, ya le compraré cosas nuevas. Casi me gusta la idea de llegar a casa con ella allí todas las noches, aunque ya esté dormida. Es extrañamente reconfortante saber que está durmiendo al final del pasillo.

La respuesta más obvia no deja de parpadear delante de mí como el neón de un diner. Sé que Dante está pensando lo mismo que yo ahora.

*Matrimonio.*

No le respondo, lo cual ya es una respuesta de por sí. El hecho de que se comporte como si no se lo estuviera pasando en grande con mi chica es casi un insulto. Sé que sabe que he estado viéndoles juntos. No es que haya mucho que ver, la verdad, pero sus interacciones distan de ser puramente platónicas.

Bufa, el ruido sonoro y exasperante.—Tenemos que hablar en serio de esto. No puedes casarte con ella.

Me encojo de hombros y miro las luces centelleantes, dejando que la vista se me desenfoque.—Ya hablaremos luego. Mañana por la noche estaré en casa.

—Sí, vale. —Corta la llamada antes de que pueda decir nada más, y ese pequeño desplante de enfado es prácticamente lo peor que suele haber entre nosotros. Dante siempre ha sido mi mejor

amigo y mi consejero. El tipo al que llamas cuando necesitas descuartizar y deshacerte de un cadáver.

Sé que hay parte de razón en lo que dice, pero no veo otra salida, al menos todavía. Y antes dejaría que me mataran a que mi padre intentara otra chapuza de matrimonio concertado. Puede que eso funcione con mi hermano pequeño—aunque yo no lo permitiría—, pero ahora soy un hombre hecho. No me someto a ese tipo de contratos, por nadie.

Suelto un suspiro, me paso las manos por el pelo y me preparo mentalmente para esta llamada. Dos dedos de whisky después, llamo a mi padre y le doy la noticia.

VEINTIDÓS

---

MADDIE

LLEVO AQUÍ CASI UNA SEMANA, aunque el primer día o los dos primeros estuve como en una nebulosa. Ahora me siento bien de la cabeza, y la mayoría de mis dolores han remitido hasta convertirse en algo mucho más tolerable.

Me he adaptado a una especie de rutina. Todavía me siento un poco como si estuviera en unas vacaciones prolongadas, pero unas en las que estoy encerrada en una casa con alguien a quien acabo de conocer hace poco. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado últimamente, es un poco sorprendente que aceptara esto.

Es solo que hay algo en Dante que me hace sentir segura. Protegida.

Por supuesto, pensé que estaría con Matteo cuando originalmente dije que me quedaría aquí, pero no me importa que Dante haga de guardaespaldas. Mucha gente que conozco tiene guardaespaldas a tiempo parcial, y dado que acabo de tener el mío propio durante unos días por cortesía de Lainey y sus hombres, no es tan extraño como podría ser.

Curiosamente, no he visto a Matteo desde aquel primer día cuando me dijo que mi vida estaba cambiando, aunque solo fuera temporalmente. No estoy segura de si me siento decepcionada o no.

No puedo negar que he disfrutado esta última semana conociendo a Dante. Se puede saber mucho de una persona en esos pequeños momentos de tranquilidad. Y he aprendido que, aunque Dante es un hombre de pocas palabras, las que pronuncia tienen mucho peso. Y me gusta.

Él me gusta.

El olor a palomitas recién hechas me saca de mi habitación. En el fondo de mi mente, me pregunto cómo estarán Mary y Lainey. He tenido poco contacto con ellas; solo unos pocos mensajes de texto con mi hermana.

Me pregunto ociosamente si tendré mensajes perdidos cuando recupere mi móvil. Quizá algunos de Blaire.

Y de Leo.

No estoy segura de cómo voy a explicarle mi repentino silencio radiofónico. No quiero mentirle, pero no sé cómo se tomará la verdad. Tengo que confiar en que entenderá por qué no respondí durante todo el tiempo que sea que lleve aquí.

El tiempo pierde todo sentido cuando estoy bajo techo todo el día y durmiendo a horas extrañas. Los ventanales de suelo a techo reciben la luz del sol cada mañana, pero los estores opacos de la habitación en la que me quedo hacen que parezca más medianoche que mediodía.

Al mirar el reloj, me avergüenza un poco que sean casi las once de la mañana. No acostumbro a dormir hasta tan tarde. Normalmente me levanto bastante temprano, pero o bien necesitaba mucho el descanso, o bien esos estores están alterando mi ritmo circadiano.

O tal vez sea porque Dante y yo nos quedamos despiertos hasta las tres de la madrugada viendo *Juego de Tronos*. Todavía no puedo creer que nunca la hubiera visto. Nos quedan dos temporadas más, y no he ocultado que me muero por ver su reacción ante todo lo que pasa.

Es casi como si la estuviera viendo por primera vez de nuevo. Me gusta verla desde su perspectiva. Tiene mucho que decir sobre los Stark, y estoy impaciente por ver qué opina de las últimas temporadas.

Al doblar la esquina hacia la cocina, no me sorprende ver a Dante ante los fogones, removiendo el palomitero. El ruido es fuerte y el olor delicioso. Lo que sí es sorprendente es que no lleva camiseta. Aparte de la primera vez que nos vimos, ha ido informal con pantalones deportivos, pantalones de chándal y camisetas.

Siento que se me abre la boca al contemplar la amplia extensión de su espalda. Diseños tatuados se arremolinan y caen en cascada sobre sus músculos, contando una historia con cada trazo de tinta.

No me doy cuenta de que me muevo hasta que estoy justo detrás de él, con una mano suspendida sobre su espalda. Una urgencia desesperada por tocarlo rebota en mi interior, una sensación que me resulta extraña y correcta a la vez.

Dudo por un momento, dándonos tiempo a ambos para movernos o hablar, pero cuando ninguno de los dos lo hace, me acerco y recorro su espalda con la punta de los dedos. No se inmuta; al contrario, se queda perfectamente quieto. Me da la sensación de que me está dejando explorar.

Sigo la tinta con mis dedos, mirando fascinada la piel de gallina que dejan a su paso.

Nos hemos vuelto cercanos estos últimos días, más allá de unas cuantas cosas inocentes. Supongo que es inevitable que ocurra cuando pasas casi cada momento de vigilia juntos.

Doy otro paso más cerca y la tela de mi camiseta de tirantes roza su espalda. Soy más consciente de lo que llevo puesto —y de lo que no llevo— de lo que lo he sido nunca.

Y no puedo decidir si estoy encantada o angustiada por llevar solo una camiseta de tirantes azul, suelta y ligera, con un bonito bralette azul oscuro y una coqueta falda blanca por la mitad del muslo.

Mi exploración se detiene en un hermoso detalle de una rosa. Las yemas de mis dedos rozan los pétalos tatuados. Los detalles son tan reales que el asombro me anuda la garganta. Me pregunto qué llevaría a un hombre como Dante, cuyo cuerpo cuenta una historia de agitación y días oscuros, a ponerse una flor hermosa, casi delicada, en la espalda. La rosa rodea sus costillas y el tallo se pierde bajo sus pantalones.

Estoy tan perdida en mi exploración que no me doy cuenta de que las palomitas han dejado de estallar. Él apaga el fuego, y el suave clic suena fuerte en la silenciosa cocina.

Unos hilos de suave luz solar cruzan la habitación desde los estores casi cerrados, creando un patrón de sombras en la cocina.

El corazón me late con fuerza en los oídos y los nervios me suben por la garganta mientras llevo lentamente la otra mano a su espalda. Cuando no protesta, deslizo ambas palmas hacia arriba por su espalda, con un toque ligero sobre su piel cálida. Unos pinchazos de electricidad saltan en el espacio donde nuestra piel se toca, y ahogo un gemido ante la sensación.

—¿Qué haces?— Su voz es grave y cálida como el caramelo recién hecho, suave y rica.

Me lamo los labios y deslizo ambas manos alrededor de sus costillas. —Explorando.—

—No soy un mapa, Maddie.— Su voz es profunda, mi nombre sale de su lengua como si llevara años diciéndolo, no días.

Mis dedos hormiguean de anticipación mientras doy el último paso adelante, con mi parte frontal ahora presionada contra su espalda. Me inclino hacia delante y poso los labios en el borde de uno de los tatuajes.

Él toma aire bruscamente, dejándolo salir con un siseo. Deslizo los labios por su piel y planto otro beso y, como si una banda elástica se rompiera, él se pone en movimiento.

En un segundo, se gira para mirarme, con sus manos rodeando mis muñecas suspendidas en el aire. Su agarre es suave y firme mientras me hace retroceder hasta que mi espalda choca contra la isla de la cocina. Pero, honestamente, ni siquiera estoy prestando atención porque tengo su pecho frente a mi cara.

Es como si hubiera muerto y llegado al cielo. Dios mío... ni siquiera sabía que unos abdominales pudieran *verse* así. Juro por Dios que pierdo la noción del tiempo por unos instantes, absorta en su increíble cuerpo.

Intrincados diseños de tinta ocupan la mayor parte del espacio de su pecho y abdomen. Tiene pequeñas zonas de piel libre, y

quiero saber qué planea poner ahí. Un tipo como Dante no deja un espacio así a menos que tenga planes para él.

Mi visión se corta cuando él se acerca más. Sujetando mis muñecas con suavidad, las baja hasta la isla que tengo a mi espalda, y mi espalda se arquea con la nueva posición. Mis pezones se endurecen, mi cuerpo se enciende de deseo.

Su aroma invade mis sentidos, algo amaderado como el vetiver. Está por todas partes a mi alrededor en este momento, calentándome en más de un sentido. Me muerdo el labio para evitar hacer algo audaz, como ponerme de puntillas y sellar mis labios contra los suyos.

Eso sería una locura, ¿verdad?

*Quiero decir, no sería tan loco. No estaría así de cerca si no estuviera interesado,* razona una voz. Suena mucho a Lainey, y como ella es el cerebro de nuestro pequeño trío, decido confiar en su criterio.

Sin decir palabra, baja la cabeza y hinca los dientes en mi labio inferior con la presión justa para que me dé cuenta.

Y créeme, vaya si me *doy cuenta*.

Mi respiración se corta al sentir sus labios tan cerca de los míos. Mi boca se abre al exhalar, y él libera lentamente su agarre de mi labio. Curvo los dedos sobre el borde de la encimera para mantenerlos quietos. La ansiedad por tenerlo vibra en mis venas.

Sus dientes vuelven a rozar mi labio, raspando suavemente, y siento la presión en el clítoris. Se siente como una promesa, una que tengo intención de cumplir.

—No deberías morderte el labio así—, dice contra mi boca, sus labios apenas rozando los míos.

Mi pecho sube y baja con respiraciones rápidas, la anticipación es asfixiante. —Puede que necesite otro recordatorio.— Mi voz suena entrecortada, y si no estuviera tan cerca de ver cómo besa Dante, podría estar un poco avergonzada por ello.

Él se retira y mis pestañas se abren. No sé cuándo cerré los ojos, pero las mariposas revolotean en mi interior.

Él sonríe mientras da un paso atrás, sus manos deslizándose fuera de las mías con cada paso. —Tenía el presentimiento de que

así sería. Pero por ahora, veamos una película. Elijo yo.—

Se da la vuelta y termina de preparar las palomitas, dándome unos momentos para recomponerme. Ese podría ser el mejor «beso sin beso» que he tenido nunca.

La niebla arremolinada de lujuria es palpable, como si pudiera alargar la mano y cerrar los dedos sobre ella en el aire.

Si antes pensaba que estaba desesperada por él, después de esa pequeña muestra —una provocación, en realidad—, ahora estoy totalmente decidida.

Me pongo una mano sobre el corazón palpitante, obligando a mi respiración y a mi libido a calmarse. Una vez que siento que puedo mirarlo sin tirarme sobre él, cojo los cuencos grandes de la encimera que tengo detrás y le ayudo a repartir las palomitas.

VEINTITRÉS

---

MADDIE

UNA HORA DESPUÉS, y apenas le estoy prestando atención a la película. Sinceramente me está dando muy mal rollo. No es de sustos de los que saltan a la pantalla, sino psicológica, y esas siempre me dan mucho más miedo.

No es que sea una mala película, pero probablemente no soy la mejor persona para verla. Soy una cría para las pelis de terror psicológico, sobre todo las nuevas. No las veo a menudo, pero cuando lo hago, me paso semanas mirando por encima del hombro.

Empiezan los créditos y la habitación se oscurece con la pantalla en negro. Las letras blancas son la única luz, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué hora es. Aquí es fácil perder la noción del tiempo.

Dejo rodar la cabeza por el respaldo del sofá para mirar a Dante. Su mirada ya está en la mía, su expresión abierta, pero no sé leerla.

Los cuencos de palomitas vacíos yacen abandonados al otro lado de él. Está recostado contra el sofá, las piernas abiertas con descuido y los pies firmemente plantados en el suelo. Sigue con el pecho desnudo y, con esta luz tan tenue, no distingo los detalles de sus tatuajes. Está lo bastante cerca como para tocarlo si estiro el brazo, pero lo bastante lejos para que cualquier roce de su mano por mi hombro sea intencionado.

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha parecido una puta locura. En plan bien, pero de acojonar —me muerdo el labio y miro a la pantalla, con las imágenes de la escena en la que te das cuenta de lo que está pasando realmente una y otra vez por mi cabeza. El horror en las caras de los actores era tangible.

Su pulgar presiona mi labio inferior, liberándolo de entre mis dientes. —¿Qué te he dicho de eso? —Su voz es baja y suave, y una oleada de calor me recorre el cuerpo.

La yema de su pulgar descansa contra mi boca y tengo un momento de indecisión. Le he echado mucho morro hablando con Lainey, pero, pese a tanta fanfarronería, hasta ahora no ha sido más que aire caliente. No he sido nada espontánea.

Bueno, un poco sí lo he sido en la cocina hace unas horas, pero más bien pensaba que aprovecharía la oportunidad que le di y me besaría. Pero quizá necesite otro empujoncito.

Paso la lengua por mi labio inferior, atrapando su pulgar en el proceso. Él sisea al contacto, y es la reacción que no sabía que estaba esperando. Recorro la yema de su pulgar con los dientes, sin apartar la mirada en ningún momento.

Sus ojos se oscurecen hasta casi volverse negros mientras desliza la mano por la parte delantera de mi garganta, usando el pulgar para alzarme la barbilla.

—Estás jugando con fuego, baby girl —murmura con voz de grava.

Lo miro a través de los párpados entornados, respirando cada vez más rápido y más hondo. Hay algo en la forma en que me sostiene del cuello que ha encendido un infierno dentro de mí. —A lo mejor quiero quemarme.

Sus dedos se flexionan contra mi cuello y no puedo contener el gemido que se me escapa. No sé quién se mueve primero o si nos inclinamos a la vez, pero, en el siguiente momento, sus labios están sobre los míos.

Es sorprendentemente suave, incluso vacilante. Solo sus labios presionando los míos durante un instante. Juraría que siento cómo

mi alma suspira de satisfacción con el contacto. Apenas se separa, lo justo para rozar sus labios con los míos.

Una, dos, tres veces, sin quitar la mano de mi cuello. Su agarre no es firme, más bien cuidadoso, casi reverente.

Noto cómo se me curva una sonrisa en los labios ante su exploración cautelosa, con mi cuerpo vibrando de aprobación.

Cuando posa otro beso casto en mi boca, decido jugar. Me encanta que me esté dando suave y tierno, pero quiero notar cómo pierde un poco el control. Quiero saborear su deseo.

Así que me inclino hacia delante y le atrapo el labio entre los dientes. Y muerdo... fuerte.

Es como una bestia enjaulada a la que acabo de agitarle un filete grande y jugoso delante de las narices. Y luego le he abierto la jaula. Su gruñido de respuesta suena a lujuria personificada. Grave y profundo, gime contra mi boca antes de capturar mis labios en un beso que sacude los cimientos.

Su mano abandona mi cuello y se desliza hacia mis caderas para agarrarlas y, con ambas manos, me alza y me coloca sobre su regazo. Se me escapa un gritito de sorpresa antes de poder evitarlo, pero enseguida se convierte en un gemido suave al notar su erección, gruesa, bajo mí. Me hundo en su regazo y le rodeo el cuello con los brazos, perdiéndome en el cosquilleo que me recorre la columna.

—¡Eh! Me has dicho que volviera a casa, así que aquí estoy. Tío, no te lo vas a creer, pero creo que por primera vez me han dado plantón —un hombre se ríe, el sonido lleno de autodesprecio.

Tardo un momento en dejar que la voz atravesase la niebla lujuriosa en la que estoy. Me separo de los labios hinchados de Dante, ladeando la cabeza para escuchar si se oye alguna voz más. No he visto a nadie más en todo el tiempo que llevo aquí, y no recuerdo que Matteo haya mencionado a nadie más viviendo en la casa.

Alguien está trasteando en la cocina. Se abre la nevera y el tintineo de los tarros y las botellas de cristal llega hasta el salón.

—¿Quién es? —Miro por encima de su hombro, manteniendo la voz baja. Sorprendentemente, no siento ni rastro de miedo en la

espalda. El hecho de que Dante me haga sentir segura es a la vez revelador y pesado.

Dante echa la cabeza hacia atrás con un suspiro. —El hermano de Matteo.

—Tío, ¿me has oído? He dicho que esa tía de la que te hablaba me ha dado plantón. Joder, pensaba que ya estarías aquí partiéndote de risa a mi costa.

Frunzo el ceño mientras vuelvo a mirar a Dante. Su boca me distrae y mis piernas se cierran involuntariamente alrededor de sus caderas. —¿Matteo tiene un hermano?

El siseo de una botella al abrirse me arranca la atención de Dante. Estiro el cuello para mirar por encima del respaldo del sofá, pero desde aquí solo alcanzo a ver el salón en penumbra y la única luz encendida sobre la cocina. No sé cuánto tiempo llevamos encerrados aquí, pero creo que aún debería ser de día fuera. A no ser que alguien haya bajado las persianas.

Dedico un segundo a pensar en las posibles consecuencias si Matteo estuviera ahora mismo en la cocina. Me pregunto cómo reaccionaría al encontrarme a horcajadas sobre Dante, su mejor amigo y el tío al que ha puesto a cargo de vigilarme.

Me muevo contra él con las caderas y un gemido estrangulado suena tras sus labios cerrados, pero su mirada no se aparta del lugar donde nuestros cuerpos se tocan, separados por unas cuantas capas de algodón. Se me curva la boca hacia un lado. Sí, diría que vigilarme, me vigila.

Los dedos de Dante se tensan contra mi cintura. —Joder —dice con un suspiro. Inclina la cabeza hacia delante y roza sus labios por la columna de mi cuello—. Continuará, ¿sí?

Asiento antes incluso de que termine de hablar. Pese a querer forzar los límites, en realidad no quiero hacerle daño a nadie. Y tengo la sensación de que Matteo es más bien del tipo de disparar primero y no preguntar nunca.

Abro la boca para responder, pero, antes de pronunciar una sola sílaba, se encienden las luces, inundando la habitación oscura con una claridad casi de mediodía. Cierro los ojos y escondó la cara en el

cuello de Dante un momento mientras puntitos blancos bailan tras mis párpados cerrados.

—Hostia —silba el hermano de Matteo—. ¿Te traes a una tía a casa para tirártela en el sofá de Matteo? Estoy impresionado.

Dante gruñe, deslizándose las manos arriba y abajo por las costillas en un gesto de lo más distractor. —Vete a la mierda.

Hay algo familiar en su voz, pero se me escapa por un pelo. Me aparto de Dante y parpadeo un par de veces para dejar que los ojos se acostumbren a la luz brillante después de haber estado tanto rato a oscuras.

Dejo que mi pelo rojo me oculte la cara de este recién llegado—este hermano del que nunca había oído hablar—mientras noto cómo el cojín del sofá se hunde a mi lado.

—Se la ve guapa desde este ángulo, tío. ¿En qué mundo me dan plantón la misma noche que tú ligas? ¿Hay luna llena o qué?

La irritación se me enrosca en las extremidades mientras la rabia me mantiene inmóvil. Este tío suena a capullo.

—Venga, muñeca. Déjame que te vea bien antes de que a mi hermano se le vaya la olla con tu chico aquí. No le gustan los desconocidos en su casa —dice el hermano de Matteo chasqueando la lengua.

Alguien me tira de un mechón de pelo, y el gesto es tan propio de las peleas de recreo que por un momento se me olvidan las buenas maneras. Le quito la mano de mi pelo de un sacudón, echo el hombro hacia atrás y me giro para enfrentarme a ese misterioso hermano del que nunca había sabido nada.

El tiempo parece detenerse cuando me quedo mirando un rostro conocido. Se me cae la mandíbula y una repentina sensación de mareo me envuelve. Sacudo la cabeza para deshacerme de ella, parpadeando sin parar, como si con un pestañeo pudiera cambiar mágicamente a la persona que tengo sentada al lado.

Siento el peso de la mirada de Dante en mi cara, pero no puedo apartar los ojos del hombre que tengo delante.

—Eres tú —susurro.

## VEINTICUATRO

---

### MADDIE

FRUNCE el ceño y entreabre la boca, pero no salen palabras de sus labios. Labios que he probado... labios que quiero volver a sentir.

La sorpresa me cierra la garganta mientras el destino juega otra carta inesperada.

—Yo... no lo entiendo.

Mi mirada vuela de un ojo al otro, buscando respuestas a preguntas que aún ni siquiera he formulado. Pero él no me ofrece más que su propia incredulidad.

—Esa... es una muy buena pregunta —murmura, con las cejas caídas sobre los ojos.

—No he hecho ninguna pregunta. —Mi voz se apaga mientras el corazón me golpea las costillas. En mi mente, cuestiono cada interacción con él, preguntándome si hubo alguna señal obvia que pasé por alto.

—¿Por qué estás aquí?

Ladeo la cabeza y respondo con otra pregunta: —¿Por qué estás *tú* aquí?

—Vivo aquí...

—A veces —le interrumpe Dante.

De algún modo, había olvidado que estaba sentada en su regazo mientras mantenía esta extraña conversación. Me bajo a toda prisa

del regazo de Dante, con movimientos torpes y bruscos mientras pongo distancia entre nosotros. Me detengo a mitad de camino hacia la pantalla de proyección, pero la necesidad de huir me domina.

Aprieto mis dedos temblorosos mientras miro a los dos hombres en el sofá. Siento lo mucho que he abierto los ojos, y estoy segura de que parezco estar loca de remate, especialmente con los créditos deslizándose sobre la mitad de mi cuerpo.

Respiro hondo y suelto el aire, dejando caer la mano a mi costado. —Vale, así que a veces vives aquí. En esta casa.

Leo asiente. —Exacto. ¿Y por qué estás tú aquí exactamente?

No es una acusación exactamente, pero no es el tono cariñoso al que me había acostumbrado con él.

—Me estoy quedando aquí. Temporalmente —digo mientras me cruzo de brazos. De repente siento que tengo que defenderme.

Leo asiente de nuevo, con un movimiento lento y de algún modo sarcástico. —Guay. Así que resulta que te has mudado con mi hermano. *Temporalmente*. Y no te has molestado en decírmelo.

Aprieto los brazos contra el pecho y cuadro los hombros. —No sabía que erais hermanos. De lo contrario, nunca habría aceptado verte.

Sus labios se curvan hacia abajo con desagrado por un instante. Luego se pone una sonrisa falsa evidente. —Claro, claro. Porque tienes algo con su mejor amigo aquí presente. Ya veo.

Doy un paso atrás, impactada. —¿Qué? No. No es eso...

—¿Entonces qué es? —me interrumpe Leo, con el rostro serio e ilegible.

Miro a Dante por primera vez desde que vi a Leo, suplicando con la mirada. Pero su rostro bien podría estar tallado en piedra por la nula emoción que muestra.

Se me cae el alma a los pies.

Dante se recuesta y extiende los brazos por el respaldo del sofá. Ladeando la cabeza, observa a Leo con una sonrisa burlona grabada en la cara. —No es de tu puta incumbencia, chaval.

Mis hombros se relajan aliviados de que le haya cortado el paso, de que esté de mi lado. Mi mente se tambalea, ebria por la abrumadora confusión y la coincidencia.

Solo que no creo mucho en las coincidencias. No, el destino está jugando a uno de sus juegos otra vez, y no sé si terminará siendo para mi beneficio o en mi contra.

—¿Ah, sí? Pues apuesto a que a mi hermano le encantaría saber con qué me he encontrado al entrar. Los dos sabemos que él no invita a cualquiera a quedarse aquí. —Leo mira fijamente a Dante, con el desafío tensando la piel alrededor de sus ojos.

Dante se pone tenso, sus músculos se contraen mientras lo mira. —No finjas que te importa un bledo tu hermano. Además, sé que vigila las cámaras. Y él sabe que yo lo sé, lo que significa que tú no *tienes* que hacer una mierda.

Frunzo el ceño ante las palabras de Dante e, inmediatamente, escudriño las esquinas de la habitación buscando esas supuestas cámaras. No sé qué espero encontrar, pero no veo nada que grite *cámara*.

Leo tamborilea los dedos contra el respaldo del sofá mientras mira a Dante de arriba abajo con una sonrisa de suficiencia. —Ya veremos.

—¿O sea que os conocéis? —pregunta Dante.

—Sí, nos conocemos bien. Dante, te presento a la chica con la que estaba saliendo, de la que te hablé. Madison, te presento a mi primo, Dante. —Leo se acomoda contra el respaldo del sofá, con la barbilla hacia arriba y los ojos fijos en mí.

—¿Sois primos? —Mi mirada rebota entre los dos. Dos faros de masculinidad y poder. Están sentados en extremos opuestos del sofá, con una indiferencia forzada, pero la tensión de sus brazos les delata. Prácticamente vibran con energía, y ninguno flaquea, con toda su atención centrada únicamente en mí.

Una camiseta negra lisa se amolda a cada relieve y se tensa en cada músculo del pecho de Leo. Sus tatuajes se ven oscuros bajo la luz tenue, descendiendo por su brazo. Sus ojos verdes parecen más oscuros de lo que recordaba, o quizá es que nunca me habían mirado con tanto desprecio.

Es un poco retorcido, pero su mirada furiosa me está excitando.

Sé que no es el momento —lo sé—, pero no puedo evitar que los pensamientos tomen forma. Ya sea por accidente o no, han dejado

un espacio entre ellos. Uno lo bastante grande para mí.

Llamadme Ricitos de Oro.

Me paso los dientes por el labio inferior y aprieto los puños un momento, dejando que la tensión aumente. Se infla entre los tres, elevándose y expandiéndose hasta asfixiar el oxígeno hasta que solo queda el deseo.

Estoy segura de que ellos no sienten lo mismo que yo, pero es como si se hubiera accionado un interruptor en mi cerebro y no puedo sacarme la idea de la cabeza.

Esa en la que puedo tenerlos a los dos.

—En realidad no. Nuestros padres son íntimos, así que crecimos juntos —explica Dante.

Asiento como si lo pillara. Y sobre el papel, claro, lo entiendo. Pero mirando a los dos, no lo entiendo en absoluto.

¿Cuándo empezó mi vida a parecer una novela de ficción?

El silencio se prolonga, dejando que solo las emociones y los sentimientos llenen el espacio entre nosotros tres.

Cambio de postura, con la indecisión pesándome en la lengua. Me muerdo el labio para evitar soltar algo —lo que sea— para aliviar la tensión. Pero ¿qué diría siquiera?

Estoy en aguas desconocidas y, egoístamente, no quiero estropear nada con ninguno de los dos.

—Ah, Leo, estás aquí. Siento llegar tarde, me he entretenido —dice Matteo, pegándome un susto de muerte.

Doy un respingo visible al oír su voz. Dios, es como un ninja con sus movimientos silenciosos. Seguro que no ayuda que estuviera tan absorta con los dos hombres que tengo delante.

—No te preocupes, *hermano*. Acabo de llegar. —Leo me mira fijamente, con los labios torcidos en una mueca.

—¿Todo bien? —pregunta Dante, sin quitarme los ojos de encima. No estoy segura de a quién se lo pregunta, pero asiento unas cuantas veces, por si acaso.

Matteo entra en la habitación, robando mi atención de los otros dos. Camisa negra de botones, pantalones y zapatos oscuros, el pelo revuelto de una forma que me indica que se ha pasado las manos por él no hace mucho.

Es una fantasía de chico malo hecha realidad.

Entra en el cuarto y se detiene a unos pasos de Leo. Se remanga las mangas con naturalidad, revelando sus tatuajes oscuros centímetro a delicioso centímetro mientras nos mira a los tres con una ceja alzada.

—Madison, te presento a mi hermano Leo. Leo, te presento a Madison Walsh, mi exnovia.

Leo suelta un bufido, y sus labios se tuercen en una sonrisa cruel. —Tu exnovia, ¿eh? Eso sí que tiene gracia. —Me clava la mirada y el desprecio me azota la piel.

Por el rabillo del ojo, veo que Matteo se queda helado con la mano en la manga. Sin embargo, no aparto mi atención de Leo.

—¿Hay algo que quieras decir, hermanito? —El énfasis y la inflexión de Matteo en las palabras hermanito me ponen sobre aviso, pero estoy atrapada en una especie de batalla.

Los ojos de Leo se endurecen y levanta la barbilla. Reconozco esa mirada vengativa y me preparo para el daño inminente que está a punto de infligir. Niego con la cabeza, con un movimiento breve y rápido. Él enarca una ceja con una sonrisa burlona, como si le estuviera pidiendo que no le cuente a Matteo lo nuestro.

No es eso.

Enderezo la espalda y apoyo el peso en la pierna trasera. Cruzándome de brazos, levanto la barbilla hacia él en ese lenguaje universal de capullo elitista que estoy segura de que reconocerá. *No tengo miedo.*

Su boca se extiende en el amago de una sonrisa, pero desaparece antes de que pueda parpadear. Se acomoda en el sofá y mira a su hermano encogiéndose de hombros, la viva imagen de la despreocupación.

—Solo le contaba a Dante lo de la chica con la que me estaba viendo, ya sabes, la que llevé a casa de la tía Louisa. Hace una semana que no consigo localizarla y me dio plantón en nuestra última cita. No se presentó. Lo cual es rarísimo, porque esta chica... —Hace una pausa para pasarse los dientes por el labio inferior, mirando de Matteo a mí—. Estaba loca por mi polla, hermano.

Siento las mejillas calientes por su insinuación. Recorro a mis años vividos con Blaire y sus secuaces y afilo la lengua con mi frustración.

—No te equivoques, Leo. No fui yo quien te acorraló y te robó un beso bajo un sauce.

Su mandíbula se tensa y se incorpora de su posición falsamente relajada para ponerse de pie frente al sofá. —¿Robado? ¿He *robado* un beso?

Levanto un hombro y una ceja, pero mantengo la boca cerrada. Es un desafío, y apostaré mi herencia a que aceptará el reto.

Elimina el espacio entre nosotros en tres pasos. Parte de la rabia de su cuerpo se desinfla visiblemente. Pero no sé si es otra actuación o no. Se inclina hacia mí, lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo. Leo es como el sol, desprende muchísimo calor. Algún día, sé que me quemaré.

Pero no hoy.

—Oh, nena, ambos sabemos que fue un encuentro mutuo de labios —murmura.

Miro sus labios un segundo, imaginándolos contra los míos. —Y de dientes.

Da otro paso hacia mí y me mantengo firme a pesar de que el impulso de retroceder me golpea las piernas. ¿Conoces esa sensación de cuando tus instintos se activan, cuando accionan el interruptor y te gritan que corrás porque hay un depredador cerca?

Se siente un poco así ahora mismo. Sorprendentemente, no lo odio.

Se pega a mí, su gran cuerpo rozando el mío de la forma más tentadora. Inclinandose, roza con su nariz desde mi clavícula hasta mi oreja y susurra: —Y también ambos sabemos que podría haberte tomado bajo ese árbol si hubiera querido.

Mis pestañas tiemblan y se me entrecorta la respiración ante la imagen que acaba de ofrecerme, y mi voz flaquea. —No. Jamás.

Sus grandes palmas se deslizan por mi cintura y se posan en mi zona lumbar, atrayéndome contra él. Mi espalda se arquea y jadeo ante el contacto. Abro los ojos de golpe, encontrándome primero

con los de Dante. Él capta mi atención y me pierdo lo que sea que Leo susurra contra mi piel.

La sangre me late en los oídos, ahogándolo todo. Solo puedo concentrarme en cómo se siente Leo contra mí y en cómo me mira Dante. Es una combinación embriagadora y dejo volar mi imaginación durante unos preciosos segundos. Mi cuerpo se siente pesado y mareado de lujuria.

La expresión de Dante cambia de forma tan drástica que tardo un momento en darme cuenta. Sus cejas caen sobre sus ojos y se levanta más rápido de lo que puedo parpadear.

—Matteo. —La voz de Dante chasquea como un látigo por la habitación, disipando parte de la bruma.

Siento que Leo se pone rígido, sus músculos se tensan bajo mis palmas. Dios, ni siquiera recuerdo haberlas deslizado por su pecho de esa manera. No puedo ver a Matteo desde este ángulo, pero un hilo de ansiedad perfora mi deseo.

—Más vale que eso no sea una puta pistola en mi espalda, o vamos a tener un puto problema, *hermanito*. —Leo prácticamente escupe las palabras entre dientes a pocos centímetros de mi piel.

Un escalofrío me recorre la espalda y no sé si es por Leo o por la mención de una pistola.

—Oh, ya tenemos un problema. Quitá tus putas manos de encima de mi chica —gruñe Matteo.

Leo se aparta y se da la vuelta, encarando a Matteo. —¿*Tu* chica? ¿Te perdiste la parte de la historia en la que tenía el coño de *mi* *chica* frotándose contra mi polla la semana pasada?

—Cierra la puta boca o te juro que...

—¿Qué? ¿Qué harás? ¿Dispararme? Adelante, hijo de puta. —Las palabras de Leo están bañadas en veneno y gotean escarnio. Abre los brazos hacia los lados, provocando a Matteo.

Miro a los dos con incredulidad, boquiabierto. Me pongo en medio de ellos tres; su triángulo de testosterona resulta asfixiante.

—¡Madre mía! ¿Qué os pasa? ¿Y por qué narices has sacado una pistola? —Clavo en Matteo una mirada fustigadora—. No me importa lo enfadado que estés, eso no es excusa para apuntarnos con un arma.

Matteo aprieta la mandíbula y levanta la barbilla. —Nunca te apuntaría a ti. Solo le estaba dando una advertencia a mi hermano.

Mis cejas casi tocan el nacimiento del pelo. —La próxima vez, intenta usar las palabras en lugar de tener un berrinche. Y tú... —Me doy la vuelta para encarar a Leo—. Tu numerito era innecesario. No tenías por qué decírselo así.

Leo entrecierra los ojos y, tras un momento, asiente una vez. Supongo que eso es todo lo que voy a conseguir de él por ahora. Queda uno. Girándome hacia Dante, me pongo la mano en la cadera y digo: —Y tú podrías haber intervenido y haber calmado las cosas.

Miro a cada uno de ellos una vez más antes de ceder a mi deseo de huir de la situación. Realmente no sé qué más decir, y con la forma en que mis hormonas dominan mi sentido común, sé que si no salgo de aquí ahora, voy a hacer algo para lo que no estoy del todo lista.

Al llegar al pasillo, miro por encima del hombro y veo que aún no se han movido. Los tres me miran con una intensidad que no esperaba.

Un escalofrío me recorre la espalda y ya no puedo negarlo. Me gusta tener su atención centrada en mí.

## VEINTICINCO

---

### MADDIE

SON las tres de la mañana y no puedo dormir. Llevo horas en la cama. En tan poco tiempo, me he acostumbrado a trasnochar viendo series y pelis con Dante, pero esta noche no me apetecía.

Me excusé después de nuestra gran presentación y no he salido de mi habitación desde entonces. Sé que es una jugada cobarde, pero estoy intentando ser especialmente indulgente conmigo misma. Nunca he intentado salir con más de una persona a la vez, y no conté con la familiaridad.

Alguien ha dejado la cena en mi habitación mientras estaba en la ducha. Una hamburguesa con queso enorme y jugosa, una ensalada y un té negro helado de melocotón. Apostaría por Dante. He visto de primera mano lo sigiloso que puede ser si quiere.

He intentado llamar a mi hermana, pero me ha saltado el buzón de voz. Otra vez. Así que o sigue filtrando las llamadas o no tiene cobertura. O, supongo, también puede habersele muerto el móvil. Hay varias posibilidades, pero la conozco. Así que sé que simplemente me está ignorando por una razón u otra.

Iba a llamar a Lainey solo para charlar, ni siquiera sobre este nuevo giro de los acontecimientos, pero entonces me he acordado de toda la mierda por la que está pasando, y no soy capaz de

descargarle más peso encima. Aunque lo mío palidezca al lado de lo que está gestionando ella.

Así que me he limitado a hacer zapping por varias plataformas de streaming las últimas horas. Nada consigue mantener mi atención y no puedo dejar de pensar en la conversación de antes.

No puedo creer que Leo y Matteo sean hermanos. *¡Hermanos!*

¿Cuáles son las probabilidades? No, en serio, en una ciudad de este tamaño, tiene que ser menos de un diez por ciento, teniendo en cuenta que ni siquiera sabía que Matteo *tenía* un hermano hasta hoy.

Mientras miro esta lujosa habitación, con las molduras del techo, la chimenea elegante, los ventanales del suelo al techo con estores opacos y el baño hecho a medida que se comunica, pienso que probablemente hay muchas cosas que en realidad no sé sobre Matteo.

Me pongo boca arriba y me echo un brazo sobre los ojos, dejando que el pelo se esparza a mi alrededor. De fondo suena, bajita, una película de acción. Es una que he visto decenas de veces, pero es mi película de referencia cuando necesito venirme arriba.

Esta noche no está funcionando.

Bajo el brazo al costado y suelto el aire con fuerza, moviendo los pelillos sueltos de mi cara. Se suponía que iba a ser fácil. Simplemente salir, flirtear y besar a quien quisiera, cuando quisiera. Pan comido.

Entonces, ¿por qué estoy aquí plantada, despierta en mitad de la noche, con polillas enfurecidas revolviéndose en mi estómago? La expresión de Leo no se me va de la cabeza. Claro que al final se puso chulito, pero toda su actuación fue exactamente eso: una actuación. Su reacción inicial es la que no para de repetirse delante de mis ojos.

Lucho conmigo misma, mordiéndome el labio inferior. Pero sé que no voy a dormir hasta que hable con él.

Sigo queriendo tener mi propio harén de hombres, pero no quiero pisotear a nadie en el proceso. Esa no soy yo.

—A la mierda —murmuro—. Me incorporo, saco las piernas por el lateral de la cama y me deslizo hasta el suelo.

No me dejo más tiempo para pensarlo —o echarme atrás— y salgo de mi habitación. Ahora que estoy en el pasillo, me doy cuenta de mi error. En realidad no sé cuál es la habitación de Leo. Primero giro a la izquierda y avanzo despacio por el pasillo, escuchando a la espera de... bueno, no sé muy bien qué espero oír en mitad de la noche.

La primera puerta es un cuarto de baño, la segunda es una habitación de invitados vacía y la tercera, como recuerdo de la pequeña visita guiada cuando llegué, es la de Matteo. Me doy la vuelta, regreso y paso frente a mi cuarto. La que está enfrente del mío es la de Dante, así que quedan tres opciones. Avanzo de puntillas por el pasillo, con dos puertas abiertas —dormitorios de sobra—. Lo que significa que la última tiene que ser la suya.

De pie frente a la puerta de madera cerrada, de seis paneles, alzo el puño y llamo dos veces, flojito. Aprieto los ojos, sin poder decidir qué sería mejor: que esté dormido y pueda abandonar esta idea descabellada o que esté despierto y pueda obligarle a escucharme.

Las bisagras chirrían y abro los ojos de golpe. Dos ojos verde oscuro me escrutan a través de la puerta entreabierta.

—¿Qué?

Entrelazo los dedos entre sí, los nervios atascándome la garganta. —¿Podemos hablar?

Suspira. —Es plena noche.

Asiento un par de veces. —Lo sé, y siento si te he despertado. Pero no puedo dormir y quería hablar contigo. Así que aquí estoy.

Se pasa una mano por el pelo, y sus bíceps se marcan y se tensan contra las mangas de la camiseta. Es una distracción.

—Da igual. Yo tampoco estaba del todo dormido. Pasa —dice, abriendo más la puerta y retrocediendo. Le sigo hasta la cama y me siento en el borde, a su lado. Se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en el puño.

La habitación es grande, con una cama tipo California king en el centro. A un lado hay una chimenea con repisa negra y fotos en blanco y negro encima; al otro, una tele enorme y un sillón orejero color crema.

Una alfombra enorme caldea el espacio, color vainilla con un leve matiz azul. Las sábanas están revueltas, como si él también llevase un buen rato dando vueltas. Una música instrumental suave suena de algún altavoz, y una luz tenue se derrama por la habitación desde las lámparas de las dos mesillas.

—Así que vives aquí, ¿eh? —pongo una mueca en cuanto la última palabra sale de mis labios, manteniendo la mirada ocupada en un barrido casual por la habitación.

—¿De verdad has entrado aquí para preguntarme eso?

Levanto un hombro y suelto una risita, rápida y apagada. Le miro por encima del hombro y digo—. No. No sé por qué he dicho eso. Supongo que estoy nerviosa. —Suelto el aire y me giro para encararle, con una pierna doblada sobre la cama—. Mira, las circunstancias que han hecho que acabe aquí son de locos y de todo menos esperadas. Pero me gustas, Leo. Y jamás te habría dejado plantado si no hubiese sido una emergencia. No tenía forma de ponerme en contacto contigo. Lo siento.

Mantiene la vista al frente y asiente un par de veces, la única señal de que me ha oído.

Cuando el silencio se alarga hasta volverse incómodo, aliso las manos por mis shorts de dormir de algodón y por los muslos y me pongo en pie. —Vale. Entonces voy a volver a mi cuarto.

Doy un paso hacia la puerta y su mano se cierra alrededor de mi muñeca. —Espera.

Me detengo a mitad de paso y bajo la mirada hacia él. Desde este ángulo, nuestros rostros quedan casi alineados. Al alzar un poco la cabeza, me sujeta con su mirada verde. Cada centímetro de su cuerpo rezuma intensidad y determinación, y el corazón me da un brinco en respuesta.

—¿Cuánto tiempo?

Me relamo los labios, la respuesta inmediata. —Desde el día que se suponía que íbamos a ver a ese grupo en el parque.

Su pulgar se desliza de un lado a otro sobre la piel sensible del interior de mi muñeca, desviando mi atención de sus ojos embriagadores. Tan cerca, puedo ver remolinos de verde mar y ámbar en sus iris. No se parecen a nada que haya visto jamás.

Niega despacio con la cabeza, sin apartar la vista. —No. ¿Cuánto tiempo hace que estuviste con mi hermano?

—Años. —La palabra me sabe a mentira, agria y punzante en la lengua—. Siempre he sido de Matteo. Pero ¿cómo puedo sentirme de Leo y de Dante también?

*Y de Aries*, me recuerda una vocecita. Como si pudiera olvidar la forma en que me manejó, como si le perteneciera.

O quizá son ellos los que se sienten *míos*.

Con su agarre suave en mi muñeca, tira de mí hasta que quedo de pie entre sus piernas abiertas. Se recuesta un poco, dejándonos los rostros tan cerca que podría rozar sus labios con los míos con solo inclinar la cabeza.

—¿Y Dante?

—Le conocí cuando vine aquí —susurro las palabras contra su boca.

Inclina la cabeza a un lado, con la mandíbula en tensión y los ojos ardiendo. —¿Así que te subes al regazo de cualquier tío, entonces?

Los celos tiñen sus palabras y, por un momento, me sorprende mi reacción inmediata. Una especie de placer retorcido me recorre las venas, espeso y cálido. Me da una idea.

Con la mano libre, deslizo la palma por su pecho y por encima de su hombro, empujándole hacia atrás. Los dos sabemos que no se movería ni un centímetro si no quisiera, pero se deja hacer.

La luz de la lámpara a su espalda proyecta sombras sobre su cara en este ángulo, haciendo que sus ojos verdes resalten aún más. Tienen un tono tan inusual que no puedo evitar que la mirada se me desvíe hacia ellos. Su mandíbula angulosa, las cejas marcadas y el pelo despeinado dibujan una imagen tentadora. Una que pienso aprovechar.

Con una mano en su hombro y la otra aún atrapada en su agarre, apoyo una rodilla en la cama. Antes de que pueda colocar la otra rodilla, su mano en mi muñeca aprieta lo justo para llamar mi atención.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —murmura.

—Lo que me sale de los cojones —susurro contra sus labios antes de subir la otra rodilla a la cama y dejar caer mi peso sobre su regazo.

La fina tela de sus pantalones cortos deportivos no hace absolutamente nada por ocultar su polla endureciéndose. Muevo un poco las caderas y mis shorts se suben, dejando más pierna al descubierto.

Con un tironcito de mi muñeca, mi torso se inclina hacia delante, lo suficiente para que Leo capture mis labios con los suyos. Me provoca con besos suaves, retirándose cada vez que intento profundizarlos. Respondo a su juego balanceando las caderas, frotándome contra su polla.

Giro la muñeca, dispuesta a meter mis propios dedos en mi coño palpitante para aliviar la tensión. Él detiene mi movimiento y coloca mi mano en su cuello.

—No muevas la mano hasta que te lo diga. —Las palabras le salen ásperas de lujuria.

Me humedezco los labios y asiento demasiadas veces como para parecer otra cosa que no sea ansiosa. —Vale. —Mantengo las manos en sus hombros, pero no dejo de rodar las caderas sobre él, buscando la cantidad perfecta de fricción que necesito.

Unos dedos suaves deslizan los tirantes finos de mi camiseta por los hombros, dejando que la tela caiga y baje, mostrando más de mis pechos. Mi respiración se entrecorta y los pezones se me endurecen bajo su mirada. Pasa un dedo por la parte superior de la tela y se detiene en medio para tirar hacia abajo.

El aire fresco acaricia mi piel, un contraste brutal con el calor febril que siento por dentro ahora mismo.

—Tienes unas tetas perfectas —murmura, rozando mis pezones con los labios. Se toma su tiempo explorando, sacando la lengua para saborearme.

Mis dedos se clavan en su piel con fuerza suficiente para hacer daño, pero él ni se inmuta. No puedo evitar que mis caderas se muevan contra él, su polla golpeando mi clítoris en el ángulo perfecto cada vez.

Atrapando mi pezón entre los dientes, tira de él y succiona. Siento el tirón como un impacto directo en el clítoris, y no puedo contener el gemido que se me escapa de los labios. Es alto y está empapado de deseo y necesidad.

—Por favor, Leo —suplico, con las pestañas temblándome al cerrarse.

Sus manos suben por mi pierna, los pulgares trazando un camino por la cara interna del muslo y dejándola cubierta de escalofríos a su paso. Mientras sus labios y su lengua juegan conmigo, engancha un dedo en mis shorts y los aparta a un lado. El aire frío golpea mi coño expuesto, y la sensación solo consigue excitarme más.

Nunca duermo con bragas y, aunque no pensaba hacer *nada* de esto aquí esta noche, ahora mismo tendrían que arrancarme físicamente de encima de él.

Sé en qué momento se da cuenta de que voy desnuda bajo los shorts. Se ríe quedo contra mi piel, su aliento susurrando sobre mí.

—¿Intentas matarme, nena? —sus palabras acaban en un gemido, con los labios sobre mi piel. Los dedos se le clavan en mi cadera mientras me sujeta inmóvil contra él.

Pasa el nudillo arriba y abajo, una y otra vez, tan despacio que prácticamente puedo saborear el orgasmo que se avecina.

—Deja de provocarme —jadeo entre bocanadas de aire.

Sin decir palabra, cambia el nudillo por dos dedos y me los hunde dentro. El aire se me atasca en los pulmones, la sensación de sus dedos largos en mi interior cortocircuitando mi cerebro por un momento. Luego empieza a moverse, y juro que es como si estuviera proyectándose fuera del cuerpo, subiendo más y más alto.

Mis caderas se mueven solas, y sé que estoy a punto. Como si pudiera leerme la mente, su mano abandona mi cadera para enredarse en mi pelo, en la nuca. Me estrella la boca contra la suya, nuestras lenguas librando una guerra. Me folla la boca al mismo ritmo que sus dedos, y cuando presiona la palma contra mi clítoris, detono.

Estrellas me nublan la vista, el aire se me queda atrapado y me vuelvo ingravida.

Sus dedos aminoran el ritmo pero no se detienen, y mi orgasmo no termina ni a tiros. Es como si lo estuviera alargando de alguna manera. Él y sus dedos mágicos.

Por fin, empieza a remitir, pero yo sigo igual de hecha de gelatina.

Parpadeo al abrir los ojos y me separo un poco de su boca para apoyar la frente en la suya. —Joder. Ha sido increíble —exhalo con una risa.

Retira los dedos despacio y yo me echo hacia atrás para dejarle espacio. Miro, con la lujuria encendida de nuevo, cómo se lleva los dedos a la boca y los chupa hasta dejarlos limpios. Luego me roba otro beso, uno que hace que yo misma busque la cinturilla de sus shorts.

Una tos sonora me sobresalta lo suficiente como para que pegue un bote. Leo me aprieta contra su pecho en un gesto protector que no esperaba.

—¿Te ha gustado el espectáculo, hermano?

VEINTISÉIS

---

MADDIE

LA POSESIVIDAD GOTEA de las palabras de Leo, y el deseo me prende fuego en las venas. Me dan ganas de darme una colleja para ver si espabilo. La mano de Leo se desliza por mi cuello, me agarra del pelo y me ladea la cabeza. Normalmente, ese tipo de gesto dominante me pone a cien, pero tengo la sospecha de que lo está haciendo para que lo vea otra persona.

Y aunque creo que podría gustarme explorar la idea de tener un pequeño público, no es exactamente esto lo que tenía en mente.

Desenredo los dedos de la goma de sus vaqueros y le doy un beso casto en los labios. Su mirada se cruza con la mía un instante, lo suficiente para que vea la victoria brillando en sus ojos verdes oscurecidos mientras fulmina con la mirada a nuestro invitado.

Me coloco la camiseta de tirantes y me ajusto los shorts para quedar cubierta. Luego, con movimientos eficientes, me deslizo del regazo de Leo. Él se cruza de brazos sobre el pecho con una ceja arqueada, y yo me prometo quitarle la camiseta en cuanto tenga ocasión. El pecho de ese hombre parece tallado en mármol, y me muero por verlo de cerca.

Le dedico una pequeña sonrisa, de esas que solo levantan una comisura de la boca, y camino de espaldas hacia la puerta. Me

imagino cómo me ve él ahora mismo. El pelo enredado y alborotado por sus manos, la ropa arrugada, las mejillas sonrojadas.

La media sonrisa que me lanza es puro pecado carnal, con ese maldito hoyuelo asomando.

El olor a sándalo invade mis sentidos. Matteo está cerca. No estaba segura de si se habría largado en cuanto Leo lo llamó, pero debería haberlo sabido. No creo que Matteo se haya echado atrás ante un desafío en su vida. ¿Por qué iba a ser esto diferente?

Mantengo los ojos en Leo hasta el último momento posible. Solo cuando estoy justo al lado de Matteo desvío la atención. Arrastrando las yemas de los dedos por su pecho en una caricia ligerísima, murmuro— ¿No sabes que es de buena educación llamar a la puerta, Matteo?

Me detiene con una mano alrededor de los dedos.—He llamado. Dos veces. Te oía gemir y he pensado que estabas en apuros.

Me pongo de puntillas para acercarme más a su cara y susurro— Mentiroso.

—¿Necesitabas algo o solo has venido a cortarme el rollo? — pregunta Leo, con la voz dura y más alta de lo necesario.

Libero mis dedos del agarre de Matteo y rodeo su cuerpo para salir del umbral. Oigo sus voces mientras avanzo por el pasillo, pero hablan demasiado bajo para que entienda lo que dicen. Puedo apostar que, al menos en parte, hablan de mí.

Pero Leo no debería preocuparse tanto por Matteo. Hace años que lo nuestro se acabó. Sé que lo llamé cuando estaba en pánico y asustada, pero elijo no examinar ahora esos sentimientos.

En vez de eso, me concentro en lo bien que me hacen sentir Leo y Dante—y *Aries*—. Joder, si Matteo juega bien sus cartas, quizá hasta consigan convencerme de que lo deje unirse a la fiesta.

Y eso será todo—*diversión*.

Algo que recordar cuando esté casada con algún capullo con un rollo fijo al margen y más dinero que decencia. O, ya sabes, cuando sea vieja y esté llena de canas.

No puedo permitirme tener sentimientos por todos estos hombres más allá de un cariño general. Cualquier cosa más sería un

suicidio emocional para mí. En cuanto entran los sentimientos en juego, todo se va a la mierda.

Y entonces se van.

Siempre lo hacen.

Así que esta vez voy a envolver mi corazón en una gruesa capa de plástico de burbujas y enterrarlo bajo una montaña de lujuria.

Es una emoción mucho más segura.

Llego a mi habitación antes de que se me pase la adrenalina y empiece el temblor. Santa mierda. Casi no me creo lo que acabo de hacer. Me siento como una perra badass capaz de conquistar el mundo.

Joder. ¿Es así como se siente Lainey todo el tiempo? ¿O Blaire? ¿Simplemente toman lo que quieren y encima lo *disfrutan*?

Es un mundo totalmente nuevo, vivir para una misma y no para los demás. Me presiono los dedos contra los labios para ahogar la risita eufórica, postorgásmica, que me sube por el pecho. En realidad no tenía un plan cuando he ido a llamar a su puerta, más allá de asegurarme de que lo entendía. Y, siendo sincera, no estoy muy segura de que lo haya hecho. Una cosa ha llevado a la otra y, cuando he querido darme cuenta, tenía sus dedos dentro de mí y yo cabalgaba ese éxtasis.

Caigo de espaldas en la cama con una sonrisa en la cara. El zumbido suave del extractor del baño me arrulla hasta ese espacio entre el sueño y la vigilia, donde mis pensamientos se enredan en torno a cuatro hombres muy distintos.

Los párpados se me cierran, los pensamientos se ralentizan hasta convertirse en un latido agradable, y me deslizo hacia un sueño apacible.

---

MATTEO

LA SANGRE me retumba en los oídos, imitando la rabia que me golpea las venas. Aprieto los puños, con ansias de matar en la mirada mientras me enfrento a mi hermano. Por fin oigo el clic de la puerta de Maddie, mi señal de que ya está fuera del alcance del oído.

Cruzo la habitación en cuestión de segundos, agarro la camiseta de Leo con el puño y lo arranco de la cama. Una sonrisa chulesca, calcada a la de mi padre, se extiende por su cara, y yo lo vuelvo a empujar hacia abajo. Cae en la cama entre risas.

—¿Eso es todo, viejo? ¿Eso es todo lo que tienes?

Su burla da en el clavo, pero me sirve para recordar que yo no soy mi padre. No voy a usar los puños en lugar de las palabras.

Al menos no al principio. Si no deja de tocarme los cojones con sus provocaciones, no responderé de lo que haga. Y, la última vez que miré, Dante estaba haciendo un recado, así que esta vez tampoco va a intervenir.

Retrocedo unos pasos, me paso una mano por el pelo y me quedo mirando a mi hermano pequeño.—¿Qué coño estás haciendo?

La risa se le borra de la cara tan deprisa que parece que la he imaginado.—¿Yo? ¿Qué coño haces tú colándote en mi habitación cuando tengo aquí a mi chica? Y ni se te ocurra soltarme esa mierda de que pensabas que estaba en apuros, porque todos sabemos que es una puta mentira.

Asiento, enderezando los hombros y alisándome las mangas. Es un gesto de poder de mierda, y los dos lo sabemos.—Tienes razón. La verdad es que ella fue mía mucho antes de ser tuya—. Lo miro un momento, dándole unos segundos para que se prepare para el peso de mis próximas palabras.—Y siempre será jodidamente mía.

Sostiene mi mirada, siempre el puto retador.—Pues no se siente muy tuya, hermano. Se siente como un girasol en un mar de malas hierbas: suave y delicada y *mía*.

Los dedos me hormiguean, deseando infligir dolor a cualquiera o a cualquier cosa que detenga el dolor con que sus palabras me atraviesan el pecho. Encierro mis emociones, las atrapo bajo capas de cadenas para lidiar con ellas otro día. O nunca.

Alza la barbilla con una mueca de desprecio.—Aunque supongo que Dante siente lo mismo.

Una de las cadenas se rompe, y la rabia me sube por la garganta como lava.—¿Qué coño se supone que significa eso?—. Las palabras me salen en forma de gruñido, pero mi hermano ni se inmuta. Si acaso, sus ojos brillan de satisfacción.

—Deberías preguntarle a tu mejor amigo, tío. O mejor aún, mira la grabación de las cámaras.

Niego con la cabeza, la incredulidad volviendo el gesto lento. Se me encoge el estómago mientras una sucesión de imágenes de todas las veces que hablamos de Maddie pasan ante mis ojos.

No, Dante no daría un paso con ella. Es demasiado leal. Sabe lo que siento por ella, él mismo lo ha dicho. Y sabe cuáles son las consecuencias de liarse con alguien ahora. Es un momento peligroso, sobre todo después del último movimiento de nuestro instigador.

No, esto tiene que ser algún juego de poder retorcido de Leo. Dante no tiene los huevos para ir a por Maddie, y menos bajo el mismo techo que compartimos.

Niego con el ceño fruncido, observando a mi hermano e intentando encontrar la grieta en su mentira.

Sostiene mi mirada, inexpresivo.—Pregúntale, tío.

Hago un gesto con la mano en el aire como para disipar esta conversación.—No tengo tiempo para esto. Estamos en guerra, Leo.

Se queda helado, parpadeando rápido.—¿Qué? ¿Con quién?

Lo miro, con confesiones en la punta de la lengua. Sería tan fácil descargar parte de esto sobre él. Sería un activo, pero quizá, más importante aún, estaría informado. Se tomaría mis advertencias más en serio.

Y me ayudaría a mantener a Maddie a salvo.

Empiezo a pasear, unos pasos a la derecha y unos a la izquierda. Tras dos vueltas, ya he tomado una decisión.

—Lo único que necesitas saber es que estamos en guerra con un enemigo desconocido, y que el lugar más seguro para ti es este.

—¿Por eso está Madison aquí?

Me paso la mano por la cara y suspiro.—No. Eso no tiene nada que ver y no es una historia que me toque a mí contar, así que tendrás que preguntárselo a ella.

Asiente como si se esperara esa respuesta.—Sigo sin entender cómo es que nunca la conocí antes si se supone que salisteis juntos.

—Esa historia será para otro momento —digo mientras me giro y me dirijo a la puerta.

—Espera, ¿ya está? ¡Esto es una puta mierda, tío! ¿Por qué no me cuentas qué está pasando *realmente*?

—Sabes que no funciona así. Todavía no estás hecho —le digo por encima del hombro.

—¿Y de quién coño es la culpa?. Avanza hacia mí en tres zancadas, señalándome con el dedo en acusación.—Tú ya estabas hecho a mi edad.

Me vuelvo y me planto a un palmo de su cara.—No me toques los cojones, Leo. Y sabes por qué. Me uní a la familia pronto para que tú no tuvieras que hacerlo. Para que pudieras llevar una *vida normal*.

Suelta una carcajada, un sonido cáustico y cargado de desprecio. —Venga ya, estarás de coña. ¿Tú crees que vivir en un internado todo el año y no ver nunca a mi familia es una *vida normal*?

—Es mejor que la alternativa.

Retrocede unos pasos y se pasa la mano por la cara.—Lo que tengas que decirte para dormir por las noches. Seguro que no soy el único que se siente jodidamente abandonado...

—No lo metas en esto —lo interrumpo con un gruñido, los hombros tensándose de rabia. Doy medio paso atrás y estiro el cuello de lado a lado.—Nos estamos desviando del tema. Mira, esto se va a poner feo antes de mejorar. Pero *va* a mejorar, y entonces podremos hablar de que te unas a la familia. Tengo... planes en marcha.

No sé qué siento respecto a que mi hermano se una a la familia. Una parte de mí, la parte de hermano mayor y protector, no quiere que se acerque ni de lejos. Pero, siendo realistas, entiendo que no puede cambiarse el apellido. Y los Rossi han pertenecido a las cinco familias desde el principio. Lo lleva en la sangre igual que yo. Y no

tengo derecho a quitarle eso, pero al menos puedo protegerlo de la oscuridad de esta vida un poco más.

Él cree que esto es lo que quiere, pero si supiera cómo es en realidad, saldría corriendo y no miraría atrás. En cierto modo, envidio que ignore los detalles oscuros y depravados de las familias. Es un lujo que muchos no hemos tenido.

—¿Y Madison?

Me detengo en el umbral, el pecho encogiéndome al oír su nombre en su boca tan poco después de haberlos visto juntos.—Ya sabes cuál es mi postura.

—No voy a renunciar a ella. Lo digo en serio, tío. Tendrás que arrancármela de las manos frías y muertas —gruñe entre dientes apretados.

No me vuelvo, dejándolo de cara a mi espalda. No confío en mí mismo para no responder si intenta darme un puñetazo. Porque sé que tiene ganas. Es demasiado novato, demasiado joven para entender las consecuencias de intentar golpear al subjefe no declarado de nuestra familia.

Estoy seguro de que podría venderlo como un asunto familiar, que lo es, pero eso nos haría parecer débiles a los dos. Y ahora mismo no puedo permitirme eso. En vez de eso, encaro el pasillo, protegiéndonos a ambos, y le suelto la amenaza apenas velada a la persona a la que he pasado gran parte de mi vida protegiendo.

—No hagas promesas que no piensas cumplir, hermano.

VEINTISIETE

---

MADDIE

ME DESPIERTO con la tripa llena de orugas ansiosas retorciéndose. No sé qué esperar de hoy, y nunca se me ha dado bien lo inesperado. El algodón suave de las sábanas se siente fresco contra mis piernas cuando estiro los miembros. Hay algo en un buen estiramiento para empezar el día que me llena de energía.

Sin querer, imágenes de anoche se deslizan por mi conciencia. Punzadas calientes de vergüenza pinchan mi dicha, amenazando con reventar mi buen humor como un globo.

Lo de anoche fue... mucho.

Y sería fácil dejar que explotara. Dejar que las normas de la sociedad educada manchen lo que han sido dos de los mejores besos que he tenido el placer de experimentar. Aunque todos los besos entre Leo y yo han sido increíbles, así que quizá sea más bien que son dos de los mejores besa*dores*.

Pero pasar la semana lejos de esas expectativas y de esa gente me ha liberado de esas restricciones, al menos temporalmente.

No me arrepiento de nada y, si me dieran la oportunidad, retomaría justo donde lo dejamos Leo y yo.

*Y donde lo dejamos Dante y yo.*

Se me curvan los labios en una sonrisa secreta. De una forma extraña, estoy un poco orgullosa de mí misma. Y sé que en cuanto

se lo cuente a Lainey, va a estar partiéndose de risa conmigo.

¿Quién iba a decir que seguir mi propia Estrella Polar iba a resultar tan gratificante? ¿Y tan *orgásmico*?

Uf, ruedo los ojos sola ante mi cursilería.

Mi estómago ruge, recordándome que este nuevo horario que llevo no es compatible con desayunar antes de las diez. Suelo comer antes de las siete la mayoría de las mañanas, y normalmente algo ligero como yogur con granola ecológica sin cereales o claras de huevo.

Pero aquí. Aquí es como un desayuno de gourmet, con tortillas, magdalenas y todo tipo de comidas de las que mi madre nos alejó a mi hermana y a mí cuando nos salieron tetas en el instituto. Fue entonces cuando empecé a entender de verdad lo que significa contar calorías.

No todo el mundo está hecho para ser padre, y por desgracia para nosotras, nuestro único progenitor vivo está en esa categoría.

Con ese pensamiento tan deprimente, me arrastro fuera de la cama y me preparo para el día. Quiero hablar con Leo y Dante, aclarar un poco las cosas. Cuando anoche fui en busca de Leo, fue con la intención de hablar. Pero la cosa se intensificó y no hablamos demasiado.

Y no es que me queje.

Pero quiero ser clara con ellos. No estoy intentando hacer daño a nadie. No es ese mi objetivo aquí.

Seguro que habrá algunas preguntas. Y, dependiendo de cómo vaya, quizá lo mejor sería que yo volviera a casa. Fue muy amable por parte de Matteo ofrecerme su casa para pasar desapercibida, pero ahora ya estoy bien. Probablemente ha llegado la hora de que todos volvamos a nuestra vida diaria.

Ha sido una semana de locos, y eso sin contar que he descubierto que Leo y Matteo son familia. Se diría que con la semana que he tenido ya nada podría sorprenderme, pero lo ha hecho.

Mis emociones rebotaron anoche demasiadas veces de deseo a conmoción, así que los detalles están un poco borrosos.

Cafeína. Necesito cafeína para poder pensar con claridad.

Me preparo de prisa, vistiéndome con uno de mis vestidos de verano favoritos. Es un vestido de lino con corte en A, hasta la rodilla, con un delicado escote halter. La tela está cubierta casi por completo de florecitas azules y blancas, y la falda es vaporosa y coqueta.

Me doy un poco de corrector debajo de los ojos, aplico unas cuantas capas de máscara de pestañas y marco los pómulos con bronceador para completar el look. Llevar el pelo suelto quizá sea un error con esta humedad, pero siempre puedo recogermelo.

El inconfundible olor a bacon friéndose flota por el pasillo, y dejo que mi nariz me guíe hasta la cocina. Antes siquiera de acercarme, oigo voces—voces masculinas. Reduzco el paso y ladeo la cabeza para escuchar. No es que vaya a espiar, pero después de la sorpresa de ayer no quiero que me pillen desprevenida con otro *compañero de piso*.

Mis pisadas son silenciosas sobre la desgastada alfombra mullida del pasillo; la tela suave absorbe el ruido. Distingo seguro a Leo y Matteo. Hay al menos otra voz, pero es demasiado baja para saber si es Dante o alguien más.

Entonces lo oigo. Mi nombre.

Se me aguzan los oídos cuando Matteo dice mi nombre con ese barítono profundo suyo. Es como si estuviera ligado a aquellos recuerdos de hace años, y me devuelve a esos buenos tiempos. Dicen que nunca olvidas a tu primer amor, y yo puedo dar fe de que es verdad en mi caso.

Me detengo en el pasillo, de forma que sólo se vea de mí un atisbo. Pero el destino está de mi lado hoy, porque Leo, Matteo y Dante están de pie alrededor de la isla, absortos en una conversación. Ninguno de ellos está de cara a mí, y eso casi lo hace demasiado fácil.

Me siento un poco culpable por escuchar su conversación, pero entonces Leo abre la boca y la culpa desaparece.

—Ah, ¿así que tú puedes follártela pero yo tengo que mantenerme alejado? —Leo levanta las manos en el aire, irradiando rabia por todos los poros.

—Sí, exactamente, hermanito, así que mantente bien lejos de ella —gruñe Matteo sin apartar la atención de la cafetera de espresso.

—Estoy tan harto, hasta los cojones, de escucharte decirme todo el rato lo que tengo que hacer. Siempre hago lo que me pides, pero esto no. Esto no lo voy a hacer.

—¿Ah, sí? —lo incita Matteo, asintiendo con la cabeza.

Veo cómo la furia crece en su interior, y eso no hace más que echar gasolina sobre mi indignación. ¿Quiénes se creen que son para decirme con quién puedo y con quién no puedo acostarme? ¿Y por qué están aquí sentados hablando de mí como si yo no estuviera justo al fondo del pasillo? Es como si no les importara que entrara en mitad de este concurso de ver quién la tiene más grande.

—Sí, eso mismo. Estoy harto de estar siempre obedeciendo tus órdenes. ¿Qué tal si ahora me escuchas *a mí*, eh, viejo?

—Cuidadito. Sólo te saco tres putos años —interrumpe Matteo con un gruñido.

Leo lo ignora y continúa—. ¿Qué tal si *tú* te mantienes de una vez por todas lejos de ella, eh? Créeme, hermano, yo la cuido *muy* bien. Pero eso ya lo viste tú de primera fila, ¿no? —La insinuación está en cada palabra y en la sonrisa autosatisfecha de Leo. Lucho contra mi primer instinto de sentir vergüenza por ello y, en vez de eso, lo envuelvo en orgullo. Me aferro a mi empoderamiento con puño de hierro.

Como un accidente de tren del que no puedo apartar la mirada, contemplo con una fascinación perversa cómo el rostro de Matteo se cierra del todo y su cuerpo se queda inmóvil.

—¿Qué coño me has dicho? —Su voz es baja, y creo que eso aún la hace más aterradora.

Dante se mete en medio con los brazos en alto en el gesto universal de calma. —Vale, vamos, tíos. Recordemos que somos una jodida familia, y que estamos en el siglo veintiuno: Maddie puede follarse a quien le dé la gana.

Tres cosas suceden al mismo tiempo: Dante se da cuenta de cómo lo ha dicho, Leo sonríe satisfecho y Matteo pierde todo atisbo de control.

—¿Qué coño has dicho ahora? No te creas que no sé perfectamente lo que estabas haciendo con ella, Dante —Matteo fulmina con la mirada a su mejor amigo.

Dante, a pesar de toda su fanfarronería, ni pestañea ante la ira de Matteo. Saca pecho, los músculos se le ven aún más enormes, y levanta la barbilla, casi como si estuviera desafiando a Matteo.

Sé que tengo que intervenir, pero no tengo claro cómo va a acabar todo esto. Inspiro hondo y me separo de la pared del pasillo, saliendo de las sombras hacia las luces brillantes de la cocina.

—Parad.

Una sola palabra y las tres cabezas se giran hacia mí al unísono. Una sensación de poder me recorre las venas, pero la aparto con facilidad. No he entrado aquí por eso, aunque sea un buen chute de ego. Lo he hecho porque la idea de que los tres se peleen—que se peleen de verdad—por mí me revuelve el estómago.

Soy humana y soy una ávida lectora de romántica, así que claro que quiero que se peleen un poco. Pero no hasta el punto al que sé que se dirigen.

Me humedezco los labios y los miro uno por uno a los ojos. —No soy un premio que ganar.

—Claro que no lo eres, *Jasmine* —dice Leo, cruzándose de brazos y conteniendo una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco y chasco los dedos. —Céntrate, *príncipe Disney*. Lo digo en serio. Ninguno de vosotros tiene vela en lo que hago o con quién lo hago. —Levanto la mano cuando Matteo abre la boca. Puedo ver su réplica escrita en su postura tensa—. Soy la única que decide qué hago con mi cuerpo y con quién lo comparto. Dicho esto, no quiero faltarte al respeto en tu casa, así que creo que ha llegado el momento de que yo vuelva a la mía.

Mi declaración se recibe con un coro de protestas, pero alzo una mano, con la palma hacia fuera, para frenar sus opiniones.

Hago una pausa para humedecerme los labios y alisarme el vestido, tomándome un momento para ordenar mis pensamientos—y reunir valor. Los miro a cada uno por debajo de las pestañas. —No sé muy bien cómo hacer esto, así que voy a arrancar la tirita de golpe. Me atraéis los tres... a pesar de nuestra historia —murmuro

las últimas palabras, entornando los ojos hacia Matteo—. Y sé que es poco convencional y quizá injusto por mi parte pedirlo, no cuando básicamente os estoy diciendo que estoy... explorando...

Leo suelta una especie de tos para tapar la risa. Le lanzo una mirada asesina y él alza las cejas con gesto de inocencia personificada.

—En fin, sé que no es justo por mi parte, pero lo voy a pedir igualmente. Que no veáis a nadie más, quiero decir, si estáis viéndome a mí. Y si habéis cambiado de idea, pues vale. —Entrelazo los dedos mientras miro alternativamente a Dante y a Leo al exponer mis condiciones; porque exactamente es lo que parecen. Me pregunto de pasada si Lainey tuvo que plantearlo alguna vez así... Definitivamente debería llamarla y exprimírle el cerebro para saber exactamente cómo esquivar las minas Rossi y Esposito.

Y al mirar ahora a Matteo—con la postura rígida, la mandíbula apretada—parece que está a una palabra equivocada de explotar. A veces me pregunto cómo sería si alguna vez se relajara y soltara el control.

Nadie dice nada, y entonces Matteo y Dante sacan sus teléfonos vibrando. Se quedan quietos un momento y una punzada de inquietud me recorre la espalda. —¿Qué pasa?

—Joder —maldice Matteo—. Es el tercero esta semana. Los hijos de puta se están envalentonando.

—Tenemos que encontrar el problema —apunta Dante.

—Han convocado una reunión para todos.

—¿Qué? —repito. El cambio de energía es palpable y está disparando mi respuesta de lucha o huida, lo cual es una reacción rarísima. Sé que con ellos estoy a salvo, así que no sé qué cables se me han cruzado.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, Madison —responde. Su tono es desdeñoso y apenas me dedica una mirada.

—Igual quiero ayudar —propongo.

Matteo resopla.—No lo creo.

Me envaró; su incredulidad ante mi oferta de ayuda pincha una antigua herida emocional. —Se me da bien resolver problemas —me defiendo.

Matteo suelta una risa sarcástica que me raspa los nervios. Sé que lo que va a decir a continuación va a doler. —Esto no es una cena benéfica ni un baile del instituto, es un problema del mundo real con consecuencias del mundo real. Está por encima de tu nivel de sueldo —escupe, las palabras deslizándose de su boca como dardos envenenados.

Se me cae la mandíbula por la mención casual a un baile del instituto, como si no me hubiera destrozado el corazón inocente en uno de esos bailes hace dos años.

Y luego le echa sal a la herida.

Recojo los labios hacia dentro y asiento varias veces. Es más para darme unos segundos extra que otra cosa. Me quedo parada junto a la entrada del pasillo, la mente ya planeando cómo voy a hacer la maleta y marcharme en cuanto salga de este pasillo.

Se me pican los senos nasales, avisando de que vienen lágrimas, pero las reprimo. No voy a darle la satisfacción de saber que ha tocado hueso.

Debería darle las gracias. Estaba empezando a mirarlo de otra manera, a pensar en él de otra manera. Supongo que necesitaba el recordatorio de quién es en realidad, y de quién cree que soy yo.

No una compañera o una igual.

Sino alguien que sólo sirve para una cosa: un florero de adorno.

Acelero el paso por el pasillo hacia mi habitación.

—Madison. Espera.

Me detengo en seco y me doy la vuelta, el pelo girando con el movimiento brusco. Me duele la mandíbula de lo fuerte que la tengo apretada, de rabia y en un débil intento de contener las lágrimas que pugnan por salir.

—¿Qué, Dante? Creo que tu silencio ya lo ha dicho todo.

Se detiene a un paso de mí y sostiene mi mirada sin pestañear.—  
No te vayas.

Cruzo los brazos sobre el pecho y aparto la vista mientras la rabia y la vergüenza me mantienen la lengua cautiva.

—No voy a hablar por nadie más, pero yo quiero que te quedes —su voz es baja, persuasiva y sincera.

Como si fuera algún tipo de hechicero, su voz calma mi rabia inmediata y pule los bordes ásperos de la vergüenza. Giro la cabeza para mirarlo, inspirando su aroma amaderado.

Busca en mi mirada, y al cabo de unos segundos asiente. No sé qué ha visto, pero sea lo que sea, lo deja satisfecho. Vuelve a asentir y da un paso hacia atrás.

—Dante —lo llama Matteo desde la cocina, donde lo he dejado.

Dante me mira un momento antes de darse la vuelta y dirigirse a zancadas hacia la cocina.

Exhalo un suspiro que ni sabía que estaba conteniendo y decido que ha llegado el momento de tomar un poco el aire.

## VEINTIOCHO

---

### MADDIE

CAMINO DURANTE UNA HORA, echando un vistazo casual a algunas tiendas cerca del apartamento de Matteo. Sé que tengo que volver a mi residencia, pero no estoy lista para regresar al apartamento de Matteo y recoger mis cosas. Necesitaba un poco de espacio de ellos.

Dante me pidió que me quedara, pero no estoy segura de que sea la mejor idea. Me gusta la idea de explorar más con él... y con Leo. Pero tal vez sea mejor un cambio de aires.

Sentía que las paredes se me echaban encima y necesitaba un poco de aire para despejarme. Caminar y admirar cosas hermosas suele ayudar a calmarme. Un subproducto de ir de compras con mi madre durante tantos años, estoy segura.

Supongo que siempre podría irme ahora mismo, dirigirme a mi casa sin decirles ni una palabra. Pero el hecho de no despedirme hace que me duela el alma de una forma que no comprendo.

Estoy un poco sorprendida... y puede que hasta decepcionada de que ninguno me haya seguido, aunque fuera solo para vigilar que no me arrebataran de la calle otra vez. Pero supongo que esa amenaza ya ha desaparecido, Lainey y sus chicos se están encargando de ello.

Aun así, la parte romántica empedernida de mí pensó que me alcanzarían. Tal vez sea la forma que tiene el destino de decirme que

es hora de pasar página. Eso, o leo demasiadas novelas románticas.

Camino hacia una cafetería que vi a media manzana de distancia. Hoy hace calor, y el sol y la humedad hacen que parezca que la temperatura es diez grados superior. Un té helado me vendría de maravilla ahora mismo.

Abro la puerta y recibo con agrado el aire fresco de la climatización. Una campanilla suena, anunciando mi llegada.

—¡Bienvenida a Mocha Lisa! —me saluda alguien desde detrás del mostrador. No puedo ver quién es desde este ángulo, pero sonrío en respuesta.

Miro a mi alrededor mientras camino hacia el mostrador, observando toda la decoración. Este lugar es increíble. Estanterías llenas de libros cubren una pared con lomos de colores brillantes hacia fuera. Sillones orejeros desparejados, mesas y sillas de aspecto vintage, flores en jarrones altos y finos como centros de mesa, una vitrina de repostería a rebosar.

Mocha Lisa podría ser mi próxima cafetería favorita.

—Hola, ¿qué te pongo? —pregunta la camarera con una amplia sonrisa. Tiene el pelo negro recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza y unas gafas negras de montura ancha posadas sobre la nariz, enmarcando unos ojos azul hielo. Deben de ser los ojos azules más pálidos que he visto en mi vida, y son tan hipnotizantes que tardo un momento en responder a su pregunta.

Me río, con las mejillas calientes por la vergüenza. —Lo siento. Es que... nunca había visto unos ojos como los tuyos. Son muy singulares.

Ella agita una mano en el aire, sin que su sonrisa flaquee en ningún momento. —No pasa nada. Me lo dicen todo el tiempo. Entonces, ¿qué va a ser hoy?

—Oh, eh, ¿qué tal un té helado? Algo con cafeína. Mucha cafeína, por favor.

Ella asiente con la cabeza como si se compadeciera de mí. —Uno de esos días, ¿eh?

—No te lo imaginas. —Sonrío y dejo que mi mirada deambule mientras ella prepara mi bebida. Observo con interés la vitrina de la bollería. Galletas caseras, bizcochos, minicupcakes, biscotti, brownies

de chocolate. Normalmente se pueden encontrar joyas ocultas en la vitrina de una buena cafetería.

—Bueno, esto debería darte el empujón que necesitas. Es un té negro de hoja suelta con un toque de albaricoque. Es uno de nuestros productos más vendidos y uno de mis favoritos. El temporizador pitará en unos minutos cuando termine de infundir, y entonces lo verteré sobre hielo para ti. —Coloca la mini cafetera de prensa francesa con el té en infusión y el temporizador sobre el mostrador—. Son cuatro con veintitrés hoy.

—Perfecto, gracias. —Mirando hacia abajo, busco en mi bolso bandolera. Mis dedos se cierran sobre mi cartera cuando una voz familiar me envuelve.

—Aquí tienes.

Al levantar la cabeza, noto una mano familiar sosteniendo una conocida tarjeta negra. Mis músculos se tensan ante su proximidad, y mi corazón me traiciona saltándose un latido.

—Yo tomaré un americano también, por favor.

La camarera se toma su tiempo para coger la tarjeta, preguntándome con la mirada si estoy bien. Asiento dos veces antes de ladear la cabeza.

Piel bronceada, barba de dos días y labios carnosos son lo primero que veo. —¿Cómo me has encontrado?

—¿Una cafetería con libros antiguos y sillas desparejadas? ¿Dónde ibas a estar si no? —Su respuesta es inmediata y suaviza un poco mi ira—. Vale, eso no es del todo cierto. Esta es la duodécima cafetería en la que he estado en la última hora. Estoy casi seguro de que en el último sitio iban a llamar a la policía por preguntar por ti. —Se encoge de hombros, indiferente ante la posibilidad de que aparezca la policía por él.

Me hago a un lado para verle con claridad. Con una camiseta gris marengo de cuello en pico, pantalones cortos y gafas de sol de diseño cubriendo sus ojos verdes, parece el típico rico informal como tantos otros en esta zona. —¿A qué vienen las gafas de sol en interiores?

El temporizador suena, robando mi atención de él. La camarera deja el americano de Leo en el mostrador, apaga el temporizador y

vierte el té sobre el hielo.

Él murmura su agradecimiento mientras toma un sorbo de su café; su pequeño sonido de placer me distrae de la prensa francesa.

Suelto un jadeo antes de poder contenerme y doy un paso hacia él. —Cielo santo, Leo, ¿qué ha pasado? —Rozo con dedos titubeantes la piel debajo de su ojo. Está oscurecida e hinchada, y he vivido lo suficiente como para reconocer un ojo morado cuando lo veo.

Él agarra mis dedos con su mano y se los lleva a los labios. Deposita un beso en cada una de las yemas de mis dedos, murmurando: —No ha sido nada.

Se me corta la respiración ante la ternura del gesto, y mi enfado se derrite aún más. —Parece que sí ha sido algo. ¿Qué ha pasado?

Él sonríe contra mi mano. —Deberías ver cómo ha quedado el otro.

—Ja, ja. No uses esa frase tan manida conmigo, Leonardo —le regaño.

—Oh, nena, ya sabes qué pasa cuando dices mi nombre así —murmura esbozando una sonrisa.

—No te emociones, Casanova. Estamos en mitad de una cafetería —siseo en voz baja.

Levanta la cabeza de mis dedos, atravesándome con su intensa mirada. —Nunca antes te ha importado tener público.

Retiro mis dedos de su mano, con las mejillas encendidas por su recordatorio. —Eso es diferente. Además, estás castigado, así que deja de ser tan encantador.

Sin decir ni una palabra más, cojo mi bebida, doy las gracias a la camarera y me dirijo hacia una mesita junto a la pared. Me detengo antes de sentarme, mirando por encima del hombro con una ceja levantada.

Captando mi señal, me sigue hasta la mesa y se sienta frente a mí. Se inclina hacia delante, con los brazos sobre la mesa y la mirada puesta en mí. Doy un sorbo a mi té helado solo para tener algo que hacer. Me golpea un fuerte déjà vu, me siento mareada, la mente se me acelera. Entorno un ojo para detener la sensación de que todo da vueltas. Dura lo suficiente como para recordarme por

qué no me gustan las atracciones que giran en los parques de atracciones.

—Oye, ¿qué te pasa?

Agito una mano en el aire mientras la sensación desaparece. — Nada, estoy bien. ¿Por qué estás aquí, Leo?

—Ay —dice con una mueca, apretándose el pecho con una mano. Espero a que hable con una ceja en alto.

Su sonrisa burlona desaparece de sus labios, y su expresión se vuelve sincera. —Necesitaba encontrarte, pedirte perdón y, joder, no sé, arreglarlo.

Me encojo de hombros a medias. —¿Cómo puedes arreglar algo que siente tu hermano?

—Ahí está el tema. No creo que él se sienta así de verdad. A Matteo le cuesta mucho, eh, expresarse. Pasa demasiado tiempo encerrado aquí dentro. —Se golpea la sien con el dedo índice.

Me muerdo el labio y lo observo. —No lo entiendo. Antes dabas la impresión de estar, no sé, celoso. ¿Y ahora estás aquí defendiendo a Matteo? ¿Pidiendo disculpas en su nombre? No lo pillo.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa. —Cuando me gane tu favor, será porque soy mejor hombre, la mejor opción, no porque Matteo la haya cagado antes de que pudiéramos empezar de verdad. No soy una opción por defecto, nena. Soy la única opción.

Sus palabras se sienten como una promesa, girando en el aire y marcándose a fuego en mi alma. Un escalofrío me recorre la espalda y mis mejillas se sonrojan ante su intensidad.

—¿Y si no quiero elegir?

Se pasa los dientes por el labio inferior, con las cejas bajas y los dedos tamborileando más rápido sobre la mesa. —Entonces eso es algo de lo que tenemos que hablar.

Asiento y doy otro sorbo, sorprendida por su respuesta. Es lo que quería oír, pero aun así, me sorprende que parezca tan... tranquilo.

—Y esas cosas que oíste, eso no iba por ti; no realmente. Mi hermano y yo tenemos... una familia complicada.

—¿Acaso no todas?

Asiente unas cuantas veces mientras juguetea con la faja de cartón de su vaso de café. —Pero la mayoría de las familias no están

en la mafia. —Sus palabras apenas superan un susurro.

Sus palabras salen de su boca con tanta facilidad que dudo de lo que he oído. —Perdona, ¿acabas de decir la...?

—Sí —me interrumpe, mirando hacia ambos lados por encima de sus hombros—. No vuelvas a decirlo. Las cinco familias tienen ojos y oídos en todas partes.

Se me entreabre la boca mientras busco en su mirada algún atisbo de diversión o burla, pero solo encuentro resignación.

—Estás de broma, ¿verdad?

Niega con la cabeza. —Y Matteo está metido hasta el cuello. Así que estoy aquí en nombre de todos nosotros.

—No lo entiendo.

Tamborilea con los dedos en la mesa, con la rodilla rebotando al mismo ritmo. —Hay muchas cosas de las que no estoy al tanto, pero he pensado que deberías saberlo.

Siento las mejillas calientes y entrecierro los ojos, con las palabras teñidas de sospecha. —Si esto es un intento de ahuyentarme...

—No lo es. Lo juro. —Suspira—. No estoy seguro de si él te lo habría contado, pero estoy tan jodidamente harto de tantos secretos. Y me gustas, Madison. Así que, eh, quería que lo supieras.

La parte superior de sus mejillas se tiñe de rosa, y decido que debe de estar diciendo la verdad. No creo haberle visto nunca con menos confianza. Pero ¿este chico sentado frente a mí ahora, inquieto y sonrojado? Esta es una nueva versión de Leo. Y no puedo decir que no me guste.

—Vale. ¿Qué significa eso entonces?

Suelta un suspiro y se pasa la mano por el pelo, alborotándolo de una forma que distrae. —No lo sé. Pero ¿vendrás al apartamento conmigo? A Matteo se le dará mejor explicar las cosas que a mí.

## VEINTINUEVE

---

### MADDIE

—MUY BIEN. Voy a usar el baño primero. —Me cuelgo el bolso en bandolera y estiro el cuello buscando el cartel de los aseos.

—En la esquina del fondo. Te espero aquí, ¿vale? —Leo da un sorbo a su americano.

En un solo movimiento, me pongo en pie y acerco mi silla a la mesa. Y, por impulso, me inclino y rozo sus labios con los míos antes de apartarme.

—¿A qué ha venido eso?

Balanceándome sobre los talones, le ofrezco un medio encogimiento de hombros y una sonrisa. —Me ha parecido un buen momento para ello.

—Siempre. Siempre es un buen momento para un beso tuyo —murmura, dedicándome esa sonrisa de hoyuelos tan distractora.

—Eres demasiado embaucador para tu propio bien, ¿lo sabes? —le tomo el pelo—. Vuelvo enseguida.

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia la parte trasera de la cafetería. Me encanta este sitio. Me recuerda a mi favorita, la que estaba cerca de mi dormitorio. Todo sillones acogedores y mullidos con mesas eclécticas entre ellos. Tres estanterías de libros y juegos para prestar. Grandes ventanales que dejan entrar la luz del sol y

una decoración que camina sobre la línea entre lo «vintage-chic» y lo hortera.

El pomo de cristal antiguo de la puerta chirría cuando lo giro para abrir la puerta del baño, pero el interior es moderno, con tres cabinas, dos espejos de cuerpo entero y dos lavabos.

Me lavo las manos y uso un delicioso exfoliante con aroma a mango después de terminar, admirando los antiguos grifos de cruceta. No he visto nada parecido antes.

Me giro para coger una toalla de la pila de toallas de mano bien usadas y las luces se apagan. Ocurre en un instante; el cambio de las luces fluorescentes a la oscuridad total es estremecedor.

Me quedo helada, con el agua resbalando por mis brazos y el terror erizándome los nervios. Mi respiración se acelera y no puedo dejar de parpadear, como si eso fuera a ayudarme a ver mejor.

Quizá se ha fundido un fusible. Eso pasa en estos edificios antiguos a todas horas.

O podría ser un corte de luz programado. Fuera sigue haciendo un calor de mil demonios y no recuerdo la última vez que vi las noticias. Es perfectamente posible que sea algo planeado.

No hay necesidad de entrar en pánico.

Abandono las toallas y me seco las manos en la tela de mi vestido. Tanteando a ciegas, paso los dedos con tiento por el espacio frente a mí y arrastro los pies hacia adelante. Agradezco tanto haber traído zapatillas hoy. Estoy segura de que me habría roto un tobillo si llevara mis zapatos de suela roja esta tarde.

Unos pasos después, siento madera bajo las yemas de mis dedos. Deslizando las manos por la madera, encuentro el pomo. El alivio me invade cuando sujeto la manilla de la puerta.

Pero me dura poco porque no gira.

¿Por qué no gira el pomo?

Un sofoco me recorre de pies a cabeza y mi corazón empieza a martillar contra mis costillas. Lo intento de nuevo, pero mi mano no deja de resbalar. No la tenía seca del todo, así que me tomo unos preciosos segundos para secármela bien en el pantalón corto.

Estás bien, Maddie. Solo es un baño. Nadie va a atraparte dentro de un baño.

Mi charla de ánimo mental no sirve para una mierda para calmarme. Siento que el terror me sube por la garganta, quedándose alojado allí.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y tengo unas ganas locas de darme un palmazo en la frente, pero con mi suerte, fallaría y me haría un ojo morado. Debería haberme dado cuenta antes. Puedo llamar a Leo y él la abrirá desde el otro lado.

Crisis evitada.

Soltando un suspiro de ansiedad, saco el teléfono de mi bolsillo trasero y lo abro para ver el nuevo mensaje de texto. Es de un número que no tengo guardado. No lo reconozco de nada, la verdad. Tiene un prefijo más-tres-nueve-tres, lo que debe de significar que es internacional.

Oh, *claro*, apuesto a que es Lainey. Sé que ha estado usando todo tipo de teléfonos diferentes últimamente, así que no me sorprende mucho. Suelto un suspiro, sintiéndome ya más tranquila respecto a todo.

Abro el mensaje de texto, con la intención de enviarle un SOS y luego llamar a Leo. Pero lo que veo hace que se me pare el corazón.

No es Lainey.

No sé quién es, pero no puedo evitar la sensación de pavor que me recorre la garganta.

**Número desconocido: Estás en peligro. Corre.**

Abro la aplicación de la linterna y me doy la vuelta, abriendo mucho los ojos para intentar ver algo. La última cabina está cerrada y, de repente, no recuerdo si estaba cerrada cuando entré aquí.

El sudor me cubre la nuca y me echo el pelo al otro hombro para refrescarme.

Me doy otra charla de ánimo y camino hacia la puerta cerrada con el puño apretando el teléfono. Es el único lugar lógico donde alguien podría estar escondido. No es que piense necesariamente que haya alguien escondido aquí para atraparme, pero alguien envió ese mensaje. Rezo para que fuera un grupo de gamberros gastando bromas a gente desprevenida.

Inclinándome por la cintura mucho antes de llegar a la puerta, miro por debajo de esta buscando pies.

Nada.

Inhalando profundamente, suelto el aire y abro la puerta de una patada. Oscila sobre sus bisagras chirriantes, abriéndose de par en par para revelar un váter y nada más.

Oh, gracias a Dios.

El alivio hace que me flaqueen las rodillas e inclino la cabeza hacia atrás para exhalar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Vale, es hora de salir de aquí cagando leches. Sabía que haber visto aquella película de miedo con Dante el otro día me iba a pasar factura.

Vuelvo a sacudir el pomo, girándolo a izquierda y derecha, pero sigue sin ceder. Estos pomos antiguos son preciosos pero un dolor de cabeza para hacerlos funcionar. Con una mano, busco el número de Leo y pulso el botón de llamada, y con la otra, golpeo la puerta. Espero que entre las dos cosas, alguien pueda ayudarme.

—¿Madison?

—¡Leo! Estoy atrapada en el baño. El pomo no abre y las luces se han apagado.

—¿Qué? ¿Qué luces?

El pavor recorre mi cuerpo de puntillas, dejando un escalofrío gélido a su paso. —Se ha ido la luz. Pensé que era algo planeado. Pero luego recibí este mensaje espeluznante. Leo, sácame de aquí, por favor.

La desesperación brota de mi boca y empiezo a aporrear la puerta. La sensación de ser observada me cubre la piel, aceitosa y peligrosa.

—No cuelgues. Llego ahora mismo. Diez segundos. —Su voz es firme, autoritaria, y calma la capa más superficial de pánico—. Ya estoy aquí. Da un paso atrás, ¿vale?

—Vale. —Retrocedo unos pasos con un asentimiento.

El pomo se mueve por un momento antes de que oiga un fuerte golpe y vea la puerta tambalearse en su marco. Tres golpes fuertes más y la puerta se abre, con trozos de madera astillada volando hacia el baño.

A contraluz por la lámpara del pasillo aparece mi salvador, mi caballero de brillante armadura. Las sombras se enroscan alrededor

de su camiseta negra de cuello de pico y sus pantalones oscuros, sujetándolo como si perteneciera a ellas.

—¡Leo! —Salgo disparada hacia él, saltando encima y rodeando su cuello con mis brazos en el último segundo. Con los brazos abiertos, me atrapa con facilidad, estrechándome contra él con fuerza en un abrazo—. Gracias. N-no sé qué está pasando, pero creo que deberíamos irnos.

Me deja resbalar por su cuerpo y entrelaza sus dedos con los míos, tirando de mí hacia la parte delantera de la cafetería. Lo primero que noto es la electricidad. En plan, que *hay* luz.

Vale. Así que quizá fue un fusible fundido. Pero eso no explica el mensaje raro. Quiero preguntarle a Leo si reconoce el número, pero voy a esperar hasta que estemos fuera de aquí. No consigo quitarme la sensación de tener unos ojos puestos en mí.

Sigo a Leo hacia la puerta principal, medio paso por detrás de él y a su izquierda. Miro de reojo a cada persona con la que me cruzo, buscando... algo que pueda decirme de qué iba todo lo del mensaje de texto o el baño. No sé qué espero. Quizá un cartel que diga «soy culpable».

Pero no encuentro nada más que gente sonriente bebiendo café. Y eso podría ser la parte más aterradora de todo.

TREINTA

---

MATTEO

OBSERVO los rostros de los hombres sentados alrededor de la mesa. Las cinco familias siempre han sido las mismas. Romano, Marino, Gallo, Vitale y Rossi. Nuestras familias cruzaron el charco hace décadas y formaron este vínculo inquebrantable.

*Inquebrantable.* Qué puñetera broma.

Uno de estos hijos de puta podría estar detrás de los ataques. Los miro a cada uno, manteniendo los hombros relajados y los puños sin apretar. Cuesta un trabajo de la hostia fingir esta indiferencia. No sé cómo todos ellos pueden estar sentados aquí, bebiendo a sorbos como si algún imbécil no nos hubiera declarado la guerra tirando cadáveres de nuestros soldados a nuestras puertas.

¿Pero ir a por la mujer de alguien?

Ese es el nivel de salvajismo que debería estremecer incluso al hombre más recio. ¿Cómo no pueden ver el rostro de su esposa o de su novia o de su maldita amante en la cara mutilada de Rachel Bianchi? Sal Bianchi es un hombre de honor, ha estado en la familia durante generaciones. Alguien que trae mucho dinero, un miembro de confianza.

¿Y este es el respeto que recibe cuando el cuerpo de su mujer aparece tirado en su porche? ¿Dónde está la urgencia, la venganza?

Un montón de hombres egocéntricos fumando puros como si esto fuera una cena de gala.

No puedo dejar de pensar en que podría haber sido Madison. Sé que es irracional y no creo que ninguno de ellos sepa siquiera de su existencia. Pero me pican los dedos por llamarla.

Dante dijo que le diera espacio y dejara que Leo fuera a por ella. Y por mucho que me doliera no ser yo quien la trajera de vuelta a casa, no tenía tiempo. Teníamos que venir aquí.

Frunzo el labio mientras los escaneo a todos. No hay mucho afecto entre la mayoría de nosotros. La mitad todavía no supera que mi padre me nombrara underboss y aprovechan cada oportunidad para hacer oír sus opiniones.

¿Pero podría uno de ellos traicionar así a las cinco familias? Ir a por la esposa de alguien dista mucho de los comentarios sarcásticos y los tratos por lo bajo. Es más que declarar una guerra.

Es quemar todo aquello que las cinco familias representaban originalmente y mearse sobre las brasas ardientes.

No importa si es un hombre de honor o no, un hombre que va a por tu mujer de esa forma sin provocación previa tiene los días contados. Y lo sabe de sobra. El amor no influye en la venganza para la mayoría de estos capullos. Se trata de la falta de respeto.

Miro cada uno de sus rostros. Los jefes de las familias, un consigliere, sus underbosses y un soldado o dos. Ninguno parece excesivamente angustiado, pero eso no significa una mierda. Estos hombres llevan jugando al póquer tres veces por semana durante diez o veinte años.

Reprimo el impulso de pasarme los dedos por el pelo para apartármelo de la cara. Estoy jodidamente agotado y al límite, y estoy seguro de que las ojeras me delatan.

Dejo que mi mente divague mientras me rodea el parloteo ocioso. Me importan una mierda las rencillas insignificantes entre las familias. La información que necesito no me la darán tan libremente. Está en el subtexto y en lo que la gente *no* dice.

Y sé que Dante me guarda las espaldas, tanto literal como figuradamente. Sé sin mirar que está de pie detrás de mí, con la espalda contra la pared exterior y las manos cruzadas frente a él.

Siempre deja la chaqueta del traje desabrochada para que, si la cosa se pone fea, no tenga que perder tiempo peleándose con un botón.

Al menos en lo que respecta a esto, sé que puedo confiar en él.

Habrà una conversación sobre sus actos con mi chica, pero el asesinato no espera a nadie.

Así que aquí estoy, con las entrañas ardiendo de celos hacia mi mejor amigo y mi hermano pequeño. Aprieto la mandíbula e intento ignorar el veneno ácido que se infiltra en mis venas para centrarme en la conversación que me rodea.

Irónicamente, si hubiera podido, habría enviado a Dante con Madison. The Brotherhood se está ocupando de sus asuntos ahora, así que ella no debería correr el mismo tipo de peligro. Pero retiré su equipo de vigilancia, que era básicamente Dante, un pequeño detalle que descubrí hace poco, ya que ha estado a salvo dentro de mi casa. Iba a encargarle a uno de mis soldados de mayor confianza que la vigilara mientras veníamos aquí, pero Leo insistió en que él se encargaría de ella.

Ante la insistencia de Dante, acepté. Veamos si de verdad puede aguantar la vida de la familia. Cree que quiere entrar, pero no tiene ni puta idea de lo que se requiere realmente para ser miembro de esta familia.

Tu maldita alma.

Le he estado haciendo un favor todos estos años, protegiéndolo de esta mierda. Y este es el agradecimiento que recibo: va a por la única chica que me ha importado.

Si estas reuniones obligatorias de emergencia de las cinco familias no fueran innegociables, habría ido tras Cherry. Pero lo son y cambian de ubicación en un abrir y cerrar de ojos. Y si mi segundo y yo no aparecemos, los Rossi parecemos débiles. Así que aquí estamos. Jodidamente miserables juntos.

Me quema saber que no está en mi casa ahora mismo, que está por ahí haciendo vete a saber qué con Leo.

Flexiono la mano debajo de la mesa ante la repentina oleada de celos que me recorre los músculos, tensándolos involuntariamente.

He hecho lo correcto, ¿verdad?

No puedo revelarles este tipo de secretos, y meterla en mi red, aunque sea un poco, solo será su ruina. Es bueno que quiera volver a su casa. Joder, fue una estupidez incluso traerla a la mía para empezar.

Entonces, ¿por qué siento que me da un maldito ataque de pánico ante la idea de que se vaya? Me froto el lugar que me duele en el pecho sin pensarlo.

—¿Pasa algo, hijo?

El silencio de la sala tras la pregunta de Dominic Vitale se asienta sobre nosotros como una roca de cien kilos.

Me giro para mirarlo, tomándome mi tiempo para ladear la cabeza. —¿Cómo me has llamado?!

Mi voz es baja y pausada. Los Rossi no gritamos. No lo necesitamos. Cuando hablamos, la gente escucha.

Vitale finalmente muestra el primer signo de instinto de conservación. Se lame los labios y tamborilea con los dedos sobre la mesa. —Te estabas tocando el pecho, por eso he preguntado si pasaba algo. —Se encoge de hombros subiéndolos hasta las orejas y levanta la barbilla. Sus tres hijos imitan su postura.

Asiento dos veces con la cabeza, el movimiento es sarcástico. —Dime una cosa, Ralph.

—¿El qué?

—¿Quién soy yo?

Sus cejas pobladas se juntan mientras me mira fijamente durante un tiempo excesivo. —Matteo Rossi.

Le sostengo la mirada y digo: —Exacto. No soy tu puto hijo. Y la próxima vez que se te olvide, te voy a romper tres dedos para recordártelo.

Veo los engranajes girando en su mente y, cuando todo encaja, salta de su silla. Sus hijos hacen lo mismo, los cuatro gritando tonterías mientras agitan los brazos.

Mi padre levanta la mano, con la palma hacia arriba, y ellos se callan. Yo no me muevo. No me preocupa Ralph Vitale. Ese gordo de mierda no le daría a un blanco ni aunque estuviera atado de pies y manos en el suelo a dos pasos de él. Y aunque sus hijos son unos

tipos despreciables, idolatran a mi padre más que al suyo propio. Jamás darían un paso contra nosotros.

—¿Vas a dejar que me falte al respeto de esa manera, Angelo? —pregunta Ralph, con una gota de sudor rodándole por el lado de la cara.

Papá se encoge de hombros con las manos en el aire. —Tú le has faltado al respeto a él. Es un hombre de honor tanto como tú. Además, ni siquiera te ha roto los dedos todavía.

No soy el único que nota el orgullo en su voz cuando habla de mí rompiendo dedos. Es uno de sus movimientos característicos, después de todo. ¿Sabes lo fácil que es mentir sobre unos dedos rotos? Puede pasar haciendo la cosa más mundana. Tengo suerte de que Dante aprendiera lo suficiente de primeros auxilios con su madre para entablillarme bien los dedos cuando era más joven; de lo contrario, no tengo dudas de que los míos serían un caos retorcido.

—Ahora que todo el mundo ha terminado de comportarse como un atajo de nenas, sigamos. ¿Quién cojones está quemando nuestros negocios y dejando cadáveres? ¿Alguien lo sabe? —pregunta Dominic Marino entre calada y calada a su puro.

—Podrían ser los rusos. Tommy pilló a unos tipos de ascendencia rusa merodeando por los muelles hace dos días —ofrece Tony Romano, mi amigo.

—¿Ascendencia rusa? ¿Qué cojones me parece que soy, alguna prueba de genealogía? ¿Qué coño significa eso? ¿Eran de los hombres de Alexei o no? —Papá sube el tono de voz al final, casi gritando.

—Dijo que no delataría a su jefe, solo decía «mi empleador» una y otra vez —responde Tony sin vacilar.

No, es imposible que no esté relacionado con esta mierda de alguna manera.

Son ellos o esos capullos de Nueva Jersey. Esos gilipollas siempre están buscando cómo meterse en nuestros negocios. Les encantaría dejarnos fuera por completo y asumir nuestro control en la ciudad.

Aguantamos por un hilo, que es exactamente por lo que necesitamos un cambio.

—Vale. Podría ser que Alexei esté intentando hacerse con la ciudad. ¿Qué más?

—He oído que un nuevo cártel está en la ciudad intentando reclutar gente para un golpe de mano. Le enviamos un mensaje adecuado al cártel para mostrar nuestra lealtad. Omar Villa tiene ahora la cabeza del nuevo cártel en una caja de donuts.

Papá sonríe y ríe entre dientes. —Me encantan los donuts de mermelada.

—Escucha, jefe, no quiero hablar antes de tiempo, pero creo que deberíamos considerar investigar a los de Jersey —dice Ralph Vitale.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hace pensar eso?

—Mikey escuchó del propio Paulie Amato que está haciendo movimientos para derrocarlos. No puede actuar oficialmente hasta que su tío Mario esté fuera de escena. Al parecer, ya casi ha dimitido oficialmente.

Papá asiente con la cabeza y bebe un sorbo de su whisky. —Lo tendré en cuenta. Ya que estamos todos aquí, aprovecharemos para despachar nuestra reunión habitual. ¿Quién tiene algo que proponer?

—No tiene hijos para continuar con el apellido Gallo, ¿así que por qué debería conservar su asiento? —escupe Ralph Vitale, señalando a Victor Gallo, jefe de la familia Gallo. Es más ancho que alto y escupe cuando habla. Por eso siempre me aseguro de sentarme lo más lejos posible de él. Sus tres hijos imitan sus movimientos, lo que parece un intento cutre de demostración de poder. Si cree que alguien se va a dejar intimidar por ellos, incluido Victor Gallo, es un puto idiota.

Tiene suerte de que su apellido lo proteja. Por ahora.

En cuanto tome el mando, llevaré el concepto de *limpieza de primavera* a un nivel totalmente nuevo.

—¿Así que eso es lo que piensas, Ralph? ¿Y qué propones exactamente que hagamos? ¿Añadir otra familia a la mesa? —pregunta papá mientras hace girar un puro entre los dedos como si fuera una ficha de póquer.

Es puro teatro, esa indiferencia. Y si lo conoces lo suficiente, puedes detectarlo con bastante facilidad. Está en la tensión

alrededor de sus ojos y en la sonrisa forzada de su cara. Es como una cobra trastornada, y solo está analizando a su presa del día.

Mira fijamente a Ralph, provocándolo con sus preguntas como si no hubiéramos oído esta mierda ya antes. Las hijas de Vic son solo unos años más jóvenes que yo y él perdió a su esposa hace dos años. No es que de repente vaya a tener un niño.

Es la misma historia de siempre. Alguien se desmanda y papá tiene que exhibir su poder ante todos. Sorprendentemente, papá no dice nada, lo que probablemente sea peor para Ralph a largo plazo.

—¿Algo más, caballeros? ¿O podemos largarnos de aquí de una puta vez e ir a follar con nuestras novias mientras nuestras mujeres nos preparan la cena en casa? —pregunta mi padre con una sonrisa babosa en la cara. Todos se ríen de su torpe intento de humor y las notas falsas me crisan los nervios.

Vic me sostiene la mirada y dice: —En realidad, sí que tengo algo. Propongo un acuerdo entre mi Liza y Matteo, condicionado a que los Gallo conserven su asiento.

Bloqueo mis emociones por completo, mi rostro nunca delata lo que siento de verdad. Por dentro, estoy rabiando de rabia por la audacia. Ese cabrón lo ha traído a la mesa para hacerme retorcer, para ponerme en un compromiso con la esperanza de que cediera bajo la presión. Lo que olvidó tener en cuenta fue a los hombres entrometidos de la mesa.

—¿Así que pretendes tener dos votos de los cinco? No lo creo, joder —dice Anthony Romano, golpeando la mesa con la palma de la mano abierta.

Dominic Marino resopla. —Hay una razón por la que no mezclamos los cinco linajes.

—Menos mal que no depende de ti, entonces. —Gallo se encoge de hombros y mira a mi padre. Como jefe de las cinco familias, la decisión es suya. —¿Tú qué piensas?

Mi padre lo mira fijamente un momento, frotándose el pulgar y el índice por el borde de la mandíbula. —Hablaré con Matteo en privado, que es lo que tú deberías haber hecho.

La reprimenda es apenas un tirón de orejas. Ha hecho cosas mucho peores por mucho menos. Y sé perfectamente que si dejo

que tenga esta charla en privado, me va a obligar a aceptar. Y como todavía no estoy listo para cargármelo, solo tengo una opción.

El sudor me resbala por la columna y, por una vez, agradezco el ridículo código de vestimenta de llevar traje completo. El rabillo de mi ojo izquierdo tiembla. Es una señal inequívoca de que mi estrés está aumentando.

A la mierda.

—Ya estoy comprometido para casarme.

El silencio llena la sala, cargado de acusación y sospecha.

—Más te vale no estar actuando como si fueras demasiado bueno para mi Liza. Seas un hombre de honor o no, te pegaré un tiro en el ojo y te tiraré por el puente del viejo Baxter. Que sus cocodrilos se encarguen de ti.

La amenaza de Gallo no es del todo en vano, pero no estoy muy preocupado. Como he dicho, tengo a Dante detrás de mí.

Mi padre se echa hacia atrás en su silla, equilibrando dos patas en el suelo y dos en el aire. Su mirada es afilada y calculadora mientras me observa. —Momento interesante, muchacho. ¿Quién es la afortunada que va a ser mi nuera?

La forma en que dice «nuera» me pone los pelos de punta. No me gusta ni un pelo. No será la primera vez que mire al diablo a la cara mientras suelto una mentira.

—No la conoces.

—Será mejor que pongas remedio a eso, hijo. ¿Sí? Quiero conocer a la chica que ha apartado a mi hijo de un acuerdo provechoso —gruñe mi padre, con un tono que contrasta con la sonrisa de loco que tiene en la cara.

—¿Es italiana? —pregunta Romano.

Eso es todo lo que les importa a estos capullos: mantener *puro* el linaje de las cinco familias. Menuda sarta de sandeces.

—No.

Aprieto los molares, furioso conmigo mismo por haber abierto la boca para empezar. Solo hay una persona con la que he querido considerar siquiera la idea del matrimonio. Y los mataré a todos hasta el último hombre antes de darles voluntariamente su nombre.

—¿No es italiana? ¿Quién es esa tía? —provoca Vitale.

—¿Cómo se llama, hijo? —pregunta papá.

Lo miro fijamente y me encojo de hombros. —Ya te enterarás bastante pronto.

Papá me mira fijamente, con el rostro inexpresivo. Hace cinco años, puede que me hubiera derrumbado ante la amenaza de violencia que promete esa mirada. Pero ya no. Le devuelvo mi mejor expresión gélida, un gran *que te den* como una catedral.

—¿Qué vamos a hacer por Sal Bianchi? —pregunta Dominic Marino, rompiendo el enfrentamiento entre mi padre y yo.

Aunque me alegra que alguien lo haya sacado por fin, no puedo quitarme de encima la sensación de que algo va mal. Lo presiento en los huesos.

Dos segundos después, mi teléfono vibra indicando una llamada. Dejo que salte el buzón. Solo se permite responder llamadas durante una reunión familiar en caso de emergencia.

La vibración incesante de mi teléfono sonando sin parar martillea mis ya fritos nervios.

Por el rabillo del ojo, veo a Dante sacar el teléfono del bolsillo y revisarlo discretamente. Se me eriza el vello de la nuca ante la coincidencia.

Su ojo tiembla dos veces, lo cual equivale a un grito para cualquiera que no esté en una habitación con las cinco familias más letales. Escaneo rápidamente la sala para asegurarme de que nadie se ha dado cuenta. No es que espere que lo hagan, son un atajo de vagos hijos de puta que dejan que sus soldados hagan todo el trabajo sucio. La mayoría de ellos no sabrían calar a un hombre aunque les fuera la vida en ello.

Dante da un paso adelante, se inclina y, con una voz apenas audible, un susurro mínimo, dice: —Problema en Monroe. Código negro.

Asiento una vez para que sepa que lo he oído. Por dentro, estoy temblando y sudando de la hostia, pero por fuera me muestro frío y calmado.

Cinco agónicos minutos después, papá da por concluida la reunión, y Dante y yo salimos tranquilamente del sótano del cutre club de alterne situado en medio de la nada.

Papá tiene un don especial para oler las cosas raras y esta noche  
no tengo tiempo para lamerle el ego.  
Han entrado en mi apartamento.

## TREINTA Y UNO

---

### CMADDIE

LEO DESLIZA su mano en la mía, entrelazando nuestros dedos. Un cosquilleo me recorre el brazo y se instala alrededor de mi corazón, templando parte del miedo que sentía antes. El trayecto en ascensor es rápido y luego caminamos por el pasillo hacia el apartamento de Matteo. Solo hay dos áticos en esta planta, ambos de dos plantas. El pasillo está decorado en grises suaves, casi como si formara parte de los propios apartamentos. Me pregunto distraídamente cómo será el otro ático, si es una copia en espejo del de Matteo o algo totalmente distinto. Dante dijo que alguien vive allí, pero no lo he visto, tampoco es que haya salido del piso de Matteo hasta hoy.

Un cuadro de época victoriana de un hombre cuelga de la pared a mi lado, y me da el mismo mal rollo que los cuadros de The Grasshopper.

Siempre son los ojos. Da la sensación de que me siguen.

Choqué contra el brazo de Leo, demasiado pendiente de mirar el cuadro de reojo. —Oh, perdón —digo por reflejo, rodeándole el bíceps con la mano libre para frenar el traspié. La voz se me apaga y mis pasos se ralentizan cuando veo la puerta del apartamento abierta—. ¿Te has olvidado de cerrar la puerta?

—No. —Niega con la cabeza, la voz baja y dura.

La adrenalina se me dispara y el ritmo de mi corazón aumenta. Algo se estrella, un sonido agudo. Me destroza aún más los nervios, ya de por sí en carne viva, y doy un salto, apretando la mano de Leo.

—Quédate detrás de mí, ¿vale? —Con una mano en mi brazo, me guía para que me coloque a su espalda, obligándome a soltarle el bíceps. Aprieto el agarre de su mano y me mantengo medio paso detrás de él.

Nuestros pasos son silenciosos sobre la moqueta mullida, pero el estruendo de los latidos en mis oídos es ensordecedor. Exhalo en silencio el aire que no sabía ni que estaba conteniendo mientras nos acercamos a la puerta.

Leo me aprieta la mano una vez. No sé si es una advertencia o un gesto de ánimo, pero aprieto aún más mi sujeción.

Otro golpe desgarrar el aire, el chillido del cristal rompiéndose seguido de voces masculinas.

Con la punta del zapato, Leo empuja la puerta de entrada hasta abrirla del todo, colocándose por completo delante de mí. Hay un momento de silencio: ni voces masculinas ni objetos rompiéndose.

—¿Matteo?

Me asomo desde detrás de Leo y veo a Matteo abalanzarse sobre él, el pelo revuelto, los ojos desorbitados. —¿Dónde has estado? ¿Dónde está Maddie?

Esto no me cuadra. Matteo está raro. Salgo de detrás de Leo, pero sigo agarrada a su mano como al salvavidas que ahora mismo me parece.

Tengo los nervios hechos polvo, y si antes no estaba segura, ahora sé que tengo un trauma sin resolver por el secuestro. Lógicamente, sabía que no podía simplemente fingir que no había pasado, meterlo en una caja y enterrarlo a dos metros bajo tierra. Aunque no se le puede culpar a una chica por intentarlo.

—Matteo.

En dos zancadas, Matteo está delante de mí. Sus dedos tatuados se curvan sobre mis hombros y me aparta de Leo para meterme en el apartamento. Me mantiene a la distancia de sus brazos, su mirada recorriéndome de arriba abajo varias veces. No creo haberle visto

nunca tan frenético. Ni siquiera ante el derrumbe del almacén estaba tan alterado.

—¿Qué está pasando? —pregunta Leo al entrar y cerrar la puerta —. Joder.

Matteo me suelta y se gira hacia su hermano, y yo tengo mi primera vista sin obstáculos del apartamento.

O de lo que queda de él.

Los cojines del sofá están rajados, los visillos arrancados de las anillas, platos y vasos hechos añicos por el suelo. Hay arañazos en las paredes, baldas de los armarios arrancadas, comida saliendo de la nevera. Alguien ha destrozado este lugar.

Se le planta a Leo cara a cara. —¿Por qué no has contestado al teléfono?

Leo lo empuja un paso atrás. —Lo tenía en silencio. ¿Qué ha pasado aquí?

Matteo vuelve a acercarse a Leo. —¿Y el de Maddie? ¿Dónde estabais los dos para que ninguno respondierais?

Yo lo metí a la fuerza en el bolso cuando salimos de la cafetería y no lo he vuelto a mirar. Los nervios me retuercen el estómago ante la idea de que me esté esperando otro mensaje del número desconocido.

—Estaba en mi bolso. —Mi voz suena baja, pero bien podría ser un disparo por cómo reacciona Matteo. Se da la vuelta y se pasa una mano por el pelo. El movimiento es brusco y violento.

—Alguien ha entrado y estábamos preocupados por vosotros dos —aclara Dante desde donde está apoyado en la isla de la cocina.

—Dios. ¿Estáis bien? —pregunto, dando unos pasos hacia Dante.

Él se encoge de hombros, llevando la indiferencia como si fuera un abrigo. —Estamos bien. No estábamos aquí.

—¿Se han llevado algo o, no sé, han dejado un mensaje o algo? —pregunta Leo.

Dante se cruza de brazos sobre el pecho. —No, de momento parece que no se han llevado nada, pero casi todo está destrozado.

Matteo se gira dándonos la espalda y se frota la nuca. Durante un momento todo queda en silencio y yo me dedico a asimilar los destrozos.

—Te tienes que ir. —La voz de Matteo es baja, pero el acero que hay detrás de sus palabras es inconfundible.

—Venga, tío, cálmate —replica Leo.

Inclino la cabeza, intentando ver qué está mirando, pero el ángulo de su cuerpo me tapa la vista. —Bueno, no creo que nadie deba quedarse aquí. Supongo que los dormitorios tampoco se habrán librado —replico, volviendo a observarlo todo.

Matteo abre los brazos, con los ojos muy abiertos y el pelo hecho un desastre. —Mira a tu alrededor, Leo. ¡Ella no encaja aquí!

Doy un respingo, los hombros se me encogen hacia las orejas. Habla tan alto que, si no estuviera segura de que este piso está insonorizado, diría que todos los vecinos acaban de conseguir asiento en primera fila para el rechazo de Matteo.

Porque es exactamente lo que parece. Otra vez.

Lanzo una mirada a Leo antes de centrarme en Matteo. —Creía que ibas a disculparte, no a decirme que me vaya otra vez.

Su rostro pierde toda expresión, una hazaña impresionante si tenemos en cuenta que hace treinta segundos era una bola de emociones. Me mira durante unos instantes, los ojos vacíos de cualquier cosa reconocible, y sé que, sea lo que sea lo que vaya a decir, va a doler. —No te quiero aquí, Madison. Lárgate.

Este rechazo da de lleno en el blanco, resquebrajando la blanda capa de vulnerabilidad alrededor de mi corazón y dejando una grieta por la que se cuelan la crueldad y las dudas.

Se me estremece el labio y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas, pero aprieto la mandíbula para que no lleguen a caer.

Matteo se mete las manos en los bolsillos, una estatua de elegancia en mitad de la destrucción y el caos. Mi traicionero corazón da un salto al verlo así, dominante y poderoso.

Me basta con una sola mirada a sus ojos y al vacío que reflejan para volver a la realidad.

Este capullo se cree que puede seguir jugando conmigo como si fuera un yo-yo. Pues ya está bien. Y no pienso tragarme esta mierda.

Me paso el dedo índice por debajo de los ojos para atrapar cualquier lágrima suelta y niego con la cabeza, el gesto lento y

pesado. —Eres un cobarde.

Él se sobresalta con un pequeño respingo, pero una parte de mí se alegra de ver aunque sea un atisbo de emoción asomando bajo su fachada indiferente. Me da fuerzas para seguir insistiendo, aunque la piel me escuece por su rechazo.

No voy a rogarle que me quiera. Pero sí voy a intentar que entre en razón.

—No lo hagas, Matteo. No me apartes.

—No te estoy apartando. —Vuelve a meterse las manos en los bolsillos. Interpreta a la perfección el papel de villano—. Simplemente no te quiero en mi casa ni un minuto más. Le debía un favor a la Brotherhood, y ya estoy en paz. Mira, no te lo tomes como algo personal. Seguro que un día serás una esposa trofeo encantadora, pero yo no necesito más trofeos. Necesito a una puta reina a mi lado.

Se me cae la mandíbula y la mente se me queda en blanco por un momento. ¿Qué coño está pasando aquí? Con las cejas fruncidas, me muerdo el labio inferior para volver al presente.

Ajustando la correa del bolso que me cruza el pecho, retrocedo unos pasos. Leo alarga la mano para sujetarme, pero lo esquivo y tropiezo con una lámpara rota en el suelo.

Matteo frena mi caída agarrándome del bíceps, y yo me estremezco al sentir su contacto.

—No me toques —le escupo. No me suelta hasta que me ve bien firme sobre los pies. Le arranco el brazo de un tirón y camino con calma hacia la puerta, embotellando mi vergüenza y mi desconfianza como la mermelada de ruibarbo de la abuela. Le pongo la tapa, la cierro bien y la empujo al fondo de mi mente, donde se me olvida que existe.

—¿Estás de puta coña? ¿La vas a dejar irse así sin más? ¿Qué coño te pasa? —Leo se abalanza sobre su hermano y se le planta delante.

No me molesto en darme la vuelta. Estoy en modo autoprotección y ya le he dedicado a toda esta situación suficiente tiempo y energía. Esquivando platos rotos y rodeando trozos de cristal, me detengo en la entrada y les echo una última mirada a los

tres. —Enviadme por correo lo que haya sobrevivido o no. Me da bastante igual.

—¡Madison, espera! Iré contigo —dice Leo, empujando a Matteo y cruzando la estancia.

Levanto la mano, la palma hacia fuera. —No. Deberías quedarte aquí.

—Ni de coña. Me voy contigo. —Se planta justo delante de mí, su pecho rozando mi mano—. No me cierres la puerta por culpa de que Matteo sea un gilipollas.

Una sonrisa triste me curva la comisura de los labios. —Es tu familia, Leo. Además, esto no es un adiós para nosotros. Solo un hasta pronto.

Su mirada recorre mi cara, la expresión dura y hermética. Con un gesto demasiado encantador y rápido, mete la mano bajo mi pelo y la desliza por mi cuello hasta cubrirlo. Inclina la cabeza y sella nuestras bocas en un beso que se siente mucho a despedida.

Una sola lágrima resbala por mi mejilla, pero le sujeto la muñeca, manteniendo su mano—y su boca—pegadas a la mía todo el tiempo que puedo.

Tardo en abrir los ojos cuando me aparto. Él roza sus labios con los míos una vez más. —Estaré justo detrás de ti, ¿vale?

Asiento, con la tristeza pesándome en los miembros. No creo que vaya a estar justo detrás de mí. De hecho, a juzgar por cómo acaban de actuar Matteo y Dante, diría que es muy probable que no vuelva a ver a ninguno de ellos.

Su mano se desliza por mi brazo hasta entrelazar brevemente nuestros dedos. Camino hacia atrás, dejando que nuestros dedos se rocen unos segundos más, memorizando la sensación de tener su mirada sobre mí.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas, o más bien, es probable que nunca hayan dejado de hacerlo, así que me doy la vuelta para recorrer el resto del pasillo. No quiero que ninguno de ellos me vea llorar; eso es un privilegio que han perdido. Aprieto el botón del ascensor más veces de las necesarias, luchando contra las ganas de golpear el suelo con el pie mientras la ansiedad me hormiguea en la piel.

Por fin, las puertas se abren y entro. Mantengo la mirada fija en el suelo mientras se cierran, pero en el último momento me acuerdo de una escena de una de mis pelis románticas favoritas.

La última vez que pensé en ella fue la noche del baile de máscaras con Aries, y aquella noche, él se giró.

La mirada se me alza sin que yo lo decida, y lo que encuentro me corta la respiración en seco.

Los tres están de pie en la puerta, los rostros serios pero intensos, mirándome, dejándome marchar.

## TREINTA Y DOS

---

### MATTEO

—HIJO DE PUTA ESTÚPIDO. Dame una buena razón para no partirte la cara ahora mismo —murmura Leo.

Señalo con la cabeza hacia el pasillo y salgo de mi apartamento. Mantengo la mirada fija en el ascensor, recordando la expresión del rostro de Maddie. Mi inútil corazón se encoge, atravesándome con un dolor incandescente al saber que yo soy la causa del suyo.

—Vamos, chaval —dice Dante.

No los oigo detrás de mí —ventajas de la tranquilidad del pasillo —, pero sé que me siguen. Paso de largo el ascensor y sigo por el pasillo hasta que llegamos al otro lado del edificio, donde está el único otro ático. Abro la tapa del panel del teclado de la puerta, tecleo el código y la empujo.

El apartamento es casi idéntico al mío. Dándome la vuelta, me apoyo en la isla de la cocina y me meto las manos en los bolsillos. La sorpresa de Leo es palpable y esperada.

Se cruza de brazos con fuerza sobre el pecho. —¿Qué demonios está pasando?

Me llevo el dedo índice a los labios; Leo aprieta la mandíbula, pero no hace más preguntas. Nos quedamos en silencio mientras Dante registra el apartamento con un práctico dispositivo que Rush Fitzgerald, uno de los chicos de la Hermandad, fabricó para

nosotros. Detecta cámaras, micrófonos y cualquier otro tipo de software espía, a falta de una palabra mejor.

Dante se reúne con nosotros en la cocina. —Todo limpio.

Veo que a Leo le pica el cuerpo por moverse, pero tengo cosas que decir, así que va a tener que esperar para echarme la bronca más tarde. —Este es mi apartamento. Comprado bajo una identidad real, Thomas Connet, que un amigo mío creó precisamente por este motivo, aunque él no lo sabe. Necesitaba un plan B por si ocurría algo como esto.

—¿Por qué no en otro edificio?

—Es el lugar perfecto, de verdad. Quienquiera que entrase puso cámaras y micros. Dante se encargó de ellos, pero no sabemos quién está detrás ni cuál era su verdadero objetivo. También intentaron robar nuestros archivos, pero están tan encriptados que son prácticamente irrobables... al menos no por el método que intentaron.

—Vale, si Dante se encargó de todo, ¿por qué no me lo dijiste allí? O, joder, ¿por qué no se lo dijiste a Madison?

Niego con la cabeza. —Se ha visto comprometido. No volveremos a quedarnos allí nunca más.

—¿Y Madison? —insiste Leo.

Suelto un suspiro. Estoy en una encrucijada. Si lo involucro más y mi padre se entera, lo considerará un estorbo. O lo reclutará o lo matará, y ninguna de las dos es una buena opción. Pero si no se lo digo, podría acabar muerto él también en un intento de llegar a mí.

—El cuerpo de la mujer de Sal Bianchi apareció en el porche de su casa. Alguien la dejó allí. No había ninguna nota y nadie lo ha reclamado todavía. Pueden usarla contra mí, Leo. Y lo harán. La torturarán sin pensárselo dos veces si creen que así pueden llegar a mí.

Su expresión se llena de tensión y entrecierra los ojos. —¿Así que vas a dejar que piense lo peor de ti? ¿Que piense lo peor de *mí* por asociación?

—No. Voy a decírselo, voy a ser sincero. Tan sincero como me sea posible en este momento de forma segura. Pero quería que tú lo supieras primero para que no hagas ninguna estupidez.

Él levanta las manos al aire. —¿A qué coño estás esperando? Dante podría haberme dicho esto mientras tú ibas a por nuestra chica.

Inclino la cabeza hacia un lado, con los músculos tensos. —«*Nuestra* chica»?

—No seas gilipollas. Estás perdiendo el tiempo, tío.

Asiento un par de veces con una media sonrisa. Me alegra que se sienta con la confianza suficiente para decirme las verdades a la cara. Entonces no puede estar tan enfadado conmigo. —Le he pagado al portero para que la retenga diez minutos con la excusa de que el coche que tiene que recogerla llega tarde; me quedan uno o dos minutos. Escuchad, Dante y tú coged cualquier cosa que sea valiosa del otro apartamento y reuníos con nosotros en el nuevo sitio.

—¿Quieres decir que no nos quedamos aquí?

—No, chaval. Tenemos otro piso franco. Uno cuya ubicación solo conocemos tres personas. Allí estaremos bien. Está totalmente amueblado, solo tenemos que comprar comida —dice Dante.

Leo me mira de arriba abajo con una ceja levantada. —¿Estás seguro de que no quieres que vaya yo a por Madison? No estoy seguro de que ella quiera verte.

Aprieto los dientes ante el recordatorio de que mi hermano tiene una relación con mi chica. Joder, ¿sigue siendo mi chica?

Técnicamente, han pasado años desde que ella supo que era mía. Pero lo que no sabía era que *siempre* me ha pertenecido.

Y siempre será así.

Mis palabras de la reunión familiar me vienen a la cabeza y sé que tengo que poner a Leo al corriente. Pero eso tendrá que esperar hasta que estemos todos instalados. Esa sensación de mal agüero me sigue recorriendo la piel, y cuanto más tiempo paso lejos de Madison, peor se vuelve.

—Estaré bien. Sin paradas en ningún otro sitio, ¿vale? Y usad la salida trasera. Os veré pronto.

Ambos me despiden con la mano mientras salgo del apartamento, recorriendo el pasillo al trote y entrando en el ascensor de inmediato.

Soltando un suspiro, me preparo para suplicar perdón.

---

MADDIE

—DE VERDAD que no necesito un coche. Estaré perfectamente en un taxi.

—Lo siento, señorita, pero ya he llamado al coche. Debería llegar en cualquier momento. Se han encontrado con un poco de tráfico, ya sabe cómo se pone la ciudad para conducir —dice el portero. Es un señor mayor con mirada amable, pero ahora mismo me está poniendo de los nervios.

No quiero pasar ni un segundo más aquí. La necesidad de moverme, de poner distancia entre lo que sea que acaba de pasar y yo, me atormenta.

Miro por encima del hombro por vigésima vez, esperando ver el revuelto pelo castaño de Leo, pero el vestíbulo sigue vacío. Suspirando, miro hacia la calle a través del cristal, apremiando mentalmente al coche.

Finalmente, un coche oficial negro se detiene junto a la acera y se queda al ralentí. Debe de ser para mí. Me ajusto el bolso cruzado sobre el pecho y empujo la puerta, dejando entrar el denso aire veraniego.

—Gracias, Will. Se lo agradezco.

Al mirar por encima del hombro, veo a la única persona a la que no quería ver.

Matteo.

Él todo sonrisas mientras le da una palmada en el hombro al portero, Will, deslizándole lo que parece un billete de veinte dólares. No le dedico otra mirada, simplemente me apresuro hacia el coche que espera junto a la acera. Abro la puerta y me deslizo dentro; los muslos se me pegan un poco a los asientos de cuero. Alargo la mano para cerrar la puerta cuando algo la detiene.

—Muévete, Maddie.

No suelto el tirador de la puerta ni lo miro cuando digo: —Piérdete, Matteo. Este es mi coche y hoy no me apetece compartir el viaje.

—Necesito hablar contigo. —Su voz es baja, y su rico tono funde parte de mi determinación—. Por favor, Cherry.

Con un bufido, suelto el tirador de la puerta y me desplazo hacia el otro lado. Cruzo los pies a la altura de los tobillos, estiro la falda para cubrirme las piernas y miro por la ventana, ignorándolo deliberadamente.

—Gracias —murmura.

No me molesto en responder. ¿Qué podría decirle siquiera?

Matteo se inclina hacia delante y le da una dirección al conductor, y luego vuelve a acomodarse en el asiento. Siento su mirada sobre mí, ardiente y pesada, pero el dolor me mantiene anclada al asiento, lejos de él.

—Necesito que vengas conmigo. Hay cosas que tengo que contarte.

—Te escucho —digo, viendo pasar los colores mientras el conductor toma una curva demasiado rápido.

—Aquí no. —Su voz es tan baja que no estoy segura de si lo he imaginado o no—. Por favor, necesito hablar contigo.

Mi rabia aumenta y le lanzo una mirada furiosa por encima del hombro. —¿Qué pasa con lo que necesito yo, ¿eh?

Como si supiera leerme a la perfección, sus ojos se suavizan y asiente. —Leo estará allí. Dante también.

Se me caen un poco los hombros y repito las mismas palabras que le dije después del almacén. —Estoy cansada, Matteo.

Él alarga la mano y desliza la punta de los dedos por el dorso de la mía con un toque ligero como una pluma. —Lo sé, Cherry. Solo te pido diez minutos. Después, si todavía quieres marcharte, me aseguraré de que llegues a casa sana y salva.

Miro su mano sobre la mía, luego a sus ojos y de nuevo a su mano antes de mirar por la ventana una vez más. —Está bien.

## TREINTA Y TRES

---

### MADDIE

EL COCHE se separa del bordillo con un chirrido de los neumáticos y yo me quedo mirando el discreto edificio de apartamentos. Está a años luz del lujoso edificio del que acabamos de salir. Grande, gris y anodino.

Matteo inclina la cabeza hacia el edificio. —Vamos, por aquí.

Vacilo un momento. No tengo miedo de Matteo, al menos no físicamente. Me protegió cuando estaba vulnerable y asustada.

Pero es peligroso para mí emocionalmente. Y eso es lo que hace que mis pies sigan clavados en el cemento.

Se detiene a unos pasos por delante cuando nota que no voy detrás de él. —Leo y Dante estarán aquí pronto. Pero si eso te hace sentir más cómoda, toma esto. —Me tiende su móvil—. Tres uno nueve, cuatro uno dos.

Su móvil me parece pesado en la mano, como si el gesto fuera más simbólico que la acción en sí. Lo deslizo en el bolsillo de mi vestido con un gesto de agradecimiento.

—Tres uno nueve, cuatro uno dos —repite, sosteniéndome la mirada.

—Entendido. —Tres uno nueve es fácil de recordar, mi cumpleaños es el diecinueve de marzo. Son los otros tres números los que tengo que grabarme a fuego. Los repito tres veces en mi

cabeza mientras entramos en el edificio de apartamentos y cogemos el ascensor hasta el último piso.

Caminamos por un pasillo corto en silencio, el clic de nuestros zapatos sobre el suelo es el único ruido. Hay un teclado numérico en el marco de la puerta, y me paro junto a Matteo cuando pulsa seis números. Un siseo y un clic, y la puerta se abre con un zumbido.

Sigo a Matteo al interior y me quedo parada en la cocina de concepto abierto. Todo el lugar es de concepto abierto, pero aparte de eso, no se parece en nada al piso de Matteo.

—¿De quién es este sitio?

Cierra la puerta, la cerradura se vuelve a activar, y viene a colocarse frente a mí, con la isla de por medio. —Es una casa segura.

Frunzo el ceño. —¿Una casa segura? ¿Por qué estoy aquí?

—Te he traído aquí para poder explicarte.

Enderezo los hombros. —Creo que ya has explicado suficiente, ¿no crees? Si por esto me has traído aquí...

—No es por eso —me interrumpe, metiendo las manos en los bolsillos y mirando un momento hacia sus pies. Alza la barbilla y su mirada se encuentra con la mía—. Estoy en la mafia, Maddie.

—Vale —murmuro.

Da un paso atrás y ladea la cabeza como para mirarme desde otro ángulo. —He dicho que estoy en la mafia y todo lo que dices es *vale*. Lo de esta noche no ha sido algo aislado. Es un ataque directo, contra *mí*. Es una advertencia que podría venir de diez personas distintas por veinte cosas diferentes. Esta es mi vida.

Me humedezco los labios y cambio el peso de un pie al otro. Mirando a sus ojos torturados, digo: —De acuerdo.

—¿Qué... qué quieres decir con *de acuerdo*?

Alzo un hombro. —Quiero decir que Leo ya me lo ha contado más o menos antes. No me ha dado muchos detalles, pero no puedes elegir a tu familia, Matteo.

Da tres pasos rápidos alrededor de la isla para acercarse más a mí. —No estamos hablando de un tío pringado. Estoy hablando de mí. *Yo* estoy en la mafia.

Cierro la boca despacio y trago saliva mientras busco su mirada.  
—No lo entiendo.

Acorta la distancia entre nosotros, colocándose tan cerca que, si respiro hondo, nuestros pechos se rozan. —He hecho cosas deplorables, Madison. Y seguiré haciéndolas. Esta es la vida que he elegido, pero no es la tuya.

Como una bombilla que tarda en encenderse, se me ocurre una idea. Tan ridícula que apenas merece la pena mencionarla, pero hay algo en la forma en que me está mirando ahora. Es un giro de ciento ochenta grados respecto a cómo me ha hablado en su piso no hace ni sesenta minutos.

Creo que tiene miedo.

De qué, no estoy segura, pero ahora que esa semilla ha prendido, es lo único que veo en el tono contenido de su voz, en cómo sus ojos están bien abiertos y sinceros.

—Dime que estoy loca, Matteo, dime que no sientes la chispa, la conexión que hay entre nosotros todavía. Dime que soy una romántica empedernida y que todo está en mi cabeza. —Le sostengo la mirada mientras hablo, abriéndome para que vea toda la esperanza que siento—. No me apartes solo porque crees que sabes qué es lo mejor para mí.

Apoya la frente en la mía, y chispas de energía me recorren las venas por su cercanía.

Me recuesto un poco en él, dándole parte de mi peso. Con una profunda inspiración, me lanzo por ese precipicio emocional y rezo para que me atrape. —Creo que bajo esos trajes caros y ese exterior alfa posesivo hay un hombre que tiene miedo...

Rompe nuestra conexión con un brusco movimiento de cabeza. —Claro que tengo miedo. Eres mi máxima debilidad, Maddie. ¡Y ahora alguien lo sabe! Tenía que alejarte. ¿Sabes lo que hacen estos tipos con las debilidades en la vida de un hombre? Las explotan —escupe—. Hoy un hombre ha salido por la puerta de su casa para recoger el periódico de la mañana y en su lugar se ha encontrado a su mujer mutilada y muerta. Y él era un soldado, uno entre un millón. ¡Yo estoy en la línea para ser el próximo puto jefe de toda la organización! ¡Y no sé cómo protegerte!

Sus palabras son altas, pero su angustia es ensordecedora. Frunce el ceño y la preocupación surca cada centímetro de su rostro. Su pecho sube y baja y el dolor se arremolina en torno a sus ojos tras su confesión.

El corazón se me encoge al compás de su desasosiego, los ojos se me llenan de una emoción a la que no sé poner nombre.

—¿Por qué no me lo has dicho simplemente?

Alza una ceja. —¿Querías que admitiera que no podía protegerte?

Me encojo de hombros. —Si ese es el verdadero motivo de tu giro de ciento ochenta grados, entonces sí. ¿No nos habría ahorrado mucho tormento?

Da un paso más, desliza la palma por un lado de mi cuello. —Soy un gilipollas, cariño. Voy a meter la pata. ¿Qué tal si te compro ya un collar de diamantes, uno con una cantidad ridícula de gemas? Un diamante por cada vez que la cague y te haga daño.

Echo la cabeza hacia atrás y de lado para sostener su mirada. —No quiero un collar de diamantes.

Flexiona los dedos contra mi cuello, el movimiento me hace temblar de arriba abajo. Acerca su cara a la mía y habla contra mis labios. —Entonces, ¿qué quieres?

Las emociones intensas de antes se transforman en algo más oscuro, más profundo. El aire a nuestro alrededor se arremolina, la tensión aumenta.

Las chicas del instituto siempre presumían de que reconciliarse después de una pelea o una discusión es lo más excitante, pero yo nunca lo había vivido. Hasta ahora. Algo se contrae en lo más bajo de mi vientre, y noto con precisión extrema cada punto en el que nos tocamos.

Me está dando las riendas, y sería una idiota si las rechazara.

—A ti —susurro en su boca antes de sellar nuestros labios.

Él gruñe, un sonido bajo y masculino que hace que mi mente se dispare hacia otras cosas que provocan el mismo ruido en él.

Agarro su camisa con fuerza, manteniéndolo pegado a mí mientras me pongo de puntillas para sentir más de él. Paso la lengua

por la comisura de sus labios antes de hundir los dientes en ellos, provocándolo.

Responde a mi provocación como esperaba y me echa la cabeza hacia atrás con su ligero agarre en mi cuello. La lujuria se me enrosca en las venas, tensa y desesperada por liberarse.

Es él quien se aparta primero, mis labios persiguen los suyos un segundo. Tardo en abrir los ojos, la cabeza nublada por el deseo.

Con su sujeción suave en mi cuello, me inclina la cabeza aún más hacia atrás. —Eso no es del todo cierto, ¿verdad, Cherry?

Frunzo el ceño. —¿Qué? Claro que lo es.

Su pulgar acaricia la piel sensible de mi cuello. —¿Me quieres decir que no has estado acurrucada con mi hermano mientras estabas en mi casa? *Te he visto*. —Sus palabras se deslizan entre los dientes apretados.

Manteniendo mi cara cuidadosamente inexpresiva, me enderezo y acerco nuestros rostros hasta que se tocan. Me inclino y le raspo el labio inferior con los dientes en respuesta. —No te olvides de Dante.

Gruñe contra mi boca, literalmente gruñe, y escalofríos me recorren la columna vertebral. La lujuria me corre por las venas, y no puedo resistirme a pulsar los botones de Matteo solo para obtener esta respuesta alfa posesiva.

Me ruge el estómago, el ruido es tan fuerte y extraño que hace estallar la burbuja de lujuria en la que estamos metidos. Nos separamos, con sonrisas gemelas en la cara.

—Parece que mi chica tiene otras necesidades que hay que cubrir primero —bromea Matteo mientras pasa las manos arriba y abajo por mis brazos—. No he estado en este piso en meses, así que saldré a coger algo de comida. Creo que hay una buena tienda de bocadillos a media manzana.

—Vale, déjame coger el bolso y voy contigo. —Intento darme la vuelta, pero sus palmas en mis hombros me detienen.

—Quédate aquí y relájate. Déjame cuidarte, Cherry.

El calor se desliza por mí como el sol en un fresco día de otoño. Si fuera un dibujo animado, ahora mismo tendría literalmente los ojos brillando de alegría. —De acuerdo.

—Vuelvo enseguida. La puerta se cerrará sola detrás de mí, y no la abras a nadie, ¿vale? Leo y Dante llegarán pronto, pero los dos tienen el código.

Me tenso, el calor desaparece al instante. —Pensaba que habías dicho que aquí era seguro.

Sus pulgares se mueven de un lado a otro sobre mis hombros. —Lo es. Solo unas pocas personas saben de este sitio. Pero Dante dice que tengo que trabajar mi comunicación y pedir en lugar de ordenar.

Se me curva la boca al imaginar esa conversación. Me muerdo el labio y me encojo de hombros. —Me gusta un poco cuando te pones mandón.

Su mirada recorre mi cara un momento, y una mano se desliza para agarrar la parte posterior de mi cuello. Con un tirón suave, junta su boca con la mía en un beso que no tiene nada de casto. Los dientes chocan, nuestras lenguas libran una batalla. Me inclina la cabeza, profundizando el beso y tomando el control de una forma que hace que se me curven los dedos de los pies dentro de los zapatos.

Si así me besa cada vez que sale de casa, voy a tener que empezar a buscar excusas para que se marche.

Reduce el ritmo y se aparta tras un último roce de sus labios. Tengo que parpadear varias veces para despejar la niebla del deseo de mi visión. La sonrisa satisfecha de Matteo se extiende por su cara demasiado guapa. Ni siquiera tengo fuerzas para burlarme de su arrogancia.

Sinceramente, se la tiene merecida por cómo me acaba de besar. Es fácil olvidar nuestro pasado cuando toca mi cuerpo con esa precisión experta.

Me apoyo en la isla y me quedo mirando el culo de Matteo mientras se dirige a la puerta principal. La inconfundible silueta de una pistola se marca bajo su camiseta, metida en el pantalón. No sé si es además de o en lugar de la funda del hombro. Estaba demasiado distraída antes para fijarme.

Tengo el corazón laténdome como si acabara de correr una maratón, y un hilillo de preocupación invade mi felicidad. Si me pone

así de alterada con un beso, qué va a pasar cuando por fin lo tenga en una cama. O en un sofá. O sobre la encimera.

Como si pudiera leer el rumbo sucio de mis pensamientos, se detiene con una mano en el pomo y medio cuerpo fuera. —Estate en el dormitorio cuando yo...

El hombro de Matteo se sacude hacia atrás, cortando sus palabras. Me quedo helada, los pies clavados junto a la isla y la mente incapaz de dar sentido a lo que estoy viendo.

El cuerpo de Matteo vuelve a sacudirse hacia atrás, y esta vez trastabilla.

—¡Matteo! —grito, con el corazón desbocado en el pecho. Todo lo que pasa después ocurre a cámara lenta, como si alguien hubiera pulsado el botón para reproducir estos acontecimientos a mitad de velocidad.

La puerta principal se estrella contra la pared con un golpe sordo y rebota para empotrarse contra Matteo. Él ni siquiera se inmuta, su atención está en la sangre que se derrama por su pecho, cerca del hombro. Presiona una mano contra la herida y la sangre se filtra entre sus dedos, cubriéndolo todo. El color es demasiado brillante, no parece real.

Es ese color lo que me saca del pánico y vuelve a encender mis sinapsis. Enfoco toda mi atención en él y corro a su lado.

—¡Madison, lárgate de aquí de una puta vez! —ruge mientras se mueve hacia la puerta. Embiste con el hombro, empujándola para cerrarla, y yo llego a su lado y le ayudo.

Antes de que encaje, una bota negra se cuelga entre la puerta y el marco e impide que cierre. Un pitido me llena los oídos y las náuseas me suben por la garganta al ver la mancha de sangre que florece en la camiseta gris de Matteo.

Matteo intenta coger la pistola con una mano. La persona al otro lado de la puerta elige ese momento exacto para empujar, superándonos en fuerza.

Tropezamos hacia atrás unos pasos y empiezo a notar un cosquilleo en los dedos, como cuando se te duermen y les vuelve la circulación: esa sensación punzante de agujas.

Matteo echa un brazo por delante de mí, me sujeta de la cadera y me empuja detrás de él. Emito un ruido de protesta, pero él solo gruñe en respuesta.

En realidad da igual, porque al instante siguiente, dos hombres con pasamontañas negros llenan el umbral. Son anchos, altos e intimidantes, vestidos de negro de pies a cabeza, con enormes armas apuntándonos.

Agarro la tela de la camiseta de Matteo con el puño cerrado, la adrenalina me corre tan fuerte que las manos me tiemblan. Mis dedos rozan algo frío y duro: su pistola. No ha tenido tiempo de cogerla, y por la forma en que cuelga su mano derecha, no sé ni siquiera si sería capaz de empuñarla.

Sé que este es un momento decisivo en mi vida. Puedo ser una mera espectadora, quedarme sentada y dejar que la vida ocurra *sobre* mí.

O puedo sentarme al volante y tomar decisiones por mí misma y por aquellos a quienes quiero.

No hay tiempo que perder, cierro los dedos alrededor del arma y la saco de la parte trasera de su pantalón justo cuando uno de los tipos da un paso hacia nosotros. Recuerdo la docuserie sobre armamento que Mary me obligó a ver, y quito rápidamente el seguro. Es de las pocas cosas que recuerdo de aquello, y nunca he estado más agradecida por la obsesión de mi hermana con los documentales. Me coloco al lado de Matteo con el brazo en alto. Nunca he disparado un arma, pero si no intento hacer algo, estamos muertos los dos.

—El senador Hardin te manda recuerdos —dice, y dispara. El ruido es mucho más bajo de lo que esperaba. Pero no es silencioso, como sugiere el nombre. Hay un zumbido, pero el sonido de los gruñidos de Matteo al caer hacia atrás sobre mí es un ruido que nunca olvidaré.

Aprieto el gatillo, pero el disparo se desvía cuando Matteo me golpea al caer. Le agarro del brazo para frenar su trayectoria hacia el suelo, pero es mucho más grande que yo.

Se desliza hasta el suelo, dejándome de pie frente a dos hombres desconocidos que amenazan con acabar con mi vida antes de

tiempo.

No veo imágenes de mi vida desfilando ante mis ojos, no siento euforia alguna.

Solo rabia y fría determinación.

Yo forjo mi propio destino.

Y no voy a morir hoy. Ni Matteo tampoco.

Con un grito de guerra digno de Xena, agarro la pistola con las dos manos y les disparo.

—¡Joder! Esa puta zorra me ha disparado —gruñe uno de ellos mientras el otro avanza hacia mí—. ¿Qué haces, tío? Dijo que solo nos lleváramos al tipo. No dijo nada de una chica.

Vuelvo a disparar y él se agacha, esquivando por los pelos un tiro afortunado a la cabeza.

—Ya, bueno, no voy a irme dejando un testigo. ¿Quieres pasarte veinticinco años en la cárcel?

Se acerca a mí, me agarra la pistola con su mano enorme y la tuerce hacia un lado, alejándola de su cuerpo. Aprieto más mi agarre y me concentro en acercar el arma a ese tipo para poder disparar otra vez. Sé que solo tengo unos segundos antes de que me la arrebate o simplemente me pegue un tiro. No sé por qué no lo ha hecho ya, pero le doy las gracias al destino por los pequeños favores.

Ignoro la respiración agitada de Matteo, aplasto el pánico abrumador que amenaza con relajarme los músculos. Pero el intruso es demasiado fuerte para mí.

—A la mierda. —Resopla, el ruido cargado de rabia. Alza la mano y me suelta un puñetazo de revés que me manda de rodillas.

El pelo se me vuela a la cara y la visión se me vuelve borrosa. Saboreo el cobre familiar de la sangre en la boca. Me pongo de pie tambaleándome y vuelvo a alzar la pistola. Entrecerrando los ojos para ver recto, intento disparar, pero el tipo más cercano empuja el arma hacia arriba, haciendo que el disparo se pierda.

—¿Tienes puta ansia de muerte, loca de los cojones? Estoy intentando salvarte la vida —me sisea en la cara mientras me aprieta la muñeca con fuerza.

Lanzo un grito de dolor y desesperación cuando los músculos se me contraen de forma involuntaria y pierdo el agarre de la pistola.

—Llévatela con nosotros, la dejamos en casa del mensajero cuando recojamos el pago. Pero date mucha prisa, ya llevamos demasiado tiempo aquí.

El tipo que me sujeta la muñeca gruñe algo ininteligible por lo bajo e intenta levantarme rodeándome la cintura con un brazo.

Es como si algo dentro de mí se rompiera, y ya no estoy en el piso secreto de Matteo. Estoy en la calle, frente al Blue Lotus Café, y lucho como si me fuera la vida en ello. Pataleando, gritando, arañando. Hundo las uñas en cualquier superficie blanda que tenga al alcance, sin parar, por muchas veces que aparte mis manos o me recoloque.

En mis momentos más oscuros, cuando estaba completamente sola, repetía una y otra vez los acontecimientos de aquel día, atormentándome por todo lo que podría haber hecho de otra forma, deseando haberme defendido más.

Es como si hubiera desbloqueado una parte secreta de mí, y ya no fuera yo misma. Soy la versión más básica de mí misma.

Supervivencia del más fuerte.

Y no voy a morir hoy.

La última vez tuve suerte, pero hoy el destino no me concede ninguna gracia. Mi prima está en otra ciudad y mi salvador se desangra en la entrada.

—Basta —grita el otro tipo.

Pero yo no paro. Nunca pararé. Será una lucha a muerte, como en la arena, porque sé que si me llevan, estaré prácticamente muerta.

Lo veo por el rabillo del ojo, pero no con el tiempo suficiente para apartarme, y el otro me estrella la pistola contra la cabeza.

Por lo visto, sigo sin ser rival para una pistola.

La conciencia me abandona y todo se vuelve negro.

## TREINTA Y CUATRO

---

### ARIES

FUERZO UNA RISITA, con una sonrisa pegada a la cara, mientras alguna adúladora se esfuerza demasiado por ganarse la aprobación de la élite de la sociedad. Es guapa, con ese aire de chica de al lado, pero nunca va a sobrevivir a una temporada de verano con este nido de víboras.

Estoy en el salón de baile de alguna gala benéfica donde el alcohol fluye y la comida brilla por su ausencia. Cuanto más bebe la gente, más fácil es conseguir que donen para la causa que estén patrocinando esta noche.

Resisto el impulso de aflojarme la corbata mientras finjo escuchar la conversación a mi alrededor. Estoy distraído, escaneando la sala en busca de cierta pelirroja, mi cuervo. No la he visto en las dos últimas fiestas, y sé que es irracional, pero me estoy empezando a cabrear.

Pensaba que le gustaba nuestro juego del gato y el ratón. A mí sí. Sería tan fácil averiguarlo todo sobre ella y dar con su paradero. Pero ¿dónde estaría la gracia? Se perdería la anticipación y el sigilo. Y me lo estoy pasando demasiado bien con ella como para parar ahora.

Hace tanto que no hago algo solo por mí que he perdido la cuenta del tiempo que he pasado fuera de casa, camelándome la

entrada en los grupitos cerrados de la prole más rica del país.

Costa este, costa oeste, el sur o el extranjero. Son todos iguales. Aburridos, con más traumas de papá y mamá de los que pueden contar y más dinero que Dios.

No todos son malos. He hecho conexiones genuinas —amigos, incluso—. Pero la mayoría te tiraría a las vías del tren con tal de ganarse el favor de una interminable lista de gente.

Con los años me he propuesto ser esa persona: la que la gente ansía complacer. Me facilita muchísimo el trabajo.

Soy un coleccionista.

Colecciono secretos y favores. Esta gente es tan egocéntrica que la mayoría ni pestañea cuando sus hijos se cuelan en fiestas privadas. Siempre me asombra cuánto habla la gente cuando está rodeada de tanta otra gente. El alcohol también ayuda.

He tenido acceso a las fiestas de sociedades secretas y a mierda clandestina de la que sé a ciencia cierta que Matteo no tiene ni idea. Pero lo sabrá pronto.

Solo un verano más y podré volver a casa. Tengo la corazonada de que unos cuantos senadores esconden esqueletos muy gordos en sus armarios, y estoy cerca de averiguar cuáles son.

Mi móvil vibra en el bolsillo, una y otra vez. Por fin, me excuso de la conversación y me adentro por un pasillo más tranquilo. Al sacar el teléfono, veo una notificación automática de que mi sistema de alarma se ha desactivado manualmente.

—Qué raro —murmuro mientras abro la transmisión de las cámaras.

Observo cómo Matteo entra en mi apartamento con una chica. Parece que están discutiendo, pero es difícil de ver. Ella le da la espalda a la cámara, pero hay algo en la imagen pixelada que le da un pellizco a mi intuición.

Cambio a otro ángulo justo cuando él la besa. La irritación me estalla por dentro y tensó la mandíbula.

¿Por qué coño se ha llevado a una tía a follar a nuestro piso franco? Se llama piso franco por algo. Me froto el dedo sobre la ceja y dejo escapar el aire. Ahora voy a tener que llamarle y echarle la bronca por esto. Y luego voy a tener que buscarme otro piso franco.

Mi pulgar flota sobre el botón de salir en la pantalla cuando Matteo se dirige hacia la puerta de entrada y tengo la primera visión clara de la chica misteriosa.

Se me para el corazón.

*Cuervo.*

Matteo le dice algo, pero no tengo el volumen activado, así que me lo pierdo. El corazón me retumba y aporreo con los dedos el botón del volumen en el lateral del móvil. Justo a tiempo para que todo se vaya al infierno.

Abre la puerta y lo único que veo es una pistola con silenciador apuntando directamente a Matteo. Él se aparta de un tirón y forcejean, pero al final dos hombres enmascarados consiguen abrirse paso al interior.

Las náuseas me suben por la garganta y me aflojo la corbata para meter más aire en los pulmones.

No me doy cuenta de que estoy en movimiento hasta que choco con alguien, golpeándole el hombro. No pido perdón mientras prácticamente atravieso el salón de baile al trote y salgo fuera. No espero a que me traigan un coche. El piso está a diez manzanas de aquí. Puedo llegar corriendo antes que esperando un coche.

Observo horrorizado cómo uno de los intrusos dice: —El senador Hardin le envía recuerdos.

Se me va la sangre de la cara cuando la verdad cae sobre mí.

Este encargo es para mí.

Matteo se desploma en el suelo y es entonces cuando ella lucha. Mi cuervo descarga todo lo que tiene contra esos hijos de puta, pero no basta.

Uno de ellos le golpea en la cabeza con la pistola y ella se desmorona como si alguien hubiera tirado del enchufe. Decido que ese tío va a morir de una forma lenta y tortuosa solo por eso.

Pero antes, corto la transmisión de las cámaras y llamo a una ambulancia para que vaya a mi piso franco. No hay ninguna puta posibilidad de que mi hermano gemelo se muera hoy.

Continuará . . .

¿LISTO PARA MÁS?

Continuará... en Aries: idisponible hoy en Kindle Unlimited!

## MADDIE

El sol me calienta la piel; sus rayos brillantes se ven rojos contra mis párpados cerrados. Un cálido viento estival nos envuelve, robándome mechones de pelo y haciendo que me acaricien la mejilla. Las cigarras cantan, puntuando esta tarde perfecta mientras me permito sumergirme en una sensación de plenitud.

—Abre los ojos, mi pequeña estrella.

El retumbar de la voz de mi padre se desliza sobre mí como la colcha que más me gusta, sobre la que estamos tumbados, cálida y reconfortante.

Tuerzo los labios hacia un lado. —El sol brilla demasiado. Tengo que esperar a que pase una nube.

La brisa revolotea sobre nosotros con un patrón perezoso, agitando las hojas del sauce llorón que hay cerca. Es uno de mis árboles favoritos y, aunque Mary se escaquea con la excusa de la alergia, mi padre y yo siempre merendamos justo a su lado.

Mantengo los ojos cerrados y disfruto de la sensación del suelo irregular bajo la colcha, con nuestra comida ya recogida en la cesta de mimbre.

—No puedes ir por la vida con los ojos cerrados, esperando a que pasen las nubes antes de estar lista.

Frunzo el ceño mientras entreabro un párpado. El pelo se me engancha en la colcha al girar la cabeza para mirar a mi padre. Está

tumbado con los brazos tras la nuca, con los ojos abiertos y mirando fijamente al sol sin parpadear. Pero eso no es lo que me llama la atención. Es el hecho de que va vestido con un traje negro. Mi padre siempre estaba muy elegante de traje, pero odiaba llevarlos; decía que sentía que lo estrangulaban.

—¿Te has cambiado? Te juro que antes no llevabas eso puesto — mi voz se va apagando.

Se gira para mirarme, con sus ojos tan parecidos a los míos. Su sonrisa decae un poco en el lado izquierdo, como si le pesara la tristeza.

Me sonrío de la misma forma que lo hizo cuando me contó que mi tía Kathleen estaba en el hospital. Era mi tía favorita, aunque en realidad no fuera tía mía. La tía Kathleen era prima de mi padre. Se criaron juntos y mantuvieron una relación muy estrecha a lo largo de los años. El corazón se me encoge en el pecho; es un movimiento doloroso y violento.

Me incorporo de golpe hasta quedar sentada. —¿Qué pasa? ¿Es mamá? ¿Mary?

Papá no se incorpora, se limita a mirarme desde su posición relajada en el suelo con la tristeza grabada en cada línea de su rostro.

—¡Dime qué pasa!

—Ya lo sabes, mi pequeña estrella lista.

Me paso los dedos por el pelo, apartándolo de la cara. —No, no lo sé. No entiendo por qué vas vestido así ni por qué me miras de la misma forma que cuando me hablaste de la tía Kathleen o... —me interrumpo y me pongo de rodillas. El hilo de los cuadrados de la colcha se me clava en las rodillas, y el impulso de huir, de averiguar qué está pasando, me mantiene prisionera. Una determinación me recorre las venas y me pongo de pie.

Antes de que pueda avanzar ni un centímetro, mi padre me agarra del brazo. Su agarre no es firme ni brusco, pero esa conexión familiar hace que mi corazón dé un vuelco. Siento que se me arruga la frente mientras miro su mano bronceada contra mi brazo. Algo en mi pecho se oprime dolorosamente y los ojos se me llenan de unas lágrimas que no comprendo.

—No es tu momento, Madison. No deberías estar aquí.

Al oír su voz, una sola lágrima me resbala por la mejilla. Alzo la cabeza y mi mirada recorre sus rasgos mientras vuelvo a dejarme caer sobre la colcha.

—¿Papá? —se me quiebra la voz en la vocal y la comprensión me inunda el cuerpo. Me tiembla el labio y los ojos se me inundan de lágrimas—. Papá, ¿eres tú?

Me aprieta el brazo en un gesto familiar de afecto que me encoge el corazón. El amor brilla en su mirada, con un fulgor que destella bajo la luz del sol. —No puedes estar aquí ahora, cielo. Tienes que volver. Estaré aquí cuando estés lista.

—¿Qué? No, quiero quedarme contigo —me acerco de rodillas, desesperada por abrazarlo.

Me detiene con manos suaves en los brazos. —Despierta, Madison.

A pesar de que niego con la cabeza, con una súplica desesperada en los labios, los bordes de la imagen a mi alrededor se desvanecen a negro como si alguien hubiera prendido fuego al papel sobre el que se dibujó esta escena. Observo con horror cómo la mirada de mi padre permanece fija en la mía, inquebrantable en su atención y amor.

## NOTA PARA LOS LECTORES

¿Sigues ahí? Sé que ese final en suspenso es intenso, ¡pero prometo no dejarte con la intriga por mucho tiempo! Y mis mensajes privados siempre están abiertos por si quieres pasarte por aquí y —en sentido figurado— ¡lanzarme tu Kindle a la cabeza! ;) La historia de Maddie continúa en \*Aries\*; ¡ya disponible en Kindle Unlimited!

\*\*\*

¡Significaría muchísimo para mí que te tomaras un momento para dejar una breve reseña de este libro! Las reseñas son el alma de un libro, y te lo agradecería enormemente.

Besos y abrazos,  
—pen

¡Mantente al tanto!

Únete a mi [grupo de Facebook, Penelope's Black Hearts](#)  
Sígueme en Instagram [@authorpenelopeblack](#)

## AGRADECIMIENTOS

¡Gracias a mis lectores! ¡Gracias también por aguantar conmigo en todos esos finales de infarto! ¡Os mando abrazos virtuales a todos por ello!

A todos los bookstagrammers, bloggers y lectores que me enviáis mensajes y creáis ediciones preciosas para mis libros: todavía sigo asombrada. Muchísimas, muchísimas gracias. En mis días de mayor inseguridad, recurro a vuestras ediciones y a vuestras amables palabras, y nunca fallan a la hora de reavivar mi chispa.

Gracias a mi marido, que siempre es el primero en defenderme. Y me encanta que siempre vayas gritando con orgullo a cualquiera con quien te cruces por la calle: —¡Mi mujer es autora de novela romántica!—. ¡Literalmente les hablé a nuestros nuevos vecinos sobre mis libros diez minutos después de conocernos! Eres el mejor y te quiero muchísimo.

A mis pequeños humanos: os quiero a los dos más que a todas las estrellas del cielo. Y tenéis que esperar a ser mayores para leer los libros de mamá.

A mi maravillosa familia, que me ha animado y apoyado: ¡gracias, gracias! Y gracias a todos y cada uno de los que habéis leído mis libros. ¡Os miro a vosotros, abuela y abuelo!

¡Gracias a las fantásticas chicas de mi equipo de ARC! ¡Estoy tan agradecida de teneros de mi parte!

¡A mis increíbles lectores beta! Estoy muy agradecida a cada uno de vosotros. Vuestra amabilidad y apoyo significan un mundo para mí.

A Savy: estaría perdida sin ti, chica. Algún día, me subiré a un avión y te daré un abrazo de oso.

Y, por último, quiero dar las gracias a todos y cada uno de los autores que han sido tan amables y maravillosos mientras yo hacía un millón de preguntas. Sois demasiados para daros las gracias uno por uno y, solo por eso, os estaré eternamente agradecida. Hay un montón de gente maravillosa en esta comunidad y estoy muy feliz de formar parte de ella.

OTRAS OBRAS DE PENELOPE BLACK

## LA HERMANDAD

WOLF

RUSH

SULLY

## ROSEWOOD

TENTACIÓN

OBSESIÓN

SALVACIÓN

## CINCO FAMILIAS

MATTEO

ARIES

DANTE

LEONARDO

---